



*Bianca™
especial*

CAROLE MORTIMER

Desafío ardiente

Algo más de ti

 HARLEQUIN™



*Bianca™
especial*

CAROLE MORTIMER

Desafío ardiente

Algo más de ti

 HARLEQUIN™

CAROLE MORTIMER

Desafío ardiente

Algo más de ti



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA,
S.A.

Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Carole Mortimer. Todos los
derechos reservados.

DESAFÍO ARDIENTE, N° 20 - octubre
2013

Título original: Defying Drakon
Publicada originalmente por Mills &
Boon® , Ltd., Londres.

© 2012 Carole Mortimer. Todos los derechos reservados.

ALGO MÁS DE TI, N° 20 - octubre 2013

Título original: His Reputation Precedes Him

Publicada originalmente por Mills & Boon® , Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura

coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-3825-3

Editor responsable: Luis Pagni

Imagen de cubierta:

DMITRIY

SHIRONOSOV/DREAMSTIME.COM

Índice

Desafío ardiente

Algo más de ti

Desafío ardiente

A los amigos ausentes.

Capítulo 1

—¿Quién es? —preguntó Markos.

Drakon había llamado por teléfono a la oficina de su primo Markos hacía unos minutos y ahora estaba en una de las múltiples habitaciones del ático situado en el trigésimo piso del edificio Lyonedes, en el centro de Londres, donde se hospedaba cuando iba de visita desde Nueva York. Markos, naturalmente, prefería vivir lejos del edificio donde trabajaba todos los días.

Drakon tenía la atención puesta en uno

de los diversos monitores de seguridad y contemplaba a la joven de la pantalla monocromática dar vueltas de un lado a otro de la habitación adonde lo había llevado Max Stanford, el jefe de seguridad, tras provocar ciertas alteraciones en la recepción, situada en la planta baja del edificio.

Era una joven alta y esbelta. La blusa oscura que llevaba se ceñía a sus pechos pequeños, mientras que los vaqueros ajustados de cintura baja dejaban ver parte de su vientre plano. Debía de tener casi treinta años; el pelo, liso, le llegaba hasta debajo de los hombros. Probablemente fuese rubia. Tenía una cara increíblemente hermosa dominada por unos ojos claros. ¡Maldita pantalla

en blanco y negro! Tenía la nariz pequeña y recta y unos labios carnosos muy sensuales.

Miró a Markos cuando su primo se puso a su lado. El parecido familiar y su nacionalidad griega eran más que evidentes en sus rasgos esculpidos y bronceados. Ambos tenían el pelo oscuro y medían más de metro ochenta, aunque Markos tenía treinta y cuatro años, dos menos que él.

—No estoy seguro —contestó Drakon—. Max me ha llamado hace unos minutos y me ha preguntado qué quería que hiciera con ella —continuó—. Al parecer, mientras se la llevaba de la recepción, la chica se ha negado a decirle nada más

que su apellido, Bartholomew, y que no tenía intención de abandonar el edificio hasta haber hablado contigo o conmigo, preferiblemente conmigo.

Markos abrió los ojos con interés.

—¿Podría ser pariente de Miles Bartholomew?

—Podría ser su hija —Drakon había visto a Miles Bartholomew varias veces antes de que muriera en un accidente de coche seis meses atrás, y había cierto parecido entre la joven de la pantalla y él. Aunque, a sus sesenta y dos años, Miles tenía el pelo gris y el cuerpo enjuto, no esbelto y grácil.

—¿Qué crees que quiere? —preguntó Markos.

Drakon entornó sus ojos oscuros y

apretó los labios al mirar a la mujer.

–Ni idea. Pero tengo intención de averiguarlo.

Markos frunció el ceño.

–¿Piensas hablar tú con ella?

Drakon sonrió al ver la sorpresa de su primo.

–Le he pedido a Max que la traiga aquí en diez minutos. Espero que no haya dejado un surco en la alfombra para entonces.

Markos pareció pensativo.

–¿Estás seguro de que es buena idea, teniendo en cuenta nuestra actual relación con la hermosa viuda de Bartholomew?

Drakon le dio la espalda a la pantalla.

—La alternativa de Max era arrestarla por entrar sin autorización y por alteración del orden público. Eso le proporcionaría muy mala publicidad a Empresas Lyonedes —dijo—, y tendría un efecto negativo en nuestra relación con Angela Bartholomew.

—Cierto —admitió su primo—, pero ¿no sentaría una especie de precedente permitir este tipo de chantaje emocional?

Drakon arqueó las cejas.

—¿Crees que habrá en Londres ahora mismo más mujeres dispuestas a hacer una sentada en la recepción de Empresas Lyonedes si no se les permite hablar con el presidente de la compañía?

Markos negó con la cabeza.

—Solo llevas dos días en Inglaterra —dijo—. No es tiempo suficiente para que le hayas roto el corazón a ninguna mujer.

Drakon mantuvo una expresión impasible.

—Si, como dices, se han roto corazones en el pasado, no fue cosa mía. Siempre he dejado claro el hecho de que no me interesa casarme en este momento.

—¡Ni nunca! —exclamó su primo.

Drakon se encogió de hombros.

—Sin duda llegará un momento en que necesite un heredero.

—¿Todavía no?

—No.

–La señorita Bartholomew parece haber despertado tu interés...

Había solo dos personas en el mundo que se atrevían a hablarle en ese tono tan familiar: su primo y su madre.

Ambos primos habían crecido juntos en el hogar familiar, en Atenas. Markos había ido a vivir con sus tíos y con Drakon tras la muerte de sus padres en un accidente de avión cuando él tenía ocho años. Era aquella cercanía, y el hecho de que fuesen parientes de sangre, la que le permitía ciertas libertades en lo referente a Drakon. Si alguien que no fuera Markos se hubiera atrevido a hacer un comentario o cuestionar la vida privada de Drakon de esa forma, habría

salido por la puerta en cuestión de segundos. Tras ser convenientemente reprendido, claro.

–Siento curiosidad sobre sus razones para estar aquí –dijo Drakon.

–Desde luego es guapa –contestó Markos mirando hacia la pantalla.

–Sí, lo es.

Markos lo miró de reojo.

–Quizá yo pueda estar presente en la reunión.

–No, Markos. Sea lo que sea lo que la señorita Bartholomew desee hablar conmigo, ha procedido de una manera muy poco ortodoxa. No creo que el hecho de que el vicepresidente de la empresa muestre interés en ella nos ayude a transmitir lo descontentos que

estamos con su comportamiento.

–¿Por qué tienes que chafarme siempre la diversión? –preguntó Markos.

Drakon sonrió ante la reputación canallesca de su primo con las mujeres mientras miraba el reloj de oro que adornaba su muñeca.

–Thompson debería llegar dentro de poco para su cita de las diez. Me reuniré con vosotros dos en diez minutos en tu despacho.

–¿Estás seguro de que será tiempo suficiente con la encantadora señorita Bartholomew?

–Oh, sí.

Drakon miró una última vez a la joven

de la pantalla antes de dirigirse hacia la sala de estar del apartamento y colocarse frente a uno de los enormes ventanales que daban a la ciudad de Londres. Oyó que su primo abandonaba el apartamento segundos más tarde y siguió pensando en la insolente señorita Bartholomew.

Drakon se había hecho cargo del negocio familiar tras la muerte de su padre diez años atrás. Ahora, a sus treinta y seis años, rara vez le sorprendía algo de lo que la gente hiciese o dijese, y jamás se dejaba intimidar por sus acciones. Era él quien, con su presencia, intimidaba a los demás; no al revés.

Fueran cuales fueran las razones de la

señorita Bartholomew para aquel comportamiento tan inaceptable, pronto se daría cuenta de ese hecho...

Gemini dejó de dar vueltas y se volvió para mirar con el ceño fruncido al hombre de mediana edad que antes se había presentado como jefe de seguridad cuando por fin regresó a la habitación donde la había dejado encerrada hacía quince minutos.

Sin duda se había ido a recibir instrucciones de Markos Lyonedes con respecto a qué hacer con ella; o quizá no se hubiera molestado en hacer eso y simplemente hubiese ido a llamar a la policía para que la arrestasen. Dudaba

que el esquivo Drakon Lyonedes, presidente de la compañía, de visita en la ciudad, estuviera al corriente de algo tan trivial como que una joven se negaba a abandonar el edificio hasta hablar con él.

Gemini tenía razones para saber lo esquivo que era. Había intentado en repetidas ocasiones concertar una cita para hablar con él desde que supiera de su llegada a Inglaterra dos días antes. Pero, dado que se había negado a revelar el motivo por el que quería hablar con él, la secretaria de Markos Lyonedes había rechazado educadamente su petición.

Eso sí, le habían dicho que podía enviar su currículum al jefe de personal,

como si fuese a querer trabajar para un hombre como Drakon Lyonedes, pero le habían negado la posibilidad de hablar con él o con su primo, vicepresidente de la compañía a cargo de las oficinas de Londres. Al no quedarle otra alternativa, Gemini había decidido hacer una sentada en la recepción del edificio Lyonedes.

Y a los pocos minutos de su llegada la habían encerrado en una habitación.

—Vamos —el jefe de seguridad, vestido de negro y con la cabeza rapada, se echó a un lado para permitirle salir de la habitación. Seguramente era un exmilitar.

—¡Esperaba unas esposas! —exclamó

ella al salir al pasillo de mármol.

El jefe de seguridad arqueó sus cejas grises.

—¿Qué tenía en mente exactamente?

¿Fue diversión lo que vio en aquellos ojos azules? No, desde luego que no.

—Nada parecido, se lo aseguro —respondió Gemini.

—Eso me parecía —dijo él antes de agarrarla con fuerza del brazo—. Y las esposas no quedarían bien delante de los demás visitantes.

El comentario habría resultado gracioso de no ser por la seriedad de su rostro al hacerlo.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella mientras el hombre la conducía a marchas forzadas hacia la parte de atrás

del edificio. Antes Gemini había intentado zafarse de sus manos, pero lo único que había conseguido era magullarse el brazo—. He preguntado que...

—Ya la he oído —el jefe de seguridad se detuvo junto a un ascensor antes de introducir un código en el teclado iluminado.

La había oído, sí, pero evidentemente no tenía intención de satisfacer su curiosidad.

—Supongo que este edificio es demasiado moderno para tener una mazmorra —murmuró ella.

—Pero sí que tiene un sótano —le dirigió una mirada con los párpados

entornados mientras se abrían las puertas del ascensor. La empujó dentro con él y pulsó uno de los botones.

Realizó el movimiento con tanta rapidez que Gemini no pudo ver qué botón había pulsado antes de que las puertas se cerraran tras ellos y el ascensor comenzara a moverse. ¿Hacia arriba o hacia abajo? Fuese hacia donde fuese, el ascensor se movía tan deprisa que el estómago le dio un vuelco. O quizá fuese por su estado de nervios. No le había hecho especial ilusión tener que ir al edificio Lyonedes aquella mañana y montar un escándalo, y el hombre de aspecto peligroso que iba con ella en el ascensor no inspiraba mucha confianza con respecto a su bienestar inminente.

Tal vez no hubiera sido tan buena idea forzar un encuentro con Markos o Drakon Lyonedes.

Al pensar en sus opciones aquella mañana, sentada en la cocina de su apartamento, le había parecido lo más lógico y directo. Pero ahora, de camino a Dios sabía dónde, con un hombre que parecía capaz de matar con sus propias manos, ya no le parecía tan lógico.

Todo era culpa de Drakon Lyonedes, claro. Si no hiciera que fuese tan difícil verlo y hablar con él, no habría razón para recurrir a medidas tan drásticas como las de aquella mañana. Sin embargo...

Levantó la barbilla en un gesto

desafiante y se arriesgó a mirar al jefe de seguridad, que no había dicho ni una palabra más.

—Imagino que sabrá que el secuestro es algo muy grave.

—También lo es alterar el orden público —respondió él.

—¡El edificio Lyonedes no es precisamente un lugar público!

—Puede usted pensar lo que quiera, querida —de nuevo, a Gemini le pareció ver cierta nota humorística en su mirada, pero enseguida desapareció y solo quedó el acero de sus ojos.

—No puedo huir a ningún sitio encerrada en este ascensor, así que probablemente no pase nada porque me suelte el brazo —en ese momento el

ascensor se detuvo suavemente y las puertas se abrieron ante ella.

No estaban en un sótano. Ni en una mazmorra. Estaban en la oficina más extraña que Gemini hubiera visto jamás.

Probablemente porque no era una oficina, pensó mientras el de seguridad la arrastraba hacia una elegante sala de estar. La alfombra que había bajo sus pies era de un bonito color crema, y frente a la chimenea de mármol había un sofá de cuero marrón en forma de ele con sillones a juego. Había varias mesas con jarrones de rosas color crema. También un piano a juego en un rincón y un mueble bar en el otro. En las paredes de color crema, Gemini reconoció obras

de arte de artistas de renombre. Los ventanales que conformaban la pared que tenía delante ofrecían una impresionante vista de Londres.

Así que, definitivamente, no estaban en el sótano.

—Max, te llamaré cuando la señorita se vaya.

—Sí, señor.

Gemini apenas advirtió que el jefe de seguridad volvía a entrar en el ascensor y desaparecía. Se dio la vuelta para localizar al dueño de aquella voz profunda y autoritaria, y se quedó boquiabierto al ver la silueta del hombre situado frente a la segunda pared de ventanas. Supo de inmediato que se encontraba ante el mismísimo Drakon

Lyonedes.

Era más que evidente que no estaba de buen humor. La expresión de su hermoso rostro era aún más sombría que la del jefe de seguridad.

Drakon Lyonedes medía más de metro ochenta, tenía los hombros anchos, un torso bien definido y unas piernas largas, todo ello realzado por un traje color carbón, una camisa blanca de seda y una corbata gris pálido. Llevaba el pelo muy corto y tenía unos ojos negros penetrantes, que dominaban un rostro como esculpido en granito. Las pocas fotos de Drakon Lyonedes que habían aparecido en los periódicos durante los años no lograban captar el aura de poder

que lo rodeaba como si fuera una capa invisible.

No solo de poder, pensó Gemini al sentir un escalofrío que le recorría la espalda, sino también de peligro; como la de un depredador letal esperando la oportunidad de abalanzarse sobre su presa.

Un depredador poderoso y letal que la tenía en su punto de mira.

Drakon mantuvo una expresión impasible mientras contemplaba la versión en color de la decidida señorita Bartholomew. La melena lisa que había creído que podría ser de un rubio pálido era en realidad de un extraño color

dorado casi blanco; el mismo color que las playas de arena que rodeaban la isla privada que poseía frente a la costa de Grecia. Su tez era de un marfil muy claro, telón de fondo perfecto para sus ojos, que resultaron ser de un aguamarina parecido al del mar Egeo. Sus labios carnosos y sensuales poseían un tono rosado natural.

De hecho no parecía ir maquillada en absoluto, lo cual dada su experiencia resultaba poco corriente.

—El señor Lyonedes, supongo —dijo ella, moviéndose con una elegancia natural mientras avanzaba hacia él.

—Señorita Bartholomew —Drakon no sonrió ante el evidente intento de la señorita Bartholomew por hacer una

broma—. Max me ha dicho que se mostraba de lo más... insistente en su deseo de hablar conmigo.

—¿De verdad? —ella siguió mirándolo fijamente con aquellos ojos aguamarina.

—Sentarse frente a la recepción y negarse a moverse hasta hablar conmigo o con mi primo me parece un acto de determinación, sí —señaló él.

—Ah, sí. Eso —Gemini frunció el ceño e intentó recomponer sus pensamientos, que se encontraban dispersos a causa de la abrumadora presencia de aquel hombre—. Pero Max se ha encargado enseguida de mí —continuó mientras recordaba la facilidad con la que el jefe de seguridad le había puesto las manos

bajo los codos y la había levantado del suelo para llevarla a la otra sala.

—¿Se refiere a mi jefe de seguridad por su nombre de pila? —preguntó él con las cejas arqueadas.

—De hecho es la única manera en la que puedo referirme a él, dado que no se me presentó antes. Sé su nombre porque usted lo acaba de decir —se encogió de hombros—. Y no me habría hecho falta ser tan decidida si usted se hubiera mostrado más accesible.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso? —parecía verdaderamente desconcertado por aquella afirmación.

—Porque... oh, no importa —Gemini negó aceleradamente con la cabeza.

Drakon observó que, con aquel

movimiento, su melena rubia captó los rayos del sol, y no pudo evitar preguntarse si el color sería natural o de bote. Acto seguido se reprendió por mostrar el mínimo interés personal en aquella reunión.

—Supongo que se da cuenta de que causar problemas en una propiedad privada es...

—Algo muy grave —concluyó por él—. Sí, su jefe de seguridad ya me ha dejado muy claro que usted tenía todo el derecho a llamar a la policía para que me arrestaran en vez de acceder a recibirme.

Drakon sonrió con ironía.

—Oh, créame, esa posibilidad aún no

la he descartado.

—Ah —un brillo de inseguridad apareció en sus ojos mientras se estiraba. Debía de medir un metro setenta y cinco, con las botas de unos cinco centímetros de tacón. La camisa que se ajustaba a sus pechos y a su vientre era de color negro, mientras que los vaqueros que realzaban sus nalgas eran de un azul claro—. He hecho lo que he hecho porque necesitaba desesperadamente hablar con usted.

—¿Quiere un café?

—¿Qué?

—Café —Drakon señaló hacia el mueble bar, donde había una cafetera situada sobre la superficie de mármol negro.

–¿Es descafeinado?

Drakon arqueó las cejas.

–Creo que será brasileño, porque es mi favorito.

–Entonces no, gracias –contestó ella educadamente–. A no ser que sea descafeinado, el café suele producirme migrañas.

–¿Quiere que pida que me traigan descafeinado?

–No, de verdad. Estoy bien –sonrió.

Drakon no sabía por qué le había hecho esa oferta; cuanto antes hablaran y ella se marchara, mejor.

–¿No le importa si bebo? –no esperó su respuesta, se acercó al mueble bar y se sirvió una taza de café. Se llevó la

taza a los labios, dio un sorbo y utilizó aquella pausa en la conversación para observarla por encima del borde de la taza.

Si, como pensaba, aquella mujer era la hija de Miles Bartholomew e hijastra de Angela Bartholomew, entonces no se comportaba en absoluto como uno esperaría de la hija única de un empresario multimillonario. Su ropa era tan informal como la de las docenas de chicas que había visto mientras conducía desde el aeropuerto dos días atrás. Llevaba el pelo cortado en capas sencillas y, como él ya había advertido, no iba maquillada. Tenía las uñas cortas y sin pintar, y unas manos largas y elegantes. En ese momento levantó una

de ellas para apartarse un mechón de pelo de la cara.

La apariencia de la hija de Miles Bartholomew, si se trataba de ella, era de lo más inesperada. Y la familiaridad con la que se dirigía a él resultaba aún más inesperada.

Drakon colocó la taza de café sobre el mueble antes de atravesar de nuevo la estancia y detenerse a pocos centímetros de ella. Sus miradas estaban casi al mismo nivel.

—Creo que no nos hemos presentado adecuadamente. Como ya ha imaginado, soy Drakon Lyonedes. Y usted es...

—Gemini —respondió ella—. Gemini Bartholomew. Soy la hija de Miles

Bartholomew –le ofreció una mano y sus mejillas cobraron el mismo color rosado que sus labios.

Gemini...

Drakon pensó en lo mucho que le pegaba ese nombre mientras le estrechaba la mano. El nombre era tan bonito y tan poco corriente como ella misma.

–¿Y qué cree que solo yo puedo hacer por usted, señorita Bartholomew?

Gemini sintió un escalofrío por la espalda al ver que Drakon Lyonedes no le soltaba la mano. Su piel era fría al tacto, pero al mismo tiempo el terciopelo de su voz recorrió sus sentidos con el calor de una caricia.

Sin duda debía de haberse imaginado

el doble sentido de su pregunta.

Pero, solo con pensar que no lo hubiera imaginado, fue consciente de que no estaba preparada para enfrentarse al presidente de Empresas Lyonedes, y mucho menos para soportar la abrumadora sexualidad que emanaba.

Era una sexualidad feroz que Gemini habría preferido no advertir, y mucho menos responder a ella, porque tenía razones para sospechar que Drakon Lyonedes estaba manteniendo una aventura con la madrastra a la que ella tanto despreciaba...

Capítulo 2

Solo pensar en su madrastra fue suficiente para que Gemini apartase la mano de la de Drakon; sin duda esa mano habría tocado a Angela de maneras que ella no quería ni imaginar.

Se estremeció y se colocó la mano detrás de la espalda antes de dar un paso hacia atrás.

—Solo hay una cosa que puede hacer por mí, señor Lyonedes —le aseguró con firmeza—. ¡Retirar la oferta que le ha hecho a la viuda de mi padre para

comprar la casa Bartholomew!

Drakon se quedó observando a Gemini Bartholomew con los párpados entornados, se fijó en el rubor que había aparecido en sus mejillas, en el brillo de emoción visible en sus ojos aguamarina mientras lo miraba con desprecio.

—¿Y por qué cree que desearía yo hacer eso, cuando la venta se completará dentro de dos semanas, señorita Bartholomew?

—Porque no le corresponde a ella venderla, por supuesto. ¡Ni a usted ni a nadie!

—Creo que mis abogados ya han revisado los papeles necesarios y están satisfechos con los resultados —le aseguró Drakon.

–No lo pongo en duda –contestó ella con un movimiento impaciente de cabeza–. Cuando he dicho que no le correspondía a Angela vender la casa Bartholomew, hablaba moralmente más que legalmente.

–Entiendo –murmuró él.

Pero Gemini no estaba tan segura de eso.

Y le daba igual que Drakon estuviera mirándola con escepticismo con aquellos ojos negros.

No era de extrañar que ya pensara que estaba un poco desequilibrada, a juzgar por su comportamiento en la recepción del edificio. Acababa de asegurar que Angela no podía vender la casa, y acto

seguido había admitido que sí podía. ¡Pero en realidad no podía! ¿Cómo iba a ser eso posible, si la casa Bartholomew de Londres había pertenecido a un Bartholomew desde... siempre? Y Angela no era realmente una Bartholomew. Era la segunda mujer de su padre y solo había estado casada con él durante tres años antes de que él falleciera seis meses atrás. ¿Cómo podía Angela comprender el sentido de la tradición que cada Bartholomew había ido otorgándole a la casa durante cientos de años?

Como bien sabía Gemini, no era cuestión de que su madrastra no comprendiera esas cosas; Angela no quería comprenderlas y, durante los

últimos meses, había dejado más que claro que, siendo la viuda de Miles, la casa era legalmente suya. Por tanto, podía hacer con ella lo que deseara. Y, si eso implicaba venderle la casa a Empresas Lyonedes, al hombre poderoso y acaudalado que ella había insinuado que era su amante, entonces eso era lo que pensaba hacer.

Gemini frunció el ceño por la frustración que sentía.

—Me doy cuenta de que usted y Angela están... juntos, pero...

—¿Perdón? —Drakon arqueó una de sus cejas arrogantes.

—Oh, no se preocupe. No es asunto mío que usted tenga una relación con mi

madrastra tan poco tiempo después de la muerte de mi padre.

—Si eso es cierto, es muy... magnánimo por su parte —dijo él.

—Oh, claro que es cierto —le aseguró Gemini, aunque, tras conocerlo, le costaba trabajo entender cómo un hombre tan poderoso y carismático como él podía encontrar atractiva a una mujer como Angela.

Su padre al menos había tenido la excusa de sentirse profundamente solo tras la muerte de la madre de Gemini un año antes de que Angela y él se conocieran, y además había disfrutado de las atenciones de una hermosa mujer veinticinco años más joven que él. Pero Drakon Lyonedes era inmensamente

rico, y tan guapo y poderoso como cualquier de sus dioses griegos. Por tanto podría tener sin duda a cualquier mujer que deseara. Entonces, ¿por qué molestarse con una mercenaria como Angela? ¡No había quien entendiera a los hombres y sus gustos!

—Por favor, continúe —le dijo Drakon con frialdad.

—No sé si debería —contestó ella.

—Es evidente que usted no aprobaba el segundo matrimonio de su padre...

—No, no es eso —Gemini había comenzado aquella conversación y ahora se sentía incómoda por revelar demasiada información familiar ante un hombre al que acababa de conocer.

Sobre todo porque, si creía a Angela, ese hombre tenía algo con ella—. Solo creo que mi padre debería haber esperado un poco más antes de volver a casarse. Se sentía muy mal cuando Angela y él se conocieron; mi madre había muerto el año anterior, tras treinta años de matrimonio, y se sentía muy solo —se encogió de hombros—. A mí me pareció el típico caso de boda por despecho.

—Pero ¿su padre no estaba de acuerdo?

—Era increíblemente infeliz desde que mi madre murió, y parecía tan feliz con Angela que no tuve agallas para plantearle mis dudas.

—¿Lo quería mucho?

–Mucho –confirmó ella.

–Así que Angela y él se casaron a pesar de sus dudas.

Gemini asintió.

–Yo solo quería que volviese a ser feliz. Intenté llenar el hueco que ella dejó, pero no importa lo unidos que estábamos, una hija no puede ocupar el lugar de un compañero de vida.

Un compañero de vida...

Habiendo presenciado el matrimonio duradero y feliz de sus padres, Drakon estaba familiarizado con el concepto, pero nunca lo había oído descrito con esas palabras.

Pensándolo bien, era una buena manera de describir la cercanía de sus

padres; en su matrimonio había habido amistad, confianza y mucho amor. Un amor que había alcanzado a sus dos «hijos», y que ahora hacía que su madre, viuda desde hacía tiempo, recurriera a constantes sermones sobre lo maravilloso del matrimonio cada vez que Markos o él iban a Atenas a visitarla, y que los alentara a casarse y a darle los nietos que tanto deseaba. Por desgracia, ni Markos ni él habían encontrado a una mujer con la que pudieran pensar en pasar el resto de sus vidas, y mucho menos esa compañera de vida a la que Gemini Bartholomew se había referido.

De niño, Drakon había dado por hecho que los padres de todo el mundo

estaban tan felizmente casados como los suyos. Durante la adolescencia y los primeros veinte, siendo herederos Lyonedes, Markos y él habían disfrutado saliendo y acostándose con muchas mujeres hermosas, sin pensar en enamorarse ni en casarse. Drakon había tardado años en darse cuenta de que ni siquiera había sentido algo parecido al amor por alguna de esas mujeres; resultaba que el tipo de amor de sus padres era en realidad la excepción que confirmaba la norma.

A sus treinta y seis años, Drakon se consideraba demasiado cínico como para aceptar esa vulnerabilidad emocional en su vida. Aunque tuviera la

suerte de encontrarla.

—¿Usted y su padre estaban muy unidos? —preguntó.

—Mucho —contestó ella, y sus bonitos ojos aguamarina se llenaron de lágrimas.

—No pretendía disgustarla...

—No pasa nada —le aseguró—. Es que... aún lo echo mucho de menos.

—¿Está segura de que no quiere beber nada?

—No. De verdad. Estoy bien —parpadeó para controlar las lágrimas y siguió hablando con determinación—. Las cosas entre nosotros cambiaron. Se volvieron más... difíciles cuando mi padre se casó con Angela.

—¿Él era infeliz en el matrimonio?

—Creo que ya lo he aburrido suficiente

con los detalles de mi familia, señor Lyonedes –respondió Gemini–. Solo se lo he contado en un esfuerzo por ayudarlo a entender lo... lo incómodo de esta situación.

Él asintió aceleradamente; obviamente aceptaba su explicación.

–Lo que no comprendo es qué piensa que puedo hacer por usted.

Por desgracia, ahora que Gemini lo tenía delante, se hacía la misma pregunta. Sentada en su apartamento, repasando la conversación que quería tener con Drakon Lyonedes, todo le había parecido mucho más simple de lo que era en realidad. Y el hecho de que aquel hombre fuese increíblemente

guapo no ayudaba a la situación.

Tampoco el hecho de que, a pesar de estar teniendo una aventura con Angela, Gemini se sintiese atraída por aquellos rasgos oscuros y peligrosos.

¿Se habría sentido más atraída por él si no hubiera sabido que estaba con Angela? ¡Miedo le daba pensarlo!

Se humedeció los labios con nerviosismo antes de hablar.

—Como ya he dicho, me gustaría que retirase su oferta sobre la casa Bartholomew.

—Lo cual, si no lo he entendido mal, no tendría por qué ser asunto suyo. Fue Angela Bartholomew la que heredó la casa al morir su padre, no usted —señaló Drakon.

–Pero no debería haberlo hecho – insistió Gemini–. Semanas antes de morir, mi padre me aseguró que pensaba hacer un nuevo testamento. Y en él estipularía claramente que la casa Bartholomew sería mía.

–Algo que obviamente no pudo hacer antes de morir.

–Bueno... sí.

–¿No le dejó nada?

–¡Yo no llamaría nada a los recuerdos de su amor y de su cariño!

–Como sin duda sabrá, me refería a cosas materiales.

–No era necesario. Mis padres abrieron un fideicomiso para mí hace años. Pero, como ya le he dicho, mi

padre me aseguró que tenía intención de que la casa Bartholomew fuese mía después de su muerte.

—Por desgracia yo solo tengo su palabra.

—¡No tengo por costumbre mentir, señor Lyonedes!

—No estaba sugiriendo tal cosa — Drakon suspiró irritado, tanto por la conversación como por la angustia que podía ver en la cara de la chica tras haber perdido a su padre y estar a punto de perder la casa familiar—. Sugería que tal vez deba hablar estos temas con los abogados de su padre en vez de conmigo.

—Ya lo he hecho —admitió ella.

—¿Y?

—Y reconocen que, semanas antes de su muerte, mi padre los informó del hecho de que estaba escribiendo un nuevo testamento.

—Pero ¿no llegó a presentárselo?

—Eso parece —confirmó ella con voz temblorosa—. Ellos piensan como usted. Mientras no haya un nuevo testamento que diga claramente que la casa Bartholomew me corresponde, Angela tiene derecho a ella también.

—No es cuestión de que yo esté de acuerdo o no —dijo Drakon—. La ley es la ley; no importa lo que se haya estipulado verbalmente. Además, aunque yo retirase la oferta que hecho sobre la casa y el terreno, no me cabe duda de

que su madrastra encontraría otro comprador.

—Me doy cuenta de ello; y por eso se me ha ocurrido una proposición. Si usted está de acuerdo, claro —sus ojos se habían iluminado con excitación.

Drakon cerró sus propios ojos un instante antes de abrirlos de nuevo y observar a Gemini con los párpados entornados.

A juzgar por las cosas que acababa de contarle sobre la familia Bartholomew, probablemente fuese quien decía ser. Sin embargo, dado que se había presentado allí aquel día con la intención de persuadirlo para que su empresa no comprase la casa Bartholomew, Drakon temía que esa

proposición suya fuese a ser igual de irregular.

–Tendría que prometer no contarle nada de ello a Angela por ahora –añadió ella con preocupación–. De lo contrario, sé que ella haría todo lo que estuviera en su poder para evitarlo... hasta el punto de echarse atrás con la venta de la casa a Empresas Lyonedes.

Drakon apretó los labios.

–No sin incurrir en una sanción por incumplir nuestro acuerdo.

–Al menos conseguiría algo.

–Señorita Bartholomew...

–Por favor, llámeme Gemini.

–Gemini –accedió Drakon, aunque pronunciar aquel nombre tan extraño

añadía cierto grado de intimidar a aquella situación, ya de por sí extraña, y no estaba seguro de sentirse cómodo al respecto—, obviamente ha habido un malentendido con respecto a mi... —se detuvo al ver a Markos en la escalera de caracol privada que conectaba directamente con las oficinas de debajo.

Gemini frunció el ceño al notar que ya no le prestaba atención. Contuvo la respiración, se dio la vuelta y se encontró con un hombre moreno y guapo, de rasgos similares a los de Drakon Lyonedes, y que seguramente fuese pariente suyo. Sin duda aquel era Markos Lyonedes, el primo de Drakon.

Fuera quien fuera, Gemini deseó que hubiera tardado un poco más en hacer su

aparición.

—Siento interrumpir, Drakon —el hombre tenía sus ojos verdes puestos en ella incluso cuando se dirigía a su primo—. Pensé que te reunirías conmigo en el despacho hace tiempo.

Drakon miró el reloj de oro de su muñeca y le sorprendió ver que llevaba casi media hora hablando con Gemini, en vez de los diez minutos que había planeado inicialmente. ¡Increíble!

—Creo que la señorita Bartholomew ya ha dicho lo que deseaba decir... —se volvió para mirarla.

En vez de interpretarlo como una invitación a marcharse, ella se dio la vuelta y atravesó la estancia en

dirección a donde Markos se encontraba.

—Es un placer conocerlo, señor Lyonedes —dijo con una sonrisa mientras le ofrecía la mano.

Markos miró a su primo con las cejas arqueadas antes de girarse hacia ella y aceptar la mano.

—Le aseguro que el placer es todo mío, señorita Bartholomew.

—Gemini —dijo ella.

—Markos —respondió él.

—Siento haber hecho que tu primo llegue tarde a una reunión importante.

—En absoluto —dijo Markos—. Si hubiera estado en el lugar de Drakon, yo no habría tenido ninguna prisa por abandonarte para ir a una aburrida

reunión de negocios.

De pronto Drakon se sintió increíblemente molesto por el flirteo que estaba sucediendo ante sus ojos, y le molestó más aún ver que Gemini se reía alegremente antes de apartar la mano de la de su primo.

—Me reuniré contigo en unos minutos, Markos —le dijo.

Su primo le dirigió una mirada de sorpresa.

—Yo estaría encantado de quedarme aquí y hacerle compañía a Gemini mientras tú vas a hablar con Bob Thompson.

Drakon apretó los labios.

—Eso no será necesario. La señorita

Bartholomew y yo cenaremos juntos esta noche para terminar la conversación.

Gemini se volvió hacia él y lo miró sorprendida.

—¿Ah, sí?

Drakon se tragó la frustración que sentía y se preguntó por qué habría sugerido aquello. Quizá porque no le gustaba la idea de que Markos se quedara allí a solas con ella, igual que no le gustaba que su primo hubiese prolongado el apretón de manos más de lo estrictamente necesario.

Aquella mujer había forzado un encuentro con él tras provocar un altercado en su empresa, antes de realizar varias declaraciones sorprendentes; incluyendo una referente

a su relación con su madrastra. Y como recompensa a ese comportamiento inaceptable, ¿él iba a invitarla a cenar?

No, no la había invitado a cenar. Le había dicho que cenarían juntos esa noche para terminar aquella conversación. No era lo mismo.

—Sí —respondió—. Enviaré un coche a la casa Bartholomew para recogerte a las siete y media.

—Hace años que no vivo allí —contestó ella—. Me temo que Angela me acorraló varios meses después de casarse con mi padre y me pidió que me fuera —explicó.

Drakon frunció el ceño; la relación entre las dos mujeres Bartholomew le gustaba cada vez menos.

Cierto que, siendo la segunda mujer de Miles Bartholomew, Angela tenía todo el derecho de pedirle a su hijastra que se buscase otro lugar donde vivir, sobre todo porque Gemini debía de tener por entonces veinticuatro o veinticinco años. Pero moralmente...

Claro que, como ya le había asegurado a Gemini aquel día, por desgracia la moral solía tener poco que ver con esas cosas.

—Entonces dale tu dirección actual a la recepcionista de abajo cuando te marches para poder enviar el coche allí —le ordenó.

—Yo iré a la recepción con Gemini —se ofreció Markos.

Drakon le dirigió a su primo una mirada de advertencia al notar de nuevo su interés por la hermosa joven.

—Estoy seguro de que la señorita Bartholomew es más que capaz de tomar el ascensor, habiendo logrado llegar hasta mí.

—Yo también lo estoy —contestó Markos con una sonrisa—. Pero ¿no sería mejor que uno de nosotros se asegurase de que en efecto ha abandonado el edificio?

Gemini se sonrojó.

—¡No me gusta que insinúen que soy una especie de criminal que necesita vigilancia para salir de aquí! —se defendió.

–Perdóname si he dado esa impresión sin querer –se disculpó Markos.

Ella asintió.

–Solo me he comportado así hoy porque necesitaba hablar con tu primo de... un asunto personal. Y me pareció la única manera de lograrlo.

Drakon sintió la mirada especulativa de Markos en él, consciente de que, tras su conversación anterior, su primo debía de pensar que «asunto personal» era algo completamente distinto de lo que realmente era.

–Acompaña a la señorita abajo, Markos –le dijo a su primo mientras atravesaba la estancia hacia ellos–. Hasta esta noche, Gemini –añadió con

voz aterciopelada antes de descender por la escalera de caracol sin mirar atrás.

—¿Tengo una mota de polvo en la nariz o algo así? —le preguntó Gemini con el ceño fruncido al hombre que estaba junto a ella en el ascensor, al notar que no dejaba de mirarla.

—En absoluto —contestó Markos—. Es solo que... Drakon no me había dicho que te conociera.

—¡Eso es porque no me conocía!

—¿No?

—Señor Lyonedes...

—Markos —le recordó él.

Era encantador, sí, pero a Gemini no

le cabía duda de que tenía una voluntad de hierro tan fuerte como la de su primo.

–¿Por qué no dices lo que tengas que decir, Markos? –preguntó.

Él se encogió de hombros.

–Solo siento curiosidad por tus razones para venir aquí hoy.

Gemini sonrió.

–En realidad no tiene nada de curioso.

–¿No?

–No.

–Pero supongo que estoy en lo cierto al pensar que eres la hija de Miles Bartholomew.

–Sí.

–Lo que pensaba.

¡Y probablemente estaría pensando

muchas cosas más si estaba al corriente de la relación que su primo mantenía con su madrastra!

Si Angela supiera que iba a cenar con Drakon esa noche, sin duda montaría una de sus rabietas. Pero ese era problema de Drakon, no de ella; realmente Angela no podía hacerle nada más de lo que le había hecho ya.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Markos —dijo Gemini con una sonrisa mientras salía del ascensor en la planta baja—. Me aseguraré de dejar mi dirección a la recepcionista antes de salir.

Por suerte Markos interpretó eso como la despedida que era y se mantuvo

dentro del ascensor.

–Espero que disfrutes de tu cena con Drakon esta noche –le dijo con un brillo divertido en aquellos ojos verdes mientras las puertas del ascensor se cerraban lentamente.

Gemini no sabía si lo que le hacía gracia era ella o su primo...

Capítulo 3

—Al sugerir que cenásemos juntos esta noche, imaginé que nos encontraríamos en un restaurante.

La expresión de Drakon resultaba indescifrable, de pie frente al edificio Lyonedes, mientras veía como Gemini salía de la parte trasera de una limusina planteada. El vestido negro a la altura de las rodillas que llevaba dejaba sus brazos y sus hombros al descubierto y le proporcionaba una vista muy sugerente de sus pechos por encima del escote.

Era el envoltorio perfecto para aquel pelo rubio y liso. Aquella noche el colorete añadía color a sus mejillas, y sus labios brillaban con un tono melocotón pálido. ¡Estaba arrebatadoramente guapa!

Drakon asintió con la cabeza para despedir al conductor, esperó a que el hombre se alejase con el coche antes de volverse hacia Gemini.

—¿Te parece mal que cenemos aquí, en el apartamento?

No era que le pareciera mal en sí. Simplemente no le parecía muy profesional cenar con Drakon Lyonedes en la intimidad de aquel apartamento tan asombroso y con unas vistas tan maravillosas. Aunque fuera vestido de

nuevo con uno de esos trajes formales hechos a medida con una camisa de seda blanca y una corbata azul pálido. Se había afeitado hacía poco y parecía tener el pelo ligeramente húmedo. Como si acabase de estar desnudo bajo la ducha...

Imaginarse a Drakon desnudo bajo la ducha no era buena idea, teniendo en cuenta que ya era muy consciente de él.

Drakon arqueó las cejas al no obtener respuesta.

—Al fin y al cabo se trata de una conversación de negocios, ¿no?

Bueno, dicho así...

—Por supuesto —afirmó Gemini, y lo siguió mientras entraban al edificio, que

estaba en silencio y apenas iluminado.

Mientras caminaban hacia el ascensor, los tacones de ocho centímetros de sus sandalias resonaban en aquel silencio incómodo. Se sintió más incómoda aún cuando estuvieron los dos en el interior del ascensor.

—Es muy amable por tu parte haber accedido a verme otra vez tan pronto — comentó ella en un intento por calmar los nervios.

Normalmente no era una chica nerviosa. Al contrario. En general era bastante directa. Pero había algo muy intenso en el hombre que tenía al lado.

—¿Después de tu comportamiento tan poco ortodoxo de hoy, quieres decir? — preguntó él con una sonrisa.

–Sí –contestó ella con un delicado rubor en las mejillas.

–Hay ciertos aspectos de nuestra conversación que han quedado... incompletos.

–¿De verdad? –preguntó ella.

–Oh, sí.

–Ah, claro. No había terminado de contarte mi proposición.

–Eso también –contestó él.

¿También? ¿Qué otra parte de su conversación habría quedado incompleta?

Gemini no tuvo más tiempo de darle vueltas a esa pregunta, porque las puertas del ascensor se abrieron y Drakon se echó a un lado para permitirle

salir a la sala de estar de su apartamento. La sala de estar parecía mucho más íntima aquella noche, iluminada solo por cuatro lámparas situadas por la habitación y las luces de la ciudad, que entraban por los ventanales de la pared. Frente a ellos había una mesa redonda preparada para dos, con tres velas apagadas color crema situadas en el candelabro de plata.

—¿Quieres una copa de vino?

Gemini apartó la mirada de la mesa y se fijó en Drakon, que estaba junto al mueble bar.

—Eh... sí, gracias —contestó mientras dejaba el bolso en el brazo de una silla—. Blanco, si tienes.

Drakon sonrió levemente para sí mientras se daba la vuelta para abrir y servir el vino. Notó la incomodidad de Gemini, que seguía de pie en mitad de la habitación.

—¿Ha sido agradable el resto de tu día? —preguntó mientras se acercaba para entregarle una de las dos copas de vino afrutado.

Gemini lo miró sobresaltada mientras estiraba la mano para aceptar la copa.

Eh... ajetreado. Como siempre.

—¿Ajetreado en qué sentido? — aquellos ojos negros se quedaron mirándolo por encima del borde de su copa mientras bebía.

Gemini no había imaginado que

hablaría sobre su día la próxima vez que lo viera. Casi como si estuvieran teniendo una cita de verdad. ¡Lo cual era absolutamente ridículo! No era que estuviese saliendo con alguien en ese momento, pues su último interés romántico había terminado meses atrás, pero aun así... Dejando a un lado su relación con Angela, Drakon daba la impresión de desayunar rubias esbeltas, masticarlas durante el resto de la mañana y después escupir sus huesos antes de disfrutar de alguna morena durante la comida.

Aunque imaginarse a Drakon devorándola tal vez no fuese la mejor idea, teniendo en cuenta que no podía apartar la mirada de su boca ni dejar de

imaginarse cómo sería el roce de esos labios sobre su piel.

—Siempre estamos ocupados el día antes de una gran boda —empezó a hablar en un intento por ignorar aquellos pensamientos eróticos e inapropiados—. Hay que decorar la iglesia, preparar el ramo de la novia, los ramilletes y las flores de los ojales. Después, por la mañana, tendremos que adornar la mesa principal y las otras veinte mesas del banquete. Tengo que levantarme muy temprano para asegurarme de que todo esté hecho antes de que vuelvan de la boda a las cuatro en punto.

¿Por qué diablos había añadido aquella parte? ¡Ella no seguiría allí por

la mañana!

Drakon pareció perplejo.

—Me temo que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Oh. Perdona —Gemini frunció el ceño antes de dar un trago al vino.

Estaba delicioso. Por supuesto. Un Pinot Grigio muy frío, si no se equivocaba. Y probablemente no se equivocaba, pues a su padre le había parecido una parte importante de su educación enseñarle a reconocer un buen vino.

—Un vino delicioso —asintió antes de dejar la copa en una de las mesas. Delicioso, pero letal si bebía demasiado, pues apenas había tenido tiempo durante el día de comer algo.

¡Sobre todo porque ya había empezado a pensar en lo que sería besar a Drakon!

—Me alegra que te guste —contestó Drakon, preguntándose por qué se habría sonrojado Gemini—. Estabas a punto de explicarme tu participación en esa gran boda —le recordó.

—Poseo y dirijo una floristería.

Drakon frunció el ceño.

—No lo sabía.

Gemini se encogió de hombros.

—No tenías por qué saberlo.

Sí que tenía. Nada más terminar su reunión aquella mañana, Drakon había llamado a Max Stanford y le había pedido no solo que comprobase que Gemini era quien decía ser, sino también

que averiguase los pormenores de la relación con su madrastra. Tal vez debería haberle pedido a Max un informe más detallado.

Le sorprendió que tuviera trabajo; que fuese la dueña de una floristería, nada menos. Miles Bartholomew era de familia rica, y había ganado aún más dinero durante su fructífera carrera profesional. Siendo su única hija, Gemini no tendría necesidad de trabajar. A no ser que...

Apretó la mandíbula.

—Creía que habías dicho que tu padre te dejó dinero al morir.

—Así es —contestó ella con una sonrisa que dejó ver sus dientes blancos—. Ya te dije que tengo un fideicomiso. Hace

cinco años que tengo la tienda. Supongo que no soy de esas niñas guapas que se quedan sentadas sin hacer nada esperando a que venga un apuesto príncipe y les proponga matrimonio – declaró.

Aquella mujer no era simplemente guapa, era más bien preciosa, y a Drakon no le cabía duda de que, durante sus veintisiete años, no le habrían faltado pretendientes dispuestos a proponerle algo probablemente menos permanente que el matrimonio. Él incluido...

–¿Y disfrutas con la floristería? – preguntó, molesto con sus propios pensamientos.

–¡Me encanta!

–¿Y tiene éxito la tienda?

–Mucho –Gemini le dirigió a Drakon una mirada pícaro de reojo–. Y no es que sea una vanidosa, es que simplemente tiene éxito sin más.

–Por favor, no pongas en mi boca palabras que no he dicho –le aconsejó él–. Y no hay ningún negocio que tenga éxito sin más. Hace falta trabajo duro para que triunfe.

–Parece que hablastes por experiencia.

Drakon se encogió de hombros.

–Mi padre y mi tío fueron los que fundaron Empresas Lyonedes. Mi primo y yo simplemente hemos seguido

sumando éxitos.

Gemini sabía que aquellos dos hombres poderosos habían hecho mucho más que eso. Empresas Lyonedes era una de las compañías más fuertes y poderosas del mundo.

—Mi padre también fundó su propia empresa —dijo ella—. La cerró cuando se jubiló, a los sesenta.

—¿Porque a ti no te interesaba seguir con el negocio de tu padre? ¿O porque no tenía ningún hijo que siguiera con ello? —preguntó Drakon.

—Por ambas cosas, probablemente.

¿Era tristeza lo que Drakon notó en la voz de Gemini? Tal vez cierta nostalgia por haber sido hija única. Habiéndose criado con un primo pequeño, él no

podía imaginarse cómo debía de ser esa vida. La casa de sus padres siempre parecía estar llena de vida y de risas, con ellos y con sus amigos.

—Por desgracia mi talento siempre ha estado en las flores y demás cosas que se cultivan —añadió ella—. Ya de pequeña me obsesionaba cavar en el jardín. Hasta el punto de que mi madre finalmente convenció a mi padre para cederme mi propia parcelita en el jardín, sin duda en un esfuerzo para que yo dejara de cavar en sus rosas.

Solo hablar de sus padres era suficiente para revelar el profundo amor que había existido entre Gemini y ellos; lo cual hacía que el segundo matrimonio

de Miles Bartholomew, con una mujer no mucho mayor que la propia Gemini, fuese más difícil para ella.

Drakon recordó que tendría que darle las gracias a su madre la próxima vez que la viera por no haberles hecho pasar por lo mismo a Markos y a él. Aunque ninguno de los dos habría puesto objeciones si Karelia hubiera decidido volver a casarse tras la muerte de su padre; ambos la querían demasiado como para desearle algo que no fuera felicidad.

—Imagino que, siendo la dueña de una floristería, debe de resultarle difícil a un hombre enviarte flores —comentó él.

—En absoluto —le aseguró Gemini—. Mis favoritas son las rosas amarillas,

por si alguna vez quieres... –se detuvo abruptamente y el rubor volvió a teñir sus mejillas–. Lo siento. Claro, tú no querrás enviarme flores nunca –se dio la vuelta y se acercó a los ventanales que ofrecían unas vistas maravillosas de la ciudad iluminada–. Qué vistas tan bonitas.

Sí, eran bonitas, pero Drakon no estaba contemplando las vistas de Londres, sino a la propia Gemini.

Creía que nunca había conocido a una mujer como ella. Guapa, obviamente capaz, si llevaba una tienda de éxito, y además una hija leal y cariñosa con su padre a pesar de la relación poco armoniosa que existía entre su madrastra

y ella. Y ahora sentía que su deber era proteger la casa en la que había pasado su infancia, que había pertenecido a su familia desde hacía más de trescientos años, hasta el punto de haberse arriesgado esa misma mañana a que él hiciese que la arrestasen.

—¿Tocas?

Drakon sonrió al ver que Gemini estaba mirando el piano.

—Un poco.

—¿Y tocas bien?

—Me defiendo —contestó él encogiéndose de hombros.

—Estoy segura de que, aunque solo toques un poco, lo harás muy bien.

Drakon atravesó la habitación y se colocó junto a ella. La suavidad de su

perfume era una excitante mezcla de flores y mujer hermosa.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó.

Ella sonrió.

—No te conozco muy bien, pero ya sé lo suficiente sobre ti como para darme cuenta de que eres el tipo de hombre que, si decide hacer algo, da siempre la talla —de nuevo su sonrisa se esfumó cuando pareció darse cuenta de lo que acababa de decir. Y de las implicaciones sexuales...

Drakon se rio al ver de nuevo el rubor de sus mejillas.

—Interpretaré eso como un cumplido...

Gemini no se sentía cómoda con la

intimidación que se había creado entre ellos; una intimidación de la que sabía que ella era responsable por hacer aquel comentario.

¿Sería tal vez porque no había logrado quitarse de la cabeza la imagen de Drakon Lyonedes desnudo saliendo de la ducha? Probablemente. Le costaba trabajo pensar en él en abstracto cuando lo tenía al lado.

Se humedeció los labios.

—Tal vez deberíamos centrarnos en nuestra conversación de negocios.

—En ese caso, creo que primero debería sacarte de tu error y aclarar que no mantengo ninguna relación personal con tu madrastra.

Gemini se dio la vuelta y lo miró con

los ojos muy abiertos.

–¿Mi error?

–Desde luego –contestó Drakon–.

Nunca he mezclado el trabajo con el placer.

–Pero... –Gemini negó con la cabeza–. No lo comprendo.

–Es bastante simple. No sé qué te habrá hecho llegar a esa conclusión, pero te aseguro que mi único contacto con tu madrastra es profesional; a saber, la adquisición de la casa por mi parte –añadió para que no cupiese ninguna duda sobre lo que quería decir.

Gemini se quedó mirándolo sin palabras. Parecía sincero. De hecho, parecía más que sincero; su atractivo

rostro mostraba una expresión de asco ante la sugerencia de que pudiera tener una aventura con Angela.

Pero su madrastra le había dicho...

¿Una mentira?

¿Qué razón iba a tener Angela para mentir sobre mantener una relación íntima con Drakon?

Conociéndola como la conocía desde la muerte de su padre, de pronto se dio cuenta de que la respuesta era demasiado evidente.

Gemini había intentado por todos los medios que Angela le cayese bien cuando su padre se la presentó como la mujer con la que pensaba casarse. A pesar de la amplia diferencia de edad entre ambos. A pesar de que Gemini

pensara que su padre estaba precipitándose. Y a pesar de que Angela le hubiese dado la impresión de ser solo una rubia guapa y voluptuosa atraída por el dinero de Miles más que por el hombre en sí.

Sí, a pesar de todas esas cosas, Gemini había intentado llevarse bien con Angela. Aunque fuera por el bien de su padre, porque sabía lo mucho que él quería que su segunda esposa y su hija fueran amigas.

Cuando ambas mujeres habían estado en su presencia de Miles, parecían llevarse bien. Pero cuando Gemini se quedaba a solas con Angela, la hostilidad de su madrastra se había

vuelto evidente, ya fuera en forma de comentarios cortantes o de silencios incómodos.

Gemini se había dado cuenta enseguida de que, aparte de Miles, ambas no tenían nada en común, y de que incluso aquel interés común difería enormemente en su propósito. Angela había exigido toda la atención de Miles para ella. La existencia de su hija de veintitantos años había sido más una vergüenza que otra cosa. Mientras que Gemini solo había deseado ver a su padre feliz.

Que Angela le pidiera que se fuera de la casa tras casarse con Miles no le había supuesto dificultad alguna a Gemini. Solo había vuelto a la casa

Bartholomew tras la muerte de su madre, para que su padre no estuviera allí solo con sus recuerdos. Pero lo normal era volver a marcharse para dejar privacidad a los recién casados.

Lo difícil de soportar había sido que Angela le hiciera esa petición sin que Miles lo supiera, y consciente de que Gemini nunca le diría a su padre lo que había hecho. Angela le había dejado claro que no le gustaba el tiempo que padre e hija pasaban juntos; hasta el punto de asegurarse de que apenas sucediera. Era una actitud que quedaba disimulada siempre que Miles estaba presente. En esos momentos Angela se comportaba de manera adecuada y

seguía engatusando a su marido.

Dadas las circunstancias, no era de extrañar que Angela hubiera disfrutado al insinuarle a Gemini que había logrado capturar el interés de alguien como Drakon Lyonedes; un hombre mucho más joven que Miles y probablemente diez veces más rico.

Conociendo a Angela como la conocía, probablemente su madrastra pensara que era cuestión de tiempo que su aventura inventada se convirtiera en realidad. Así que ¿qué importaba que hubiese exagerado la situación? Y, si no llegaba a ocurrir, ¿quién iba a contradecir a Angela cuando el propio afectado se mostraba tan esquivo?

Salvo que ahora Gemini conocía a

Drakon y se sentía idiota por haberse creído la historia de que Angela y él estaban juntos. No le cabía duda de que su madrastra estaba mintiéndole; Drakon Lyonedes no era el tipo de hombre que se encaprichaba de cualquier mujer. Además, siendo tan arrogante y seguro de sí mismo, obviamente no necesitaba mentir sobre sus acciones; y menos sobre su aventura con una mujer.

—Imagino que esa información te la dio tu madrastra —dijo él.

Gemini se estremeció al sentir el desprecio bajo sus palabras.

—Tal vez la malinterpreté. Mencionó que eras... simpático —«increíblemente atractivo» habían sido sus palabras

exactas, pero Gemini no podía decirle eso—. Quizá dejé volar mi imaginación más allá de lo que Angela pretendía...

—Me has dicho que tú no mientes — señaló Drakon.

—Intento no hacerlo.

—Pues no mientas ahora —le aconsejó con frialdad.

—Creo haber dicho que tal vez estaba equivocada.

—¿Y realmente lo crees?

—Lo que creo es que Angela estaba intentando hacerme daño alardeando de lo rápido que había sustituido a mi padre en su cama. Debiste de pensar que yo estaba completamente loca cuando esta mañana he empezado a hablar sobre la aventura que tenías con ella —le

ofreció una sonrisa avergonzada.

Él resopló.

–No del todo –respondió.

–Nunca has tenido una relación íntima con Angela, ¿no?

–No –confirmó Drakon.

–Dios mío, lo siento mucho.

–Bebe un poco más de vino –Drakon levantó la copa de Gemini de la mesa y se la ofreció, mientras por dentro maldecía a Angela Bartholomew y las mentiras que le había contado a su hijastra. ¿Para hacerle daño? Sin duda. Drakon despreciaba a cualquier mujer que aseguraba mantener una relación con él que no era cierta y que nunca lo sería. Sobre todo en el caso de la voluptuosa

Angela Bartholomew.

¿Le habría molestado tanto si no hubiera sido a la hermosa Gemini a quien le hubiera contado esas mentiras?

Drakon no quería pensar en las implicaciones de esa pregunta, y mucho menos encontrarle respuesta.

—No todo lo que te ha contado de mí tu madrastra es mentira. Empresas Lyonedes está en trámites para comprar la casa Bartholomew y sus terrenos —le recordó a Gemini.

—No entiendo por qué querrás tener una casa tan grande en Londres cuando tienes este maravilloso apartamento en el que puedes alojarte cuando estás en Inglaterra.

Drakon tomó aliento y dio un paso

atrás.

–No tengo intención de vivir en la casa Bartholomew.

–¿No?

–No.

–Entonces, ¿quién va a...? Tal vez no debería preguntarlo. Obviamente tienes tus razones para querer tener una casa en Londres.

Drakon entornó los párpados al ver que Gemini estaba dando por hecho que sus razones tendrían que ver con alguna mujer.

–Creo haber dicho que Empresas Lyonedes está en trámites para completar la adquisición de la casa Bartholomew –repitió con firmeza.

–¿Y qué quiere decir eso exactamente?

–Justo lo que he dicho.

Gemini negó confusa con la cabeza.

–¿Vas a abrir más oficinas allí o algo?

Drakon apretó los labios al advertir el desastre inminente.

–O algo.

Gemini se quedó mirándolo fijamente, pero, como de costumbre, su rostro no revelaba ninguna emoción. Su expresión era tan inescrutable que podría haber posado para la esfinge egipcia original.

–Como presidente de Empresas Lyonedes, ¿qué piensas hacer exactamente con la casa Bartholomew?

–hizo la pregunta para asegurarse de que no pudiera haber más prevaricación por parte de él.

–Tal vez deberíamos cenar primero.

–¿Es porque tienes hambre? ¿O porque probablemente no tenga ganas de comer cuando respondas a mi pregunta?

–preguntó Gemini astutamente.

–Por lo segundo –admitió él.

–Drakon, por favor, ¿quieres decirme qué planes tienes con respecto a la casa?

–¿Para la casa en sí? Muy pocos –se encogió de hombros–. ¿Para los terrenos sobre los que se encuentra? Muchos.

Gemini siguió mirándolo sin expresividad, pero los pensamientos se agolpaban en su cabeza. La casa Bartholomew era una bonita mansión de

cuatro pisos y trescientos años de antigüedad. Estaba construida sobre un terreno ubicado en el corazón de Londres. Era ese terreno el que parecía interesarle más a Drakon Lyonedes.

Si ese era el caso, ¿qué pensaba hacer con la casa que ocupaba el terreno?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Gemini—. ¡Piensas derruirla!

Drakon frunció el ceño al oír su tono acusador.

No era una acusación del todo incorrecta...

Capítulo 4

–¡Creo que deberías sentarte antes de que te caigas! –Drakon se apresuró a agarrar del brazo a una pálida Gemini y llevarla a uno de los sillones. Le colocó la mano en la nuca y presionó para ponerle la cabeza entre las rodillas.

Justo lo que necesitaba. ¡Gemini Bartholomew inconsciente en su apartamento!

–Respira profundamente –le ordenó. No le había apartado la mano de la nuca y se dio cuenta de que estaba temblando.

¿Respirar profundamente? Gemini no sabía cómo iba a respirar cuando Drakon acababa de decirle que su empresa pensaba destruir la casa que había pertenecido a su familia desde hacía cientos de años. La misma casa donde ella había nacido y había pasado una infancia feliz y despreocupada.

—Bébetelo.

Gemini levantó la cabeza lo suficiente para ver la copa de vino blanco que Drakon sujetaba frente a ella. La agarró y se bebió el vino de un trago.

—¿Me sirves otra, por favor?

—Me parece que no.

—¡Drakon, por favor! —exclamó ella.

Drakon se encogió de hombros antes

de quitarle la copa y atravesar de nuevo la habitación para rellenarla.

—Solo quería señalar que beber demasiado vino no va a cambiar nada.

A Gemini le temblaban las manos cuando se apartó el pelo de la cara antes de aceptar de nuevo la copa de vino.

—Creo que en este momento eso no me importa mucho.

Él arqueó las cejas.

—Cosa que, por desgracia, no impedirá que mañana tengas resaca.

Gemini apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y tomó aire.

—En este momento no me importa el día de mañana —de pronto frunció el ceño—. ¿Legalmente puedes demoler una casa tan vieja como Bartholomew?

–Completamente no.

–¿Qué significa eso?

Drakon pareció escoger sus palabras cuidadosamente.

–Significa que nuestros planes de remodelación necesariamente tienen que incorporar la casa original.

A Gemini le dio un vuelco el corazón.

–¿Incorporarla cómo, exactamente?

–Ya están enviados y aprobados los planos para la construcción de un hotel y centro de conferencias.

Gemini agarró con fuerza la copa de vino y tuvo que contener las náuseas.

–Y supongo que Angela lo sabía desde el principio.

Drakon tomó aliento antes de darse la

vuelta y alejarse para mirar por uno de los ventanales.

—Creo que tu madrastra fue convenientemente informada de nuestras intenciones cuando empezamos, sí.

—¡Intenciones que yo habría hecho todo lo posible por frenar si hubiera estado al corriente!

—No me cabe duda.

—Entonces parece que llego justo a tiempo para hacerte mi propia oferta.

Drakon entornó los párpados y se dio la vuelta sin permitir que se notara en su cara el arrepentimiento que sentía por ver a Gemini tan alterada. Lo cual no significaba que en ese momento no le habría gustado estrangular a Angela Bartholomew por ser la causa inicial de

aquel disgusto.

Él no había sabido de las diferencias existentes entre ambas al empezar a negociar con la familia. Tampoco habría alterado las negociaciones, pero le gustaba estar al corriente de las circunstancias externas a los acuerdos de su empresa.

—¿Qué tipo de oferta? —le preguntó a Gemini.

Ella se puso en pie y se tambaleó ligeramente por el efecto del vino que acababa de tomar.

—¿Tienes un panecillo o algo que pueda comer? —le preguntó.

Drakon suspiró con impaciencia.

—Vamos a sentarnos a cenar. Después

podrás contarme lo de la oferta que deseas hacerme.

¿Sentarse a cenar? ¡Gemini sentía que le resultaría del todo imposible tragar el panecillo que acababa de pedir!

—Creo que es demasiado tarde para cenar juntos de manera cortés, ¿no te parece, Drakon?

—Entonces sugiero que cenemos juntos de manera no cortés —Drakon apartó una de las sillas de la mesa y la miró.

Ella sonrió sarcásticamente, atravesó la habitación y se dejó caer sobre esa silla.

—Creo que será mejor que no enciendas las velas —le aconsejó.

Drakon asintió, bordeó la mesa, sacó la comida del carrito y se la puso

delante.

—No volveremos a hablar hasta que hayas comido algo —le aseguró mientras se sentaba frente a ella.

Teniendo en cuenta el interés que Gemini le prestó a la comida, Drakon podría haberse ahorrado la molestia de ponérsela en el plato. Gemini solo pudo mordisquear un trozo de pan mientras imaginaba la bonita casa Bartholomew convertida en un complejo hotelero. Era impensable, inaceptable que pudiera ocurrir algo así.

Fiel a su palabra, Drakon permaneció callado durante la cena y solo volvió a hablar cuando llegaron al café.

—Es descafeinado —le aseguró

mientras le ponía la taza delante.

En cualquier otro momento, en otras circunstancias, a Gemini le habría encantado que un hombre como Drakon Lyonedes se hubiera molestado en recordar cómo tomaba el café. ¡En otras circunstancias muy diferentes!

—Gracias —aceptó la taza y dio un sorbo al café.

—De nada —murmuró él mientras regresaba a su asiento.

—No puedo decir que haya disfrutado de la cena —añadió ella.

—Por suerte el chef de mi restaurante favorito en Londres no está aquí para ofenderse porque no hayas probado bocado.

Gemini lo miró con el ceño fruncido.

—Me siento estúpida por no haberme dado cuenta de que Angela tramaba algo cuando rechazó mi oferta de comprarle la casa.

Drakon arqueó las cejas.

—¿Le hiciste una oferta oficial por la casa Bartholomew?

—Oh, sí —contestó—. Pero Angela se rio en mi cara.

Cuanto más oía hablar de Angela Bartholomew, más la despreciaba. Y habría preferido estar más preparado para la angustia que le había provocado a Gemini la naturaleza mercenaria de su madrastra.

Eligió sus palabras con cuidado.

—Por muy admirables que fueran tus

acciones, dudo que la cantidad que le ofreciste pueda competir con la oferta que Empresas Lyonedes le ha hecho.

—Me aseguré de que mi cantidad superase la vuestra ligeramente.

Drakon la miró sorprendido.

—¿Tienes esa cantidad de dinero a tu disposición?

—Más o menos.

Drakon apretó los labios al ver que Gemini le evitaba la mirada.

—¿Cuánto más y cuánto menos?

Ella se puso en pie.

—Tengo el dinero —aseguró.

Drakon entornó los párpados y vio el brillo en sus ojos aguamarina, el rubor en las mejillas. Y aquella expresión decidida.

En otras circunstancias podía imaginarse disfrutando de hacer el amor con ella hasta volverla loca de deseo, hasta que sus mejillas se sonrojaran de placer y tuviera los labios hinchados de excitación.

En otras circunstancias...

Drakon no recordaba la última vez que una mujer había despertado su interés sexual tanto como Gemini. Si era sincero consigo mismo, había empezado a atraerlo desde que la viera por el monitor de seguridad aquella mañana, mientras daba vueltas con impaciencia de un lado a otro de la habitación. Markos había acertado al hacer sus conjeturas cuando Drakon había

anunciado que tenía intención de hablar con Gemini en persona. Además su primo había sabido lo que tenía que hacer para provocar una reacción en él al subir al apartamento e interrumpir su conversación.

Drakon se había quedado tan sorprendido como Markos al anunciar que Gemini cenaría con él esa noche. Sorprendido por la necesidad de asegurarle que no mantenía ninguna aventura con su madrastra. Y ligeramente alarmado por el hecho de que las circunstancias de su encuentro hicieran que él fuese el último hombre del planeta con el que Gemini podría querer acostarse.

Durante los años, se había

acostumbrado a tener a cualquier mujer que le interesase. Su parte cínica sabía que esas conquistas se debían tanto a su riqueza como al atractivo personal que pudiera o no tener, pero ya conocía a Gemini lo suficientemente bien para saber que ni su dinero ni su aspecto físico serían suficientes para tentarla a tener una relación puramente física con él. Era una mujer que requeriría... más...

¿Y dónde le dejaba eso a él?

Atraído profundamente por una mujer que sabía que jamás correspondería esa atracción.

—Tienes el dinero, pero...

Gemini lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te hace pensar que hay un «pero»?

—¿No lo hay? —preguntó él con una sonrisa burlona.

Sí, lo había. Y uno muy grande. Uno que Gemini había estado intentando superar sin éxito durante el último mes.

Suspiró.

—Ya te he dicho que mis padres me dejaron un fideicomiso. Me han estado pagando los intereses anualmente desde que cumplí los dieciocho, y la cantidad total se me entregará cuando cumpla los treinta. Durante el último mes he estado intentando ver si puedo cancelar el fideicomiso y tener el dinero ahora. Así podría comprar la casa Bartholomew.

—¿Y?

Ella frunció el ceño.

—Los abogados de mi padre me han asegurado que el fideicomiso no se puede cancelar. Claro, si mi padre hubiera hecho un nuevo testamento, como prometió que haría... —negó con frustración—. Pero obviamente no lo hizo, así que no podré tener acceso al dinero hasta que cumpla los treinta.

Drakon arqueó las cejas.

—Lo que significa que no recibirás el dinero hasta dentro de... ¿qué? ¿Otros tres años?

—Dos años y cuatro meses, para ser exactos —respondió Gemini.

—Por favor, seamos exactos —dijo él

con una sonrisa—. Entonces, ¿tu cumpleaños es en octubre?

—Sí. El veintidós.

—Pero ese no es el mes de Géminis.

—No.

—Había dado por hecho que tu nombre tenía que ver con tu signo zodiacal.

Gemini se obligó a sonreír, aunque quedara forzado.

—Pues obviamente te has equivocado.

Drakon se quedó mirando su sonrisa y la expresión de sus ojos.

—Estás siendo evasiva, Gemini.

—¿De verdad?

—Sabes que sí.

Gemini empezó a dar vueltas de un lado a otro, con movimientos gráciles, mientras la luz de la luna se reflejaba en

su pelo.

–No entiendo qué tiene que ver mi cumpleaños con la oferta que te he hecho.

–Aún no me has hecho ninguna oferta. Y tampoco quiero oírla hasta que acabemos esta conversación –le aseguró Drakon–. Géminis es el signo de los gemelos... –murmuró.

–Cualquiera se habría dado cuenta ya de que es evidente que no quiero seguir hablando de este tema –contestó ella.

–Me he dado cuenta.

–Pero sigues hablando de ello.

–Sí.

–¿Por qué?

Porque, aunque veía que era doloroso

para ella, Drakon quería, necesitaba, saberlo.

Gemini ya le había contado mucho sobre ella; cuándo era su cumpleaños, a qué se dedicaba, lo mucho que quería a sus padres, la mala relación con su madrastra. Y no era suficiente. Drakon deseaba saberlo todo sobre Gemini Bartholomew. Casi tanto como deseaba hacer el amor con ella.

—Soy gemela —confesó ella de pronto con los ojos brillantes por las lágrimas—. Tenía un hermano. Solo vivió tres horas y mi madre eligió mi nombre deliberadamente; no porque estuviera triste por haberlo perdido, sino porque le alegraba haber podido conocerlo, aunque fuera por tan poco tiempo. No

quería que lo olvidásemos nunca... –de pronto se le quebró la voz por las lágrimas. La cortina de su pelo cayó hacia delante para ocultar las emociones que revelaba su voz desgarrada.

Drakon resopló y se acercó a ella. La estrechó entre sus brazos, le rodeó la cintura y la cercanía le permitió aspirar el aroma del perfume de su melena.

–Lo siento mucho, Gemini –murmuró–. Tenías razón. No debería haberte presionado de esta forma.

–No importa –dijo ella–. Es que, desde que mi padre murió, no hay nadie que sepa lo de Gabriel; así se llamaba. Gabriel. Gemini y Gabriel –tomó aliento–. Es extraño, porque nunca lo

conocí realmente, pero siempre me he sentido como... como si de algún modo estuviese incompleta, como si me faltase una parte –levantó la mirada y le dirigió una sonrisa llorosa–. Extraño, ¿verdad?

No era extraño en absoluto teniendo en cuenta que Gabriel había sido su gemelo; que ambos habían compartido el vientre de su madre durante nueve meses al comienzo de sus vidas.

También explicaba la tristeza que Drakon había visto antes en sus ojos, cuando había mencionado que no había ningún hijo que heredase el negocio de su padre. Porque ahora se daba cuenta de que no había ningún hijo vivo.

Gemini no tenía ningún hermano. Tampoco padres. Estaba completamente

sola en el mundo.

Por mucho que a Drakon le molestase a veces la actitud canallesca de Markos, por mucho que en ocasiones se preocupase porque su madre pasara tantos meses viviendo sola en Atenas, no podía imaginarse sin alguno de ellos.

Como si tuviera voluntad propia, su mano se movió para acariciarle el pelo.

—Creo que, en estas circunstancias, es un sentimiento normal —le dijo.

—¿De verdad?

—Por supuesto —Drakon asintió y enredó los dedos en su pelo—. He considerado a Markos como un hermano desde que tenía diez años y hemos estado siempre muy unidos. Saber que

podrías haber tenido la misma cercanía con tu propio hermano debe de ser difícil a veces. Sobre todo estos últimos seis meses, ahora que tus padres no están.

Gemini no sabía lo que estaba haciendo, contándole su vida a Drakon Lyonedes. Lo había conocido esa misma mañana y le había parecido distante y arrogante. Debería ser la última persona a la que contarle sus emociones.

Pero más preocupante aún resultaba el hecho de que ahora era físicamente consciente de él.

No era que no hubiese sido consciente de su atractivo físico desde el primer momento, pero estar tan cerca de él, en sus brazos, con su cuerpo pegado al

suyo, hacía que todos sus sentidos estuviesen a flor de piel.

Olía tan bien, y su cuerpo resultaba tan cálido junto a ella... Con esos hombros anchos y fuertes, su torso y su vientre firmes, sus piernas largas colocadas a cada lado, sus muslos duros y...

Oh, necesitaba ayuda.

Gemini se tensó al mirar a Drakon. Sentía su erección contra su vientre. Con los tacones era solo unos pocos centímetros más baja que él y sus caras estaban tan cerca que podía sentir su aliento caliente en la mejilla. Era evidente que Drakon era consciente de la súbita tensión sexual. Había apretado

la mandíbula y los labios. Y aquellos ojos oscuros...

Aquellos ojos oscuros ardían con el mismo deseo que Gemini sentía presionando contra ella.

¿Qué podía hacer? Dejarse llevar por el deseo y recorrer la distancia que separaba sus labios sería meterse en problemas. Pero apartarse y salir corriendo tampoco era una opción, pues aún tenían muchas cosas de las que hablar.

De pronto Drakon resolvió su dilema al agarrarle los brazos y apartarla de él antes de dar un paso atrás.

—¿Mejor ahora? —preguntó con frialdad, de nuevo con actitud arrogante y distante, mientras levantaba su copa de

vino y daba un trago.

Bueno, al menos Gemini podía respirar de nuevo. Quedaba por ver si podría dejar atrás el deseo físico con la misma facilidad con que él parecía haberlo hecho.

—Mucho mejor —confirmó con voz grave—. Gracias.

Drakon no sabía por qué estaba Gemini dándole las gracias. ¿Por permitirle hablar de su familia, quizá? ¿O por haber decidido no resolver la tensión sexual que había inundado la habitación hacía unos minutos?

Era una tensión sexual que normalmente no habría dudado en resolver, pero, en el caso de Gemini, le

habría parecido que se estaba aprovechando de su vulnerabilidad.

Drakon sabía que era muchas cosas; frío, arrogante, despiadado... Pero hasta el momento no habría pensado que la autonegación formase parte de su carácter. Y era una autonegación con la que tendría que vivir para siempre, a juzgar por la erección palpitante bajo sus pantalones.

—¿Por qué? —le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Por ser un hombre en el que llorar cuando lo he necesitado.

—No he hecho nada salvo escuchar —contestó él dejando la copa vacía sobre la mesa—. Y creo que ahora es hora de escuchar tu oferta con respecto a la casa

Bartholomew. La misma oferta que le hiciste a tu madrastra –le recordó.

Gemini se quedó mirándolo durante varios segundos, pero no logró encontrar al hombre cariñoso y compasivo de hacía unos segundos. El hombre excitado que la había abrazado hacía unos segundos se había esfumado.

–Mi oferta es más para Empresas Lyonedes que para Drakon Lyonedes.

–Somos la misma cosa.

–En realidad no –señaló ella–. Empresas Lyonedes no eres solo tú, ¿verdad? Hay que pensar también en tu primo.

–Te aseguro que mi primo estará más que dispuesto a aceptar mi opinión,

igual que yo acepto la suya en todo lo referente a la empresa.

—De acuerdo —Gemini tomó aire antes de continuar—. La oferta que le hice a Angela para comprar la casa consistía en que le pagaría los intereses de mi fideicomiso durante los próximos dos años, y el resto del dinero cuando cumpliera los treinta años. Estoy dispuesta a hacerle la misma oferta a Empresas Lyonedes cuando la propiedad sea vuestra.

Era justo la oferta que Drakon se había imaginado que haría tras conocer los detalles de su fideicomiso.

Una oferta que no le quedaba más remedio que rechazar en nombre de Empresas Lyonedes.

Capítulo 5

Gemini supo cuál iba a ser la respuesta de Drakon a su oferta incluso antes de que hablara; pudo ver la respuesta al mirarlo a los ojos.

—Sí. Bueno. Obviamente no —se apresuró a recoger su bolso del brazo de la silla donde lo había dejado antes—. De todas formas creo que ya es hora de irme. Siento haberte hecho perder el tiempo —se dio la vuelta.

—¡Gemini!

Se quedó quieta antes de girarse

lentamente para mirar a Drakon.

—¿Sí?

Drakon frunció el ceño al ver el brillo de esperanza en sus ojos aguamarina.

—No puedo dejar que te marches cuando es evidente que estás disgustada.

—No sé cómo piensas impedírmelo —lo miró de manera inquisitiva—. Mira, Drakon, es evidente que te interesa la oferta tan poco como a Angela, así que creo que es mejor que me vaya. Así nos ahorrarás a ambos la vergüenza de decirlo.

No. Por desgracia Drakon no podía plantearse un acuerdo en el que Empresas Lyonedes pagara millones de libras por un terreno que la compañía deseaba en el corazón de Londres y

después olvidar la idea de construir un complejo hotelero para vendérselo a Gemini, que además les pagaría a plazos. Desde el punto de vista empresarial, la idea era ridícula.

Pero, desde el punto de vista personal...

Drakon frunció el ceño al ver la mirada de derrotismo en la cara pálida de Gemini. Sus ojos parecían dos enormes lagos de desesperación sobre su palidez. Porque ya sabía sin lugar a dudas que había perdido el hogar familiar que tanto amaba. El último vínculo con el padre al que había querido y perdido recientemente.

Drakon negó con la cabeza, sabiendo

que no podía echarse atrás en su decisión. No solo era la decisión correcta con respecto a la empresa, sino que además iría en contra de su naturaleza hacer algo así.

—No creo que tu padre quisiera que utilizaras el dinero del fideicomiso para eso.

Gemini le dirigió una sonrisa amarga.

—Ya nunca sabremos lo que habría querido, ¿verdad?

Drakon apretó la mandíbula.

—El hecho de que no hiciera un nuevo testamento, como pretendía, tal vez signifique que había reconsiderado su decisión de dejarte la casa.

—¡Oh, por favor, Drakon! —Gemini le lanzó una mirada feroz—. Dado que no

conociste a mi padre, no tienes ni idea de lo que decidió o no decidió.

—Eso no es del todo cierto —dijo él—. Vi a tu padre en diversos actos sociales en Londres a lo largo de los años.

Eso era nuevo para ella. Aunque su padre no había tenido ninguna razón para mencionarle que había conocido al legendario Drakon Lyonedes. No tenía manera de saber que Drakon y ella se conocerían algún día. ¡Y menos en esas circunstancias!

—¿Y?

—Siempre me pareció un hombre decidido.

—Entonces supongo que lo conociste antes de que él conociera a Angela —

contestó Gemini con una sonrisa triste.

—Puede ser —admitió Drakon—. Pero, desde el punto de vista práctico, ¿qué harías con una casa y unos terrenos tan grandes como esos? Es demasiado grande para que vivas allí sola.

Ella levantó la barbilla con decisión.

—No tengo... tenía intención de vivir allí sola, Drakon.

Oh. Era una complicación que Drakon no había tenido en cuenta, aunque debería haberlo hecho.

—Estás prometida. ¿O piensas casarte pronto?

—Claro que no —se quedó mirándose la mano izquierda antes de seguir hablando—. ¡No estaría aquí cenando a solas contigo de ser así! —negó con la

cabeza—. Pero no pienso estar sola de por vida. Me gustaría casarme en algún momento, tener hijos. Siempre que me imaginaba ese día, me veía viviendo en la casa Bartholomew.

La culpa no era un sentimiento con el que Drakon estuviera familiarizado, y le resultaba incómodo llevar ese peso sobre los hombros. Sobre todo cuando tenía que ver con una joven que le resultaba increíblemente atractiva. Tampoco estaba especialmente contento con la satisfacción que había experimentado al saber que Gemini no salía con nadie en aquel momento. Por otra parte, las probabilidades de que tuviera algo con él eran extremadamente

remotas después de haberse negado a considerar su oferta de comprar la casa Bartholomew.

—No entiendo por qué alguien iba a oponerse a que tuvieras una cena de negocios conmigo.

Gemini estaba de acuerdo en que había empezado como una cena de negocios, pero Drakon no había actuado de manera muy profesional hacía unos minutos, cuando ella había notado su erección contra su vientre. Cuando habían estado a punto de besarse.

—Probablemente no —admitió ella—. Pero no me habría sentido bien viniendo aquí si hubiera estado saliendo con alguien.

Drakon frunció el ceño con irritación.

—No veo por qué no. ¿O acaso tienes intención de renunciar a tu vida social cuando llegue el día en que tengas un marido e hijos?

—Por supuesto que no, pero salir de noche para cenar con... con otro hombre que resulta que es soltero no me parece aceptable cuando estás casada.

Él arqueó las cejas.

—¿Ni siquiera aunque sea una cena de negocios?

—Ni siquiera —se encogió de hombros—. A mí no me haría gracia saber que mi marido ha estado cenando con una rubia o una morena glamurosa, ya sea por negocios o no, así que supongo que a él tampoco le gustaría

que yo lo hiciera. Y no sé por qué estamos hablando de alguien que todavía no existe. Resulta muy extraño.

Drakon admitía que era una conversación rara. Una conversación que lo ayudaba a entender qué tipo de mujer era Gemini Bartholomew.

Al mismo tiempo confirmaba su impresión de que no era el tipo de mujer que accedía a tener una aventura sexual esporádica. De hecho era el tipo de mujer que necesitaría estar enamorada del hombre con quien se fuera a la cama.

Pero eso no significaría que siguiese siendo virgen a sus veintisiete años.

Claro que no; el hecho de que Gemini no se hubiera casado aún no significaba que no hubiese estado enamorada, o que

no hubiese mantenido relaciones sexuales. O haber hecho el amor, como sin duda se referiría a ello.

Drakon apretó los puños al imaginarse a otros hombres haciendo el amor con ella. A otros hombres viéndola desnuda mientras la tocaban y besaban todas sus curvas.

–Pediré el coche para que te lleven a casa –le dijo.

–No es necesario –respondió ella–. Puedo tomar un taxi cuando esté fuera.

–Yo me he encargado de traerte aquí, y por tanto no puedo permitir que regreses a casa en taxi.

–Tú no estás permitiéndome nada, Drakon –Gemini no pudo evitar sonreír

un poco ante su arrogancia—. Y quiero irme ahora. No dentro de diez minutos, o cuando sea que llegue el coche.

—Entonces te llevaré yo.

—No es necesario —Gemini frunció el ceño al imaginarse encerrada con él en un coche durante los quince minutos más o menos que tardaría en llevarla a su apartamento. Drakon había rechazado su oferta y ella quería marcharse de allí, no alargar aquel momento tan incómodo—. Además no es buena idea, teniendo en cuenta que has estado bebiendo vino. Las leyes de circulación aquí son muy estrictas. Gracias por la cena.

—Cena que estabas demasiado disgustada para comer.

—Y por el vino, que sin duda no

estaba demasiado disgustada para beber –añadió ella–. Y gracias por escucharme, al menos...

–De verdad, no hay razón para que te marches tan pronto.

–Creo que sí que la hay, Drakon –contestó ella con un suspiro–. Me temo que eras mi última esperanza.

Él lo sabía y lamentaba el hecho de haberle sido de tan poca ayuda. Pero, salvo su familia más cercana, los negocios siempre lo habían sido todo para él; al menos durante los diez años que hacía que se había convertido en presidente de Empresas Lyonedes. El atractivo de unos ojos bonitos y de un cuerpo deseable no era razón suficiente

para plantearse la oferta de Gemini de comprar la casa Bartholomew.

—Pero tengo que bajar contigo en el ascensor para dejarte salir del edificio — le dijo.

—Pues vamos abajo y déjame salir de aquí —aceptó ella en tono de broma—. Hoy ya me ha tenido encerrada tu jefe de seguridad y no quiero que vuelva a ocurrir. En esta ocasión incluso podría venir la policía si disparase las alarmas al intentar marcharme.

Cuando entraron los dos en el ascensor, Drakon no pudo evitar admirar la dignidad de Gemini tan solo minutos después de haber recibido lo que debía de haber sido un duro golpe para ella. Sabía por experiencia que muchas

mujeres habrían empezado a gritar o a llorar, o incluso a seducirlo, para intentar salirse con la suya, pero Gemini Bartholomew no. Era evidente que parecía ligeramente más frágil que cuando había llegado, pero por lo demás seguía tranquila.

Aunque ninguna de esas otras cosas habría funcionado con él; si bien es cierto que habría disfrutado con lo de la seducción. Pero Gemini ni siquiera había intentado utilizar sus armas de mujer con él.

¿Era decepción lo que sentía Drakon? Posiblemente. Dadas las circunstancias, no podía dejarse llevar por sus deseos, pero permitir que Gemini se dejara

llevar por su deseo hacia él, cosa que había notado hacía escasos minutos, habría sido algo completamente distinto.

Gemini era muy consciente de que Drakon estaba de pie a su lado mientras bajaban en el ascensor. Y consciente también del regreso de aquella tensión sexual que se había producido antes, cuando la tenía entre sus brazos. Si acaso en algún momento había desaparecido del todo...

Si era sincera consigo misma, al acceder a cenar con él, no había albergado mucha esperanza de que Drakon se mostrase receptivo a su oferta de comprar la casa Bartholomew. Ella ya se había dado cuenta de que, desde el punto de vista financiero, no era una

oferta muy práctica. De modo que no le había resultado ninguna sorpresa que Drakon rechazara la oferta.

Lo que sí había resultado ser una sorpresa era la tensión sexual que había surgido entre ellos antes y que aún seguía allí.

No era que a Gemini le sorprendiera que Drakon le pareciese atractivo; se había dado cuenta de eso nada más conocerlo aquella mañana. Pero el hecho de que Drakon la encontrase atractiva a ella sí que era sorprendente. Nunca habría pensado que pudiera ser su tipo; era demasiado decidida, avasalladora, impulsiva y deslenguada.

Si hubiera pensado en ello, habría

imaginado que el tipo de mujer que le resultaba atractiva sería alguien poco exigente y con una belleza elegante, con un encanto social que actuase como envoltorio para la naturaleza más taciturna de Drakon. Alguien que su madrastra, Angela, era capaz de ser, o al menos de fingir que lo era. Como Gemini bien sabía, la verdadera naturaleza de Angela se había descubierto después de la boda.

Miró a Drakon con los párpados entornados, consciente de que su cuerpo ardía y de que tenía la respiración entrecortada. Sentía los pechos hinchados, los pezones erectos y una humedad delatora entre los muslos mientras se preguntaba cómo sería hacer

el amor con un hombre tan poderoso y guapo. No le cabía duda de que Drakon sería un amante pleno y satisfactorio; que sería tan habilidoso en el sexo como sin duda lo sería tocando el piano.

Pensándolo bien, había bastantes similitudes entre hacer el amor y tocar el piano; era todo cuestión de poner los dedos en las teclas adecuadas para obtener el resultado más satisfactorio. De hecho...

—¿Qué estás haciendo? —Gemini dio un respingo cuando las luces parpadearon y el ascensor se detuvo súbitamente entre dos pisos. Drakon había estirado el brazo y había pulsado los botones del panel antes de girarse

para mirarla con una expresión oscura e indescifrable—. ¿Drakon?

Drakon tomó a Gemini entre sus brazos. Moldeó la suavidad de su cuerpo contra el suyo, consciente de que ella lo deseaba tanto como él mientras oía su respiración entrecortada, mientras veía sus pezones erectos a través del vestido.

—¿Drakon? —parecía algo asustada, mientras él la observaba atentamente antes de deslizar una de sus manos hacia su mejilla para separarle los labios. Hundió la yema del pulgar en la humedad de su boca antes de extender esa humedad por sus labios—. ¡Drakon! —exclamó ella muy débilmente. Dejó caer el bolso al suelo del ascensor y le rodeó

la cintura con los brazos, por debajo de la chaqueta.

Sentía sus manos cálidas en su espalda a través de la seda de la camisa. Fue toda la invitación que necesitaba para agachar la cabeza y capturar aquellos labios húmedos con los suyos. La respiración entrecortada de ambos sonaba con fuerza en el silencio del ascensor en penumbra, mientras se devoraban mutuamente con besos y mordiscos apasionados.

Drakon se apartó un instante de sus labios para poder saborear la cremosidad de su cuello, mientras la empujaba contra la pared del ascensor y presionaba su miembro erecto contra

ella. Gemini sabía a miel, a deseo, y su piel estaba muy caliente bajo sus labios mientras iba bajando hacia los pechos para saborearlos también.

Gemini estaba tan excitada, tan absorta en el placer que los besos y caricias de Drakon le producían que ni siquiera fue consciente de que le había desabrochado la cremallera del vestido y había tirado de la tela hasta dejar sus pechos al descubierto. Sintió su lengua en un pezón antes de metérselo en la boca y succionar. Le puso las manos en los hombros para sujetarse mientras él le agarraba el otro pecho con la mano y le estimulaba el pezón con el pulgar, lo que hizo que aumentase la humedad entre sus muslos.

Drakon siguió frotando su erección contra ella y Gemini se quedó sin respiración. Experimentó un intenso torrente de excitación al mirar hacia abajo y ver sus labios firmes y despiadados estimulándole el pezón, mordisqueándole la piel suavemente y después aliviándole el dolor con las caricias de su lengua.

Gemini soltó un gruñido de protesta cuando Drakon abandonó aquel pezón, pero después gimió de placer al sentir sus atenciones en el otro pecho. Enredó los dedos en su pelo negro mientras la tensión entre sus muslos crecía hasta tal punto de necesidad que tuvo que restregarse contra su miembro y gemir al

sentir la erección presionando contra su punto más erógeno a través de la ropa. Siguió moviéndose rítmicamente, entre gemidos de placer. Sentía que empezaba a perder el control a medida que la intensidad crecía y le acercaba más al clímax.

—¿Hola? ¿Señor Lyonedes? ¿Necesita ayuda?

Gemini se tensó de inmediato y Drakon se quedó muy quieto con la boca sobre su pecho mientras aquella voz indiscreta interrumpía el momento de pasión.

—¿Señor Lyonedes? ¿Necesita ayuda, señor?

Gemini reconoció la voz. Era Max, el jefe de seguridad de Empresas Lyonedes

al que había conocido esa mañana.

Drakon se apartó de ella con expresión sombría y se quedó mirándola durante varios segundos, antes de darse la vuelta y descolgar el teléfono situado junto al panel de los botones.

—No necesito ayuda, Max —gruñó.

—¿Está seguro, señor? Parece que el ascensor está atascado entre los pisos decimotercero y decimocuarto.

—No está atascado, Max. Simplemente está quieto —le aseguró Drakon—. La señorita Bartholomew y yo bajaremos en unos segundos.

Se produjo un silencio muy significativo antes de que el jefe de seguridad volviera a hablar.

–Muy bien. Gracias, señor.

«La señorita Bartholomew» se había apresurado a subirse el vestido mientras Drakon hablaba con el jefe de seguridad; el calor de sus mejillas se debía más a la vergüenza que a la excitación. No solo había estado a punto de hacer el amor con Drakon en un ascensor, cosa que ya era suficientemente bochornosa, sino que, tras esa breve conversación con su empleado, sin duda Max sabría el motivo por el que el ascensor se había detenido entre dos pisos.

¡Santo Dios, había estado a punto de hacer el amor con Drakon en un ascensor!

Drakon Lyonedes...

Lo más frustrante de todo era que él se había recolocado la chaqueta y la corbata y había vuelto a peinarse con la mano; parecía tan tranquilo como de costumbre. Mientras que ella... a saber qué parecería, con el vestido aún desabrochado por la espalda, el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas y el brillo de labios corrido.

—Date la vuelta.

Gemini levantó la cabeza y lo miró con desconfianza. Se humedeció los labios, ligeramente hinchados, antes de hablar.

—¿Perdón?

—Si te das la vuelta, te abrocharé el

vestido –contestó él con frialdad.

Gemini se pegó el vestido a los pechos y se dio la vuelta. Se estremeció al sentir cada centímetro helado de la cremallera mientras Drakon se la subía. Se preguntaba qué diablos debería hacer en ese momento. ¿Cómo debía comportarse con el hombre con el que había estado a punto de hacer el amor en un ascensor? ¿Existía un precedente para ese tipo de cosas? Alguna especie de protocolo del que ella, al no haber hecho nunca el amor en un ascensor, no estuviese enterada.

¡Claro que no existía un protocolo para ese tipo de cosas! Y la histeria tampoco era una opción, lo que significaba que tenía que recomponerse

lo antes posible y dejar de comportarse como una idiota sin experiencia. Aunque fuera justo eso...

Sí, había tenido muchas citas en la universidad; incluso había creído estar enamorada en un par de ocasiones y había experimentado un poco con el sexo. Pero al comprar la tienda, había invertido casi todo su tiempo en convertirla en un éxito, y eso dejaba pocas oportunidades a las citas, y mucho menos a la posibilidad de enamorarse. De hecho, pensándolo bien, la cena con Drakon aquella noche era lo más parecido a una cita que había tenido en más de un año.

Lo cual no era excusa para la

excitación y la pasión que acababa de tener lugar entre ambos.

—¿Piensas quedarte mirando a la pared el resto del trayecto? —preguntó él.

—En absoluto —contestó ella, se dio la vuelta y se agachó para recoger el bolso del suelo antes de obligarse a mirarlo—. Bueno, sin duda eso ha sido... diferente.

—Sí —contestó con ironía. «Diferente» era una manera de describir cómo había perdido el control de la situación en cuanto había tenido a Gemini entre sus brazos.

No había sido su intención besarla, y mucho menos tocarla de esa manera tan íntima, pero al hacerlo y comprobar su respuesta... A Drakon no le había

importado que estuvieran en un ascensor. Tampoco había caído en que detener el ascensor entre dos pisos alertaría al vigilante de seguridad. Solo había querido tocarla, saborearla... ¡maldita sea, había querido devorarla entera! Seguía queriendo hacerlo...

Apretó la mandíbula.

—No vuelvo a Nueva York hasta la semana que viene. Quizá podríamos cenar juntos otra vez mañana por la noche.

—No creo que sea buena idea —dijo ella.

—¿Por qué no?

Gemini negó con la cabeza.

—¡Creo que no hace falta que te

explique por qué! –miró aliviada hacia el vestíbulo cuando las puertas del ascensor se abrieron por fin en la planta baja.

–Sin embargo... –Drakon se echó a un lado para permitirle salir–, ambos hemos dejado claro que no estamos saliendo con nadie.

Eso podría o no ser cierto; el hecho de que Gemini hubiera creído a Drakon cuando este le había dicho que no mantenía una aventura con Angela no significaba que no tuviera a alguien esperándolo en Nueva York. Y desde luego no significaba que tuvieran que volver a verse antes de que él abandonara Inglaterra.

Porque, a los ojos de Drakon, acceder

a verlo de nuevo sería como acceder de manera tácita a repetir lo sucedido. O más bien a terminar lo que habían empezado en el ascensor.

Capítulo 6

Gemini negó decididamente con la cabeza.

—Seguramente estaré agotada mañana después de pasarme el día trabajando con las flores de la boda, pero gracias por preguntarlo.

Drakon se había arrepentido de aquella invitación nada más hacerla. Se había arrepentido y se había reprendido por pensar en volver a verla.

Aquella mujer tenía la capacidad de hacerle bajar la guardia. De hacerle

renunciar al autocontrol. De tentarlo de una manera que jamás había experimentado. Si Max no los hubiera interrumpido, Drakon sabía que habría hecho el amor con Gemini... ¡en un ascensor!

Era inaceptable para un hombre que rechazaba la mínima vulnerabilidad emocional y prefería mantener la distancia y el control en todo momento. Desear empotrar a una mujer contra la pared del ascensor y hacerle el amor apasionadamente no era ninguna de esas cosas.

No, era mejor que no volviera a verla ni a hablar con ella. Y, después de aquella velada, no habría razón para tener que hacerlo.

—Muy bien —dijo asintiendo con rigidez—. Pero saldré contigo a la calle y me aseguraré de que te montas en un taxi.

Gemini podría haber argumentado que llevaba toda su vida viviendo en Londres y que, por tanto, era perfectamente capaz de encontrar un taxi por sí sola. Pero entonces Drakon habría rebatido su argumento y, al hacerlo, habría retrasado su partida. Cosa que ella no quería, cuando lo que necesitaba era alejarse de él cuanto antes.

A juzgar por la apariencia fría y contenida de Drakon, nadie diría que hacía unos minutos había estado a punto de hacerle el amor con una intensidad y

una pasión que nunca había experimentado con ningún hombre. Pero ella era demasiado consciente de ello. Aún tenía los pechos sensibles y notaba la humedad delatora entre sus muslos...

Como era de esperar, no había falta de taxis disponibles cuando Drakon Lyonedes necesitaba uno, y no le costó trabajo parar uno de los vehículos negros londinenses nada más salir a la calle; era el tipo de hombre para el que la vida siempre iba como él deseaba.

Al contrario que para ella, que no tenía más remedio que aceptar que la casa Bartholomew estaba fuera de su alcance.

Se sentía algo aturdida al subir al taxi, y apenas prestó atención cuando

Drakon se inclinó para darle al taxista la dirección de su apartamento.

—Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi primo Markos si alguna vez me necesitas.

Gemini parpadeó desde el asiento trasero del taxi. ¿Por qué creía que fuese a necesitarlo en el futuro?

—Lograr hablar con un miembro de la familia Lyonedes no me ha traído mucha suerte —le recordó ella. Deseaba marcharse cuanto antes para poder lamerse las heridas en privado.

Todas sus heridas. Perder la casa Bartholomew y responder de una manera tan desinhibida a la pasión de aquel hombre. En ese momento no sabía cuál

de esas dos cosas iba a resultarle más difícil de comprender, y mucho menos de aceptar.

—Daré instrucciones para que se te permita concertar una cita con Markos o conmigo en cualquier momento —le dijo él con firmeza.

—¿Por qué diablos ibas a querer hacer eso?

Buena pregunta. Una para la que no creía tener una respuesta lógica. Salvo decir que su educación griega le impedía aceptar que Gemini se quedase sola en el mundo tras morir su padre.

—Daré las instrucciones —repitió—. Eres libre de hacer uso de ese privilegio o no.

—Estoy bastante segura de que no lo

haré.

Drakon sabía que se había ganado esa respuesta, dado que su actitud no era muy cordial. Aquella chica se le había colado dentro, y era una sensación que no podía ignorar.

—Espero que no tengas que trabajar muy duro mañana —le dijo antes de dar un paso atrás, cerrar la puerta y ver como el taxi se alejaba con Gemini dentro.

Drakon se quedó de pie en la acera hasta que las luces del vehículo desaparecieron entre el tráfico de Londres. Después se dio la vuelta y regresó al interior del edificio con la certeza, o más bien la esperanza, de no

volver a ver a Gemini Bartholomew.

–Puede que tengamos un problema.

Drakon estaba metiendo sus papeles en el maletín antes de su vuelo de vuelta a Nueva York aquella noche. Levantó la mirada y frunció el ceño al ver la expresión de preocupación de Markos, que había entrado en el estudio del ático situado en el último piso del edificio Lyonedes.

–¿Qué tipo de problema? –Drakon había pasado un fin de semana tranquilo en el apartamento, preparándose para dos días de negociaciones interminables con Petróleos Thompson, negociaciones que como de costumbre se habían

saldado a su favor, y no estaba de humor para contratiempos en la fase final del contrato. Nada que pudiera amenazar su regreso a Nueva York aquel día. Ya llevaba demasiado tiempo lejos de su oficina.

—La señora Bartholomew ha venido a verme esta tarde.

—La señorita Bartholomew —le corrigió Drakon—. Gemini no está casada.

—Si me hubiera referido a Gemini, habría dicho Gemini —contestó Markos.

Drakon miró a su primo fijamente y se apartó lentamente del escritorio.

—Entonces, ¿ha sido su madrastra la que ha venido a verte?

Su primo asintió.

–Bueno, tengo la impresión de que habría preferido verte a ti, pero, como no estabas disponible esta tarde, se ha conformado con verme a mí.

Drakon había pasado los últimos cuatro días intentando no pensar en Gemini. No lo había conseguido. En varias ocasiones se había imaginado haciendo el amor con ella, y normalmente eran ocasiones de lo más inoportunas. Lo último que esperaba era que su madrastra se presentara allí.

–¿Qué deseaba?

–A ti. O, si no, a mí –contestó Markos antes de resoplar con desdén.

–¿Hay algún problema con la compra de la casa Bartholomew?

—No que yo sepa. El interés de Angela Bartholomew por la familia Lyonedes parecía estrictamente personal. Me ha invitado a cenar esta noche. Y ha dejado bastante claro que después de la cena vendría la cama.

—¿Y has aceptado la invitación?

—¡No seas estúpido! —exclamó Markos—. ¿Conoces a esa mujer? ¡Es una barracuda vestida con ropa de marca!

Drakon se mordió el labio superior para evitar sonreír.

—He tenido el... placer de verla en una ocasión, sí. Cuando se firmaron los contratos.

—¿Y?

—En efecto, es una barracuda vestida

con ropa de marca.

—Esto no tiene gracia, Drakon — Markos frunció el ceño—. Pensé que era una reunión de negocios. Me han sorprendido tanto sus insinuaciones sexuales que temo no haber sido tan discreto como de costumbre.

—¿Qué has hecho?

—Simplemente he comentado que tenía una hijastra encantadora. Entonces me ha preguntado muy dulcemente cuándo y por qué había conocido yo a su hijastra.

—¿Y se lo has dicho?

—En ese momento no me ha parecido que hubiera razón para no hacerlo.

—¿Qué le has dicho exactamente, Markos? —preguntó Drakon.

—Le he dicho que ambos la habíamos

conocido cuando vino aquí la semana pasada para hablar contigo. Ha sido entonces cuando ha desaparecido la dulzura y he visto la verdadera naturaleza de esa mujer. Jamás había presenciado ese cambio en nadie. Al marcharse ha murmurado algo sobre matarla.

–¿Hace cuánto tiempo ha sido eso?

–Unos diez minutos o así. ¿Adónde vas? –preguntó Markos sorprendido al ver que Drakon se dirigía hacia la puerta.

–A asegurarme de que no consiga su objetivo de hacerle daño a Gemini, por supuesto.

Su primo arqueó las cejas.

—¿Y tu vuelo?

Drakon se encogió de hombros.

—Si es necesario, lo cambiaré a mañana. Ahora mismo creo que tengo que ir a asegurarme de que Gemini esté a salvo.

—¿Realmente crees que Angela Bartholomew podría hacerle algún daño físico?

—Por lo que sé de ella, no creo que necesite ponerle un dedo encima a Gemini para hacerle daño.

—¿Quieres que vaya contigo? Probablemente no —Markos levantó las manos en actitud conciliadora al ver la mirada de odio de su primo.

—Creo que tú ya has hecho bastante

por hoy, ¿no te parece?

—De verdad que no tenía ni idea de lo que opinaba de Gemini hasta que la he visto pasar de gatita a tigresa al oír su nombre —se defendió Markos.

Era cierto que Markos no estaba al corriente del odio que existía entre Gemini y su madrastra. Drakon había decidido contarle solo los detalles más básicos del motivo de la visita de Gemini la semana anterior. Y le había contado eso solo para demostrarle que se había tratado de una reunión de negocios y nada más, después de tener que soportar las bromas de su primo durante el fin de semana sobre si volvería o no a ver a Gemini antes de volver a Nueva York.

Por mucho que le fastidiase admitirlo, durante aquellos cuatro días Drakon había deseado volver a verla. Lo había deseado mucho.

Pero nunca había imaginado que sería en unas circunstancias semejantes...

—¿Qué creías que estabas haciendo exactamente?

Gemini había aprovechado una pequeña pausa en el trabajo y había dejado a su ayudante al cargo de la tienda para retirarse a su despacho, con la intención de revisar las cuentas y el resto de reservas del mes. Lo último que esperaba aquel martes por la tarde era una visita de Angela.

Tomó aliento antes de mirar a la viuda de su padre y sintió un escalofrío al ver el brillo de odio en los ojos de su madrastra.

—¿Que creía que estaba haciendo con respecto a qué? —preguntó con calma mientras dejaba el bolígrafo sobre la mesa.

—¡No te hagas la inocente conmigo! —exclamó Angela cerrando de un portazo tras ella antes de acercarse a la mesa y mirar a Gemini con desdén—. Siempre has sido una remilgada. ¡Nunca imaginé que intentarías hacer algo tan rastrero!

—Por muy halagada que esté por haber logrado sorprenderte, sigo sin saber de lo que estás hablando.

—Sabes muy bien de lo que estoy

hablando.

Su paciencia con aquella mujer se había agotado hacía tiempo y, ahora que su padre había muerto, Gemini no veía razón para seguir ocultando su desprecio hacia ella.

De modo que se puso en pie con impaciencia.

—Si no me dices en los próximos minutos para qué has venido, no me dejarás más remedio que pedirte que te vayas.

—Tal vez el nombre de Drakon Lyonedes te refresque la memoria.

Gemini se quedó pálida. ¿Drakon? ¿Angela estaba allí porque sabía que ella había ido a hablar con él con

respecto a la venta de la casa? ¿Sabría también que había cenado con él el viernes por la noche? ¿Que se habían besado? De ser así, ¿cómo lo sabía? ¿Se lo habría contado el propio Drakon?

¿Significaba que le había mentado al asegurar que no tenía ninguna relación personal con Angela?

—¿Qué pasa con él? —preguntó.

—He dicho que no te hagas la inocente conmigo —contestó su madrastra—. Y pensar que Miles siempre creyó que eras una criatura dulce e indefensa.

—Sea cual sea el problema que tengas conmigo, no metas a mi padre en esto —le advirtió Gemini.

—¿No? —Angela apoyó una cadera en el borde de la mesa—. Me pregunto qué

habría pensado Miles si hubiera sabido que te habías lanzado a un hombre como Drakon Lyonedes.

—¡Yo no me he lanzado a él! —protestó Gemini.

—¡Mentirosa! —exclamó Angela—. Siempre supe que no te caía bien, Gemini. Y, créeme, el sentimiento es mutuo. En lo que a mí respecta, siempre has sido el recordatorio de la primera esposa de Miles, a la que tanto adoraba.

—¿Cómo podías tener celos de una mujer que está muerta? —preguntó Gemini.

—¡Yo nunca tuve celos de Rosemary!

—Pues a mí me suena a celos.

—¿Y qué sabrás tú, pequeña niña rica?

Tú has vivido en una mansión toda tu vida, mimada por unos padres ricos e indulgentes. Tenías un poni, ibas a colegios privados, pasabas las vacaciones en lugares exóticos de todo el mundo varias veces al año. ¿Qué sabrás tú de lo que es crecer en el duodécimo piso de una casa de vecinos con una familia de seis miembros que estaban deseando que llegara el día de cobrar el paro?

–Eh... ¿Esa era tu vida?

–Oh, sí –respondió Angela–. Hasta que cumplí los dieciséis y pude romper los lazos con mi familia para reinventarme y utilizar la mayor ventaja que tengo; mi cuerpo. Por supuesto, tuve que soportar a una sucesión de viejos

adinerados, pero valió la pena cuando al fin conseguí convencer al más rico de todos para que se casara conmigo.

—Le dijiste a mi padre que tu padre se jugó la fortuna familiar antes de suicidarse... —dijo Gemini horrorizada.

—Y claro que jugaba... probablemente siga haciéndolo. El poco dinero que nos daba el Estado siempre acababa en las apuestas o en una botella de whisky —dijo Angela—. Rara vez le daba dinero a nuestra madre para alimentarnos.

—Le dijiste a mi padre que tus padres habían muerto.

—Mentí —admitió su madrastra—. Nunca he vuelto, pero, que yo sepa, mis padres aún viven. Y probablemente

sigan viviendo en las mismas condiciones.

—Lo siento si es así como tuviste que vivir de niña...

—Oh, todo es cierto —le aseguró Angela—. Y puedes guardarte tu compasión para alguien que te la agradezca. Al fin y al cabo, al final he salido vencedora, ¿no?

Oh, sí. Sin duda Angela había triunfado. Espectacularmente, de hecho, con respecto a su padre.

—Supongo que Drakon Lyonedes iba a ser tu segundo marido. Y más rico, claro.

—¿Por qué no? —preguntó Angela agresivamente.

Gemini frunció el ceño.

–¿Es que no tienes ya suficiente dinero, después de haber vendido todo lo que mi padre te dejó?

–Nunca tendré suficiente dinero –le dijo su madrastra con determinación.

–Y al parecer nunca te importará a quién tengas que pisotear para conseguirlo.

–¡Eso tiene gracia, viniendo de ti!
¡Estás tan desesperada por quedarte con la casa que te rebajas a intentar seducir a Drakon!

Gemini tenía ganas de vomitar. De hecho pensaba que en efecto iba a vomitar si tenía que soportar a aquella mujer durante mucho más tiempo.

–Teniendo en cuenta que asegurabas

que tenías una aventura con Drakon, me sorprende que creas que se lo pueda seducir; sea yo o cualquier otra mujer.

—Creo haber dicho que has intentado seducirlo —contestó Angela—. Supongo que enseguida te diste cuenta de que un hombre como Drakon necesita una mujer más aventurera y experimentada, no una simple niña como tú.

Solo pensar en Drakon y Angela juntos, después de cómo la había besado a ella en el ascensor cuatro días antes, le produjo náuseas de nuevo.

—Me temo que voy a tener que pedirte que te marches —le dijo.

—No me voy a ninguna parte hasta haber dejado perfectamente claro que la casa Bartholomew y Drakon nunca serán

tuyos –anunció Angela.

Gemini negó lentamente con la cabeza.

–¿Qué podría ver un hombre como Drakon en una mujer como tú?

–Oh, bájate de ese pedestal en el que estás, Gemini. Si no te has dado cuenta aún, tu patético intento de seducir a Drakon te convierte exactamente en lo mismo que soy yo.

Gemini cerró los ojos y se estremeció con asco.

–Dios, espero que no.

–Esto ofende a tu sensibilidad, ¿verdad?

–Todo en ti ofende a mi sensibilidad –contestó Gemini.

–Maldita hija de...

–Me parece que no –interrumpió una voz peligrosamente suave que Gemini reconoció al instante.

Vio sobresaltada como Drakon le agarraba a Angela el brazo que había levantado para abofetearla.

La otra mujer puso cara de odio al darse la vuelta para ver quién era el recién llegado. El cambio que se produjo en su cara resultó más enfermizo que todo lo que había sucedido antes. Su mirada se suavizó al ver a Drakon. Le dirigió una sonrisa seductora y la rabia abandonó su cuerpo en un instante.

–Oh, querido Drakon, me parece que

te has visto envuelto en una pelea idiota entre dos mujeres más idiotas aún – murmuró con voz aterciopelada.

Gemini sintió las náuseas de nuevo y supo que iba a vomitar después de presenciar aquel gesto enfermizo.

–¡Disculpad! –exclamó antes de pasar corriendo frente a Drakon en dirección a las escaleras y a la privacidad del cuarto de baño de su apartamento, situado encima de la tienda.

Capítulo 7

Drakon miró a Gemini, tirada en el suelo del baño de su apartamento, con la cara blanca después de haber vomitado, y se dirigió al lavabo para humedecer una toalla con agua fría. Se arrodilló junto a ella y comenzó a lavarle la cara.

Gemini apartó la toalla y lo miró con ojos de dolor.

—¿Qué estás haciendo?

Él arqueó las cejas y se sentó en cuclillas.

—Creo que estoy esforzándome por

hacer que te sientas mejor.

Ella sonrió con ironía.

—¡Me temo que hará falta algo más que una toalla húmeda en la frente para lograr eso!

—Gemini...

—¿Quieres marcharte, Drakon? —evitó mirarlo a los ojos directamente mientras estiraba el brazo y tiraba de la cisterna por segunda vez antes de bajar la tapa y usarla como apoyo para incorporarse—. Ya es suficientemente horrible haber permitido que esa mujer me altere hasta el punto de hacerme vomitar, no necesito la humillación añadida de que tú lo presencias —agarró su cepillo de dientes y la pasta y abandonó el cuarto de baño sin mirarlo.

Drakon se puso en pie lentamente y tiró la toalla húmeda al lavabo. Se concentró en respirar profundamente varias veces para intentar controlar la rabia que sentía al recordar la escena que había presenciado minutos antes. Apretó los puños y luchó contra la necesidad de golpear con uno de ellos el espejo situado sobre el lavabo.

Por lo que Gemini le había contado sobre la verdadera naturaleza de Angela Bartholomew, había imaginado que la madrastra iría directamente a la floristería a enfrentarse con ella. Pero, aun sabiendo eso, Drakon no había estado preparado para la escena de violencia con que se había encontrado.

Ni para su propia reacción.

Le había cegado la ira al ver la mano levantada de Angela con la intención de abofetear a Gemini y, por primera vez en su vida, se había visto tentado de emplear la violencia contra una mujer.

No lo había hecho, por supuesto. Eso habría ido contra su naturaleza y contra todo lo que sus padres le habían enseñado. Pero había necesitado todo el autocontrol posible para no zarandear a Angela hasta borrarle esa asquerosa sonrisa de la cara.

En vez de eso, la había agarrado del brazo y la había sacado de la tienda antes de informar a la ayudante de Gemini de que su jefa se encontraba

indispuesta y que probablemente no bajaría durante el resto del día.

Al subir a su apartamento y encontrársela tirada en el baño, la rabia había regresado; más aún cuando ella había rechazado su ayuda.

La rabia había regresado hasta tal punto que Drakon supo que aún no tenía sus emociones bajo control cuando fue a buscarla.

Gemini levantó la mirada con recelo cuando Drakon se reunió con ella en la sala de estar. Ya había ido a la cocina a lavarse la cara y los dientes, pero aún se sentía avergonzado por la escena que había presenciado abajo, así por como

había reaccionado ella físicamente.

Pero estaba aún más enfadada con Drakon por haber sido la verdadera cusa de la vehemencia de Angela.

—¿Qué estás haciendo aquí, Drakon? —preguntó—. ¿No ha sido suficiente para mí tener que soportar que tu amante nos insulte a mi padre y a mí? ¿Ahora también tengo que sufrir tu compañía?

—Creía haberte asegurado la semana pasada que esa mujer no es ni será nunca mi amante —respondió él.

—¿Y se lo has dicho a ella?

—No tengo por qué decirle a una mujer así algo que ella sabe muy bien.

—¿Por qué no nos dejamos de mentiras? —preguntó Gemini mientras se apartaba el pelo de la cara—. Ambos

sabemos que Angela ha venido aquí hoy porque tú le has contado que nos habíamos visto la semana pasada.

–Fue Markos quien se lo dijo.

–¿Qué?

Drakon suspiró al ver su mirada de incredulidad.

–En defensa propia –le aclaró–. No tenía ni idea del problema que causaría al hacerlo.

–¿Realmente esperas que me crea eso?

–Me gustan las mentiras tan poco como a ti –le respondió él con frialdad.

–Me cuesta un poco creer que Markos tuviera que decirle algo a Angela en defensa propia –dijo ella con

escepticismo.

—Al parecer Angela se le acababa de insinuar. Markos estaba tan desconcertado por la idea que mencionó que te conocía solo para cambiar de tema.

La primera parte de aquella afirmación parecía típica de la Angela que Gemini conocía tan bien. Era la segunda parte la que le resultaba improbable.

—¿Tu primo insinuó que tenía una relación conmigo para intentar disuadir a Angela?

Drakon apretó la mandíbula.

—Creo que Markos podría haber insinuado que somos tú y yo los que tenemos una relación, y que él también

te conoce.

Eso sin duda explicaría la llegada de la rabiosa Angela.

—¿Y por qué pensaba que diciéndole eso iba a conseguir salvarse de las insinuaciones sin duda poco sutiles de Angela?

—Obviamente Markos no estaba al corriente del odio que siente Angela hacia ti —contestó Drakon—. Al parecer yo era su verdadero objetivo y Markos su segunda opción. Creo que Markos esperaba poder disuadir sus atenciones llamando la atención sobre el hecho de que nosotros nos conocemos.

Gemini se quedó mirándolo sin decir nada durante varios segundos. La

determinación de aquella mirada oscura la incitaba a seguir sin creérselo, cosa que descubrió que no podía hacer. La explicación era tan ridícula, tan típica de Angela, que Gemini no podía hacer otra cosa que creérsela.

—Pobre Markos —dijo finalmente.

—¿Pobre Markos? —repitió Drakon con incredulidad, sabiendo que en aquel mismo instante podría haberle dado una paliza a su primo por haber sido la causa del ataque verbal y físico de Angela hacia Gemini.

Gemini asintió.

—Markos me cae bien —de pronto se carcajeó—. Perdon. Estaba imaginándome el pánico que debió de sentir Markos cuando Angela se le

insinuó —explicó al ver su mirada inquisitiva.

—Obviamente no fue su mejor momento —contestó Drakon—. Aunque al menos tuvo la sensatez de venir a contármelo inmediatamente cuando ella se marchó. Siento mucho no haber llegado a tiempo para impedir el ataque verbal de tu madrastra.

—Al menos has impedido el ataque físico —contestó Gemini encogiéndose de hombros—. Y de hecho el ataque verbal no ha sido peor que en algún otro de sus arrebatos. Incluso ha sido mejor, porque, por primera vez, he aprendido algo sobre sus motivos. Pero me temo que no es una historia bonita.

Y tampoco una historia que pensase compartir con él, imaginó Drakon. Aunque tampoco deseaba saber nada más sobre Angela, ni sobre las razones de su comportamiento. Su única preocupación era Gemini, no la mujer desagradable con la que se había casado su padre.

—¿Qué ha dicho para que te entraran ganas de vomitar?

Gemini era muy consciente de que lo que la había hecho vomitar era la idea de que Drakon tuviera una aventura con Angela.

La cuestión era ¿por qué?

Había pensado mucho en Drakon durante los últimos cuatro días, había

pensado en el tiempo que habían compartido juntos en el ascensor, en cómo había perdido ella el control. Y tal vez fuese la idea de que se lo hubiera contado a Angela lo que le había dado ganas de vomitar. Aunque, de haber sido así, no le cabía duda de que Angela habría disfrutado diciéndoselo.

—Ya te he dicho que nada peor de lo habitual —contestó negando con la cabeza—. ¿No deberías estar de vuelta en Nueva York?

—Tenía que salir para el aeropuerto hace una hora, sí —admitió él—, pero me pareció más importante venir aquí y ayudarte con tu madrastra.

Gemini sintió un agradable calor en su interior al saber que Drakon había

cambiado sus planes porque estaba preocupado por ella.

—Eso es muy amable por tu parte —murmuró—. Tal vez puedas tomar otro vuelo más tarde hoy.

—Eso no importa —contestó él con una sonrisa—. El avión privado de los Lyonedes volará a donde yo le diga.

—Claro —dijo ella. Qué tonta. ¡Claro que había un avión privado de la familia! Su padre había sido un hombre rico, pero sabía que los Lyonedes eran ricos más allá de lo imaginable. De ahí el interés de Angela por hacerse con uno de ellos—. ¿Qué diablos le has dicho a Angela para lograr que se fuera?

Drakon apretó los labios con

desprecio al recordar esa conversación, cuyos detalles desagradables no tenía intención de compartir con Gemini. Pero lo había dejado con la impresión de que sería mejor para todos los implicados realizar una investigación más en profundidad con respecto a Angela Bartholomew. Aunque solo fuera porque Empresas Lyonedes estaba a punto de completar una transacción importante con una mujer en la que no se podía confiar.

Pero Drakon sabía que había otra razón importante para estar preocupado por Angela. Y esa razón estaba de pie frente a él.

Había tenido la intención de volar a Nueva York aquella tarde, de olvidarse

de Gemini y del deseo que había estallado entre ellos. Pero, después de volver a verla, sabía que ya no tenía ganas de abandonar Inglaterra; ni aquel día ni al día siguiente. De hecho, no deseaba abandonar Inglaterra hasta haber arreglado el asunto entre Gemini y su madrastra.

Y lo arreglaría de un modo u otro, hasta asegurarse de que Gemini no corriese peligro a manos de Angela.

—Simplemente le he dicho que era hora de irse —respondió sin más. No pensaba contarle a Gemini que su madrastra había intentado flirtear con él, incluso después de que hubiera presenciado el ataque hacia ella.

Tampoco pensaba comentarle que había tenido intención de invitarlo a cenar esa noche. Una invitación que Drakon le había dejado claro que rechazaría, igual que cualquier otra invitación que pudiera producirse en el futuro.

Los comentarios despreciativos que había hecho sobre su hijastra a continuación habían sido suficientes para alertarlo de nuevo con respecto a la seguridad de Gemini.

—¿Estás libre para cenar esta noche?

Gemini se había quedado perdida en sus pensamientos durante el largo silencio de Drakon, pero levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Estás invitándome a cenar contigo de nuevo?

Drakon asintió.

–Es evidente que tenemos que hablar tranquilamente sobre el problema con tu madrastra y, dado que no voy a volver a Nueva York hoy...

–¿No lo harás? –Gemini parpadeó sin saber si el vuelco que sintió en el estómago se debía a las náuseas de antes o al hecho de que Drakon no iba a regresar a Nueva York aquel día y la había invitado a cenar con él.

Era una invitación que sabía que no debía aceptar...

No podía aceptar.

No cuando había pasado los últimos cuatro días diciéndose que la reacción que había tenido ante aquel hombre solo

había sido producto de su imaginación. Una exageración debida a todo lo que estaba ocurriendo en su vida.

No le había hecho falta más que ver a Drakon de nuevo para saber que se engañaba a sí misma.

Aquel hombre la atraía de una manera que jamás había experimentado. Hacía que se sintiera a salvo, protegida, pero al mismo tiempo era consciente de que Drakon representaba el mayor peligro de todos para ella. Físicamente y, quizá, emocionalmente también.

—No. Yo... —Drakon se interrumpió cuando llamaron a la puerta del apartamento—. Probablemente sea tu ayudante. Le dije que te avisara cuando fuese a marcharse —se encogió de

hombros cuando Gemini arqueó las cejas.

Sí, Drakon Lyonedes era un hombre al que sabía que debía tener vigilado, y no solo porque le resultase increíblemente atractivo. Si se descuidaba, era más que capaz de apoderarse de su vida si quería... y tenía la arrogancia suficiente para ello.

—Pero... —en esa ocasión fue ella quien se interrumpió cuando un teléfono móvil comenzó a sonar. Tenía que ser el de Drakon, porque el tono de su teléfono móvil era una de sus canciones favoritas, no un tono normal como ese—. Probablemente sea Markos, para saber si has llegado a tiempo de salvarme de

las garras de mi horrible madrastra.

—La situación no tiene nada de divertido, Gemini —contestó él mientras sacaba el teléfono del bolsillo de su chaqueta—. Y creo que mi primo me conoce lo suficientemente bien para saber que te habré salvado... si necesitabas que te salvaran —declaró antes de responder al teléfono—. Sí, Markos.

Gemini decidió darle privacidad y abandonó la habitación para abrirle la puerta a Jo, su empleada, y decirle que estaba bien antes de acompañarla abajo para cerrar las persianas y la puerta.

Y quedarse a solas con Drakon.

Se quedó en la tienda durante varios minutos después de que Jo se hubiera

marchado, ordenando lo que no era necesario ordenar mientras pensaba en la invitación que Drakon le había hecho para cenar esa noche. Para poder hablar del problema de Angela, había dicho. Aunque no tenía ni idea de lo que quería decir con eso. Ya había quedado más que claro que el desprecio que Angela sentía por ella no era personal, sino que iba dirigido a lo que Gemini representaba. Una animadversión innata que no cambiaría, por mucho que Drakon y ella hablasen.

Lo cual resultaba razón suficiente para rechazar la invitación.

Si realmente deseaba rechazarla...

Recordaba muy bien su visita al

edificio Lyonedes. Recordaba la arrogancia de Drakon. Su poder despiadado. Pero sobre todo recordaba el roce de sus labios y de sus manos sobre su cuerpo en el ascensor.

Y por esa razón no debía ni siquiera pensar en aceptar cenar con él de nuevo esa noche.

—¿Qué estás haciendo aquí sola en la oscuridad?

Gemini se dio la vuelta para mirar a Drakon y se dio cuenta al instante de que el ancho de sus hombros casi ocupaba el marco de la puerta que conducía a las escaleras de su apartamento. Recordó de inmediato la firmeza de su torso y de sus hombros bajo sus manos.

No era un recuerdo muy apropiado

cuando seguía debatiéndose sobre si sería o no sensato pasar otra noche con él.

—Solo estaba recogiendo —contestó—. ¿Ya estás listo para marcharte? —añadió esperanzada.

Drakon la miró de manera especulativa. Las persianas bajadas en las ventanas hacían que la tienda estuviera medio en penumbra, de modo que no podía verla claramente; aunque le pareció ver rubor en sus mejillas. También parecía estar ligeramente nerviosa y evitaba mirarlo a los ojos.

—No estás suficientemente recuperada para salir a cenar esta noche —dijo lentamente.

–Yo...

–Tal vez prefieras que nos quedemos aquí y que yo prepare algo de cenar para los dos –sugirió Drakon al darse cuenta de que Gemini estaba a punto de utilizar su indisposición para negarse a cenar con él. Una negativa que no tenía intención de aceptar.

–¿También sabes cocinar? –preguntó ella con incredulidad.

–Por supuesto.

Por supuesto que sabía cocinar, se dijo Gemini. Era un hombre que daba la impresión de saber hacer cualquier cosa que se proponía.

–¿Bien? –le preguntó a modo de recordatorio de la conversación que

habían mantenido la semana anterior, cuando le había preguntado si sabía tocar el piano.

—Me defiende —contestó él con una sonrisa, dando a entender que recordaba esa conversación.

Gemini se carcajeó.

—En ese caso podrás cocinar para mí alguna vez.

—Pero ¿no esta noche? —preguntó él con las cejas arqueadas.

Ella se encogió de hombros.

—No creo que tenga mucho sentido. Angela es... bueno, es Angela. Y estoy segura de que el odio que siente hacia mí se le pasará cuando encuentre a otro multimillonario al que intentar conquistar.

Drakon frunció el ceño.

—¿Realmente pensabas que tenía una aventura con ella?

Sí, en algún momento había llegado a creérselo, aunque fuera brevemente. ¿Cómo no iba a creérselo cuando su madrastra se había presentado allí como un ángel vengador y la había acusado de intentar seducirlo?

Gemini volvió a encogerse de hombros.

—La verdad es que no importa lo que yo crea o deje de creer al respecto, ¿no?

—Oh, claro que importa —murmuró Drakon mientras se adentraba en la tienda—. Para mí importa mucho.

Gemini tragó saliva al verlo

acercarse con pasos decididos. Se detuvo solo cuando estuvo a escasos centímetros de ella.

—Bueno... ya está todo arreglado, así que no pasa nada —contestó nerviosa.

Él arqueó una ceja.

—Eso me corresponde decidirlo a mí. No a ti.

—Deja de darle tanta importancia, Drakon.

—Es que es importante que duden de la palabra de uno, ¿o no es verdad?

Gemini lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres que me disculpe por haber dudado de ti? ¿Es eso?

—Eso sería un comienzo, sí —contestó él con una sonrisa sensual.

—¿Un comienzo? —repitió ella con

recelo, sin saber si le agradaba que Drakon estuviera tan cerca. Ni el lugar al que parecía encaminarse la conversación.

—Un comienzo... —insistió él antes de recorrer la escasa distancia que los separaba, agarrarle la parte superior de los brazos y agachar la cabeza hacia ella.

Sí, la conversación iba encaminada exactamente hacia donde Gemini creía.

Capítulo 8

Gemini tragó saliva.

–Drakon...

–Gemini... –murmuró él con voz rasgada, y su aliento fue como una caricia cálida sobre sus labios.

Se sentía atrapada, como un conejo deslumbrado con los faros de un coche, mientras lo miraba en la penumbra y notaba la electricidad inconfundible de la atracción física.

–Esto no es buena idea.

–No estoy de acuerdo –contestó él.

–¿De verdad?

–De verdad –murmuró Drakon. La cercanía y el perfume seductor de Gemini se apoderaron por completo de sus sentidos cuando finalmente besó sus labios.

Al rodearla con los brazos y notar que sus labios se abrían bajo los suyos, se dio cuenta de que había pensado mucho en volver a hacer eso. Deslizó las manos por su cuerpo de manera posesiva, recorriendo su espalda hasta llegar a las nalgas, pegarla a él y hacer que notara su erección palpitante.

Sí, había pensado mucho en eso a lo largo de los últimos cuatro días. Lo anhelaba. Lo deseaba.

No había espacio para otros pensamientos que no fueran los de complacer a los sentidos. No había tiempo para sutilezas mientras introducía la lengua en su boca para explorar cada recoveco. Sentía sus pechos hinchados apretados contra su torso, sus muslos ardientes contra él, y el aire cargado de jadeos entrecortados y pequeños gemidos de placer.

Para Gemini era como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que Drakon la había besado. La pasión fue instantánea; más aún el placer y el deseo. Suspiró al sentir sus dedos bajo la blusa segundos antes de que le agarrara el sujetador con la mano para

estimularle un pezón.

Drakon se apartó ligeramente para desabrocharle la blusa y poder ver sus pechos encerrados bajo el encaje antes de quitarle también el sujetador y dejarlo caer al suelo junto con la blusa.

Gemini le quitó la chaqueta antes de tirarla al suelo, y se permitió un breve momento de humor al imaginarse el horror del sastre de Drakon si pudiera ver cómo trataba una prenda que sin duda habría costado miles de dólares.

Pero fue un pensamiento que duro solo un instante antes de que le desabrochara la corbata y empezara a desabrocharle los botones de la camisa y le dejara al descubierto su torso perfecto y bronceado. La camisa corrió

el mismo destino que la chaqueta, y Gemini se quedó sin respiración cuando finalmente pudo tocar su piel desnuda.

Sintió el movimiento de los músculos bajo el terciopelo de su piel caliente mientras Drakon volvía a devorar su boca, y deslizó los brazos por su cintura para acariciar su espalda desnuda de arriba abajo.

Drakon apartó los labios de su boca para saborear la delicada piel de su cuello antes de bajar y capturar uno de sus pezones con los dientes.

Gemini gimió y apoyó la espalda desnuda sobre la pared de ladrillo mientras él la levantaba y le colocaba las piernas alrededor de su cintura.

Enredó los dedos en su pelo y se dejó llevar por el placer que recorrió su cuerpo al sentir su erección presionando contra sus pliegues.

Aquel placer se tradujo en una humedad caliente entre sus muslos cuando Drakon comenzó a moverse contra ella. Al mismo tiempo colocó la mano sobre su otro pecho y empezó a estimularle el pezón con el pulgar hasta que Gemini quiso morir del placer que le proporcionaba con sus labios y con sus dedos.

No pudo más que aferrarse a los hombros húmedos de Drakon mientras se acercaba cada vez más al abismo. Él siguió estimulando sus pechos al mismo tiempo que presionaba su miembro

erecto contra aquel punto tan sensible entre sus muslos. Ella respiraba entrecortadamente mientras se aproximaba al clímax, y aquello le daba ganas de pegar a Drakon a su cuerpo y al mismo tiempo de apartarlo de ella por miedo a perder el control de sus sentidos por completo.

Drakon pareció advertir aquella confusión en ella. Apartó la boca de su pecho lentamente y la miró con ojos oscuros y brillantes.

—No te estoy haciendo daño, ¿verdad?
—¡Dios, no! —exclamó ella, casi sin aliento y con la voz temblorosa por la excitación.

Una excitación que Drakon parecía

provocar en ella a voluntad.

Una excitación que empezaba a esfumarse y a convertirse en vergüenza al darse cuenta de lo que estaban haciendo... y de dónde.

—Es solo que... esto me resulta un poco abrumador, Drakon. En mi imaginación, hacer el amor por primera vez siempre era algo un poco más romántico —intentó sonreír, aflojó las rodillas y dejó caer los pies al suelo lentamente.

—¿Perdón? —preguntó él.

—Es una tontería, lo sé —murmuró ella—. Pero siempre pensé que la primera vez que hiciera el amor al menos sería en una cama grande... tal vez con cuatro postes.

–¿Con cuatro postes?

–Mmm. Con cortinas que se movieran al ritmo de una brisa suave.

–¿Cómo dices?

–Tal vez con pétalos de rosa esparcidos por la habitación –continuó Gemini como en una ensoñación–. ¿No te parece que sería romántico, Drakon?

–Sin duda.

Gemini regresó a la realidad al ser consciente del tono receloso de su voz. No solo receloso, sino también incrédulo.

Sin duda había sido una sorpresa para él descubrir que la hija malcriada de Miles Bartholomew era una virgen de veintisiete años.

¿En qué diablos pensaba al divagar de esa forma frente a un hombre como él?

Se le sonrojaron las mejillas al instante.

—¿Qué imaginabas, Drakon? —su vergüenza aumentó mientras recogía la blusa y se cubría con ella los pechos desnudos—. ¿Creías que me comporto de manera tan desinhibida con todos los hombres que conozco?

Él apretó la mandíbula.

—Con todos no.

—¿Solo con los ricos y poderosos?

—Gemini... —dijo Drakon con el ceño fruncido.

—Si realmente pensabas eso, entonces

me temo que me has confundido con mi madrastra.

—Sé perfectamente quién y qué eres, Gemini.

Al oír el ruido de la ropa tras ella, Gemini imaginó que Drakon se habría puesto al menos la camisa. La camisa que hacía pocos minutos ella le había desabrochado antes de tirarla al suelo.

¿Qué tenía aquel hombre en particular que la hacía comportarse de manera tan poco habitual en ella? Apenas reconocía a la mujer lasciva en que se convertía cada vez que Drakon la estrechaba entre sus brazos.

Una mujer lasciva, romántica e idiota, al parecer.

Algo que un hombre como él sin duda

despreciaría.

Siguió dándole la espalda y se dirigió hacia el otro extremo de la tienda antes de darse la vuelta. Solo podía ver el blanco de su camisa, pues seguía de pie entre las sombras. Se humedeció los labios.

—No me malinterpretes, Drakon. Agradezco mucho la ayuda que me has prestado antes para deshacerme de Angela, pero no tanto como para...

—Te aconsejo seriamente que no me insultes terminando esa frase —le advirtió él.

Gemini se estremeció al sentir el frío de su advertencia recorriendo su espalda. Una advertencia a la que debía

hacer caso.

–No pretendo insultarte.

–¿No? –respondió él mientras se agachaba para recoger su chaqueta y su corbata del suelo.

–No –insistió ella–. Es lo último que deseo hacer cuando has sido tan... amable –se encogió de hombros–. Ha sido un día muy duro. Las emociones están a flor de piel y creo que lo mejor sería que te fueras.

Drakon estaba de acuerdo con la lógica de su razonamiento. Al menos habría estado de acuerdo si hubiera podido pensar con lógica. Sin embargo seguía desconcertado por el hecho de que, aunque Gemini fuese una joven sofisticada de casi treinta años, no

tuviera experiencia.

¿Cómo era posible algo así en la actualidad? Sobre todo con una mujer guapa con un padre adinerado que sin duda le habría podido consentir todo en su vida. Seguramente habría pasado su adolescencia rodeada de hombres ricos y experimentados. Incluso su propia madrastra era una seductora consumada.

Aunque tal vez el odio que sentía Gemini hacia Angela fuese la razón por la que había escogido un camino completamente distinto para ella.

Fuera cual fuera la explicación de aquella inocencia física, a Drakon le sorprendía. Le sorprendía y, al mismo tiempo, lo hacía desconfiar. Llevaba

activo sexualmente más de veinte años y, a sus treinta y seis, nunca había hecho el amor con una virgen. Por mucho que deseara a Gemini, no tenía intención de complicarse la vida ni de complicársela a ella al convertirse en su primer amante.

Se puso la chaqueta con movimientos deliberados, dobló después la corbata y se la guardó en el bolsillo antes de volver a mirar a Gemini.

—Después de haber presenciado su comportamiento de antes, dudo que esa haya sido la última vez que ves a tu madrastra —le dijo.

Gemini pensaba lo mismo; conocía a su madrastra demasiado bien como para creer otra cosa. Angela parecía estar

empeñada en casarse con un miembro de la familia Lyonedes, preferiblemente Drakon, y no era de las que se echaban atrás cuando se proponía conquistar a alguien.

—Siempre y cuando Markos y tú os mantengáis alejados de ella en el futuro, no debería haber ningún problema —le dijo a Drakon.

—Creo que eso será algo difícil, teniendo en cuenta que estamos en mitad de una transacción empresarial con ella.

Gemini se tensó al recordar que Empresas Lyonedes estaba en proceso de comprarle a Angela su casa familiar.

—Creo que eso te lo has buscado tú solo —dijo ella.

–Desde luego –aceptó Drakon–. Y es algo que soy más que capaz de solventar. Pero te aconsejaría que hicieras todo lo que estuviera en tu poder para evitar más enfrentamientos con ella.

–Tal vez debieras darle lo que quiere y llevártela a la cama –le dijo ella mirándolo a los ojos.

Drakon tomó aliento ante la idea de mantener una relación sexual con aquella viuda avariciosa. No era que no fuese atractiva, si lograra pasar por alto que su interés se centraba principalmente en su cuenta bancaria.

Cosa que, pensándolo bien, nunca le había importado. De hecho era la razón

por la que se había vuelto tan cínico con la idea de encontrar una mujer que pudiera quererlo por lo que era. Después de que tantas mujeres se hubieran sentido atraídas por el dinero de la familia, las relaciones con ellas se habían vuelto fugaces y frías.

Su constante atracción hacia Gemini, una joven sin avaricia ni experiencia, resultaba cuando menos inquietante.

—Consideraré tu sugerencia todo lo que se merece —nada, en lo que a él respectaba.

Gemini retrocedió como si Drakon le hubiera golpeado. Cosa que, en cierto modo, había hecho.

Durante los últimos cuatro años había visto como docenas de hombres caían

presa de la belleza voluptuosa de Angela, incluido su padre, y pensar que Drakon, un hombre cuya atracción parecía incapaz de controlar, pudiera convertirse en una de las conquistas de Angela le provocaba náuseas.

Frunció el ceño.

—Obviamente debes hacer lo que creas que es mejor.

—Siempre lo hago —contestó él.

Sí, no le cabía duda de que era un hombre que nunca rendía cuentas a nadie. Y en realidad ella misma se había buscado aquella situación. Tal vez fuera en defensa propia y por la confusión que sentía ante aquella atracción, pero en cualquier caso había sido ella la

instigadora de aquella conversación en particular.

–Gracias de nuevo por tu ayuda.

–De nada –contestó él con una ligera inclinación de su cabeza.

–Sin duda ahora volverás a Nueva York.

Drakon ya había decidido que abandonar Inglaterra sin haber zanjado el asunto de Angela Bartholomew sería un error. Pero aquel tiempo que había pasado con Gemini, en el que había estado a punto de hacerle el amor antes de saber que era virgen, indicaba que quedarse allí quizá fuese un error aún mayor. ¿Solo quizá? Podría convertirse en un error catastrófico para ambos si se quedara en Inglaterra.

–Sin duda –respondió mientras se dirigía hacia la puerta de la tienda para abrirla–. Echa el pestillo cuando me vaya.

–Esa era mi intención –dijo ella mientras lo seguía.

–No dudes en llamar a Markos si fuera necesario –añadió Drakon tras mirarla en silencio durante unos segundos.

Llamar a Markos, no a él, advirtió Gemini mientras cerraba la puerta. No podía haberle dejado más claro que su relación, fuese del tipo que fuese, había terminado en lo que a él concernía.

Drakon aguardó el tiempo suficiente hasta oír que Gemini echaba el pestillo

de la puerta tras él. Después sacó su móvil del bolsillo y pulsó el botón de marcación rápida mientras caminaba hacia donde había aparcado el coche.

—Dile a Max que le ponga seguridad veinticuatro horas a Gemini —le ordenó a su primo cuando este respondió al teléfono—. Y que mañana por la mañana realice una investigación pormenorizada sobre Angela Bartholomew —añadió antes de que Markos pudiera contestar a su primera orden—. También quiero que investigues la posibilidad de que Miles Bartholomew hubiera redactado un testamento posterior al que nos presentaron como prueba —abrió la puerta del Mercedes y se sentó tras el volante—. Un testamento en el que

podría dejarle la casa Bartholomew a su hija en vez de a su mujer.

—¿Crees que existe esa posibilidad?

—Después de lo de hoy, creo que Angela es una mujer capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere.

—¿Incluyendo ocultar ilegalmente el testamento de su marido?

—Incluyendo eso, sí —confirmó Drakon.

—¡Dios! —exclamó Markos—. Eso podría meter a nuestra empresa en un enredo legal.

Y también dejaría a Gemini en una posición de vulnerabilidad.

—Sí —convino Drakon.

–¿Y dónde estarás tú mientras le doy a Max todas esas órdenes? –preguntó Markos con curiosidad.

Drakon miró hacia la floristería cerrada de Gemini. Después se fijó en la luz que se había encendido en la sala de estar del apartamento.

–He decidido volar a Nueva York hoy mismo después de todo.

–¿De verdad? –su primo parecía sorprendido.

–De verdad –repitió él. No tenía razón para regresar al edificio Lyonedes; rara vez viajaba con equipaje, pues tenía un armario completo tanto en el apartamento de Nueva York como en el de Londres.

–Pero ¿Gemini está bien?

–Parecía estar perfectamente bien cuando la he dejado hace un par de minutos.

–¿Y su madrastra?

–Es una auténtica zorra y jamás deberíamos haber hecho negocios con ella.

Hubo una breve pausa antes de que Markos volviera a hablar.

–Hablaré con Max inmediatamente.

–Muy bien.

Después hizo una llamada rápida al piloto de su avión privado, mientras observaba como la silueta de Gemini se acercaba a las ventanas que daban a la calle para echar las cortinas.

Seguía allí sentado quince minutos más tarde cuando un Range Rover negro conducido por el propio Max aparcó detrás de él. Se giró sobre su asiento y le dirigió un movimiento de cabeza al jefe de seguridad antes de poner el motor en marcha y alejarse.

–¡Bueno! –murmuró Gemini al colgar el auricular del teléfono.

–¿Problemas? –preguntó Jo al entrar en el despacho de la tienda a por su chaqueta para marcharse a comer aquel viernes tan ajetreado.

¡Drakon Lyonedes había sido un problema antes incluso de que lo conociera! Y más aún después de

conocerlo, aunque por razones muy diferentes. Le parecía increíble que solo hiciera una semana de aquello.

Gemini aún se estremecía al recordar la última vez que lo había visto, tres días atrás.

Teniendo en cuenta lo rápido que pasaba el tiempo cuando trabajaba, habían sido tres días sorprendentemente largos. Tres días durante los cuales Drakon había desaparecido por completo de su vida.

No, completamente no.

Había dormido muy mal la noche que se marchó. No porque hubiese perdido el tiempo pensando en el altercado con Angela, sino porque no había podido parar de pensar en Drakon y en su

reacción ante él. Por tanto, a la mañana siguiente, había tardado en advertir la presencia del Range Rover negro aparcado al otro lado de la calle, y más aún había tardado en darse cuenta de que el conductor era Max Stanford, que tenía la vista fija en la floristería. ¿O en ella?

Gemini había decidido que estaba volviéndose paranoica y el Range Rover ya no estaba cuando había salido aquella mañana a comprar la comida a la tienda de la esquina. Pero entonces se había dado cuenta de que otro coche negro había sustituido al Range Rover, y el hombre sentado tras el volante parecía estar observándola desde detrás de sus

gafas de sol. Al cerrar la tienda aquel día, el Range Rover y Max habían vuelto, y el otro coche había desaparecido junto con su conductor.

Sintiéndose aún un poco paranoica, Gemini no había dudado en acercarse al Range Rover para preguntarle a Max qué estaba haciendo exactamente aparcado frente a su tienda. Su explicación breve y concisa había sido suficiente para hacer que Gemini regresase al interior de la floristería a llamar inmediatamente a Markos.

Encantador y seductor como siempre, Markos le había asegurado que simplemente seguía las órdenes de su primo, y que Max, o alguien de su equipo, estaría velando por su seguridad

hasta que Drakon indicara lo contrario.

Gemini se había quedado asombrada. Y también molesta. Aceptaba que Angela había sido agresiva verbalmente la última vez que ambas habían hablado, y aceptaba también que Drakon hubiera aparecido en la escena en el momento justo para evitar que su madrastra le diera una bofetada, pero no imaginaría que Angela fuese a intentar hacerle daño de verdad.

Por desgracia aquella pregunta había quedado sin respuesta, pues contactar con Drakon en Nueva York había resultado tan difícil como contactar con él en Londres la semana anterior. Había logrado hablar con su ayudante personal,

pero este la había informado de que el señor Lyonedes no estaba disponible. Por su parte, Drakon no se había molestado en devolverle la llamada.

Y acababa de recibir una llamada de ese mismo ayudante personal, que le había dicho:

–El señor Lyonedes me ha pedido que le diga que llegará a Inglaterra a lo largo del día de hoy y que pasará a visitarla a su apartamento a las ocho en punto de esta tarde.

Además de sentirse dolida, ahora se sentía insultada. Sin embargo, Gemini no tenía intención de estar en su apartamento a las ocho de la tarde.

Aunque sabía que no conseguiría mucho, pues el perro guardián aparcado

frente a su puerta le diría a Drakon adónde había ido. Aun así, lo que importaba era el principio de la cuestión; Drakon no podía entrar y salir de su vida cada vez que le viniese en gana. Bueno... al parecer sí podía. Pero eso no significaba que ella tuviera que ponérselo fácil.

Levantó la mirada y le dirigió una sonrisa a Jo.

—No es nada de lo que no pueda hacerme cargo —le aseguró a su ayudante con firmeza.

Al menos esperaba que pudiera hacerse cargo de volver a ver a Drakon.

Capítulo 9

—¿Estás esperando a alguien?

Gemini había sido consciente de la presencia de Drakon en cuanto este había entrado en su restaurante italiano favorito. Igual que había sido consciente de las miradas que le dirigían las mujeres mientras avanzaba hacia su mesa situada en el otro extremo de la sala. Una mesa para dos.

Gemini dejó su copa de Chianti para recostarse contra el banco de cuero, levantó la mirada y sonrió.

–Sí, estoy esperando a alguien –
confirmó.

–¿No te llamó mi ayudante para
decirte que iría a verte a tu apartamento
esta tarde?

–Oh, sí que me llamó.

–¿Entonces?

–Obviamente tenía planes para esta
noche más allá de quedarme sentada en
casa esperando a que el gran Drakon
Lyonedes me honrase con su presencia.

Drakon habría tenido que estar ciego
para no ver cómo brillaban con rabia
aquellos ojos aguamarina.

–Estás molesta porque le pedí a mi
ayudante que te llamara –dijo.

–¡Qué listo eres, Drakon! –respondió

ella con ironía.

—¿Estás diciendo que habrías preferido que te llamara yo personalmente antes de salir de Nueva York?

—Estoy diciendo que preferiría que te hubieras molestado en devolverme la llamada hace dos días, o al menos haberme llamado ayer y haberme preguntado si podríamos vernos esta noche, en vez de decirle a tu ayudante que me llamara para informarme de que iba a ser así.

Sí, Drakon admitía que ese habría sido un modo más aceptable y educado de hacer las cosas. Pero no se había sentido educado en lo más mínimo; ni el día anterior ni los demás días que había

pasado en Nueva York. Por culpa de aquella mujer. Porque no había sido capaz de dejar de pensar en ella y en la última vez que habían estado juntos. Y en lo mucho que deseaba verla y volver a estar juntos.

No le había hecho falta buscar mucho para encontrar la razón de su frustración en lo que respectaba a ella.

El hecho de que Gemini hubiera admitido que era virgen.

—Oh, por el amor de Dios, siéntate de una vez, Drakon —le dijo ella cuando el camarero se acercó a la mesa y le entregó dos cartas antes de volver a marcharse.

Drakon frunció el ceño.

–Creía que habías dicho que estabas esperando a alguien.

–Así es –contestó Gemini–. Y ya ha llegado. Estaba esperándote a ti, Drakon.

–¿A mí?

–Estaba segura de que uno de tus perros guardianes te diría dónde encontrarme a las ocho en punto de esta tarde. Y, como tú me invitaste a cenar la última vez en tu apartamento, he pensado que lo mínimo que podía hacer yo era invitarte a mi restaurante italiano favorito. ¿Quieres una copa de vino tinto? –levantó la botella de Chianti que había pedido al llegar y la inclinó ligeramente sobre la copa vacía situada

frente a ella.

—Gracias —contestó Drakon mientras se sentaba al otro lado de la mesa, más aliviado de lo que habría querido admitir al saber que Gemini no iba a pasar la velada con otro hombre—. Lo siento si la llamada de mi ayudante te ha parecido de mala educación.

—Tu ayudante ha sido de lo más educado, Drakon. Eres tú el que me parece maleducado y arrogante al pedirle que me llamara.

—No piensas dejarlo correr tan fácilmente, ¿verdad?

—¿Debería?

—Probablemente no.

—Desde luego que no.

—Muy bien —dijo Drakon con un

suspiro—. Mis disculpas por no haberte llamado personalmente y haberte pedido que te reunieras conmigo.

—Estás perdonado —contestó ella con una ligera inclinación de cabeza.

—Así que este es tu restaurante favorito... —Drakon miró a su alrededor y descubrió que la atmósfera cálida y acogedora del local también le gustaba a él.

—¿No es lo que esperabas?

Drakon volvió a mirar a Gemini al oír su voz. Tenía que admitir que nada en aquella joven era lo que habría esperado de la única hija del influyente Miles Bartholomew. Cosa que empezaba a resultarle un problema. Gemini no

paraba de desconcertarlo con respecto a sus experiencias anteriores con mujeres.

Se encogió de hombros y agarró la carta.

—Estoy seguro de que la comida aquí es aceptable.

Ella resopló.

—La comida aquí es fantástica.

—¿Qué me recomiendas?

—Cualquier cosa —respondió ella—. Todo aquí está bueno.

Gemini había albergado la esperanza de que, si volvía a verlo, ya habría superado la locura que se había apoderado de ella las dos últimas veces. La esperanza de poder mirarlo, hablar con él y verlo como el hombre arrogante y poderoso que era. Y era imposible no

ver esas cosas en él. Por desgracia sabía que también era peligrosamente seductor; no tenía más que tocarla o besarla para hacerle perder el control. Algo que nunca le había ocurrido, pero que parecía suceder constantemente con él.

Así que estiró los hombros, decidida a romper el hechizo que, una vez más, amenazaba con rodearla.

—¿Qué tal tu semana? —preguntó.

—Ajetreada —contestó Drakon dejando la carta sobre la mesa—. ¿Y la tuya?

—Igual.

—¿No has recibido más visitas de tu madrastra?

—Estoy segura de que Max te ha

contado que no.

—Markos me ha informado de que no te hizo mucha gracia la presencia de Max.

—¿Ah, sí? Pues me parece que eso no ha cambiado para nada el resultado.

Drakon suspiró.

—¿Preferirías que te hubiera dejado a merced de la sed de venganza de esa mujer?

—Te repito que hubiera preferido que me lo preguntaras primero.

Él arqueó las cejas.

—¿Y si lo hubiera hecho?

—Te habría asegurado que no era necesario. Tú eras la razón por la que Angela estaba alterada y, una vez que te marchaste...

–Por si acaso no te has dado cuenta, he vuelto –contestó él con una sonrisa irónica.

¡Como si alguna mujer pudiera permanecer ajena a la presencia de Drakon Lyonedes! No tenía más que entrar en una habitación para hacerse dueño de ella. Algo que quedó demostrado segundos más tarde, cuando Benito, el dueño del local, se acercó a tomarles nota y se dirigió a Drakon durante toda la conversación.

–¿Qué? –preguntó Drakon al ver el ceño fruncido de Gemini cuando volvieron a quedarse solos.

Ella negó con la cabeza.

–Has echado a perder los dos minutos

que suelo pasar flirteando de manera descarada con Benito cuando viene a tomarme nota.

—¿Flirteas con el camarero?

—Flirteo de manera descarada —le corrigió ella—. Y Benito es el dueño del restaurante, no el camarero.

Drakon miró hacia el joven moreno y guapo, que estaba transfiriéndole el pedido a otro hombre más bajito y rechoncho para que se lo llevara a la cocina, antes de regresar a su puesto tras el mostrador situado a la entrada del restaurante.

—¿Vienes a este restaurante porque te gusta flirtear con el dueño? —le preguntó a Gemini.

—No. Vengo porque la comida es

excelente... y además me gusta flirtear con el dueño –contestó ella con una sonrisa burlona.

A Drakon no había nada que le pareciese divertido en su aparente atracción hacia Benito.

–A tus acompañantes masculinos debe de parecerles... poco halagador.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Los hombres con los que sueles tener citas aquí.

Ella se recostó en su asiento y arqueó las cejas.

–No sabía que esto fuese una cita.

No lo era. Al menos no había sido su intención al decidir que Gemini y él debían verse de nuevo esa noche. Y, sin

embargo, estaban los dos sentados en un acogedor restaurante italiano. En una mesa íntima para dos. Con una vela encendida en el centro. Y una velada con innumerables posibilidades. Sí, definitivamente tenía todos los ingredientes de una cita.

Se encogió de hombros.

—Por el bien de las apariencias, digamos que lo es.

Por el bien del instinto de supervivencia de Gemini, ella habría preferido decir que no lo era. Aunque había sido ella la causante de que aquella velada tuviese lugar en un restaurante y no en su apartamento, como había estipulado él.

Pero de eso se trataba en realidad.

Ella había hecho sus propios planes porque no le había gustado la actitud arrogante de Drakon al utilizar terceras personas.

Sin embargo no lo había pensado tan bien como debería haberlo hecho. Ni siquiera había considerado la idea de que estar los dos allí sentados, hablando y cenando, parecería por completo una cita.

—Espero que al menos le des al pobre Max un par de horas libres mientras cenamos —le dijo a Drakon.

—¿Al pobre Max? —preguntó él.

Ella asintió después de que les sirvieran el primer plato.

—Estoy segura de que le pagas bien,

igual que al resto de tu equipo de seguridad, pero aun así debe de haber sido muy aburrido para ellos estar sentados frente a mi apartamento los últimos tres días.

Sí, Drakon había leído con atención los informes diarios de Max y había advertido que Gemini pasaba los días en su tienda y las noches sola en su apartamento.

—Tienes razón. Les pago bien —dijo—. Y, según creo, le ofreciste a Max una alteración en tu rutina cuando cerraste la floristería ayer por la tarde.

Ella le dirigió una sonrisa maliciosa.

—¿Te lo ha contado?

Max había leído el descontento de Max al tener que seguir a Gemini a un

salón de belleza, donde se había arreglado el pelo y se había hecho la manicura y la pedicura, antes de entrar en una sala privada para hacerse la cera.

—Puede que nunca se recupere de la experiencia —respondió él.

Gemini había llegado a respetar e incluso a tomarle cariño a Max Stanford durante los últimos días; incluso lo había invitado a tomar café a la tienda un par de veces. Pero no había podido resistir la tentación de tomarle un poco el pelo con su sesión de belleza de los jueves por la tarde. Además era muy consciente de que, igual que todo lo demás, Max informaría a su jefe de sus movimientos.

–¿Y tú no? –le preguntó.

Drakon se encogió de hombros.

–Mi madre suele pasar la tarde de los sábados del mismo modo, creo.

Gemini sabía que su madre había vivido sola en Atenas desde la muerte de su marido diez años atrás. De hecho, sabía muchas más cosas sobre Drakon que tres días atrás; Internet era algo maravilloso, aunque potencialmente peligroso, que ofrecía todo tipo de información sobre alguien tan famoso como él.

Como por ejemplo hasta dónde alcanzaban sus intereses empresariales por todo el mundo, así como su increíble riqueza. Poseía casas en Nueva York,

Londres, Hong Kong, Toronto y París, así como una isla privada en el Egeo; aunque era un misterio cómo encontraba tiempo de vivir en todas esas residencias, teniendo en cuenta lo duro que trabajaba para aumentar la fortuna de los Lyonedes.

También sabía que tenía treinta y seis años. Y estaba soltero. En su pasado no aparecía nada cercano a un compromiso.

—¿Tu madre y tú estáis muy unidos? — le preguntó.

—Mucho —contestó él.

—¿Y Markos y tú también estáis unidos?

—Como hermanos —confirmó.

—Ya me había dado cuenta.

Drakon arqueó las cejas.

–¿Te resulta extraño no solo que sienta afecto por mi familia sino que también genere afecto en ellos?

–En absoluto. ¿Por qué iba a parecérmelo? Estoy segura de que eres un hijo muy atento, y la cercanía entre Markos y tú resultaba evidente cuando os vi juntos la semana pasada.

El tono melancólico de su voz le recordó a Drakon que su hermano gemelo había muerto antes de que ella pudiera conocerlo, y que, tras la muerte de sus padres, ya no le quedaba familia a la que poder recurrir en busca de afecto. O de protección.

–Prueba los raviolis antes de que se enfríen –añadió Gemini, como si supiera

cuáles eran sus pensamientos y no se sintiera cómoda con ellos—. El padre de Benito es el chef y sus raviolis de espinacas están para morirse.

Drakon, al notar que estaba cambiando de tema deliberadamente, pinchó varios raviolis con el tenedor y descubrió que estaban tan buenos como ella aseguraba.

—Qué bueno —comentó. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta probar la comida.

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó ella con una sonrisa de satisfacción.

Drakon se quedó callado, sin saber cómo responder a esa pregunta. O si debería responderla. Con los años había comprobado que casi todas las mujeres

mentían, y normalmente por la misma razón.

Primero para despertar su interés, después para mantenerlo.

Gemini había sido sincera desde el principio. Ese era otro de los rasgos que la diferenciaban del resto de mujeres que había conocido.

De hecho la velada se convirtió en toda una sorpresa para él mientras probaban más platos deliciosos preparados por el padre de Benito. Charlaron de temas tan diversos como las películas que habían visto o los libros que habían leído, y descubrieron que a los dos les encantaba la ópera.

—Cuando mi padre vivía, solíamos ir

juntos a la ópera una vez al mes –le dijo Gemini.

–Pero ¿no tu madrastra?

–Lo único que le gustaba a Angela de la ópera era poder vestirse de gala y presumir de la última joya que mi padre le había comprado. Por suerte hasta de eso se cansó tras las dos primeras veces, así que yo podía ir sola con mi padre. Nuestra visita mensual a la ópera fue lo único a lo que se negó a renunciar, aunque Angela demandase su atención todo el tiempo.

Una testarudez que sin duda su padre había pagado cara, pensó Drakon, preguntándose de nuevo qué tipo de mujer sería Angela como para desear poseer a Miles hasta el punto de excluir

a su única hija.

–¿Cuál es tu ópera favorita? –le preguntó a Gemini.

–Cualquiera de ellas –respondió sin dudar.

Drakon asintió.

–Es algo que odias o te encanta, ¿verdad? Markos y yo tuvimos la suerte de que nuestros padres nos metieran en ese mundo cuando éramos jóvenes. Ambos éramos un poco salvajes durante nuestra adolescencia, y mi madre estaba decidida a refinarnos un poco antes de que fuera demasiado tarde.

Gemini no podía imaginarse a Drakon Lyonedes como alguien salvaje. Le sorprendió lo rápido que había pasado

la velada; Drakon resultó ser un acompañante interesante y entretenido. Hasta el punto de que se le había olvidado la razón por la que estaban cenando juntos aquella noche.

—Bueno —dijo recostándose en su asiento mientras tomaban el café—. ¿Vas a dejar libre a Max para que pueda dedicarse a sus tareas habituales?

—Nos quedan diez días hasta que completemos la adquisición de la casa Bartholomew —contestó Drakon mirando hacia abajo.

Gemini frunció el ceño al recordar que la empresa de Drakon iba a comprar su casa familiar con la intención de convertirla en un hotel. Algo de lo que se había olvidado en las tres últimas

horas.

–Entonces ¿Max se queda? –preguntó.

–De momento sí –confirmó él.

–Es hora de pedirle a Benito la cuenta –dijo ella dirigiéndole una sonrisa al dueño del restaurante–. Y por favor, ni se te ocurra sugerir que vas a pagar. Prefiero pagar a mi manera, muchas gracias.

A Drakon le molestó darse cuenta de que, al sacar el tema de la casa Bartholomew, había logrado que Gemini volviese a ponerse a la defensiva con él.

Tal vez hubiera sido esa su intención desde el principio, para poder así mantener la distancia.

Por muy agradable que hubiera sido

la velada, también había confirmado que Gemini no se parecía a ninguna mujer de las que había conocido. Hasta el punto de sentirse completamente relajado en su compañía. Incluso había hablado con ella de su familia y de su trabajo, algo que nunca había hecho con ninguna mujer. Ciertamente ella se había mostrado igual de abierta con él, pero aun así la experiencia le resultaba algo inquietante de un modo que no podía explicar.

Cuanto antes se resolviera la situación entre Gemini y su madrastra antes podría él regresar a su vida anterior sin complicaciones.

Capítulo 10

–Me lo he pasado muy bien esta noche –admitió Drakon tras aparcar el coche frente a la floristería y el apartamento de Gemini. Habían hecho el trayecto desde el restaurante en completo silencio.

Notaba que Gemini había vuelto a levantar barreras entre ellos, cosa que era lo que él pretendía, ¿no? Pero, tras lograr su objetivo, deseaba que regresara la Gemini animada de antes.

–¿Dejarás que te invite a cenar

mañana por la noche como agradecimiento por lo de hoy? –le preguntó.

–Eso anularía mi objetivo de hoy de darte las gracias a ti por la cena del otro día en tu apartamento –contestó ella lentamente–. Podríamos estar dándonos las gracias así para siempre.

«Para siempre» no era un concepto con el que Drakon estuviera familiarizado con las mujeres.

Aun así, era necesario que Gemini cenara con él al día siguiente.

–Pensaba que podríamos cenar temprano y después quizá ir juntos a la ópera.

Los ojos aguamarina de Gemini se iluminaron al instante con placer, pero

enseguida controló aquella emoción y le dirigió una mirada censuradora.

—¡Eso no es jugar limpio, Drakon!

Tras su conversación durante la cena, no era su intención jugar limpio. Era importante para sus planes del fin de semana que Gemini pasara la noche siguiente con él. Si tenía que utilizar medios poco justos para lograr su fin, así lo haría.

—Entonces ¿cuál es tu respuesta?

—¿No es un poco tarde para conseguir entradas para mañana? No, claro que no —se respondió a sí misma cuando Drakon arqueó las cejas; claro que podría conseguir entradas para la ópera, ya fuera para la noche siguiente o para

cualquier otra.

Sabía que sería una locura por su parte pasar otra noche con Drakon; disfrutaba demasiado de su compañía, le resultaba demasiado atractivo como para poder seguir resistiéndose al impulso de dejarse llevar.

Y aun así...

No había vuelto a la ópera desde la muerte de su padre y se había preguntado si alguna vez podría regresar, pues despertaría en ella recuerdos dolorosos. Aun así la idea de ir a la ópera con Drakon era demasiado tentadora como para poder resistirse.

—Me encantaría ir a la ópera contigo — contestó.

—Bien —dijo Drakon asintiendo con la

cabeza—. ¿Te parecen bien las seis para pasar a buscarte y que cenemos juntos antes?

Los sábados solían ser el día más ajetreado de la semana para ella, pero al día siguiente no tenía ninguna boda ni fiesta a la que suministrar las flores, y sin duda a Jo no le importaría cerrar la tienda mientras su jefa subía a arreglarse para salir.

—Las seis es perfecto —dijo con entusiasmo por volver a verlo al día siguiente.

Solo porque iba a llevarla a la ópera, se dijo con firmeza. No tenía nada que ver con el hecho de que hubiese disfrutado de su compañía aquella noche

y sintiera un pequeño vacío en su interior ante la idea de separarse de él.

Y, si realmente pensaba que podía engañarse, entonces estaba volviéndose totalmente loca.

No solo había sido físicamente consciente de él durante toda la noche, sino que había disfrutado de su compañía y de su conversación como nunca con otro hombre. Era inteligente y culto, así como encantador cuando deseaba serlo.

Todo aquello significaba que corría el peligro de seguir cayendo más bajo su hechizo.

¿A quién pretendía engañar? ¡Si acababa sintiéndose más atraída por él, probablemente ardería a la mínima

caricia!

Razón suficiente para no darle la oportunidad de volver a tocarla aquella noche.

—A las seis mañana —confirmó abruptamente mientras abría la puerta del coche y salía a la acera—. No hace falta que salgas. ¡Ya ha llegado la caballería! —exclamó al darse la vuelta y ver el Range Rover de Max aparcando a poca distancia del Mercedes de Drakon.

—Aun así, pienso acompañarte hasta la puerta —Drakon frunció el ceño ante la aparición de Max mientras se bajaba del coche, y levantó la mano para agarrarla del codo—. Mi madre se quedaría horrorizada si supiera de mi falta de

modales después de haberse tomado tantas molestias por educarnos a Markos y a mí –bromeó cuando Gemini lo miró de manera inquisitiva.

Ella se rio suavemente mientras caminaban hacia la puerta.

–Tu madre me parece una mujer encantadora –murmuró.

Comentario que hizo que Drakon se preguntara qué pensaría su madre de Gemini.

No le cabía duda de que Karelia aprobaría su independencia y determinación. Sí, Gemini le caería tan bien como le había caído a Markos.

Drakon apretó los labios y dejó caer la mano del codo de Gemini al recordar que su primo la admiraba abiertamente.

—Vendré a buscarte a las seis en punto mañana —dijo, se dio la vuelta y se marchó.

Gemini observó la rigidez en la espalda de Drakon mientras regresaba a su coche, se sentaba al volante y se alejaba sin mirarla una sola vez.

No podía ser decepción lo que sentía solo porque ni siquiera hubiera intentado darle un beso de buenas noches, y menos teniendo en cuenta que había decidido no permitirle tocarla de nuevo.

Si, en efecto, era decepción, entonces estaba mucho más implicada emocionalmente con él de lo que había temido...

–No lo comprendo... –Gemini se giró para mirar a Drakon la noche siguiente; iban sentados en la parte de atrás de la limusina en la que había pasado a recogerla.

El chófer acababa de entrar en lo que parecía ser un aeropuerto privado y había detenido el vehículo junto a un pequeño avión; después había salido del coche sin decir palabra y le había abierto la puerta.

–Creía que habías dicho que íbamos a cenar temprano antes de ir a la ópera.

–Así es –contestó Drakon.

Gemini salió a la pista de aterrizaje, demasiado sorprendida para hacer algo

que no fuera permitir que la agarrara del codo mientras la ayudaba a subir las escaleras del avión.

—¿Adónde vamos? —preguntó mientras contemplaba el lujo interior del que debía de ser el avión privado de los Lyonedes que Drakon había mencionado.

Había cuatro asientos de cuero blancos en torno a una mesa, donde Drakon sentó a Gemini antes de ocupar el asiento frente a ella. Había otros seis asientos distribuidos por el avión, una alfombra negra en el suelo y una barra en la parte trasera, donde un auxiliar de vuelo se encontraba sirviendo dos copas de champán. También había una pantalla enorme que ocupaba casi toda la pared

situada junto a la cabina.

–Ya puedes cerrar la puerta, Malcolm, e informar a Drew de que la señorita Bartholomew y yo estamos listos para partir –le dijo Drakon al auxiliar mientras este colocaba las copas de champán sobre la mesa.

Gemini decidió dar un trago a su copa antes de intentar hablar, pues sentía la garganta seca.

–¿Partir hacia dónde? –preguntó.

–Hacia Verona –contestó Drakon mientras se acomodaba en su asiento.

Gemini se quedó con la boca abierta, sabiendo que había solo un lugar en Verona donde pudieran asistir a la ópera; el anfiteatro al aire libre.

—No se me ha ocurrido preguntarlo. ¿Te da miedo volar? —preguntó Drakon preocupado al ver que se había quedado pálida—. ¿Gemini? —estiró los brazos por encima de la mesa para estrecharle las manos.

—Eh... no me hagas caso. Es solo que... solo he ido una vez a la ópera en Verona, y fue con mis padres, como regalo cuando cumplí veintiún años.

Drakon frunció el ceño. Había pensado que Gemini disfrutaría yendo a la ópera en Verona. En su lugar, había logrado traerle recuerdos de una época más feliz, en la que sus padres vivían y eran una familia.

—¿Prefieres que le dé órdenes a Drew

para regresar a...?

—¡Dios, no! —exclamó Gemini mientras parpadeaba para frenar las lágrimas que brillaban en sus ojos. Pero eran lágrimas de alegría, no de tristeza—. Para empezar, no se me ocurriría negarle a Max su noche libre...

—¡Tu preocupación por mi jefe de seguridad es conmovedora!

—Y, para continuar, no se me ocurre nada más maravilloso que la oportunidad de volver a asistir a la ópera en Verona —continuó ella—. Muchas gracias por organizarlo, Drakon. No sabes lo mucho que estoy deseando que llegue el momento —se dio la vuelta para apretarle las manos con fuerza.

—De nada —murmuró él.

–¿Qué vamos a ver?

–*Aida*. No me digas que es la misma ópera que viste con tus padres –añadió cuando vio que se quedaba con la boca abierta.

–Sí, lo es –contestó Gemini con una sonrisa temblorosa, ligeramente asombrada por la coincidencia.

Sus padres habían organizado el viaje a Italia seis años atrás como sorpresa par ella, y habían pasado juntos tres días en Venecia antes de tomar el tren a Verona.

Y esa noche Gemini iba a volver a asistir a la ópera en aquel lugar mágico... con Drakon Lyonedes.

–Esto es perfecto, Drakon –le aseguró

con una sonrisa—. ¡Absolutamente perfecto!

Drakon se sentía incapaz de responder, porque estaba cautivado por la felicidad de su sonrisa.

—¿Están listos para que comience a servir la cena, señor Lyonedes?

Drakon tuvo que hacer un esfuerzo por apartar la mirada de Gemini para mirar al auxiliar, de pie junto a la mesa con expresión deliberadamente impersonal.

En ese instante se dio cuenta no solo de que había quedado cautivado por Gemini segundos antes, sino de que seguían con las manos entrelazadas por encima de la mesa. Lo cual era completamente inusual en un hombre que

jamás mostraba afecto en público... ni siquiera con su familia.

—¿Quieres cenar ya, Gemini? —le preguntó con una sonrisa mientras le soltaba las manos, y vio el rubor de sus mejillas al agachar la mirada.

Parecía cohibida, y siguió evitando su mirada cuando sonrió al auxiliar.

—Primero me gustaría ir al cuarto de baño, si es posible.

—Desde luego, señorita Bartholomew —contestó Malcolm—. Si me sigue, le mostraré dónde es.

Drakon fue incapaz de dejar de mirar el suave contoneo de sus caderas mientras seguía a Malcolm hacia el cuarto de baño, admirando la elegancia

sencilla de su apariencia.

De nuevo lo asaltó la idea de que Gemini Bartholomew era una mujer tanto hermosa como poco corriente. Poco corriente porque, si era consciente de esa belleza, no era algo que intentase usar en su beneficio, como hacían casi todas las mujeres hermosas.

Al menos así era como solían comportarse las mujeres que Drakon había conocido a lo largo de su vida. Y eran muchas. Demasiadas, incluso. Lo cual probablemente fuese la causa de su cinismo en lo que a mujeres respectaba. Un cinismo que haría bien en recordar, sobre todo en compañía de aquella mujer en particular.

—Ahora mejor —dijo Gemini al

regresar a su asiento, con el pelo recién cepillado y el brillo de labios retocado—. Debe de ser toda esta excitación—añadió con una sonrisa.

Drakon arqueó una ceja.

—No sabía que mi compañía te resultase tan estimulante.

Gemini se sintió algo decepcionada al comprobar que su breve ausencia había traído de vuelta al Drakon irónico y burlón. Aunque aquel recordatorio de quién y qué era resultaba oportuno, pues pocos minutos antes se había sentido encandilada con Drakon y con la velada que tenían por delante.

—Probablemente haya sido el champán—se excusó.

–Sin duda.

–¡Esto está delicioso! –exclamó Gemini cuando Malcolm hubo servido el primer plato, que consistía en puntas de espárragos con gambas y salsa de menta.

–La comida es del mismo restaurante que me proporcionó la cena que no te comiste la semana pasada –reveló Drakon.

–Debes de ser uno de sus mejores clientes.

–Quizá.

–He estado demasiado ocupada hoy para sacar tiempo para comer, así que pienso disfrutar cada bocado.

Drakon se fijó en la esmeralda que adornaba el collar que llevaba puesto.

Obviamente a Gemini le gustaban las joyas caras, así que tal vez no fuera tan distinta de las demás mujeres que conocía.

—No importa lo ocupada que estés, hoy o cualquier otro día, dudo mucho que llevar una floristería te permita comprarte joyas tan caras.

Gemini se tensó al oír el insulto implícito.

—¿Qué estás insinuando exactamente?

—Simplemente era una observación.

Gemini se humedeció los labios y se tomó su tiempo antes de responder.

—Supongo que te refieres al collar y a los pendientes que llevo esta noche.

—Y a la pulsera a juego.

—Oh, claro, no debemos olvidar la

pulsera a juego –sus ojos brillaban con el mismo color que las esmeraldas que llevaba en el cuello, la muñeca y las orejas.

–No hay razón para que te pongas a la defensiva.

–¿No la hay? –preguntó Gemini–. ¿Qué sucede, Drakon? ¿Acaso te estás arrepintiendo de tu decisión de llevarme a la ópera en Verona, aunque sepas lo mucho que lo estoy deseando? Tal vez prefieras que no vayamos. Que le pidamos al piloto que dé la vuelta al avión y volvamos a Inglaterra.

–¡No seas ridícula! Simplemente estaba comentando que...

–Sé exactamente lo que estabas

haciendo, Drakon, y no era «simplemente». Los pendientes, el collar y la pulsera eran de mi madre. Mi padre le regaló los pendientes el día de su boda, la pulsera en su décimo aniversario de boda y el collar a los veinticinco años —Gemini frunció el ceño al notar que se le quebraba la voz—. Mi padre decidió regalármelo todo cuando ella murió. También me habría dado su anillo de compromiso, pero... —se detuvo, molesta con Drakon por haber logrado que mordiera el anzuelo y revelara tantas cosas, pero más molesta consigo misma por sentirse tan a la defensiva como para hablar de cosas que prefería no decir.

—Pero ¿qué? —preguntó él.

–¿Por qué no cenamos antes de que se enfríe?

–El primer plato se sirve frío.

–Estoy intentando cambiar de tema.

–Lo sé. Pero ¿qué? –repitió Drakon con insistencia.

–¿Actuará alguien famoso esta noche en la ópera? –preguntó ella.

–Vas a responder a mi pregunta, Gemini.

Gemini se rio con incredulidad.

–No puedo creerme que queden mujeres a las que les guste el numerito de «yo, hombre, tú, mujer».

–Sí que las hay. Y algunos hombres también.

–Pues más tontos son ellos –

respondió ella—. ¡Te aseguro que conmigo no va a funcionar!

Drakon estaba seguro de que Gemini estaba empleando aquella conversación para ocultarle algo. Tan seguro como estaba de que minutos atrás había intentado insultarla deliberadamente para poner distancia entre ellos.

—Tal vez si me disculpo por mi desconsideración —sugirió, aunque no estaba acostumbrado a tener que disculparse con nadie.

—Quizá.

—Entonces me dirás por qué no tienes el anillo de compromiso de tu madre.

Gemini lo miró asombrada.

—¿Esa era tu disculpa?

—Sí.

–¿Es lo mejor que puedes hacer?

–Por el momento, eso creo.

–Dios –respondió ella carcajeándose—. Es difícil resistirse cuando te disculpas de manera tan... bonita.

–¡Gemini! –Drakon apretó los dientes al ver aquella prevaricación tan evidente.

–Si realmente quieres saberlo...

–Sí que quiero.

Gemini volvió a ponerse pálida.

–Acepté los pendientes, el collar y la pulsera al morir mi madre porque mi padre quería que yo tuviera aquello que tanto había significado para ellos. Pero me di cuenta de lo doloroso que

resultaba para él pensar en entregarme el anillo de compromiso y la alianza de mi madre.

Drakon asintió.

—Lo comprendo.

Él sabía que su madre guardaba el anillo de boda de su padre en el joyero. A veces lo sacaba solo para sostenerlo en la mano y pensar en el hombre al que había amado y aún amaba, tanto como para no haber vuelto a casarse.

Drakon entornó los párpados al pensar en la mujer con la que Miles Bartholomew se había casado tras enviudar.

—¿Dónde están ahora esos anillos? —preguntó.

—Creo que ambos sabemos que ya has

averiguado exactamente dónde están los anillos de mi madre, Drakon –respondió ella con una sonrisa triste.

–Cuéntamelo de todos modos.

Gemini suspiró.

–El testamento que dejó mi padre se redactó poco después de que se casara con Angela. Por aquel entonces aún creía que era una mujer honrada y cariñosa.

–¿Tu padre creía que Angela sería lo suficientemente honrada como para devolverte los anillos de tu madre tras su muerte?

–Creo que sí.

–Cosa que ella no ha hecho, supongo.

Oh, era peor que eso. Angela no solo

no le había devuelto los anillos, sino que había disfrutado llevando el anillo de compromiso en más de una ocasión.

—Efectivamente, no lo ha hecho —confirmó—. Ahora ¿podemos terminar de cenar? —preguntó, aunque a decir verdad no creía tener apetito para seguir comiendo.

Igual que no tenía ganas de tener que aguantar la velada que se le avecinaba en compañía de Drakon.

Capítulo 11

Una segunda limusina estaba esperándolos cuando llegaron a un aeropuerto privado cerca de Verona, pero Gemini estuvo sentada sola en la parte de atrás durante varios minutos después de que Drakon se excusara para ir a hacer una llamada.

—¿Todo bien? —le preguntó cuando regresó.

—Perfectamente —contestó él.

Los recuerdos desagradables que habían salido a la luz con su

conversación de antes habían vuelto a desaparecer al seguir charlando durante la deliciosa cena que Malcolm les había servido durante el vuelo. Y de nuevo estaba deseando disfrutar de la ópera en compañía de Drakon Lyonedes.

Le resultaba increíble pensar en lo enfadada que había estado con él hacía una semana.

La razón de aquella animadversión inicial seguía existiendo, claro, pues la empresa de Drakon estaba a punto de adquirir la casa Bartholomew. Pero su personalidad era tal que resultaba imposible permanecer enfadada con él durante mucho tiempo.

Pero eso no significaba que no le molestase que docenas de mujeres

glamurosas se quedarán mirándolo cuando llegaron al anfiteatro y se reunieron con los demás asistentes a la ópera en el exclusivo bar para tomar una copa de champán antes de la representación.

Aunque Gemini tampoco podía culpar a esas mujeres. Con un traje negro de diseño y camisa blanca y con el pelo ligeramente revuelto por la brisa, Drakon era de lejos el hombre más guapo de todos los presentes.

—Por favor, no dejes que te impida estar con tus amigos —le dijo después de ver que Drakon saludaba con la cabeza a diversas parejas.

—Solo son conocidos del trabajo, no

amigos –contestó él–. Y no deseo estar con ellos.

–No creo que la sexy pelirroja de la barra te considere un simple conocido –comentó Gemini.

–No soy responsable de lo que otros piensan de mí –Drakon ni siquiera se molestó en mirar a la mujer de la barra–. ¿Te gusta el champán?

–El champán está perfecto, gracias –contestó ella con una sonrisa.

Drakon se sintió contagiado por la calidez de aquella sonrisa; un sentimiento sorprendentemente agradable tras observar como varios de los hombres presentes allí miraban a Gemini con interés desde que habían llegado. Un interés al que ella parecía

ser ajena.

–¿Gem? Dios mío, Gem, ¿eres tú?

Drakon se tensó al oír aquel saludo entusiasmado. Un saludo dirigido a Gemini.

Ella así lo confirmó, al darse la vuelta e iluminársele la cara al reconocer al hombre rubio que se abría paso hacia ella entre la multitud.

–¡Madre mía! ¿Qué diablos estás haciendo aquí, Sam? –preguntó Gemini.

–Lo mismo que tú. ¡He venido a ver la ópera, claro! –a Drakon el joven le resultó vagamente familiar mientras le estrechaba las manos a Gemini–. Dios mío, Gem, no puedes imaginar lo mucho que me alegro de volver a verte... ¡Y en

Verona!

–Increíble, ¿verdad? –contestó Gemini.

Al mismo tiempo fue consciente del hombre tenso y sombrío que tenía al lado.

Miró a Drakon y sintió su incomodidad bajo aquella fachada de civismo. A juzgar por la frialdad con la que miraba a Sam, era evidente que lamentaba la intrusión.

Gemini mantuvo las manos entrelazadas con las de Sam mientras hacía las presentaciones.

–Drakon, Sam Middleton. Sam, este es Drakon Lyonedes.

–¿De Empresas Lyonedes? –preguntó Sam, le soltó las manos a Gemini y le

ofreció una a Drakon para saludarlo.

–Middleton –repitió Drakon, sin confirmar ni negar su identidad, mientras le estrechaba la mano a Sam.

–Un placer conocerte –Sam siguió mirándolo a la cara durante algunos segundos antes de negar ligeramente con la cabeza y volver a mirar a Gemini con un sinfín de preguntas en sus ojos azules–. Quizá podamos vernos para charlar un rato durante el descanso –le dijo. Era evidente que buscaba respuestas.

–Yo...

–Me temo que eso no será posible –contestó Drakon–. Gemini y yo nos reuniremos con otros amigos.

Gemini lo miró sorprendida; era la primera noticia que tenía al respecto. Aunque, como había sido él quien la había llevado a Verona en su avión privado, ella no podía quejarse si ahora había decidido que quería hablar con alguno de sus conocidos.

—Lo siento —le dijo a Sam con una sonrisa.

—Estaré de vuelta en Londres la semana que viene, así que tal vez podamos vernos entonces —sugirió Sam.

—Quizá. Si Gemini está de vuelta en Londres la semana que viene —dijo Drakon con frialdad al mismo tiempo que le pasaba un brazo por la cintura a Gemini.

Gemini volvió a mirarlo sobresaltada, sorprendida tanto por la naturaleza posesiva de aquel gesto como por lo que había dicho.

—Pero...

—Si nos disculpas... —murmuró Drakon cuando sonó el timbre que anunciaba el comienzo de la función, y ni siquiera esperó a la respuesta de Sam antes de dirigirse hacia la multitud de personas que se dirigía hacia sus asientos.

Gemini tuvo tiempo de dirigirle a Sam una mirada de disculpa por encima del hombro antes de volverse para mirar a Drakon con rabia.

—¿A qué demonios ha venido eso? —

preguntó.

—¿El qué? —preguntó él.

—Para empezar, claro que estaré de vuelta en Londres la semana que viene. De hecho estaré de vuelta en Londres esta misma noche.

—No, no estarás.

Gemini se detuvo en seco y se vio obligada a murmurar una disculpa a una pareja a la que estaba cortando el paso.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó mientras él la agarraba con firmeza del brazo y la llevaba hacia una zona menos concurrida.

—La ópera termina tarde —contestó él al soltarle el brazo—, así que, como es natural, he reservado un hotel en Verona para esta noche.

–¿Qué? ¿Sin ni siquiera preguntarme si me parecía bien?

–También te he traído a Verona sin pedirte permiso.

–Bueno... sí. Pero... No solo no he traído más ropa ni neceser, sino que además no puedes tomar decisiones así sin ni siquiera consultarme.

–Creo que ya lo he hecho.

A Gemini se le encendieron las mejillas al ver de nuevo su arrogancia.

–Has...

–¿Y para continuar?

–¿Qué? –preguntó ella, confusa.

–Has dicho «para empezar», así que imagino que ha de haber algo más –respondió él.

–Para continuar, me gustaría saber a qué ha venido lo de Sam. Le has dado la impresión de que estamos... bueno, de que estamos...

–¿Juntos?

–¡Sí!

Drakon se quedó mirándola sin decir nada durante varios segundos.

–Cenamos juntos la semana pasada. Y de nuevo ayer por la noche. Esta noche hemos vuelto a cenar. Ahora estamos en Verona para ir juntos a la ópera. Y en dos ocasiones hemos compartido intimidad el uno con el otro, por decirlo de alguna manera. ¿Acaso todas esas cosas no indican que estamos de alguna manera juntos?

Gemini se sentía molesta. Habían hecho todas esas cosas juntos, sí, pero ninguna de esas veladas había sido acordada entre ellos. La cena de la semana anterior había sido para hablar de la compra de la casa Bartholomew. Ella había organizado la cena del día anterior en el restaurante porque estaba furiosa con él por haberle puesto vigilancia. Y solo quedaba la noche en la que se encontraban...

Cierto que Drakon la había invitado y ella había aceptado. Simplemente no había imaginado que eso pudiera implicar montarse en un avión privado para cenar allí mientras se dirigían a Verona para ir a la ópera.

Pero eso no significaba que Drakon y ella estuvieran juntos, ¿verdad?

Negó firmemente con la cabeza.

—Aun así no es razón para que te comportes como... como un neandertal delante de Sam.

—¿Como un neandertal?

—Sí. Un neandertal —confirmó ella—. Lo de «yo, hombre. Tú, mujer». O, en este caso, «tú, mi mujer». Lo cual, aparte de no ser cierto, ha sido del todo inapropiado teniendo en cuenta que Sam es mi primo.

Drakon cambió su expresión de desdén por una de confusión.

—No sabía que... Vuestros apellidos no coinciden.

–¿Podría ser porque la madre de Sam es la hermana de mi madre? –preguntó ella sarcásticamente.

–Me ha parecido vagamente familiar... –admitió Drakon—. Sí, ahora me doy cuenta de que era porque sois familia.

–Sí. Y mañana a esta hora mi familia ya sabrá que me quedo en Verona con Drakon Lyonedes. Y no te atrevas a reírte –le advirtió Gemini al ver que sus labios empezaban a curvarse—. La única familia que me queda es mi tía Beatrice, mi tío Joseph y Sam. ¡Y ahora todos pensarán que, por alguna razón, ahora me he convertido en la última conquista descerebrada de Drakon Lyonedes!

—Que yo sepa, nunca me he relacionado con mujeres descerebradas —dijo él con frialdad.

—Amante, querida, lo que sea. No quiero que la única familia que me queda en el mundo piense que soy con Angela.

Drakon se quedó mirándola y advirtió el brillo excesivo de sus ojos y la ligera palidez de sus mejillas. Se dio cuenta entonces de que su preocupación por lo que pudiera pensar su familia era real.

—Iremos a buscar a tu primo en el descanso y me aseguraré de dejar claro cuál es nuestra relación.

Ella arqueó las cejas.

—¿Y cómo piensas hacer eso

exactamente?

—Diciéndole que nuestra relación es puramente profesional. Y que tenemos habitaciones separadas esta noche. ¿No?

—preguntó con el ceño fruncido al ver que ella negaba con la cabeza.

—No —contestó Gemini—. Me parece que eso es dar demasiadas explicaciones.

—Siempre podría disculparme por mi comportamiento de antes, explicarle que no tenía ni idea de que era tu primo.

—¡Y eso daría la impresión de que estamos juntos! —exclamó ella—. No importa, Drakon. Ya lo aclararé todo Sam cuando vuelva a Londres la semana que viene. Ahora vamos a disfrutar de la ópera, ¿de acuerdo?

Lo último que Drakon había pretendido aquella noche era provocar más situaciones desagradables en la vida de Gemini; de hecho el viaje a Verona había sido diseñado para hacer justo lo contrario. Pero el encuentro inesperado con su primo parecía haberle disgustado.

Porque, como ella misma había señalado, se había comportado como un neandertal al enfrentarse a aquel joven que parecía demasiado cariñoso con ella.

Drakon había dado por hecho que Gemini y Sam debían de haber estado juntos en el pasado. Y no le había gustado nada la idea. Aun así, esa no era

excusa para haberse comportado de ese modo.

—Tienes razón. Deberíamos ir a nuestros asientos —dijo.

Su inquietud con respecto a ella hizo que se pasara la primera hora de la ópera mirando a Gemini más que el espectáculo que tenía lugar sobre el escenario.

Su virginidad indicaba que era una joven de principios. Su amor y respeto hacia su padre, a pesar de su desastroso segundo matrimonio, indicaba que era una mujer leal. Era una joven que, gracias a la riqueza de su padre, podría haber elegido convertirse en una de las debutantes perezosas y aburridas que él había conocido en tantos eventos

sociales por todo el mundo. Pero, en su lugar, Gemini había elegido tomar las riendas de su vida al abrir su propia tienda y trabajar con las flores que tanto amaba.

Todo aquello la convertía en la mujer más hermosa y sencilla que Drakon había conocido.

Y la deseaba tremendamente.

Ansiaba estrecharla entre sus brazos, besar cada centímetro de su rostro antes de devorar sus labios. Deseaba agarrarle los pechos mientras le estimulaba los pezones. Deseaba acariciar su cintura y sus caderas antes de encender el fuego entre sus muslos.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó ella

tras ponerle una mano en el brazo y girarse para mirarlo con brillo en los ojos. La tensión previa entre ellos parecía haber sido olvidada. Y perdonada, con suerte.

—Maravilloso —confirmó él mientras entrelazaba los dedos con los suyos, aunque estaba mirándola a ella y no hacia el escenario.

Gemini le dirigió otra de sus cálidas sonrisas antes de girarse de nuevo hacia la ópera, aparentemente ajena al hecho de que tenía la mano entrelazada con la de él.

¿En qué momento había logrado aquella mujer colarse bajo su armadura de cinismo? ¿En qué momento había dejado él de considerarla una molestia

en su vida de la que quería deshacerse lo antes posible? ¿Cuándo había adquirido aquella necesidad imperiosa de protegerla de Angela Bartholomew y sus planes de venganza?

No era necesario preguntarse por qué había ocurrido. Durante la última hora se había dado cuenta de las razones por las que Gemini se había convertido en una parte tan importante de su vida.

Si no la más importante...

—¿No ha sido asombroso? —preguntó Gemini varias horas más tarde cuando Drakon y ella salieron a la calle adoquinada situada frente al anfiteatro. Llevaba la mano puesta en su brazo para

no separarse entre la multitud de personas que salía de la ópera.

Drakon le había parecido distante durante el descanso, aunque, fiel a su palabra, habían ido a buscar a Sam. Drakon había insistido en que su primo se tomara una copa de champán con ellos. Como ella le había pedido, no se había disculpado por su comportamiento de antes, sino que había alentado a Sam a contarles todos los lugares que había visitado durante sus vacaciones en Italia, cosa que su primo había hecho encantado.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Gemini mientras salían—. Antes solo hablaba medio en serio cuando te he llamado neandertal.

–Ha sido una acusación muy justificada por tu parte –contestó él con una sonrisa–. Me he comportado muy mal.

–Pero lo has arreglado siendo encantador con Sam durante el descanso.

Drakon se detuvo y la miró inquisitivamente.

–¿Siempre estás tan dispuesta a perdonar?

Ella se encogió de hombros.

–La vida es demasiado corta para hacer otra cosa, ¿no te parece?

–Algunas personas no merecen perdón.

–Bueno... sí –a Gemini no le hacía falta preguntar a qué persona se estaba

refiriendo—. Pero, en esas circunstancias, sin duda lo mejor es excluirlos de tu vida en vez de rebajarte a su nivel.

Drakon se quedó mirándola con evidente admiración.

—Por maravillosa que haya sido la ópera, tú eres lo que más me ha asombrado esta noche, Gemini.

—¿Yo?

—Oh, sí.

—¿A pesar del comentario del neandertal?

—A pesar de eso —contestó él riéndose.

—Ah...

Drakon ladeó la cabeza mientras la miraba atentamente.

–No tienes ni idea de la mujer tan especial que eres, ¿verdad?

Gemini no sabía cómo tratar con aquel Drakon. Estaba acostumbrada a su cinismo. A su arrogancia también. Incluso podía gestionar su tono burlón si no permitía que le afectase. Pero lo que no sabía era cómo tratar con aquel Drakon admirador y casi gentil.

–Simplemente soy yo misma, Drakon.

–Exacto.

Gemini se quedó mirándolo con el ceño fruncido y el corazón empezó a acelerársele en el pecho. Vio el calor en sus ojos negros mientras la miraba y sus labios ligeramente separados.

¡Dios santo!

Por muy virgen que fuera, tendría que haber estado ciega para no reconocer el deseo en sus ojos. Igual que la invitación de sus labios. Era un deseo que parecía estar conteniendo, a juzgar por la firmeza de su mandíbula apretada. A no ser que Gemini le indicase que deseaba que fuera de otra forma.

La cuestión era: ¿lo deseaba realmente?

Se quedó mirándolo bajo la luz de una farola. Drakon tenía los ángulos de la cara oscurecidos por las sombras y los ojos fijos en ella. Gemini supo entonces que deseaba que le hiciera el amor más de lo que había deseado nada en toda su vida.

Se humedeció los labios antes de hablar y sintió el rubor en las mejillas al ver como él seguía el movimiento de su lengua con la mirada.

—Así que has reservado habitaciones separadas en el hotel, ¿verdad? —preguntó.

—Pedí una suite con dos dormitorios.
Gemini se carcajeó.

—¿Estás cubriendo tus apuestas, Drakon?

¿Sería eso? ¿Acaso había albergado la esperanza de que aquella velada fuese tan agradable que Gemini y él acabaran pasando la noche juntos?

Desde luego no lo había hecho de manera consciente.

–Dudo que haya una cama de cuatro postes en ninguno de los dormitorios –le dijo a modo de disculpa.

–Probablemente no –convino ella.

–Ni pétalos de rosa que perfumen la habitación.

–Estoy segura de que no lo notaré con las luces apagadas –murmuró Gemini.

El hecho de que Drakon se hubiera acordado de sus fantasías románticas era suficiente por el momento. Más que suficiente para alimentar su deseo mientras caminaban hacia el exclusivo hotel.

Ese deseo había alcanzado cotas asombrosas para cuando Drakon abrió con la tarjeta la puerta de la suite en el

último piso.

—No —dijo ella, y le agarró la mano antes de que pudiera encender la luz. La luz de la luna que entraba por los ventanales era toda la iluminación que necesitaba—. Hazme el amor, Drakon —le susurró mientras él le rodeaba la cintura con los brazos.

—Eres increíblemente hermosa, Gemini, tanto por dentro como por fuera —le dijo él mientras le acariciaba la cara antes de agachar la cabeza y besarla en los labios.

La pasión y el deseo estallaron como fuegos artificiales, y el beso que había comenzado de manera tierna pronto se convirtió en algo más mientras se devoraban el uno al otro.

Drakon gimió al sentir que empezaba a perder el control. Gemini enredó los dedos en el pelo de su nuca y siguió besándolo. Él notaba la piel ardiente y la erección palpitante mientras la presionaba contra su cuerpo. Cuánto la deseaba. De pronto resultaba demasiado abrumador...

–¿Drakon? –preguntó Gemini cuando él la apartó de su lado.

–Como ya he dicho antes, no tenemos la cama de cuatro postes ni el perfume de rosas que dijiste que hacían falta para seducirte.

–¿Seducirme?

Drakon apretó los labios y no respondió.

Gemini se agarró las manos para intentar lograr que dejaran de temblarle.

—No lo comprendo... —segundos antes parecía decidido a devorarla y ella estaba dispuesta. La pasión entre ellos había sido tan intensa que habían corrido el riesgo de arder en llamas.

—Irnos a la cama juntos estaría mal por razones que no puedo explicar.

—¿Mal para quién? —preguntó Gemini—. ¿Es porque no quieres acarrear la supuesta responsabilidad de desvirgarme? ¿Piensas que, en mi ingenuidad, podría crearme enamorada de ti?

Drakon se quedó allí de pie mientras sus palabras se le clavaban como

cuchillos en la piel.

–Es una posibilidad, ¿no?

–¡No! –respondió ella–. No, Drakon, no es una posibilidad –dio un paso atrás mientras el brillo de las lágrimas inundaba las profundidades de sus ojos–. Eres... –se detuvo cuando su teléfono móvil empezó a sonar–. Deberías responder. Puede que sea alguna de las mujeres de la ópera, que quiere quedar contigo. ¡Una mujer experimentada!

–Posiblemente –dijo él con frialdad.

Gemini le dirigió una última mirada fulminante antes de darse la vuelta, entrar en uno de los dos dormitorios de la suite y cerrar de un portazo tras ella.

Drakon se quedó solo, bajo la luz de

la luna, mientras todos y cada uno de aquellos cuchillos se clavaban en una parte de él que, hasta esa noche, había creído invencible...

Capítulo 12

Gemini se sentía emocionalmente agotada para cuando la limusina se detuvo frente a su tienda a las doce en punto del día siguiente. No había dormido nada la noche anterior, tras escuchar como Drakon hablaba brevemente por teléfono antes de encerrarse en su dormitorio.

Ninguno de los dos había probado bocado del desayuno que Drakon había encargado que les llevaran a la suite a las ocho de la mañana, y habían

realizado en completo silencio el trayecto al aeropuerto y el vuelo de vuelta a Inglaterra.

Ella no había parado de pensar en la frialdad y el rechazo de Drakon de la noche anterior, pero a pesar de eso seguía sin comprenderlo. Y mucho menos aceptarlo. Desde el principio había sabido que ella no había tenido más amantes, y eso no había parecido importarle durante el paseo de vuelta al hotel, ni mientras se besaban apasionadamente en la habitación.

Se volvió hacia él en la limusina antes de bajar.

—Drakon...

—Deberíamos subir a tu apartamento — dijo él mientras el chófer se bajaba del

coche y le abría la puerta.

–¿Deberíamos? –Gemini había dado por hecho que, cuando llegaran a Inglaterra, Drakon estaría ansioso por quitársela de encima.

–Ha llegado Max –contestó él señalando con la cabeza hacia el Range Rover negro que acababa de aparcar frente a la limusina—. Tenemos que hablar contigo en privado –añadió antes de abrir su puerta y salir a recibir a su jefe de seguridad.

Gemini salió lentamente del coche e intentó, sin conseguirlo, escuchar lo que Drakon y Max estaban hablando.

Frunció el ceño cuando regresaron junto a ella.

–Drakon, ¿qué...?

–Vayamos dentro, adonde nadie pueda oírnos –dijo él agarrándola del brazo.

Teniendo en cuenta que era la hora de comer del domingo, la zona estaba prácticamente desierta.

–¿No crees que estás siendo un poco misterioso? –preguntó ella.

–Es mejor tener privacidad –contestó Max.

–No lo creo –dijo ella clavando los tacones al suelo–. De hecho no pienso ir a ninguna parte hasta que alguno de vosotros me diga qué está pasando.

–¡Eres la mujer más testaruda que conozco! –exclamó Drakon–. Anoche

entraron en la casa Bartholomew.

Gemini retrocedió sorprendida.

—Pero... ¿Angela está bien?

Drakon la miró con incredulidad ante su preocupación por una mujer que solo había mostrado crueldad hacia ella. Una mujer que no merecía la compasión de nadie, y mucho menos la suya.

—Tu madrastra no estaba en casa en ese momento —le aseguró Drakon.

—¡Gracias a Dios! —de hecho parecía aliviada—. ¿Se han llevado algo?

—De eso es de lo que queremos hablar contigo —respondió él.

Gemini se quedó mirándolo durante varios segundos con el ceño fruncido.

—No lo comprendo. ¿Cómo sabes que entraron a robar si sucedió anoche? ¿Y

cómo sabes que Angela no estaba en casa?

—Esa es la razón por la que a Max y a mí nos gustaría mantener esta conversación en privado.

Gemini pareció darse cuenta entonces de la importancia de lo que estaba diciendo. Miró a Max y después de nuevo a Drakon.

—Entonces tal vez sea mejor que subamos a mi apartamento.

—Una muchacha astuta —dijo Max—. Sabía que había una razón por la que me caías bien.

—Es una pena, porque yo aún me reservo la opinión sobre ti —respondió Gemini mientras abría la puerta de su

apartamento.

Max se carcajeó; era la primera vez que Drakon lo oía reírse en los cinco años que llevaba trabajando para él.

—Dame tiempo, tal vez me tomes cariño.

—Yo no contaría con ello —murmuró ella mientras subía las escaleras—. Bueno —dijo tras dejar el bolso sobre la mesita del café antes de volverse hacia ellos—. Que alguno de vosotros me diga exactamente qué está pasando. Y sinceramente espero que vuestra explicación no incluya que Max, por razones aún desconocidas, fue quien entró anoche en la casa Bartholomew. ¿Drakon?

Max esquivó su mirada mientras

sacaba un sobre del bolsillo de su cazadora de cuero y se lo entregaba a Drakon, antes de darle la espalda a la habitación y quedarse mirando por la ventana que daba a la calle.

Drakon sonrió al reconocer el brillo desafiante en los ojos de Gemini.

—No tengo intención de decirte que Max estuvo cerca de la casa Bartholomew anoche.

—Tu manera de expresarlo no me tranquiliza —le dijo ella.

—No pretendía tranquilizarte —contestó Drakon secamente—. Creo que deberías ver esto antes de seguir hablando —abrió el sobre y sacó lo que parecía ser una especie de documento legal, que

procedió a entregarle a ella.

Gemini no aceptó el documento, y se quedó mirándolo como si fuera una serpiente preparada para clavarle los colmillos. Se le había quedado la boca seca.

—Primero dime qué es eso.

Drakon tomó aliento antes de responder.

—Estaba guardado en la caja fuerte de la casa Bartholomew. Son las últimas voluntades y el testamento de Miles Gifford Bartholomew. Firmado dos semanas antes de su muerte en presencia de dos de sus empleados. En él, le deja a su esposa, Angela Gail Bartholomew, un apartamento en París, una finca en España y una suma anual durante el resto

de su vida. La casa Bartholomew y el resto de sus posesiones se las deja a su única hija, Gemini Bartholomew.

Gemini se quedó pálida y empezó a oír un zumbido en su cabeza. La habitación comenzó a dar vueltas antes de que todo quedara a oscuras.

Gemini no creía haberse desmayado, pero, al volver en sí y encontrarse tumbada en el sofá con Drakon agachado junto a ella, supo que eso era justo lo que había ocurrido.

Porque Drakon le había hablado de la existencia de un testamento más reciente que el que habían presentado los abogados de su padre.

–¿Es cierto? –le preguntó–. ¿Ha habido un testamento más reciente todo este tiempo? –se apartó el pelo de la cara mientras él la ayudaba a incorporarse.

–Así es –confirmó Drakon, intentando contener la rabia que sentía hacia Angela Bartholomew. Una rabia que había ido creciendo desde que Max le contara la verdad al llamarlo por teléfono la noche anterior–. Un testamento legal que, por razones evidentes, tu madrastra decidió ocultar.

–Mi padre cumplió su promesa después de todo...

–Sí, así es.

–¿La casa Bartholomew es mía? –preguntó ella mientras las lágrimas

resbalaban por sus mejillas.

–Sí.

–Eso es... No sabes lo mucho que...
¡Oh! Pero entonces eso significa que, si Angela ya no es la propietaria legal de la casa, el contrato que Empresas Lyonedes tiene con ella ya no es válido.

–No, no lo es.

Gemini se mordió el labio inferior.

–Lo siento, Drakon.

–¿Lo sientes? Esa mujer ha intentado robarte tu herencia, ha disfrutado haciéndolo, ¿y tú te disculpas conmigo? ¡Increíble!

–No es solo una muchacha astuta, sino además generosa –murmuró Max, que seguía junto a la ventana.

–Una mujer sin igual –admitió Drakon–. Este es un momento para disfrutar de tu buena suerte, Gemini. No es momento de preocuparse por los problemas legales de Empresas Lyonedes.

–Pero ¿cómo podías saber dónde estaba el testamento? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Agradéceselo a Max –contestó Drakon–. Yo simplemente expresé mis sospechas. Él es quien ha hecho las averiguaciones mediante algunos de los empleados de tu padre.

–Encontré una mina de oro al dar con una joven, Jackie, que era la ayudante personal de tu padre y que se quedó en

la casa durante varios meses para ayudar a tu madrastra después de su muerte –explicó Max–. Ya no trabaja para la señora Bartholomew, pero, cuando le expliqué quién era y la razón de mi interés en la posible existencia de un testamento, se mostró encantada de darme el código de la caja fuerte del estudio de tu padre. Supongo que tendrá sus propias razones para odiar a tu madrastra.

–Creo que la manera que tuvo Angela de agradecerle a Jackie su ayuda fue tener una aventura con su prometido semanas después de que mi padre muriera.

–Será eso entonces –convino Max.

–Pero ¿el testamento es legal al

haberse descubierto de esta forma? – preguntó ella.

–Desde luego que es legal –afirmó Drakon–. Y no creo que Angela quiera ir a las autoridades para denunciar el robo, porque entonces tendría que explicar por qué no admitió la existencia de ese testamento hace meses.

–Me pregunto por qué no lo quemó sin más –dijo Gemini.

–No lo sé y tampoco me importa. Habría sido mejor para todos que tu padre hubiera acudido a sus abogados y les hubiera dejado a ellos el testamento firmado, pero tal vez pensara que un testamento privado con la firma de dos de sus empleados sería una manera más

segura de abordar el asunto.

—¿Menos evidente para Angela, quieres decir? —preguntó Gemini—. Supongo que tienes razón. Aunque obviamente ella encontró el testamento de todos modos tras la repentina muerte de mi padre.

—Por desgracia, sí —confirmó él—. Max también ha averiguado esta mañana que Angela despidió a los dos testigos poco después de la muerte de tu padre. En un esfuerzo, sin duda, de evitar que pudieran revelar la existencia del testamento más reciente.

—Conociendo a mi padre, probablemente tampoco tuvieron claro cuál era el contenido exacto del testamento —dijo ella—. Entonces ¿ha

estado en la caja fuerte de la casa todo este tiempo?

—Sí.

—¿Y fuiste tú quien lo... encontró allí?

—el preguntó a Max.

—Creo que me acogeré a la quinta enmienda con esa pregunta, si no te importa —contestó él.

Gemini se levantó del sofá, atravesó la habitación y le rodeó la cintura con los brazos.

—¡Gracias, Max! —exclamó dándole un abrazo—. ¡Muchísimas gracias!

—Creo que te equivocas de persona, muchacha —murmuró Max tras varios segundos de abrazo.

Gemini sabía exactamente a quién

tenía que darle las gracias por aquel giro de acontecimientos; sabía bien que Max había actuado bajo las órdenes de Drakon.

Le dio otro abrazo rápido a Max antes de darse la vuelta para mirar a Drakon, sabiendo que lo que había hecho iba a causarle serios problemas a Empresas Lyonedes.

—No sé cómo darte las gracias...

—No es necesario que lo hagas —le aseguró él.

Gemini miró a Max.

—Ahora ya sabes por qué te he dado las gracias a ti primero —le dijo.

—A mí no me metas en esto —contestó el jefe de seguridad antes de volverse de nuevo hacia la ventana—. Oh, oh. Creo

que tenemos problemas.

–¿Angela? –preguntó ella.

–Sí –confirmó Max girándose hacia Drakon–. ¿Quieres que baje y...?

–Deja que suba –respondió Gemini–. Drakon, si Angela ha averiguado quién es el responsable, estaríamos retrasando el enfrentamiento si la ignorásemos ahora –razonó.

El portero automático sonó en ese momento para anunciar la llegada de Angela.

–Gemini tiene razón, Max –dijo Drakon–. Será mejor que acabemos con esto ahora.

–Creo que es lo mejor –aseguró Gemini mientras se acercaba al

telefonillo—. Sube, Angela —ordenó con frialdad antes de pulsar el botón que abría la puerta de fuera.

Drakon frunció el ceño.

—Gemini...

—No te preocupes, Drakon. Ahora que sé la verdad, soy más que capaz de enfrentarme a ella.

Angela entró en el apartamento con expresión de desprecio.

—Debería haber sabido que tú también estarías aquí —dijo al ver a Drakon—. Y, sin duda, este es tu secuaz —agregó mirando a Max.

—Señora Bartholomew —dijo Max con un ligero movimiento de cabeza.

Angela se dio la vuelta y miró a Gemini con odio.

—¿Te das cuenta de que podría hacer que te arrestaran por robo y por allanamiento de morada en la casa Bartholomew?

—¿Han entrado a robar en la casa Bartholomew? —preguntó Drakon.

—¡Sabes muy bien que sí!

—¿Y por qué diablos iba a saberlo?

—¡Oh, por favor! —respondió Angela—.

Incluso te encargaste de que tu primo me llevara a cenar anoche para asegurarte de que no estaría en casa.

—¿Qué tiene que ver tu cita con Markos conmigo?

—¡Fue una manera eficaz de poder colarte en la casa y hacer tu truco de magia con ciertos contenidos de mi caja

fuerte!

Drakon se encogió de hombros.

—Te aseguro que no soy responsable de los actos de mi primo. Y tampoco entiendo a qué te refieres con lo del truco de magia.

Angela resopló con desprecio.

—Ni siquiera me he dado cuenta de que faltaba nada hasta que he ido esta mañana a la caja fuerte a guardar las joyas que me puse anoche para salir.

—¿Y crees que yo soy el responsable de que hayan desaparecido esos objetos? —preguntó Drakon.

—¡Sé que lo eres!

—Me temo que ha habido un error, Angela —respondió él con frialdad—. Ni yo ni Gemini estábamos en Inglaterra

anoche. Fuimos a Verona a pasar la noche. A la ópera. Hemos regresado hace poco.

Gemini miró a Drakon al darse cuenta de la razón por la que habían ido a Verona y se habían quedado a pasar la noche; al hacerlo, se habían asegurado una coartada.

—Entonces le ordenaste a tu secuaz que lo hiciera —dijo Angela.

—Creo que esta conversación ha terminado —le respondió Drakon.

—Te aconsejo una cosa, Drakon —contestó Angela—. Nunca intentes mentir a un mentiroso.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

–Maldito...

–¡Ya es suficiente! –exclamó Gemini, apresurándose a agarrarle el brazo a Angela, que lo había levantado con la evidente intención de abofetear a Drakon–. Puede que hayas hecho todo lo posible por amargarme la vida, Angela, pero nunca, jamás, atacarás a ninguno de mis amigos. ¿Queda claro?

–¿Así es como lo llamas? ¿Un amigo? –preguntó Angela.

–Dado que tú no tienes ningún amigo, probablemente no reconozcas la amistad ni aunque la tengas delante –respondió Gemini–. Pero sí, Drakon es mi amigo. Y esta es mi casa. Por tanto, no insultarás a uno de mis amigos en mi

casa. ¿Queda claro?

–Sí –contestó Angela finalmente.

–Bien –Gemini le soltó el brazo y dio un paso atrás–. Ahora, por el bien de mi padre, no del tuyo, estoy dispuesta a dejarte marchar para que te instales de manera permanente en el apartamento de París o en la finca española que al parecer ahora posees. Si no haces una de esas dos cosas, no me dejarás más elección que ir a la policía a contarles tu engaño.

–Si hicieras eso, te implicarías a ti misma y a tus «amigos» en el robo en mi casa.

–De hecho es mi casa –la corrigió Gemini–. Y, como tal, el contenido de la caja fuerte también sería de mi

propiedad.

Angela palideció.

—Pero tú no sabías nada de eso cuando se llevaron el testamento.

—Ahora sí lo sé —señaló Gemini—. Y creo que eso será lo único que importe ante la ley. Pero adelante, desafíame si es lo que quieres hacer.

Angela frunció el ceño.

—¿Cuándo desarrollaste tus garras exactamente?

—Oh, siempre han estado ahí —le aseguró Gemini—. Pero, por el bien de mi padre, las tenía guardadas. Así que ¿qué prefieres, Angela? ¿París o la finca en España? Sea cual sea tu elección, te daré dos días para abandonar la casa

Bartholomew y abandonar Inglaterra para siempre. Ah, y también espero que devuelvas la cantidad de dinero que te entregó Empresas Lyonedes cuando accediste a venderles una propiedad que sabías que no era tuya.

Su madrastra pareció librar una batalla interior varios segundos, como si estuviera explorando cada vía de escape, hasta que finalmente dejó caer los hombros en actitud derrotista al darse cuenta de que todas sus opciones acababan en un callejón sin salida.

—Deberías haber quemado el testamento —le dijo Gemini.

—Sí, debería —contestó Angela—. Pero no podía hacerlo. En realidad yo quería a Miles —admitió—. A mi manera.

–No sé si eso convierte tu comportamiento en algo mejor o peor.

–No –dijo Angela antes de mirar a Drakon y a Max–. *Touché*, caballeros. Ahora, si me disculpáis, parece que tengo muchas maletas que hacer. Y una visita al banco para devolver el dinero a Empresas Lyonedes. Supongo que tú te encargarás de la parte legal –le dijo a Drakon.

–Ya me he encargado –confirmó él.

Angela asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y marcharse.

Gemini se sentó en uno de los sillones, inmensamente aliviada porque la situación se hubiera resuelto de manera que Angela había salido de su

vida y, al mismo tiempo, ella se había quedado con la casa Bartholomew.

Y todo gracias a Drakon...

Capítulo 13

Drakon había escuchado con orgullo mientras Gemini dominaba a la mujer que se había aprovechado del profundo amor que sentía por su padre para manipularla y robarle.

Pero, al mismo tiempo, sentía un peso en el pecho ante la insistencia de Gemini de que él no era más que un amigo.

–Yo también me voy, si no os importa –murmuró Max.

–¿Gemini? –dijo Drakon.

Ella se incorporó lo suficiente para

mirar a Max con una sonrisa.

–Gracias de nuevo. Por todo.

–No hay de qué –contestó Max antes de marcharse.

Drakon no sabía bien qué decir para romper el silencio que dejó atrás la marcha de su jefe de seguridad.

–¿Crees que alguna vez volveré a saber algo de Angela? –le preguntó Gemini.

–Me parece que no –respondió él con una sonrisa–. Acabas de comportarte como una tigresa defendiendo a tus... amigos.

Ella asintió.

–Y decía en serio cada palabra. Max y tú... y el pobre Markos habéis estado maravillosos.

—Creo que hablo en nombre de los demás al decir que ha sido un placer —dijo Drakon—. Ahora debería marcharme también. Sin duda necesitarás tiempo para asimilar el giro de acontecimientos.

Gemini se dio cuenta de que aquella era su manera de despedirse.

—¿De verdad Markos invitó a Angela a cenar anoche para asegurarse de que estuviera fuera de casa durante varias horas?

—Sí —contestó él—. Sentía que era lo mínimo que podía hacer después de su error esta semana —se encogió de hombros—. Creo que también le gustas.

Y a ella también le gustaba Markos, se dijo Gemini.

Pero era a Drakon a quien amaba...

Por completo.

Era un descubrimiento, una confesión que se había hecho a sí misma, tumbada en la cama la noche anterior en el hotel de Verona.

Le gustaba todo de él. Le encantaba su atractivo físico, por supuesto, y cuando la besaba se derretía. Pero era mucho más que eso. Le gustaba el amor y devoción que sentía hacia su familia, su integridad en los negocios, la seguridad en sí mismo ante cualquier situación, su habilidad para hacer que se sintiera protegida y al mismo tiempo respetaba su libertad de elección.

Tumbada en la cama la noche anterior

se había dado cuenta de que Drakon era todo lo que habría podido desear en el hombre al que amase.

Ese amor había aumentado aquel día al saber que había creído en ella y se había preocupado hasta el punto de asegurarse de que recuperase la casa familiar.

Se humedeció los labios antes de hablar.

—¿Vas a regresar a Nueva York?

Drakon se quedó callado durante varios segundos.

—Eso depende de ti —respondió finalmente.

—¿De mí?

—Sí —confirmó—. ¿Debo regresar a Nueva York hoy, Gemini, o quedarme en

Londres para que podamos empezar de nuevo?

—¿Empezar de nuevo qué? —Gemini era consciente de que parecía idiota, repitiendo prácticamente todo lo que él decía, pero tenía miedo de malinterpretarlo y quedar en ridículo.

—Todo —contestó él—. Nos conocimos en circunstancias inusuales y nuestra relación ha continuado de esa forma desde entonces —caminó hacia ella hasta estar lo suficientemente cerca para poder agacharse junto a su sillón—. Te estoy preguntando si podríamos comenzar de nuevo —estiró el brazo, le agarró una mano y recordó el sobre—. Se me había olvidado por completo.

Debería haberte dado esto antes.

—¿No me has dado ya suficiente? —preguntó ella.

Drakon abrió el sobre y sacó de su interior una cajita verde que colocó sobre la palma de su mano.

—Creo que esto también te pertenece.

Gemini se quedó mirando la caja, desconcertada aún por lo que Drakon parecía estar insinuando. Era como si deseara otra oportunidad con ella.

—¿Qué es? —preguntó.

—Creo que ya lo sabes.

Sí, lo sabía. Estaba segura de que dentro estaba el anillo de compromiso de su madre y la alianza de boda.

Parpadeó para intentar contener las lágrimas que empezaban a acumularse

en sus ojos.

—¿Era esta la llamada telefónica privada que hiciste ayer cuando llegamos a Verona?

—Sí.

Gemini agarró la caja con cuidado antes de abrir la tapa. Al ver los anillos que tanto recordaba cerró los ojos y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—Oh, Drakon... —comenzó a sollozar sin poder evitarlo.

—No llores, Gemini —Drakon la estrechó entre sus brazos y presionó su cara contra su torso—. Solo quería hacerte feliz. Por favor, no llores, *agapi mou*. No puedo soportarlo.

Gemini no parecía poder dejar de llorar. No recordaba que nunca nadie hubiera hecho algo tan maravilloso y generoso por ella.

Levantó la cabeza, miró a Drakon y vio la preocupación en sus ojos oscuros. La preocupación y algo más.

—Drakon, ¿por qué no me hiciste el amor, cuando era evidente que yo estaba dispuesta?

—Dadas las circunstancias, habría estado mal que me aprovechara de ti...

—¿Y?

—Ya te dije que no había cama de cuatro postes ni pétalos de rosa.

—Pero te dije que esas cosas ya no me importaban.

—A mí sí me importan —le dijo él con firmeza—. Maldita sea, te quiero, Gemini. Y, por muy difícil que me resultara apartarme de ti anoche, no podía hacerte el amor hasta que todo lo demás se hubiese resuelto en tu vida.

—¿Me quieres? —repitió ella.

—No era mi intención decírtelo todavía.

—¿Por qué no?

—Porque te mereces más. Mereces que te corteje y te conquiste, que te mime y te malcríe antes de abordar el tema de mis sentimientos hacia ti.

—¿Y qué hay de mis sentimientos hacia ti?

—¿Tienes sentimientos hacia mí? —

preguntó él—. Claro que sí. Son sentimientos de amistad. De gratitud.

Las lágrimas comenzaron a resbalar de nuevo por sus mejillas.

—Sí, claro que te estoy agradecida. ¿Cómo no iba a estarlo cuando has hecho algo tan maravilloso y generoso por mí? Y sí que creo que eres el mejor amigo que he tenido nunca. Pero ¿acaso no te has dado cuenta aún de que yo también te quiero?

—¿Me quieres?

—Muchísimo, cariño, muchísimo. Cierto que a veces eres arrogante y mandón, y bastante testarudo...

—¿Pero?

—Pero te quiero igualmente —le aseguró con una sonrisa incandescente—.

¿Recuerdas que te dije que me había sentido incompleta toda mi vida? Como si me faltara una parte.

—Porque perdiste a tu gemelo.

—Tú me completas, Drakon.

—Y yo te quiero tanto que no sé como podía existir sin ti.

—Me siento igual —le dijo Gemini antes de que él la besara y ninguno de los dos volviera a hablar durante bastante tiempo.

—Debemos parar, cariño —Drakon se apartó con reticencia, sentado en uno de los sillones. Gemini estaba cómodamente sentada entre sus brazos—. He esperado mucho para hacerte el

amor. Puedo esperar un poco más. Pero, primero, ¿quieres casarte conmigo, Gemini?

—Oh, sí, Drakon, me casaré contigo — aceptó ella antes de rodearle el cuello con los brazos y besarlo con entusiasmo—. Pero ¿dónde viviremos? Ahora mismo tu negocio y tu casa están en Nueva York, y yo vivo y trabajo en Londres.

Drakon sonrió.

—Estoy seguro de que a Markos no le importará mudarse a Nueva York para ocupar mi lugar. Yo trabajaré en las oficinas de Londres.

—¿Harías eso por mí?

—Mi amor, ¿no te has dado cuenta aún de que haría cualquier cosa por ti?

Oh, sí, Gemini sabía exactamente hasta dónde llegaría Drakon por asegurar su felicidad.

—Entonces tal vez sea hora de que yo haga algún sacrificio por ti —dijo.

—En este caso no es necesario que lo hagas —respondió él—. Además, ¿no preferirías que nuestros hijos crecieran en la casa Bartholomew?

Gemini había creído que no podía ser más feliz, pero la idea de tener hijos con Drakon le hacía sentir que iba a explotar de felicidad.

—¿Te arrepientes de haber renunciado a la casa Bartholomew?

Él se encogió de hombros.

—Para Empresas Lyonedes no era más

que un terreno, pero para ti siempre ha sido mucho más. Ya encontraremos otro lugar en Londres donde construir nuestro hotel. Además, no he renunciado a nada. Ahora la casa pertenece a mi futura esposa y madre de mis hijos.

—En ese caso, me encantaría que te mudaras a Londres.

—Entonces así será. Y mañana iremos a comprar un anillo de compromiso escandalosamente caro.

—¿Te importaría que usáramos el de mi madre? —preguntó Gemini.

—¿No deseas uno nuevo y escandalosamente caro?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Podemos comprarnos alianzas iguales. Pero, si no te importa, me

gustaría llevar el anillo de compromiso de mi madre.

Drakon estiró el brazo y agarró la caja del anillo, que había caído al suelo cuando habían empezado a besarse. Abrió la tapa y sacó el anillo de esmeraldas y diamantes.

—Te querré hasta la eternidad, Gemini —le dijo mientras le ponía el anillo en el dedo.

—Igual que yo te querré a ti, Drakon.

Dos semanas más tarde, en su noche de bodas, Drakon llevó a Gemini al dormitorio principal de la casa situada en la isla del mar Egeo, descorrió las cortinas que rodeaban la cama de cuatro

postes aromatizada con docenas de pétalos de rosa. Se tumbaron sobre las sábanas e hicieron el amor con pasión durante toda la noche.

Algo más de ti

Capítulo 1

—Pensé que la reunión con el ayudante del senador Ashcroft había ido bien...

Markos Lyonedes echó un último vistazo al paisaje neoyorquino desde la ventana de su despacho, situado en el octogésimo piso, antes de volverse hacia su ayudante personal.

—¿De verdad?

Gerry le dirigió una mirada de incredulidad, de pie al otro lado del escritorio de caoba.

—¿Tú no lo crees?

Markos regresó al escritorio. Su traje oscuro hecho a medida se ceñía a la perfección a su torso musculoso, a su cintura estrecha y a sus piernas fuertes. Se mantenía en forma corriendo todas las mañanas en uno de los parques de Nueva York. A sus treinta y cuatro años, medía un metro ochenta y ocho, tenía el pelo oscuro y unos ojos verdes que iluminaban su atractivo rostro de herencia griega.

—Eso depende de si el senador Ashcroft habría enviado a su ayudante o habría venido en persona si Drakon siguiera al mando de la oficina de Nueva York—le dijo a su ayudante.

Hacía solo un mes, Markos trabajaba

en la sede londinense de Empresas Lyonedes, la compañía que poseía junto con su primo Drakon, con una vida social ajetreada y sin planes de mudarse a Nueva York. Eso era antes de que Drakon conociera a Gemini, una inglesa residente en Londres de la que se había enamorado. Drakon y Gemini se habían prometido y casado dos semanas más tarde. Actualmente estaban de luna de miel en la isla del Egeo que poseía la familia Lyonedes.

Por suerte Markos y Gerry habían conectado al instante, y Drakon ya había expresado su aprobación sobre la nueva ayudante personal que él había contratado para las oficinas de Londres, después de un episodio bastante

embarazoso con la joven que trabajaba para él anteriormente. Markos aún se estremecía al recordar cómo se le había lanzado durante el último viaje de negocios que habían hecho juntos.

—Drakon ya había aceptado la invitación del senador. Debió de olvidarse de mencionarlo con los preparativos de la boda —comentó Gerry—. Obviamente el senador Ashcroft deseaba asegurarse de que el nuevo director de la sede de Nueva York estuviese al corriente de la invitación. Y además no ha enviado a un ayudante cualquiera a hacer la invitación. ¡Ha enviado a su único hijo! —Gerry le dirigió una sonrisa. Era un hombre alto y

delgaducho, de treinta y muchos años, con el pelo rubio y una cara agradable.

Markos arqueó las cejas.

—¿Eso es bueno?

—El senador está preparando a Robert hijo para que le suceda cuando él se retire dentro de dos años. Las invitaciones para el evento del sábado están muy cotizadas en la sociedad neoyorquina. Mi mujer mataría por conseguir una. Me parece que aceptar la invitación improvisadamente ha sido un acierto por tu parte.

—Más bien ha sido por cautela, porque no sabía si me estaba insultando o no — Markos frunció el ceño al sentarse tras el escritorio—. Me temo que los políticos estadounidenses siguen siendo un

misterio para mí.

—Lo único que necesitas saber sobre nuestros políticos es que la reelección es el objetivo principal, así como acumular el dinero necesario para tener una campaña de éxito. Por eso el senador se codea con el director de la sede neoyorquina de Empresas Lyonedes. Esta compañía da trabajo a miles de neoyorquinos, y a otros tantos miles por todo el mundo —explicó Gerry.

—Ese es un buen incentivo para el senador... —se detuvo cuando llamaron a la puerta y entró en el despacho la secretaria de dirección de Markos.

Lena Holmes era otra de las empleadas que Markos había heredado

de su primo. Una mujer de cuarenta y muchos años, de aspecto maternal con sus sencillos trajes oscuros, que lograba llevar la oficina con la precisión de un sargento.

—Siento interrumpir, señor Lyonedes, pero pensé que debía comunicarle que la señorita Grey ha cancelado su cita de las cinco.

«Otra vez», parecía querer insinuar Lena con su tono de desaprobación.

Evangeline Grey, una diseñadora de interiores extraordinaria, a juzgar por su reputación, y la mujer que la esposa de Gerry le había recomendado para rediseñar el apartamento que tenían sobre sus cabezas, había cancelado ya su cita a principios de semana.

—¿Cuál es su excusa esta vez?

—Una cita urgente con el dentista — contestó Lena.

Markos miró el reloj de oro que llevaba en la muñeca y vio que eran las cinco menos cinco. Si Evangeline Grey hubiera tenido intención de presentarse a su cita, habría tenido que salir de su oficina del centro hacía algún tiempo, en vez de cancelar cinco minutos antes de la hora a la que debía llegar.

—Debe de haber sido algo inesperado...

—No sé, señor Lyonedes —la expresión de Lena seguía siendo de desaprobación—. Me ha preguntado si podría cambiar la cita al lunes a las

cinco.

–¿Y qué le has dicho?

–Le he dicho que le devolvería la llamada el lunes por la mañana para decirle si a usted le venía bien –respondió Lena con satisfacción.

–¿Y me viene bien?

–Actualmente no tiene ninguna cita programada para esa hora.

Markos sonrió.

–Pero no le hará ningún daño tener que estar pensándolo durante el fin de semana, ¿verdad?

–Exacto –confirmó Lena.

–Gracias, Lena –Markos aguardó hasta que la secretaria hubo abandonado el despacho antes de volverse hacia Gerry—. Es la segunda vez esta semana

que Evangeline Grey cancela su cita conmigo.

—Yo no tengo ni idea de lo que pasa — se apresuró a contestar Gerry—. Kirsty dice que los diseños de esa mujer son el no va más. Y he de admitir que yo quedé bastante satisfecho con las innovaciones que hizo en nuestro dormitorio hace seis meses.

Markos arqueó las cejas.

—¿Y quiero saber cuáles son?

—Probablemente no, porque Kirsty está embarazada de cuatro meses — contestó Gerry carcajeándose—. ¿Quieres que le pregunte si puede recomendarte a otra persona?

El edificio Lyonedes, tanto el de

Nueva York como el de Londres, tenía un apartamento en el ático que ocupaba todo el piso superior. Markos nunca había residido en el apartamento de Londres durante los diez años que había pasado allí, pues prefería vivir alejado de su lugar de trabajo. Al igual que Drakon había preferido tener su propio apartamento en Manhattan durante el tiempo que había vivido y trabajado en Nueva York; un apartamento que habían decidido mantener para cuando fueran de visita.

Habiendo llegado a la ciudad una semana antes, y al descubrir que el apartamento del ático era conveniente y espacioso, con unas vistas maravillosas de Nueva York, Markos había decidido

que fuese su hogar mientras se asentaba. Su intención era contratar a una decoradora de interiores para que lo decorase a su gusto. Evangeline Grey era esa decoradora.

La aparentemente esquiva Evangeline Grey.

—Esperemos a ver lo que ocurre el lunes —comentó.

—¡Cómo me alegra que hayas dicho eso! —exclamó su ayudante con una sonrisa afable—. No me gustaría decepcionar a Kirsty. Le cae tan bien esa mujer que, incluso antes de que me pidieras el nombre de una decoradora, ella ya estaba pensando en organizar una cena para presentarnos.

–Si cancela la próxima cita, puede que esa sea la única manera que tengamos de conocernos –contestó Markos recostándose en su silla–. Por alguna razón el nombre de Evangeline me dio la impresión de que se trataba de una mujer mayor.

Gerry negó con la cabeza.

–Aún está en la veintena, creo.

–¿De verdad? ¿No es un poco joven para haberse forjado una reputación así?

–¡Si no has triunfado en Nueva York cuando cumples los treinta, nunca triunfarás! –contestó Gerry.

–¿Es atractiva? –preguntó Markos.

–Yo siempre estaba trabajando cuando venía a nuestro apartamento, así

que no la conozco en persona. Pero supongo que lo será, si Kirsty quería presentaros.

—En ese caso, esperemos que consiga estar aquí el lunes por la tarde.

Gerry asintió.

—Aunque solo sea para no tener que sufrir la decepción de Kirsty. Aunque habrá muchas mujeres guapas que podrás conocer mañana por la noche en la fiesta del senador.

—Creo que ya me han presentado a todas las mujeres guapas de Nueva York durante los últimos cuatro días.

—¡Aún no has conocido a Kirsty!

Markos frunció el ceño.

—Estar rodeado de tanto amor y romance me va a producir un sarpullido

—murmuró. Primero Drakon y Gemini, y ahora Gerry no ocultaba el hecho de estar felizmente casado—. Dado que ahora tengo una hora libre, ¿por qué no echamos un vistazo a estos últimos contratos?

Markos se olvidó por completo de la esquiwa Evangeline Grey y se concentró en el trabajo que deseaba terminar antes de comenzar su fin de semana.

Un fin de semana que ahora parecía incluir pasar el sábado por la noche en la fiesta del senador Ashcroft.

Por alguna razón, Markos se había sentido ligeramente inquieto desde que se mudara a Nueva York. Las dos semanas antes de la boda habían sido

frenéticas, seguidas de su letargo tras volar a Nueva York al día siguiente. Tras su llegada había ido de reunión en reunión, presentándose a los diversos socios empresariales de la compañía. Y había habido algún tipo de evento social todas las noches, pues la sociedad neoyorquina le abría sus puertas para darle la bienvenida a él en lugar de a su primo Drakon.

Tal vez el cambio hubiera sucedido tan deprisa que Markos aún se sentía un poco desconcertado. El despacho. El apartamento del ático. Las nuevas personas con las que trabajaba cada día y con las que se relacionaba por las noches.

Fuera cual fuera la razón de su

inquietud, sabía que asistir a otra fiesta a día siguiente era lo último que deseaba hacer...

A Eva nunca le habían gustado los cócteles, y se había visto obligada a asistir a muchos en el pasado. Y los cócteles que ofrecían los senadores de Estados Unidos le gustaban aún menos. Toda la gente rica y guapa de la ciudad había inundado la enorme sala de recepciones de uno de los hoteles más prestigiosos de Nueva York. La gente hablaba en voz alta y se reía en voz más alta aún. Las joyas que adornaban las muñecas, cuellos y orejas de las damas brillaban y resplandecían bajo la luz

proyectada por las lámparas de araña que colgaban del techo. Al mismo tiempo, Eva tenía los sentidos saturados por el aroma de un sinfín de perfumes caros.

Pero, como solía decir su madre, «lo que no puede curarse, ha de soportarse». Sin duda había sido cierto con respecto a su matrimonio con el padre de Eva.

Eva estaba haciendo todo lo posible por soportar aquella fiesta celebrada por nada menos que el senador Robert Ashcroft. No porque pensara que corriera el riesgo de encontrarse con algún familiar de su exmarido; sabía gracias a amigos en común que Jack se había instalado en su oficina de París hacía más de un año, y su exsuegro, Jack

padre, no apoyaba el partido político del senador Ashcroft. No, no existía la posibilidad de encontrarse con nadie de la familia de Jack esa noche.

Aun así, Eva no habría aceptado la invitación del senador de no haber sabido lo mucho que significaría para el hombre que la acompañaba esa noche. Era justo el tipo de acto social que a Glen le encantaba. Lo cual estaba bien. Pero no era la verdadera razón por la que había querido volver a verlo.

En realidad Eva no sabía cómo reaccionaría Glen cuando le dijera que no tenía intención de irse a la cama con él, ni con ningún otro hombre. En su lugar, estaba pensando en pedirle si

querría ser el donante de semen en caso de seguir hacia delante con la fecundación in vitro que estaba planteándose. Un tema tan delicado y personal era algo que debía abordar poco a poco, no soltarlo de golpe en su primera o segunda cita.

La fiesta del senador Ashcroft estaba resultando ser tan multitudinaria como Markos había imaginado que sería. A lo largo de la última semana ya había conocido a casi todos los asistentes, y muchos de los hombres allí presentes deseaban hablar de nuevo con él. Sus esposas, hijas o amigas no disimulaban el hecho de que lo encontraban

atractivo.

Aunque Markos no se quejaba de aquello último. Había disfrutado de una vida sexual saludable durante los años que había vivido y trabajado en Londres, y esperaba seguir haciéndolo ahora que se había mudado a Nueva York.

Aun así, rodeado de mujeres hermosas como estaba, todas rivalizando por su atención, solo se fijó en la mujer del vestido rojo situada al otro lado de la habitación.

Probablemente porque destacaba del resto de gente guapa allí presente, ya que no solo no hacía ningún esfuerzo por responder a las conversaciones de los hombres que la rodeaban, sino que

además daba la impresión de aburrirse soberanamente.

Pero no era solo ese aire de desinterés el que había llamado la atención de Markos. Tampoco el hecho de que fuese joven y extremadamente guapa. Tenía el pelo negro y largo, y sus ojos eran claros, probablemente grises o azules. Su piel era del color del alabastro, sus rasgos resultaban de lo más delicado y llevaba los labios pintados del mismo color que el vestido. Las únicas joyas que llevaba eran un par de pendientes de oro que colgaban sobre sus hombros desnudos.

Todo aquello sería razón suficiente para que un hombre se quedara

mirándola, pero aun así no era eso lo que había llamado su atención, lo que había hecho que su cuerpo se excitara nada más verla.

Las demás mujeres de la sala iban cargadas de joyas y todas, ya fueran altas o bajas, eran increíblemente delgadas. Sin embargo la mujer del vestido rojo sin tirantes llevaba solo dos pendientes y su cuerpo era...

Había una palabra que describía a la perfección ese cuerpo. Una palabra pasada de moda que se usaba antes para describir a las estrellas de cine de la época dorada de Hollywood. ¡Voluptuosa! ¡Eso era! La mujer alta del vestido rojo era voluptuosa. No era gorda; su cuerpo era demasiado firme

para eso. Simplemente tenía el cuerpo de un reloj de arena. El tipo de cuerpo que, de hecho, la mayoría de hombres prefería, aunque rara vez lo encontraban en una época llena de mujeres esbeltas.

Llevaba los hombros al descubierto, la piel en esa zona era del mismo tono alabastro que su cara, y el vestido realzaba unos pechos que obviamente no iban encorsetados bajo un sujetador. El vestido terminaba unos cinco centímetros por encima de sus rodillas y dejaba ver unas piernas largas y firmes, rematadas por unas sandalias rojas de tacón alto.

Markos contuvo la respiración al verla levantar la mirada por encima de

los hombres que la rodeaban, mirando a su alrededor con desinterés, casi como si fuera consciente de que alguien la observaba, aunque no tuviera ni idea de quién ni por qué. Su impresión de que se aburría enormemente quedó confirmada al verla contener un bostezo. Y al mismo tiempo sus miradas se encontraron.

Markos arqueó una ceja y recibió a cambio una mirada vacía y un encogimiento de hombros, antes de que la mujer del vestido rojo se diese la vuelta para aceptar una copa de champán de uno de los hombres a su alrededor, como si se hubiese olvidado por completo de su existencia.

Aunque resultara un cambio interesante después de las dos últimas

horas viendo como las mujeres se lanzaban ante él como ofrendas de un sacrificio, aquella no era la reacción que Markos estaba acostumbrado a recibir cuando mostraba interés en una mujer hermosa.

Siendo uno de los primos Lyonedes, con negocios por todo el mundo y más riquezas de las imaginables, nunca había sido tan ingenuo como para pensar que era solo su aspecto físico el que atraía a las mujeres hacia él. Tampoco creía que todas las mujeres que conociera tuvieran que encontrarlo atractivo.

Pero, aun así, le molestaba que la mujer del vestido rojo, una mujer que lo excitaba con solo mirarla, lo hubiese

ignorado tan fácilmente.

Tal vez estuviera casada.

O prometida.

O quizá mantuviera una relación seria.

No podía ser ninguna de las dos primeras; no llevaba anillo alguno en la mano izquierda, con la que sujetaba la copa de champán. Y, si era la última opción, ¿dónde estaba el hombre en cuestión?

Si una mujer tan bella como esa le perteneciera, no la habría dejado sola ni por un minuto, a merced de la manada de hienas que pretendían hincarle el diente.

¿Si una mujer así le perteneciera?

¿Qué diablos?

A Markos no le gustaban esos

términos. Tampoco la idea de una relación duradera ni permanente.

Unos pocos días, a veces semanas, era lo máximo que había durado su interés por las mujeres con las que había salido en los últimos dieciocho años.

Quizá su primo Drakon hubiera sucumbido a una mujer al conocer a Gemini un mes atrás, pero Markos no tenía interés en hacer lo mismo.

Deseaba a la mujer del vestido rojo. Estaba molesto por el modo en que acababa de ignorarlo. Al mismo tiempo le excitaba ver como aquella prenda se ceñía a su cuerpo voluptuoso. Era una excitación que preferiría que satisficiera ella, y no el cuerpo de cualquier otra

mujer.

Fue con ese pensamiento en mente con el que se excusó ante las mujeres que tenía a su alrededor antes de atravesar la sala en dirección a la mujer del vestido rojo.

Capítulo 2

Dorado.

Markos se había equivocado en el color de ojos de la mujer del vestido rojo; no eran ni azules ni grises, sino de un marrón claro que parecía dorado.

Un dorado brillante y profundo con el que miró a Markos fríamente, incluso mientras los demás hombres reunidos en torno a ella se apartaban para que pudiera alcanzarla.

Como Moisés separando las aguas del Mar Rojo, pensó Eva mientras los hombres situados a su alrededor se echaban a un lado para dejar paso al hombre guapo, alto y moreno que le había mantenido la mirada deliberadamente pocos minutos atrás, antes de acercarse con determinación hacia ella.

Ya se había fijado en él antes, claro. Y lo había reconocido. ¿Qué mujer no se fijaría en aquel hombre guapo y moreno? ¿Qué mujer no sabía que se trataba de uno de los primos Lyonedes? La foto de Markos Lyonedes había aparecido en todos los periódicos neoyorquinos durante la última semana.

Era guapo, desde luego. Eva medía metro ochenta con sus sandalias de tacón, pero aun así Markos Lyonedes le sacaba varios centímetros.

Tenía el pelo ligeramente rizado por encima de las orejas y de la nuca, y sus ojos color esmeralda la miraban con determinación, adornando aquel hermoso rostro, que parecía haber sido esculpido con piedra dorada: unos pómulos prominentes, nariz larga, labios cincelados y mandíbula angulosa. Su traje negro no disimulaba el hecho de que además tenía buena complexión física; unos hombros anchos, un torso musculoso, abdomen plano, caderas estrechas y piernas largas.

No cabía duda. En lo referente al carisma y al atractivo, Markos Lyonedes lo tenía a raudales.

Era una pena para él que Eva supiera que era el tipo de hombre con el que no querría tener nada que ver. Ni personal ni profesionalmente. Lo cual no había impedido que se divirtiese un poco a su costa durante la última semana.

—Espero que me disculpes por venir y presentarme —dijo él—. Soy Markos Lyonedes.

Incluso su voz era sexy. Profunda y aterciopelada, con un toque sensual y oscuro. El tipo de voz que le provocaría un escalofrío a cualquier mujer.

Cualquier mujer que no fuera ella. Por

suerte Eva era inmune a los hombres engreídos como él. Especialmente inmune a Markos Lyonedes.

—Sé quién es, señor Lyonedes.

Los hombres que habían estado intentando llamar su atención parecían haberse dado cuenta de que debían tener cuidado con Markos Lyonedes, y habían decidido mantener la distancia y dejarlos completamente solos en una sala llena de la gente más rica y elegante de Nueva York.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Toda la sociedad neoyorquina, en especial las mujeres, está al corriente de que Markos Lyonedes ha aterrizado recientemente entre nosotros.

Markos se quedó contemplando a la

voluptuosa mujer del vestido rojo mientras advertía el tono burlón de sus palabras.

Su belleza resultaba mucho más aparente estando junto a ella. La piel de alabastro de sus hombros parecía de porcelana. Y era evidente que no llevaba nada debajo del vestido.

Bueno... al menos no llevaba sujetador. Podían adivinarse sus pezones bajo la seda, y lo ceñido del vestido a la altura de sus caderas solo permitiría llevar unas bragas muy finas. Bragas del mismo color rojo que el vestido, quizá. ¿Serían de encaje? ¿De seda?

Markos tomó aliento al sentir su

miembro erecto, que palpitó al imaginarse a aquella mujer llevando solo unas bragas de seda rojas.

—¿Y tú eres...?

—Eva.

—¿Solo Eva?

—Solo Eva.

La frialdad de su voz y de su actitud empezaba a molestarle... y a excitarle.

—Es un placer conocerte, solo Eva.

Ella sonrió con ironía.

—¿No debería conocerme un poco mejor antes de decidir eso?

—Bueno, ya sé que eres inglesa —murmuró Markos lentamente cuando por fin la oyó hablar más de dos palabras seguidas.

—Obviamente.

Sí, definitivamente su tono era burlón, advirtió Markos, y se preguntó cuál sería la razón. Normalmente una mujer guapa tardaba más de dos minutos en decidir que podía ser peligroso.

—He vivido en Inglaterra durante diez años y estoy familiarizado con el acento inglés.

Eva inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y qué tal en Nueva York?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, hasta ahora he descubierto que verdaderamente es una ciudad que nunca duerme.

Esa era una de las cosas que Eva había llegado a adorar de Nueva York desde que se mudara allí siete años

antes. En esa época tenía veintidós años, acababa de salir de la universidad y se había casado con un neoyorquino. Su carrera había florecido de inmediato y la ciudad de Nueva York había arraigado en ella, aunque por desgracia no su matrimonio. Jack y ella se habían separado tras cuatro años, y divorciado poco después. Esa experiencia, junto con el matrimonio infeliz de sus padres, había dejado a Eva con la convicción de que no volvería a casarse.

—Oh, vamos. Aunque sea debes apreciar el hecho de que puedes comprar una taza de café decente a cualquier hora del día o de la noche.

—He descubierto que la cafetera eléctrica de mi apartamento prepara un

café excelente. Por el día o por la noche.

—Vaya —dijo Eva—. Has tardado... ¿cuánto? Cinco minutos en invitarme a tu apartamento. Eso debe de ser un récord, incluso para ti.

Markos se quedó de piedra. Ahora ya estaba seguro del desprecio que desprendía cada una de las palabras de aquella mujer.

—¿Incluso para mí?

Ella se encogió de hombros, y aquel movimiento llamó la atención sobre sus pechos.

—Me temo que tu reputación te precede, Markos.

—¿Y qué reputación es esa?

—Que eres tan decidido a la hora de

conquistar a la mujer que deseas como frío y calculador a la hora de poner fin a una relación.

—¿Perdón?

Eva se preguntó si tal vez había ido demasiado lejos. Al fin y al cabo, quizá las circunstancias hubieran hecho que estuviera predispuesta a odiar a Markos Lyonedes, pero, tras conocerlo en persona, no cabía duda de que era una fuerza que tener en cuenta en Nueva York; tanto profesional como socialmente. Igual que lo había sido su primo Drakon antes que él.

Había visto a Drakon Lyonedes dos veces, muy brevemente, y había descubierto que era muy distinto a su primo. Igual de guapo que Markos,

Drakon tenía una actitud distante y arrogante, mientras que Markos poseía una sensualidad latente capaz de atrapar a cualquier mujer.

¿Incluso a ella?

Quizá...

Pero el hecho de que Markos Lyonedes pareciese el empresario griego multimillonario y arrogante que era, en vez del hombre seductor y encantador de hacía unos segundos, indicaba que, en efecto, Eva se había pasado de la raya. Al menos en lo referente a él.

Eva solo había pretendido dejarle claro que no tenía intención de dejarse halagar por sus atenciones, y mucho

menos tragarse aquella actitud encantadora y seductora tan ensayada.

—Solo repito lo que dicen de ti los cotilleos —aclaró con una risa ligera.

—¿De verdad? —los ojos verdes de Markos la miraban fijamente—. ¿Y siempre haces caso de los rumores en vez de formarte tus propias opiniones sobre las personas?

Ella se encogió de hombros.

—Solo las mujeres imprudentes ignoran por completo los cotilleos —igual que solo las mujeres imprudentes ignoraban el hecho de que la voz de Markos Lyonedes se había endurecido en los últimos minutos. Aquellos tonos entrecortados delataban que el inglés no era su lengua materna.

—Y sin duda eso te permitirá saber que, donde hay humo hay fuego.

Oh, Eva estaba bastante segura de que había mucho fuego cuando aquel hombre decidía aplicar su encanto sobre una mujer.

—No exactamente —contestó—. Durante los años han aparecido en los periódicos múltiples fotografías tuyas con mujeres hermosas. Y artículos en las revistas. Dejando eso a un lado, tengo ojos y sentido común con los que formar mi propia opinión.

—Y aun así ya habías decidido desconfiar de mí, por lo que habías leído sobre mi reputación, antes siquiera de que nos conociéramos.

¡Eva había decidido mucho más que eso!

—Sabía lo suficiente como para desconfiar, sí.

Markos Lyonedes apretó la mandíbula.

—¿No estás dispuesta a darme el beneficio de la duda?

—¿En qué sentido?

—En que las fotos de los periódicos con frecuencia son engañosas, igual que los rumores.

—Probablemente no —respondió ella sin dudar.

—Es una pena.

—¿De verdad?

—Confío en no haberte estropeado la

velada.

–Tampoco es que estuviera pasándomelo muy bien antes de que te acercaras a hablar conmigo.

–¿Y mi conversación ha aumentado tu aburrimiento?

Eva se encogió de hombros.

–No debería permitir que te molestara, Markos; de verdad, no es nada personal.

–Al contrario. Creo que los comentarios que has hecho con respecto a mí han sido muy personales –respondió él.

Eva lo miró y se dio cuenta de que, aunque parecía tranquilo y relajado, Markos Lyonedes estaba enfadado, como testificaban su mandíbula apretada

y sus ojos brillantes. Tal vez jugar al gato y al ratón durante esa última semana no hubiera sido tan buena idea por su parte.

—Quería evitar que malgastaras tu tiempo al intentar seducirme.

—¿Se malgastaría?

—Desde luego que sí —confirmó Eva.

—En ese caso, te aliviaré de tener que sufrir mi compañía un segundo más.

¿Fue decepción lo que sintió Eva al ver que aquel hombre aceptaba el rechazo? No podía ser. No cuando ella sabía por su prima Donna lo insensible que podía ser.

Donna debería haber sido más lista antes de tener una aventura con un

hombre como Markos Lyonedes, claro. Pero su prima nunca había sido muy sensata en su elección de hombres; un rasgo de las mujeres de su familia, con su madre y consigo misma como ejemplos. Pero, tras conocer al hombre en cuestión, tal vez pudiera comprender mejor la atracción de Donna hacia él. Una atracción fatal y, en su opinión, una atracción común a todas las mujeres con las que Markos Lyonedes tenía aventuras. Era demasiado poderoso y atractivo para su propio bien. No tenía más que chasquear con los dedos para tener a cualquier mujer que deseara.

Salvo a ella.

Eva y su prima solían quedarse con sus abuelos maternos cuando eran niñas,

y durante esas visitas habían desarrollado una competitividad sana entre ellas. Una competitividad que se había vuelto menos sana en la edad adulta y que había tenido como resultado que apenas se vieran, mientras cada una perseguía sus sueños profesionales, sobre todo después de que Eva se casara con Jack y se mudara a Nueva York. Pero, cuando su matrimonio se había acabado al fin, Donna había sido la única de su familia en llamarla por teléfono para consolarla.

De hecho su prima había estado encantada al llamarla y hablarle de su relación con Markos Lyonedes. No había sido capaz de hablar de otra cosa

más que de lo maravilloso que era y de lo mucho que ansiaba ser su esposa. Cuando Markos había plantado a Donna, hacía algo más de un mes, a Eva le había parecido justo escuchar pacientemente cada vez que su prima la llamaba para hablar durante horas de lo enamorada que seguía de él.

Aunque Eva no hubiera tenido la experiencia de Donna con Markos sabía que aun así habría desconfiado de él. Markos era todo lo que su corazón magullado le había enseñado a temer. Demasiado rico. Demasiado guapo. Demasiado poderoso. Y, como ahora ya sabía, demasiado sensual.

Probablemente fuese aquello último lo que más inquietante le resultaba.

Sabía que no era tan inmune a su sensualidad como le habría gustado.

Había conocido a docenas de hombres guapos y encantadores durante los tres años que llevaba separada, e incluso había intentado salir con algunos de ellos. Pero ninguno de esos hombres le había llegado al corazón, y ninguno había conseguido borrarle el cinismo que sentía hacia las relaciones en general.

—Te dejaré que disfrutes del resto de la velada —respondió Eva finalmente—. Estoy segura de que las demás damas aquí presentes estarán encantadas de entretenerte.

Markos le dirigió una mirada

penetrante.

—¿Es posible que nos hayamos visto antes?

—No que yo sepa.

Markos tampoco lo creía. Estaba seguro de que se acordaría si hubiera conocido antes a aquella mujer voluptuosa. Aun así, sentía que en los comentarios de Eva se escondía algo más que su rechazo inicial. Que él supiera, ninguna de las mujeres con las que había salido se había quedado después con el corazón roto.

¿O sería que estaba demasiado acostumbrado a que las mujeres se desvivieran por llamar su atención y no al revés? Quizá era que pensaba que Eva se sentiría halagada por sus

atenciones. De ser ese el caso, sería increíblemente arrogante por su parte, y se merecería el desprecio que ella no se molestaba en disimular.

—Tú...

—Oh, ahí estás, Eva, cariño —un hombre alto y rubio de treinta y muchos años apareció junto a ella. Miró a Markos con curiosidad y sonrió—. Una fiesta genial, ¿verdad?

—Genial —repitió Markos, pensando en lo poco que le gustaba ver el brazo de aquel hombre en la cintura de Eva. Era ridículo por su parte, claro, pues ella había dejado claro que no tenía interés en él. Tal vez la actitud protectora del otro explicara esa falta de interés.

Aunque a Eva no parecía haberle hecho mucha gracia que la llamase «cariño».

Se apartó de aquel brazo protector antes de hacer las presentaciones.

—Markos, este es Glen Asher. Glen, este es Markos Lyonedes.

—¿De verdad? ¿Markos Lyonedes? —dijo Glen mientras ambos se daban la mano.

—Sí, de verdad —confirmó Eva, molesta al ver que a Glen le hacía tanta ilusión conocerlo.

—El edificio Lyonedes es un monumento a la gran arquitectura —añadió Glen.

En eso Eva estaba de acuerdo con él.

Con al menos ochenta pisos de altura, y construido en mármol rosado con ventanas tintadas, el edificio Lyonedes era uno de los más bonitos de Nueva York, rivalizando con el Empire State y el Chrysler.

Aun así...

—No es más que otro edificio que impide ver más allá, Glen —dijo ella con impaciencia.

A Markos el comentario pareció hacerle gracia más que molestarle.

—Gracias de todos modos —le dijo a Glen.

Eva se sentía cada vez más molesta.

—Creo que es hora de que nos vayamos, Glen.

—Pero si acabamos de llegar...

El enfado de Markos por los comentarios hirientes de Eva sobre su reputación se había disipado al ver su irritación creciente con el hombre que la acompañaba esa noche. Si mantenía una relación seria, no era con Glen Asher, y Markos no creía que a un hombre que estuviese con Eva le hiciese gracia que asistiese a la fiesta con otro hombre; menos con un hombre tan guapo y aparentemente exitoso como Glen.

Así que nada de relaciones serias.

Pero ¿qué importaba? Eva no podía haberle dejado más claro que no estaba interesada en él. Irónicamente, eso hacía que le resultase más intrigante.

Nunca se había considerado un

masoquista, pero tal vez aquella estancia en Nueva York estuviera convirtiéndolo en uno, porque su atracción por Eva había aumentado en los últimos minutos.

–Yo estaré encantado de acompañar a Eva a su casa si tú quieres quedarte en la fiesta un poco más, Glen.

–Si Glen desea quedarse, soy más que capaz de pedir un taxi para irme a casa, gracias –respondió Eva.

–No es necesario, ya que mi coche está aparcado abajo –le dijo Markos.

Eva deseaba decirle a Markos lo que podía hacer con su coche.

Pero, sobre todo, se arrepentía profundamente de haberle pedido a Glen que la acompañara esa noche.

Se habían conocido la semana

anterior, en una fiesta parecida. Eva se había quedado observándolo y había descubierto que aprobaba su pelo rubio y sus ojos azules, así como el hecho de que era alto y parecía sano.

Dado que no podía acercarse a un desconocido y pedirle que fuera su donante para la fecundación in vitro, Eva había decidido que sería mejor que se conocieran un poco antes de dejar caer la bomba. Esa era la única razón por la que se había presentado en su oficina el día anterior y le había pedido que la acompañara al cóctel del senador Ashcroft.

Aunque Glen parecía tener una idea muy diferente de hacia dónde iba su

relación.

Le dirigió a Markos Lyonedes una sonrisa falsa y dijo:

—Es una oferta muy generosa por tu parte, Markos, pero...

—Pero no es necesario, porque yo estoy encantado de marcharme con Eva—intervino Glen de pronto mientras le pasaba de nuevo el brazo por la cintura—. Tengo reserva para cenar a las nueve y media.

Probablemente Glen pensara que, tras la cena, acabarían compartiendo cama. Pero Eva sabía que eso no iba a ocurrir.

Además no era necesario. Todo le había parecido bastante lógico al tomar la decisión varios meses atrás. Estaba desesperada por tener un hijo, pero no

una relación o un matrimonio con un hombre que al final la decepcionaría. Un fracaso matrimonial era suficiente para cualquier mujer.

Lo tenía todo planeado. Se quedaría embarazada antes de su trigésimo cumpleaños, en seis meses, trasladaría su despacho a su apartamento y seguiría trabajando desde allí hasta el octavo mes, tendría el bebé y después retomaría el trabajo cuando el bebé tuviera tres meses. Contrataría a una niñera para que se hiciera cargo cuando ella tuviera que salir a visitar clientes.

Lógica. Nada de sentimientos.

Pero no era la lógica lo que movía a Eva, sino la necesidad. Jack había

querido intentar tener hijos nada más casarse y, como Eva deseaba tener también una familia, había aceptado su sugerencia. Mes tras mes había aguardado a ver si llegaba el momento de comunicarle a Jack que estaba embarazada. Pero no había sucedido. Ni el primer año ni el segundo. Hasta que, al final, habían decidido consultar a un especialista para ver si alguno de los dos tenía algún problema.

Los resultados de las pruebas habían sido devastadores y, aunque Eva no se había dado cuenta entonces, habían sido la sentencia de muerte de su matrimonio.

Jack era estéril. Cien por cien estéril, sin lugar a error.

Se habían dicho que no importaba,

que se tenían el uno al otro. Pero, al sugerir Eva que podrían adoptar, el abismo entre ellos se había agrandado. Jack se había negado a considerar esa opción, diciendo que su familia neoyorquina de sangre azul no aceptaría como heredero a un niño que no fuera biológicamente suyo.

Eva había intentado convencerse de que tenerse el uno al otro era suficiente. Pero cada día había ido muriendo por dentro al saber que nunca habría hijos en su matrimonio.

Jack y ella habían estado juntos dos años más después de que el especialista les diera la noticia. Años en los que habían ido separándose, centrándose en

sus trabajos en vez de abordar la crisis de su matrimonio. Años en los que Jack había ido de aventura en aventura, hasta que Eva lo descubría y entonces él le juraba amor y fidelidad. Hasta la siguiente vez.

El amor que Eva sentía por Jack había ido muriendo poco a poco con cada uno de esos engaños. Hasta que no había quedado más que el caparazón de su matrimonio. Un matrimonio en el que Eva no habría querido meter un bebé aunque hubiera sido posible.

Habían pasado tres años desde el divorcio, en los cuales Eva se había centrado en convertir su negocio en uno de los más exitosos de Nueva York, pero seguía sintiendo que le faltaba algo

en su vida. Lo mismo que le había faltado toda su vida.

Un bebé.

Muchas mujeres trabajadoras tenían bebés ellas solas. ¿Por qué ella no? Tenía suficiente dinero para mantenerlos a los dos, y podría compaginar su trabajo con las necesidades de un bebé.

Así que el plan era encontrar a un hombre sano, explicarle lo que significaba ser donante y presentarle el contrato legal que esperaría que firmara. Ambos quedarían protegidos así de cualquier demanda financiera por alguna de las dos partes tras el nacimiento del bebé.

Poner en práctica esa idea había

resultado mucho más difícil de lo que Eva había imaginado. Abordar el tema, pedirle a un hombre que donase su esperma para una fecundación in vitro, era algo duro.

—Es muy amable por tu parte, Glen—le dijo a su acompañante con una sonrisa. Pero su sonrisa desapareció al volverse hacia el empresario griego—. Si nos disculpas...

—Por supuesto —Markos inclinó la cabeza ligeramente y se preguntó en qué habría estado pensando Eva durante esos últimos minutos para fruncir el ceño de esa forma—. Ha sido un placer conoceros.

—Lo mismo digo —le aseguró Glen amistosamente.

–Que tenga buena noche, señor Lyonedes –le dijo Eva a Markos.

–Creía que me llamabas Markos.

–¿De verdad? –preguntó ella con frialdad–. Qué confianzas por mi parte.

Para Markos no eran confianzas suficientes. Se giró y vio como Eva y su acompañante se dirigían hacia su anfitrión para excusarse antes de marcharse. Todo ello sin que aquellos ojos dorados volvieran a mirarlo una sola vez.

Markos siguió observando el contoneo de aquellas caderas confinadas bajo el vestido rojo, y se hizo una promesa cuando la puerta se cerró tras ella.

La promesa de que algún día, o alguna noche, oiría a Eva gritar su nombre mientras le hacía el amor.

Capítulo 3

—Vaya, vaya, vaya... ¡la señorita Evangeline Grey se ha dignado a venir al fin! —observó Markos, sentado en su silla detrás del escritorio de caoba de su despacho.

Lena había hecho pasar a la diseñadora de interiores a las cinco en punto de aquel lunes antes de cerrar la puerta tras ella y dejarlos solos.

A Markos y a la diseñadora Evangeline Grey.

La misma Evangeline Grey que se

había presentado como «solo Eva» el sábado por la noche, sabiendo que ya había cancelado su cita con él dos veces esa semana.

Después de que Glen y ella se marcharan de la fiesta, Markos no había perdido el tiempo en preguntarle a uno de los ayudantes del senador Ashcroft por la identidad de la mujer del vestido rojo. Y había averiguado entonces que se trataba de la diseñadora de interiores Evangeline Grey.

Aquellos ojos dorados mostraron su disconformidad al entrar en el despacho, y Markos observó que era capaz de parecer sexy incluso con un traje de chaqueta.

—Su llamada telefónica esta mañana

dejaba claro que quería que estuviera aquí a las cinco en punto, me viniese bien o no –le recordó ella con una impaciencia mal disimulada.

–Desde luego –Markos se levantó, rodeó el escritorio y se quedó apoyado en él mientras la miraba–. Y el hecho de que estés aquí demuestra que te hace tan poca gracia tener una mancha en tu reputación como a mí el sábado por la noche.

–No es una buena comparación, señor Lyonedes, pues las amenazas que me ha hecho esta mañana hacían referencia a mi reputación profesional, no a la personal.

–Creo que se suele decir «te ha salido

el tiro por la culata» –contestó él encogiéndose de hombros. Aquella mujer había jugado con él deliberadamente el sábado por la noche al ocultar su verdadera identidad, y se había divertido a su costa.

Markos había pensado mucho en eso durante el fin de semana y había decidido que, si Evangeline Grey quería jugar, él estaría encantado de entrar en el juego. Con eso en mente, había llamado a su oficina esa mañana para decirle que no toleraría más cancelaciones. Se presentaría en su despacho a las cinco en punto de la tarde, a no ser que quisiera que le contara a todo el mundo la poca fiabilidad de sus servicios

profesionales.

La respuesta de Eva había sido poner fin a la llamada de manera abrupta, lo que había hecho que Markos se carcajeara mientras dejaba su móvil encima del escritorio.

–Estás muy callada hoy –observó.

Oh, había muchas cosas que Eva deseaba decirle a aquel hombre. Pero había decidido actuar con cautela por el momento.

Tras abandonar la fiesta del senador el sábado por la noche, se había dado cuenta de que tal vez no hubiese sido muy sensato por su parte provocar a un hombre tan poderoso como Markos Lyonedes.

—¿Glen y tú disfrutasteis de la cena?

Eva apretó los labios al recordar el rato que Glen y ella habían pasado juntos en un restaurante italiano tras abandonar la fiesta del senador. Varias horas durante las cuales ella había intentado por todos los medios recuperar la aprobación que sentía por Glen como donante, pero, en vez de apreciar su aspecto saludable, lo comparaba todo el tiempo con los rasgos duros y cincelados del hombre que ahora tenía delante.

Un hombre al que ni por asomo podría poner en su lista de posibles donantes para el bebé.

Markos Lyonedes era guapo e

inteligente, y obviamente estaba sano, pero ahí era donde terminaban todas sus ventajas como posible padre para el bebé. Tal vez Markos se hubiera ganado su reputación de evitar las relaciones serias, pero Eva sabía que de ninguna manera un hombre tan poderoso como él accedería a engendrar un hijo de manera calculada donando su esperma para una fecundación in vitro.

De hecho, su experiencia con Glen le hacía plantearse si tal vez no debería optar por un donante anónimo. Mientras tanto, tendría que aceptar el hecho de que se sentía físicamente atraída por Markos de una manera que jamás había experimentado en los tres años que hacía desde su divorcio. ¡Tal vez nunca!

Se había convencido de que estaba destinada a ser la única mujer que no sería tan estúpida como para dejarse hechizar por el encanto de los Lyonedes.

Lo cual demostraba lo idiota y arrogante que había sido.

Porque ya sabía que solo con estar en la misma habitación que Markos Lyonedes era consciente de su atracción. En aquel momento notaba ese deseo, que hacía que le temblaran las manos, sentía los pechos hinchados y la humedad entre las piernas.

Y veía el mismo deseo reflejado en los ojos verdes de Markos. Era una sincronización física que parecía cargar el aire de electricidad.

–Estuvo bien –contestó abruptamente–. Ahora, si pudiéramos...

–¿Glen y tú lleváis juntos mucho tiempo?

Eva frunció el ceño.

–No creo que eso sea asunto suyo, pero no estamos juntos en absoluto.

Antes de despedirse el sábado por la noche, Eva había rechazado amablemente la sugerencia de Glen de volver a verse de nuevo esa semana, pues había perdido interés en él como posible donante.

Markos arqueó las cejas.

–¿Todavía?

–De verdad, señor Lyonedes...

–Markos.

—Markos —se corrigió—, de verdad, no he venido aquí a hablar de mi vida privada. Así que, si pudiéramos centrarnos en los negocios...

Markos se acomodó contra el borde del escritorio y se cruzó de brazos. Se quedó mirando a Eva con los párpados entornados. Tenía unos rasgos extremadamente delicados: esos ojos dorados, sus pómulos marcados, sus labios sensuales.

Era una delicadeza que Markos deseaba saborear. En teoría eso no era del todo imposible, si Eva y Glen no estaban juntos.

—Es una pena, porque lo único de lo que me interesa hablar esta tarde es de

tu vida personal.

—No lo comprendo.

—¿No?

Markos observó atentamente como se humedecía los labios con la lengua antes de volver a hablar.

—Por nuestra conversación telefónica de esta mañana entendí que querías que viniera aquí a las cinco en punto para hablar de posibles diseños para la decoración de tu apartamento.

—No recuerdo haber mencionado nada sobre los diseños para mi apartamento durante nuestra conversación de esta mañana —contestó Markos con una sonrisa.

—Bueno... no —admitió ella tras pensarlo unos segundos—. Pero esa era

la razón de nuestras dos últimas citas.

–Dos citas que tú no tenías intención de mantener.

–No.

–¿Por qué no?

Eva se sintió muy pequeña al darse cuenta de que se había comportado como una idiota. Pero había resultado muy tentador al recibir la llamada de la secretaria de Markos Lyonedes la semana anterior, pidiéndole que fuera a su despacho para hablar de la posibilidad de redecorar su apartamento. Tentador aceptar y después cancelar como manera de demostrarle que no todas las mujeres estaban dispuestas a hacer su voluntad solo

porque chasqueara con los dedos.

—El lunes por la tarde realmente tenía que estar en otra parte —contestó sin mantenerle la mirada.

—¿Y el viernes? —preguntó Markos—. ¿Realmente tuviste que ir de urgencia al dentista?

—Eh... sí.

—¿Y te importaría explicármelo?

—Tal vez al presentaros el sábado por la noche debería haber mencionado que Glen es dentista.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Oh, me parece que sí —contestó Markos asintiendo con la cabeza. Sentía un gran interés por esa mujer, tenía que admitirlo. No sabía por qué, pero todo

lo relacionado con Eva Grey le resultaba intrigante. Desde su conversación mordaz hasta su cuerpo curvilíneo—. Obviamente sentiste la necesidad urgente de que te rellenaran una cavidad.

Eva lo miró escandalizada y con rubor en las mejillas.

Entonces fue Markos quien se rio a su costa, al darse cuenta de que había logrado dejarla sin palabras.

—¡Dios, Eva, deberías verte la cara! —dijo entre risas—. O mejor no. En este momento pareces un pez fuera del agua.

Probablemente porque Eva se sentía justo como un pez fuera del agua. Abriendo y cerrando la boca y

respirando entrecortadamente.

–¡No puedo creer que hayas dicho eso!

–De hecho yo tampoco –contestó él–. Mi tía Karelia consideraría mis palabras muy poco caballerosas. Por desgracia para ti, no me importa arriesgarme a que me censure si con eso consigo dejarte sin palabras por una vez.

–¿De verdad?

–De verdad –confirmó Markos, consciente de que a Eva aún le costaba recuperar su compostura habitual.

–Tu tía Karelia tendría razón con tu comportamiento de ahora mismo.

–Normalmente lleva razón –admitió él.

–¿Quién es tu tía Karelia

exactamente? ¿Y por qué te importa tanto su opinión?

Markos sonrió con cariño.

—La madre de mi primo Drakon. También ha sido una madre para mí desde que tenía ocho años, cuando me fui a vivir con mi tío Theo y con ella después de que mis padres murieran en un accidente e avión.

Eva tomó aliento al notar el dolor en su voz. No sabía eso de él, y frunció el ceño al darse cuenta de que el hecho de que compartiera con ella esa información introducía un nuevo tipo de intimidad entre ellos. Una intimidad emocional en vez de física.

—Siento mucho tu pérdida —murmuró.

–Gracias.

–¿Te gustaba vivir con tu primo y con sus padres?

–Al final sí –respondió él–. El primer año estaba traumatizado y le di muchos problemas a mi tía Karelia. Pero al final me asenté, y no podría haber tenido una mejor familia sustituta.

–¿Drakon y tú estáis muy unidos?

–Como hermanos –confirmó él sin dudar.

–Lo vi un par de veces cuando vivía en Nueva York. No me pareció un hombre especialmente cálido –era alto, moreno y guapo como Markos, pero había cierta crueldad en Drakon Lyonedes que no se molestaba en

disimular.

¿Sería un rasgo que su primo también compartía?

Probablemente, pensó al recordar cómo había cambiado Markos el sábado por la noche al oír su comentario sobre cómo ponía fin a sus relaciones. De hecho, salvo por el calor del deseo que brillaba en sus ojos cuando la miraba, algo que no había estado presente en las ocasiones en las que Eva había visto a Drakon, los primos se parecían mucho: extremadamente atractivos y letalmente poderosos.

—Supongo que eso se debe a que no eres una rubia de ojos aguamarina llamada Gemini —dijo Markos con una sonrisa.

–¿Gemini es la esposa de tu primo?

–Fue verla y caer rendido –confirmó

Markos.

–No puedo imaginarme a tu primo cayendo rendido ante nada ni nadie – comentó Eva.

–Tampoco podía yo hasta que ocurrió.

Aquella conversación se había vuelto demasiado personal para el gusto de Eva.

–Por muy interesante que sea esta conversación, se está haciendo tarde, Markos –dijo.

Él arqueó las cejas.

–¿Tienes otra cita esta tarde?

–Bueno... no, pero...

–Pero ¿qué?

–Es lunes por la tarde y normalmente limpio mi apartamento los lunes por la tarde.

Él la miró con actitud burlona.

–Creí que para eso estaban los fines de semana.

Ella resopló con incredulidad.

–Admítelo, Markos. Nunca has tenido que limpiar tu apartamento, ni los fines de semana ni ningún otro día.

–No es cierto. Tenía que mantener limpias mis habitaciones cuando estaba en la universidad, en Oxford. Cierto que no distinguía la alfombra del dormitorio de la basura tras las primeras semanas, y me quedaba siempre sin ropa limpia,

pero me las apañaba.

–Ignorando la basura y comprándote ropa nueva, seguro –supuso Eva.

–Culpable –admitió Markos con una sonrisa despreocupada.

–Eso es tan... ¡Oh, vaya! –Eva se quedó con la boca abierta al darse cuenta de las vistas que se apreciaban desde el ventanal que Markos tenía detrás.

Continuó contemplando el paisaje neoyorquino mientras se acercaba al ventanal, asombrada por la combinación de edificios altos mezclados con el parque.

–Según creo recordar, considerabas que el edificio Lyonedes no era más que otro edificio alto que impedía ver más

allá –le recordó Markos al reunirse con ella en la ventana.

Eva frunció el ceño al recordar la brusquedad de su conversación la noche de la fiesta.

–Puede que fuera un poco... maleducada en la fiesta el sábado por la noche.

–¿Puede?

–Fui una maleducada.

–¿Por alguna razón en particular?

–¿Acaso tiene que haber una razón? –

Eva lo miró de reojo, consciente de lo cerca que estaba de ella. Tan cerca como para poder apreciar su olor, mezcla de jabón cítrico y aftershave de sándalo. Tan cerca como para que sus

brazos estuvieran a punto de tocarse. Tan cerca que Eva era plenamente consciente del calor que emitía su cuerpo.

Tan cerca que apenas podía respirar de lo mucho que deseaba recorrer esa escasa distancia y perderse en aquellos labios cincelados.

En su lugar, se apresuró a hablar.

—Me comporté mal... de manera poco profesional. Y lo siento.

Él arqueó las cejas.

—¿Significa eso que lo has pensado mejor y ahora estás dispuesta a darnos a mi reputación y a mí el beneficio de la duda?

—No sé si iría tan lejos —respondió ella.

–Mentirosa –murmuró Markos. Había visto como esos ojos dorados se oscurecían y como sus mejillas de porcelana se sonrojaban. Tenía además los labios ligeramente separados y húmedos. Como si estuviera esperando a que la besara.

Como si se hubiera dado cuenta de cuál era la intención de Markos, Eva dio un paso atrás y se apartó de él.

–De verdad que tengo que irme. Si has cambiado de opinión con lo de los diseños... –se detuvo cuando Markos dio un paso hacia ella, hasta que estuvieron de nuevo tan pegados que casi podían tocarse—. Markos, si estás intentando intimidarme, creo que

debería advertirte de que...

–¿Advertirme de qué? –preguntó Markos con voz rasgada mientras le acariciaba una mejilla con la mano, antes de deslizar la yema del pulgar por sus labios y sentir su aliento cálido contra los dedos.

Su excitación aumentó al sentir ese calor sensual en la piel. Su miembro estaba erecto, palpitante, preparado...

Eva tenía los ojos muy abiertos mientras lo miraba, como si fueran dos lagunas profundas y doradas.

–Debería advertirte de que...

–¿Sí? –Markos le mantuvo la mirada mientras comenzaba a inclinar la cabeza hacia la suya.

–Realmente debería advertirte...

—Adviérteme más tarde, ¿de acuerdo?
—murmuró él antes de reclamar finalmente sus labios.

Eva se olvidó por completo de lo que quería advertirle a Markos en cuanto él le rodeó la cintura con el otro brazo y la pegó a su cuerpo para ladearle la cabeza antes de poseer su boca por completo.

El beso de Markos era todo lo que Eva había imaginado que sería; no fue una exploración tierna, sino una explosión instantánea de los sentidos. Resultaba muy agradable estar pegada a su cuerpo caliente mientras se besaban con pasión, devorándose en aquella batalla de lenguas.

Eva se aferró a sus hombros; las

piernas amenazaron con fallarle cuando Markos estrechó sus pechos contra su torso. Sintió el calor entre las piernas al notar su erección palpitante presionándola.

El cielo podría haberse derrumbado en ese instante y Eva no se habría dado cuenta, pues estaba demasiado sumergida en el calor que los consumía mientras Markos deslizaba las manos hacia su trasero. Restregó su erección contra ella mientras sus bocas bebían con codicia la una de la otra.

Eva estaba ardiendo, su hielo interior iba derritiéndose, y enredó los dedos en el pelo de la nuca de Markos mientras le devolvía todo ese calor, esa necesidad, ese deseo...

¡Deseaba a Markos Lyonedes!

Capítulo 4

—¡Oh, lo siento mucho! ¡No tenía ni idea de que...!

Eva apartó la boca de la de Markos y le dio un empujón en un intento por soltarse cuando oyó el grito asustado al otro extremo de la habitación. Se le sonrojaron las mejillas al darse la vuelta y ver que la mujer de mediana edad que la había guiado hasta el despacho minutos antes, obviamente la secretaria de Markos, estaba de pie en la puerta con los ojos desencajados por la

sorpresa al haberlos interrumpido en un momento de intimidad.

Los esfuerzos de Eva por liberarse resultaron ineficaces, pues Markos la agarró con más fuerza.

–¡Suéltame! –exclamó en voz baja.

La respuesta de Markos fue mirarla sorprendido antes de volverse hacia su secretaria, que seguía de pie en la puerta.

–¿Ya has terminado tu jornada por hoy? –le preguntó.

La mujer parecía avergonzada.

–Estaba a punto, sí. Eh... sí.

Curiosamente, Markos parecía completamente relajado en aquella situación.

–Gracias, Lena. Te veré mañana por

la mañana.

—Señor Lyonedes. Señorita Grey —la mujer a la que Markos llamaba Lena no los miró a los ojos antes de darse la vuelta apresuradamente y abandonar la habitación.

—¡Te he pedido que me soltaras! —ordenó Eva dándole otro empujón contra el pecho. Aquel momento de locura había pasado.

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Porque te he pedido que lo hagas —contestó ella mirándolo con rabia.

—¿Y siempre consigues lo que pides?

¡A veces Eva conseguía mucho más

de lo que había pedido! Por ejemplo, no había pedido sentirse atraída por aquel hombre. Igual que no había pedido disfrutar de sus labios experimentados mientras devoraban los suyos. Tampoco había pedido sentir que el corazón iba a salirse del pecho al reconocer su propio deseo de sentir y saborear la erección que palpitaba contra sus muslos. Todas aquellas eran emociones que se había creído incapaz de sentir. ¡Emociones que no deseaba sentir!

Entornó entonces los párpados.

—No digas que no te lo advertí... — murmuró antes de llevarse el brazo a la espalda, agarrarle una de las manos y llevársela hacia delante para doblarle la muñeca hacia arriba en un ángulo

doloroso mientras se zafaba de él.

–¡Ay! –exclamó Markos mientras se sujetaba la muñeca dolorida–. ¿Dónde aprendiste a hacer eso? –la miró asombrado tras asegurarse de que no tuviera nada roto.

–En clases de defensa personal –se recolocó la chaqueta antes de asegurarse de que seguía llevando el pelo recogido, con la esperanza de que Markos no viera que le temblaban las manos–. Un mal necesario desde que me mudé a Nueva York –añadió encogiéndose de hombros.

–Mmm –Markos frunció el ceño al apoyarse de nuevo contra el escritorio–. No me has contado la razón por la que te mudaste a Nueva York.

Ella arqueó las cejas.

–Probablemente porque esa es otra de las cosas que considero personales.

Markos se quedó mirándola durante varios segundos con los párpados entornados.

–Obviamente tiene que ver con un hombre –murmuró finalmente.

Ella se rio con tono burlón.

–Qué conclusión arrogante tan típicamente masculina.

–Probablemente se deba a que soy un hombre típicamente arrogante.

–Y bastante orgulloso de ello.

Markos no diría que estaba orgulloso de ello. Simplemente era así. Su padre y su tío habían fundado Empresas

Lyonedes antes de que él naciera, y Drakon y él habían aumentado el éxito de la compañía por todo el mundo desde que su tío Theo muriera diez años atrás. No tendría mucho sentido negar que ese éxito, y el poder que le otorgaba, había tenido como resultado cierta arrogancia tanto en su primo como en él.

—Es lo que es. Y tú, Evangeline Grey, estás intentando cambiar de tema de manera deliberada para no responder a mi pregunta —le dijo.

Sí, así era. Porque Eva era muy consciente de que no deseaba responder a la pregunta de Markos. El divorcio, la admisión definitiva del fracaso de un matrimonio, era algo a lo que ni siquiera sus padres habían sucumbido; a pesar de

que deberían haberlo hecho años atrás en vez de destruirse mutuamente con la amargura de sus decepciones. Eva no estaba orgullosa de su matrimonio fallido y tampoco deseaba hablar de ello.

Levantó la barbilla con determinación antes de contestar a Markos con sus propias palabras.

—Es lo que es.

Lo cual era como no decir nada.

—Puedo hacer las averiguaciones necesarias para obtener la respuesta a esa pregunta —dijo él.

Eva apretó los labios.

—Estás en tu derecho.

—Pero no lo haré —concluyó Markos

secamente—. Preferiría esperar a que tú me lo contaras por voluntad propia antes que tener que hacer caso a cotilleos sin fundamento —añadió en respuesta a su mirada interrogativa.

Eva se sonrojó.

—Si esto es por lo que te dije el sábado...

—No es por eso —le aseguró él—. Simplemente preferiría esperar a que confiaras en mí.

Ella resopló con desprecio.

—Pues ya puedes esperar sentado.

La paciencia nunca había formado parte de su carácter, pero tenía la impresión de que, en lo referente a esa mujer, merecería la pena esperar.

—No tengo intención de abandonar

Nueva York en un futuro próximo, Eva – le advirtió.

Eva estaba enterada de eso; razón por la cual, tras haber empezado con tal mal pie con aquel hombre, estaba pensando seriamente en trasladar su oficina a Mongolia, o posiblemente a la Antártida. ¡Cualquier lugar menos Nueva York!

Porque aquel segundo encuentro con Markos Lyonedes le había demostrado que no era en absoluto como había imaginado que sería tras escuchar a Donna divagar sobre la crueldad con la que había puesto fin a su relación. Era arrogante, sí, pero no se vanagloriaba exageradamente como había esperado;

era más bien una seguridad en sí mismo. Markos había demostrado ser capaz de enfrentarse a cualquier desafío que ella pudiera lanzarle. También tenía un perverso sentido del humor, que no le importaba aplicarse a sí mismo igual que a los demás. Había algo muy atractivo en un hombre que sabía reírse de sí mismo.

Y Eva desafiaría a cualquier mujer a permanecer inmune a esa combinación embriagadora de seguridad en sí mismo y enorme atractivo físico.

El beso breve, aunque intenso, que habían compartido le había demostrado a Eva que no era inmune a nada en lo referente a Markos Lyonedes.

Un hombre cuya riqueza y cuyo

encanto eran todo y más de lo que Jack, su exmarido, había sido nunca...

Y aquello era razón más que suficiente para evitar su compañía. ¡Desde ese mismo instante!

—Entonces espero que disfrutes de la ciudad —le dijo—. Ahora, si me disculpas...

—¿No se te ha olvidado algo?

Eva se detuvo antes de darse la vuelta con reticencia para responder a la pregunta.

—¿Ah, sí?

—Aún no has subido a ver el apartamento —contestó él con una inclinación burlona de su cabeza.

Eva se tensó al momento.

–¿Subir?

Markos se carcajeó mientras miraba hacia el techo.

–Arriba.

¿El apartamento de Markos se encontraba en el piso de arriba?
¿Durante todo ese tiempo había habido un dormitorio por encima de sus cabezas? ¡Dios santo!

Eva tomó aliento antes de hablar.

–Creo que tienes razón. No sería buena idea que trabajara para ti.

–Cobarde.

–¿Perdona?

Markos volvió a encogerse de hombros.

–Te he llamado cobarde.

—¿Porque no quiero trabajar para ti? — preguntó ella con incredulidad.

Markos negó lentamente con la cabeza.

—Porque ambos sabemos cuál es la razón por la que no quieres trabajar para mí.

—¿Cuál es?

—Tienes miedo.

—¿Crees que te tengo miedo?

—Creo que te da miedo lo que sientes cuando estás conmigo —aclaró Markos—. Estás más cómoda en compañía de un hombre como Glen Asher porque sabes que puedes manipularlo y controlarlo como jamás podrías hacer conmigo.

Eva se quedó pálida. Sabía que todo

lo que Markos decía era verdad. Oh, no lo de Glen. Pero sí que tenía miedo... de él y de lo que le hacía sentir cuando estaba con él.

No quería sentirse así con ningún hombre. Después del divorcio se había quedado entumecida, y se alegraba de ello, pues sabía que nunca volvería a tener que pasar por el dolor de una relación rota.

Darse cuenta de que Markos Lyonedes había penetrado en sus emociones, aunque fuera de forma física, no era una revelación agradable.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes un ego tan grande como Manhattan? —le preguntó.

—Que yo recuerde no —contestó él con

una sonrisa decidida—. ¿Acaso no era cierto algo de lo que te acabo de decir?

—No te tengo miedo —respondió ella.

—Entonces ¿por qué no lo demuestras accediendo a rediseñar el interior de mi apartamento?

Eva negó incrédulamente con la cabeza.

—Tengo veintinueve años, Markos, no nueve, y por tanto no pienso entrar en el juego de los desafíos contigo. Sobre todo porque no creo que sea buena idea que acepte un encargo tuyo.

—Kirsty se sentirá muy decepcionada —murmuró él.

—¿Kirsty? —repitió ella con recelo.

—Kirsty Foster. Su marido, Gerry, es

mi ayudante personal, y ella fue la que te recomendó para el trabajo.

Normalmente Eva habría estado encantada de que alguien apreciara tanto su trabajo como para recomendárselo a uno de sus amigos. Y Kirsty Foster le caía bien. Ambas seguían siendo amigas incluso después de que terminara el diseño de su dormitorio, y solían quedar para tomar café y charlar. Aunque últimamente no se veían mucho, recordó con sentimiento de culpa, pues el embarazo de su amiga era un recordatorio doloroso del bebé que ella no había tenido.

Pero Kirsty era la que la había recomendado para el trabajo con Markos Lyonedes. El mismo Markos

Lyonedes para el que trabajaba el marido de Kirsty, Gerry.

Eva entornó los párpados.

—¿Estás amenazándome, Markos?

Él la miró con actitud inocente.

—Simplemente estaba comentando que el marido de Kirsty trabaja para mí.

—¡A mí eso me suena sospechosamente a amenaza!

Markos sonrió con los labios apretados.

—Estás en tu derecho, claro.

Eva no sabía si admirarlo por su audacia o atacarlo por su arrogancia. En cualquier caso, no podía trabajar para un hombre que ni siquiera le gustaba.

Mentirse no iba a hacer que la

situación mejorase, recordó entonces. El problema no era que no le gustase Markos Lyonedes, sino que un único beso le había demostrado que le gustaba demasiado. Antes estaba convencida de que jamás volvería a sentir nada. Estaba decidida a no sentir deseo físico por ningún hombre cuando sabía que todo acabaría en más dolor y decepción.

—¿En qué estás pensando? —Markos había estado observando la expresión de Eva durante los últimos minutos de silencio entre ellos.

Había visto su inquietud. Su confusión. Después la duda. Y finalmente lo que parecía ser angustia. Eran todas emociones que jamás habría asociado con la decidida Eva.

Se obligó a salir de su abatimiento con evidente esfuerzo.

—Estaba... Obviamente, si Kirsty me ha recomendado, tal vez podamos concertar otra cita para más adelante esta misma semana —le dirigió una sonrisa forzada al ver su expresión escéptica—. Prometo no cancelarla esta vez.

Markos se quedó mirándola con los párpados entornados.

—No has llegado a decirme cuál era la emergencia del lunes pasado.

Su sonrisa se convirtió en una mirada de exasperación.

—Una clienta se puso histérica al descubrir que la tela de las cortinas que

yo había encargado, y cuya muestra le enseñé antes de que las hicieran, resultó no ser del mismo tono que los ojos de su marido.

Markos se quedó con la boca abierta.

—¿La gente hace cosas así?

Ella se rio suavemente.

—Te sorprendería. Hace un par de años tuve un cliente que puso la moqueta del mismo color que su perro labrador.

—¡Debía de ser difícil encontrarlo a la hora de sacarlo! —murmuró Markos, y escuchó con satisfacción la risa de Eva, que hacía que le brillasen los ojos—. Cena conmigo mañana por la noche —agregó de pronto.

—¿Para hablar de los cambios que quieres en el apartamento?

–Para hablar de lo que quieras.

–Antes estaba intentando decirte que... –Eva frunció el ceño—. Me aseguro de no mezclar nunca la vida profesional con la personal.

–Entonces ¿hablaremos de la una o de la otra?

Eva añadió la determinación y la testarudez a la lista de cosas que estaba descubriendo sobre Markos Lyonedes.

–Creo que ya te he aceptado como cliente al acceder a echar un vistazo a tu apartamento.

–¿Y si yo prefiriese que cenases conmigo mañana por la noche en su lugar?

Eva se quedó sin respiración y lo

miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo preferirías?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué no volvemos a quedar en mi apartamento mañana a las siete y media? De ese modo podemos cenar juntos inmediatamente después y hablar de las sugerencias que tengas.

Eva descubrió que también era un gran manipulador.

—Empiezo a entender por qué le causabas problemas a tu tía Karelia.

Markos le dirigió una sonrisa.

—¿Significa eso que aceptas mi invitación?

¿La aceptaba? Había muchas razones para no cenar con él al día siguiente, entre otras la manera en que había

tratado a su prima. Pero esa no era la razón principal para preferir no cenar con Markos; ni al día siguiente ni ningún otro.

—Me parece que no, pero gracias por preguntar.

Markos la miró con frustración, sabiendo que no era solo su deseo de acostarse con ella lo que lo hacía ser tan decidido. También disfrutaba de su compañía. Le gustaba la manera que tenía de desafiarlo. Y no podía evitar sentir curiosidad sobre lo que había estado pensando antes al adquirir esa expresión anhelante.

—¿Y si sigo preguntándotelo?

Ella se encogió de hombros.

–Entonces tendré que seguir negándome.

–¿Y si logro agotarte?

–No lo harás.

–Pareces muy segura –le dijo Markos.

–Lo estoy.

Markos se preguntó con el ceño fruncido si alguna mujer lo había rechazado con tanto énfasis anteriormente. No que él pudiera recordar. Y, de nuevo, no era la arrogancia la que hablaba; era solo un hecho. Tampoco creía que fuese la reticencia de Eva a volver a verlo la que lo hacía sentirse atraído por ella.

Todo en Eva lo intrigaba. Incluso su aburrimiento evidente en la fiesta del

sábado con los demás invitados, como si hubiese asistido a demasiadas fiestas iguales a esa y hubiera conocido a demasiados hombres arrogantes como para dejarse impresionar por otro.

Ese comportamiento había quedado totalmente anulado por su acalorada respuesta de hacía unos minutos, antes de bloquear esa respuesta con fuerza y determinación en torno a sus emociones.

Y lo que le había parecido una expresión de tristeza, incluso de angustia, no hacía sino aumentar el misterio y las contradicciones que rodeaban a Evangeline Grey.

Markos notaba que Eva tenía secretos escondidos tras esos bonitos ojos dorados. Muchos secretos. Secretos que

ansiaba que compartiera con él.

—De acuerdo —se estiró para moverse y echar un vistazo a su agenda—. Mañana y el miércoles estoy ocupado, pero el jueves a las seis de la tarde estoy libre —levantó la mirada y se preguntó si sería ingenuidad por su parte o si realmente Eva estaba decepcionada al ver que él parecía estar echándose atrás.

Y solo parecía estar echándose atrás. Markos no tenía intención de rendirse en lo referente a Eva.

—El jueves a las seis me parece bien —aceptó Eva abruptamente, segura de que, si diseñaba un patrón cromático basado en el blanco y en el rosa, algo muy femenino, Markos no desearía volver a

contratarla. Por supuesto no ayudaría a su reputación profesional, pero merecería la pena con tal de ver la cara de Markos cuando le presentara sus bocetos.

—Estoy aprendiendo a mostrar recelo ante esa mirada tuya... —le dijo él con suspicacia.

Eva se rio suavemente.

—No era más que una broma privada.

—Por el bien del diseño, deberías saber que no aceptaré nada parecido a un harén y tampoco una explosión de volantes rosas —contestó él secamente.

¿Cómo había averiguado en qué estaba pensando?

—¡Ahora estás echando a perder toda mi diversión!

–Cuando lo que me gustaría sería poder ser la causa de tu diversión...

Eva suspiró exasperada.

–¿Alguna vez te rindes?

–En lo referente a ti no.

En esa ocasión fue Eva la que pareció recelosa al oír la finalidad de su voz. Una advertencia, quizá, de que el sentido del humor de Markos no era más que una fachada, una ilusión. ¡Como si necesitase esa advertencia!

–¿Por qué sigues empeñado en ir detrás de mí cuando hay docenas de mujeres en Nueva York que estarían encantadas de recibir las atenciones de Markos Lyonedes?

–Porque no funciona de ese modo –

respondió él con una sonrisa triste.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Markos se encogió de hombros.

—No puedo hablar por los demás hombres, claro, pero, en lo que a mí respecta, el deseo es exclusivo a una mujer cada vez.

Eva se humedeció los labios, que de pronto se le habían quedado secos.

—No es eso lo que he oído...

—¿A quién diablos has estado escuchando, Eva? —preguntó él con impaciencia.

—Lo sabe todo el mundo —respondió ella sin mirarlo a los ojos.

—Son cotilleos maliciosos acompañados de artículos poco fiables y

fotografías en los periódicos. No debes creer todo lo que veas.

Eso podría ser cierto, pero la experiencia de Donna con aquel hombre era incuestionable, ¿verdad?

Aunque, sin duda, la versión que Jack tendría del colapso de su matrimonio diferiría enormemente de la suya propia. Siempre había dos versiones en una relación rota...

¡No!

Eva no podía permitirse tener dudas sobre la reputación de Markos Lyonedes con las mujeres. El deseo físico que sentía por él ya la hacía sentirse más vulnerable de lo que le habría gustado. Tenía un plan para el resto de su vida, y

era un plan sensato; un plan que no incluía una aventura durante unas cuantas semanas con Markos Lyonedes.

—Lo que tú digas —contestó sin aparente interés—. De verdad que tengo que irme.

—Pero ¿volverás el jueves a las seis?

Eva suspiró ante su insistencia.

—He dicho que vendré, sí.

Markos asintió con satisfacción. Quizá Eva no lo supiera aún, o no quisiera saberlo, pero el beso que habían compartido indicaba que ella también lo deseaba.

Y Markos tenía toda la intención de perseguirla hasta tenerla exactamente donde quería. En su cama.

Capítulo 5

–Estoy totalmente de acuerdo –dijo Markos al ver la cara de horror de Eva el jueves por la tarde cuando entraron en la sala de estar de su apartamento en el último piso del edificio Lyonedes. Había recibido una llamada de su equipo de seguridad minutos antes informándolo de su llegada. Casi todos sus empleados se habían ido ya a casa, incluyendo su secretaria.

–Creo que «soso» debía de ser el apellido del diseñador anterior.

—A mí me parece que era «sencillamente feo».

Eva no sabía en qué estaría pensando el anterior diseñador para escoger el color crema y el beige para aquella habitación. Los muebles, aunque caros, eran angulosos y minimalistas, y lo único que se salvaba en la estancia era la impresionante vista panorámica de Nueva York gracias a los enormes ventanales que cubrían dos de las paredes.

El patrón cromático no solo era insípido hasta el extremo, sino que no le pegaba al hombre que vivía allí. La tez morena de Markos, su pelo oscuro y sus ojos verdes penetrantes requerían que

estuviese rodeado de los colores cálidos del mediterráneo: terracota, con toques verdes y azules, tal vez un sutil amarillo pálido...

Eva detuvo sus pensamientos en seco al darse cuenta de que su instinto de diseñadora se alejaba de su sentido común. Habían pasado dos días desde la última vez que viera a Markos, dos días y dos noches sin dormir, y durante ese tiempo había llegado a la conclusión de que no deseaba pasar más tiempo del necesario en compañía de aquel hombre. De lo contrario se expondría a todo tipo de decepciones. Por tanto, saber qué aspecto debía tener aquella habitación era una cosa. Ser la que efectuara esos cambios era otra cosa bien distinta.

Por supuesto, no la ayudaba a mantener una actitud profesional ver que Markos iba vestido de manera informal aquella tarde, igual que ella. Llevaba el pelo aún húmedo por la ducha, y obviamente se había quitado el traje que había llevado aquel día a trabajar. Llevaba una camisa negra con el cuello abierto, remangada hasta justo debajo de los codos, con unos vaqueros gastados que se ajustaban a su trasero firme y a sus piernas largas.

—¿El resto de habitaciones es así de horrible? —preguntó ella.

—Peor.

A Eva le costaba trabajo creerlo.

—¿Cuántas habitaciones hay?

–Cuatro dormitorios con baño, una cocina, una sala de desayuno, un comedor, un gimnasio...

–De acuerdo... muchas –dijo mientras buscaba en su bolso el cuaderno de bocetos y el lápiz, sin dejar de mirar a su alrededor–. Parece más una suite de hotel impersonal que un apartamento privado.

–Probablemente porque ese era el diseño inicial –contestó Markos encogiéndose de hombros–. Drakon tenía su propio apartamento en Manhattan. Este apartamento se usaba solo para entretener a ciertos socios empresariales en un entorno menos formal que las oficinas de abajo.

–¿Deseo saber de qué manera se los entretenía? –preguntó Eva.

–Con bebidas y alguna cena –le aseguró él.

–Te creeré... aunque muchos no lo harían.

–Tu opinión sobre la familia Lyonedes no es muy buena, ¿verdad?

Eva sintió que se le sonrojaban las mejillas.

–No os conozco a ninguno lo suficientemente bien como para tener una opinión fiable.

–Todavía.

–Nunca.

–Iré a preparar café mientras echas un vistazo.

–De acuerdo –Eva se sintió aliviada por poder centrar su atención en sus alrededores mientras comenzaba a dibujar en su cuaderno.

Markos se quedó allí durante unos segundos, admirando como los vaqueros de Eva se aferraban a sus caderas y a sus muslos. Sus pechos eran claramente visibles bajo aquella camiseta verde ajustada. Llevaba el pelo cepillado y recogido con una coleta que la hacía parecer más joven.

Sonrió al darse cuenta de que estaba tan absorbida por su trabajo que parecía haberse olvidado de que él estaba allí.

–¿Leche y azúcar?

–De acuerdo –tenía la lengua entre los

dientes mientras fruncía el ceño, concentrada.

Markos sintió que su miembro cobraba vida al pensar en qué otras maneras podría utilizar la humedad de aquella lengua.

—O podría tumbarme desnudo en la cama y esperar a que te reunieras conmigo —le dijo.

—De acuerdo —contestó ella mientras dibujaba en su cuaderno.

—O quizá columpiarme desnudo en la lámpara.

—¿Qué has dicho? —preguntó Eva con las mejillas sonrojadas.

—No importa —respondió él. Y aún iba riéndose para sus adentros mientras recorría el pasillo hacia la cocina.

Eva sintió el calor en sus mejillas cuando el resto de la conversación de Markos interrumpió la concentración que siempre la envolvía cuando empezaba un nuevo proyecto.

Salvo que no iba a empezar un nuevo proyecto.

No era esa su intención al presentarse puntual aquella tarde a su cita. Pero, nada más ver el aspecto soso de lo que podría haber sido un magnífico ático, habían comenzado a invadirle la cabeza miles de imágenes sobre cómo debería quedar.

Aun así, eso no significaba que tuviera que ser ella la que hiciese esos cambios.

–Mmm... tenías razón la otra noche. Tu cafetera sí que prepara un café delicioso –dijo media hora más tarde, tras dar el primer sorbo a su café.

Estaban los dos sentados en taburetes junto a la barra del desayuno, uno enfrente del otro.

–Ahora ya sabes dónde tienes que acudir la próxima vez que desees una taza de café decente en mitad de la noche –sus ojos verdes y seductores la miraron con actitud desafiante.

–Me parece un poco excesivo, teniendo en cuenta que hay una cafetería enfrente de mi apartamento.

–Dudo que tenga los mismos beneficios adicionales –respondió él.

–Oh, no sé... el tipo que atiende en el mostrador los fines de semana está bastante bueno.

En esa ocasión fue Eva la que se rio al oír el gruñido de Markos, pero su risa se esfumó cuando se dio cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que se sentía tan relajada en compañía de un hombre como para permitirse flirtear con él. Y Markos era el último hombre sobre la Tierra con el que debería sentirse relajada.

Así que se estiró sobre su taburete.

–Tiene unos diecinueve años y probablemente no le gusten las mujeres mayores que necesitan perder algunos kilos –agregó.

–¿Hablas en serio? –Markos la miró con incredulidad.

–¿Perdón?

–Eva, probablemente ese chico de diecinueve años esté como loco cada vez que te sirve café.

Ella frunció el ceño.

–¡No seas ridículo!

–Eva, ¿qué ves exactamente cuando te miras al espejo?

–No te comprendo...

Su desconcierto parecía tan inocente que a Markos no le cupo duda de que era auténtico.

–Tal vez, si yo te dijera lo que veo cuando te miro...

Eva lo miró con recelo.

—Esta conversación no va a volverse ofensiva, ¿verdad?

—¡En absoluto! —le aseguró él—. ¿Es posible que no te des cuenta de lo increíblemente atractiva que eres?

Ella cambió de postura incómodamente en su taburete.

—¿Podríamos volver a hablar del color de las paredes de la sala de estar?

—Vamos a ver —Markos eligió ignorar su cambio de tema mientras la miraba atentamente—. Tu pelo es del color del cielo a medianoche; negro con un brillo azulado. Tus ojos... oh Dios. Podría hablar de tus ojos toda la noche. Son del color del oro más puro. Ardientes...

—Markos...

–Un oro líquido en el que podría sumergirme –continuó él sin reticencia–. Y tu piel es de un alabastro pálido y perfecto. ¡Y tu boca! ¿Querías que te dijera las cosas que, en los dos últimos días, he imaginado que me hacían esos labios sensuales y carnosos?

Eva sentía que la sangre le palpitaba ardiente en las venas, y notaba el mismo calor entre los muslos, humedeciéndole las bragas.

Era una excitación que no se había creído capaz de sentir hasta que conociera a Markos Lyonedes. Una excitación que no deseaba sentir. Ni por Markos ni por ningún otro hombre.

Jack había sido demasiado elocuente

en sus críticas hacia ella el día que se habían separado por última vez. Le había dicho que era culpa suya que él se hubiera ido con otras mujeres, que ella se había abandonado al saber que no podrían tener hijos, que siempre le había faltado la habilidad social necesaria para ser su esposa, que su pelo necesitaba el toque de un profesional y que su figura curvilínea no solo resultaba pasada de moda sino que además no era atractiva sexualmente.

Por aquella época Eva aún conservaba la suficiente autoestima como para saber que algunos de sus comentarios nacían del despecho, diseñados para herirla porque finalmente se había cansado de él y de

sus engaños, pero eso no significaba que sus críticas no le hubieran hecho daño y que no se hubieran convertido en una vulnerabilidad enterrada en su interior.

Y quizá por eso había decidido que no necesitaba a otro hombre de manera permanente en su vida.

Nada de «quizá»; su matrimonio infeliz y las cosas hirientes que Jack le había dicho aquel último día eran sin duda las razones por las que Eva había tomado la drástica decisión de no volver a casarse y de tener un bebé mediante la fecundación in vitro.

Aun así no lograba encontrar las palabras necesarias para detener a Markos mientras este seguía hablando.

—Te he imaginado lamiendo y besándome el torso, con tus labios y tu lengua húmedos y ardientes mientras se deslizan por mi vientre hacia mi...

—¡Markos, por favor! —exclamó Eva a modo de protesta, aunque sentía sus propios pezones erectos bajo la camiseta. ¿Solo por haber escuchado a Markos describir aquella escena sexual? ¡Santo Dios!

Markos tenía los ojos oscurecidos, cargados con el mismo deseo que ella estaba experimentando por todo el cuerpo.

—Pero si aún no he terminado de decirte lo guapa que eres —le dijo—. Primero deja que te diga que no

necesitas perder ni un kilo de peso. Estás perfecta así –añadió con firmeza y determinación.

Ella negó con la cabeza.

–Pero...

–Eva, hay muy pocos hombres que prefieran realmente a las mujeres sin pechos ni caderas –continuó él–. Es un mito que ha sido perpetrado por los diseñadores y por las propias mujeres, creo. La voluptuosidad de tus pechos tiene el tamaño perfecto para encajar en las palmas de mis manos.

–Eso es porque tienes las manos grandes.

–Y todo en mí está proporcionado –le aseguró Markos mientras estiraba el brazo por encima de la mesa para

agarrarle las manos—. Eva, ¿quién te ha dicho que no eres sexy y hermosa? ¿Qué hombre estúpido y desagradecido podría haberte dicho tales mentiras?

Eva no podía respirar. Las palabras tan descriptivas de Markos la habían excitado hasta el punto de dejar caer las murallas defensivas que había levantado durante los últimos cinco años; los dos últimos años de matrimonio con Jack y los tres años siguientes evitando cualquier relación que pudiera afectarle emocionalmente.

Pero Markos era un hombre que, desde el principio, se había negado a aceptar un «no» por respuesta. Un hombre que estaba exigiendo respuestas

a preguntas que le resultaban demasiado dolorosas.

Apartó las manos antes de ponerse en pie de golpe.

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor fue una mujer? —preguntó con tono desafiante—. ¿Que tal vez la razón por la que no me interesa tener una relación sea que no me gustan los hombres?

—No —respondió él.

Eva parpadeó confusa.

—¿Solo... «no»?

—Solo no, solo Eva.

—¿Es tu arrogancia masculina la que habla?

—O la certeza de que, hace unos segundos, estabas tan excitada como yo.

Eva le apartó la mirada y fue deslizándola por su torso y por su vientre, hacia...

Se quedó sin respiración al ver la enorme erección de Markos bajo sus vaqueros ajustados.

No había exagerado al decir que todo en él estaba proporcionado.

—Eres tan guapa que haces que me duela el pecho, y tan deseable que obviamente haces que me duela otra parte del cuerpo.

—Por favor, Markos... ¿tus años viviendo en Inglaterra no te han enseñado nada sobre nuestras reservas? —lo interrumpió para evitar que hiciera otro comentario vergonzoso, y sin duda

excitante.

—Oh, sí —respondió Markos dirigiéndose hacia ella—. Pero por suerte soy griego, y los griegos somos mucho menos reservados a la hora de apreciar a las mujeres.

Estaba tan cerca que Eva podía sentir el calor de su cuerpo, su olor a jabón de limón y aftershave de sándalo. Ese calor y ese olor tan característico en él empezaron a rodearla y a invadir sus sentidos hasta que ya no pudo pensar con claridad.

Si hubiera pensado con claridad, no habría permitido que aquella situación se le fuese tanto de las manos. Tanto que casi podía estirar los brazos y tocarlo...

Markos tomó aliento al sentir las

manos de Eva contra su pecho. Sus palmas parecían arder a través de la camisa hasta quemarle la piel. Su primer instinto fue estrecharla entre sus brazos antes de besarla.

Su primer instinto.

Su segundo instinto le advirtió que no debía moverse, así que permitió que Eva deslizase tentativamente las manos por su torso y por sus hombros, sabiendo que el mínimo movimiento por su parte haría que volviese a levantar aquellas barreras. Barreras que algún bastardo le había hecho erigir, y que habían hecho que Eva ocultara su vulnerabilidad tras una máscara de cinismo mordaz.

Enseguida se volvió una tortura para

su autocontrol tener que soportar sus caricias sin hacer nada. Apretó los dientes y los puños e intentó resistir el impulso de estrecharla entre sus brazos. Fue un impulso que se volvió aún más doloroso cuando deslizó los dedos por la parte delantera de sus vaqueros, presionando suavemente contra su erección.

Las caricias de Eva se volvieron más descaradas al notar la respuesta palpitante bajo las yemas de sus dedos, y experimentó la necesidad profunda y arrebatadora de liberar aquella erección de los confines del vaquero...

De pronto apartó la mano antes de dar un paso atrás abruptamente.

—¡Creo que esto ya ha ido demasiado

lejos! –exclamó con voz rasgada y casi sin aliento.

Markos emitió un gemido gutural. Necesitaba y deseaba más, pero en vez de eso se dejó llevar por el instinto que advertía que no debía presionar demasiado a Eva.

–¿Vendrás a una fiesta conmigo el sábado por la noche?

Sobresaltada, Eva levantó los párpados.

–¿Qué...?

Markos sonrió al ver que aquello era lo último que Eva había esperado que dijera. Pero sabía que, si le hacía la invitación que realmente quería hacerle, que se quedara y que preparasen la cena

los dos juntos, se negaría en redondo. Igual que se negaría a lo que él deseaba hacer después de la cena.

—Me han invitado a una fiesta el sábado por la noche y me gustaría mucho que fueras mi acompañante.

—¿Estás pidiéndome una cita?

Markos escogió sus palabras con cuidado, pues en los últimos minutos se había dado cuenta de que tenía que ir despacio con aquella mujer en particular. Si no, la ahuyentaría.

—Te estoy pidiendo que me acompañes a una fiesta el sábado para no tener que pasar la velada solo en una habitación llena de desconocidos.

Eva negó con la cabeza.

—Debes de conocer a tu anfitrión, si te

ha invitado a su fiesta.

–Es un socio. Nada más –contestó Markos encogiéndose de hombros.

–Seguro que habrá docenas de mujeres hermosas allí, así que no creo que estés solo mucho tiempo.

–Y yo preferiría llevar mi propia mujer hermosa.

Ella se sonrojó.

–Yo no soy tu...

–Eva, por favor. Por razones de negocios he de asistir a esa fiesta, y por razones personales me gustaría que me acompañaras.

Si lo decía de ese modo...

Su instinto de supervivencia le decía que rechazase la invitación de Markos.

Que se ciñese a su plan inicial de recomendarle otro diseñador de interiores y negarse a volver a verlo.

Debía decir que no. Tenía que decir que no.

—En ese caso estaré encantada de acompañarte. Gracias por pedírmelo —se oyó decir Eva.

Markos se carcajeó suavemente al ver la expresión confusa de su rostro nada más aceptar su invitación.

—A veces el instinto es más fuerte que la lógica, ¿verdad? —le dijo él.

—Y a veces el instinto es un absoluto im... —Eva se detuvo y frunció el ceño—. Me reuniré contigo aquí, si te parece bien.

—¿Porque no quieres que vaya a tu

apartamento?

—En absoluto —respondió—. De todas formas, para entonces ya tendré algunos bocetos que enseñarte para tu apartamento.

Sin duda lo dijo para que su relación regresase al terreno profesional. Un terreno profesional que previamente Eva había decidido que no transitarían. Había ido a su apartamento aquella tarde como respuesta a sus amenazas dos días atrás, no porque tuviera intención real de trabajar para él.

—Tráelos, por favor. Tenía pensado llegar a la fiesta a eso de las nueve. Así que, si vinieras a las ocho, tendríamos tiempo de echarles un vistazo antes de

marcharnos.

—De acuerdo —convino Eva, y se dio cuenta de que acababa de comprometerse a rediseñar el apartamento.

Parecía tan molesta consigo misma por haber hecho eso que Markos no sabía si reírse o besarla.

—Eva, tengo que volver a besarte —le dijo mientras le rodeaba la cintura con los brazos—. Solo una vez, ¿de acuerdo? —prometió mientras agachaba la cabeza hacia la suya. Ella pareció demasiado sorprendida para protestar.

Markos estaba decidido a no asustarla, así que contuvo la necesidad de devorarla y la besó lentamente, saboreando sus labios en vez de

rendirse al deseo de levantarla en brazos y llevarla al dormitorio.

Mantuvo ese control sobre sus deseos hasta que sintió el primer escalofrío de respuesta de Eva y ella empezó a devolverle los besos y a deslizar las manos por su pecho. Era el beso más erótico y, a la vez, frustrante de toda su vida, pensó mientras permitía que Eva marcara el ritmo en vez de tomar el control como hacía habitualmente.

Finalmente fue recompensado por su autocontrol al sentir que ella se relajaba entre sus brazos y comenzaba a besarlo con pasión.

Markos gimió al notar sus pechos contra su torso y la suavidad de sus

caderas en su erección. Ella deslizó las manos hacia sus hombros, hasta enredar los dedos en el pelo de su nuca.

Markos apartó la boca para buscar con los labios los contornos de su cuello desnudo, deslizando la boca por su piel en una caricia feroz al tiempo que recorría su espalda con las manos.

Eva sentía los pechos hinchados y calientes, y una humedad entre los muslos que ansiaba las caricias de Markos.

—¡No! —exclamó mientras lo empujaba para apartarlo—. No es esto lo que deseo, Markos.

Él seguía con los brazos alrededor de su cintura. Sus ojos estaban oscurecidos por el deseo y su respiración tan

entrecortada como la de ella mientras intentaba mantener el control.

—¿Qué es lo que deseas, Eva? Dímelo y será tuyo —le prometió.

Lo que Eva deseaba era regresar a su letargo anterior, al lugar en el que sus emociones estaban apagadas.

—Deseo recoger mis cosas y marcharme —contestó tras tomar aire.

—Pero ¿volverás el sábado?

Eva sabía que no debería, que debería montarse en su coche y huir todo lo lejos que le permitiera su tarjeta de crédito.

Pero, tras haberle plantado cara a Jack tres años atrás y haber puesto fin a su matrimonio tormentoso, tras haberse quedado viviendo en Nueva York a

pesar de que Jack le había dicho que preferiría que volviese a Inglaterra, no tenía intención de marcharse ahora porque Markos Lyonedes estuviera dándole problemas.

–Volveré el sábado –respondió con determinación.

–Eso está bien –dijo Markos con una sonrisa mientras le hacía gestos para que lo siguiera a recoger sus cosas de la sala de estar.

Más tarde, mientras conducía hacia su apartamento en la seguridad de su coche, Eva se preguntó qué era lo que estaba bien. Desde luego no estaba bien que minutos antes hubiera estado tan excitada por Markos que no le habría importado que la tumbase en el suelo de

la cocina y la poseyese allí mismo...

Capítulo 6

—¡Oh, no! ¡Markos, da la vuelta al coche!

—¿Qué? —Markos giró la cabeza para mirar a Eva, sentada a su lado en el coche, el sábado por la noche mientras se dirigían hacia la fiesta.

Ella le agarró con fuerza la manga de la chaqueta.

—¡Da la vuelta al coche ahora mismo y sácanos de aquí! —repitió con ferocidad antes de soltarle el brazo y contemplar horrorizada la casa iluminada al final

del camino de gravilla.

Ya había un coche delante de ellos, y otro acababa de colocarse detrás, de modo que a Markos le resultaría imposible dar la vuelta al coche.

—¿Qué sucede, Eva? —estiró un brazo para estrecharle la mano y se dio cuenta de lo fría que la tenía, teniendo en cuenta el calor de aquella noche de verano.

¿Que qué sucedía? Eva acababa de darse cuenta de que la fiesta a la que Markos la llevaba se celebraba en casa de su exsuegro. Eso era lo que sucedía.

¿Por qué no se habría dado cuenta antes?

Mejor aún, ¿por qué no le había preguntado a Markos el jueves de quién

era la fiesta? De ese modo se habrían ahorrado los dos el bochorno. Sin embargo el Ferrari negro de Markos estaba atrapado entre otros dos coches, impidiéndoles la huida.

Tal vez debería bajarse del coche y volver andando a la ciudad.

Oh, sí, muy práctico; teniendo en cuenta que llevaba puestas de nuevo unas sandalias de tacón, negras en esa ocasión, a juego con el vestido que había escogido, y que dejaba al descubierto sus piernas. No solo era poco práctico, sino que, si intentaba hacer autostop para volver a la ciudad, era más probable que la confundieran con una prostituta.

Así que no podía volver andando a la ciudad y tampoco podía entrar con Markos en la fiesta. Se humedeció los labios antes de hablar, sin dejar de mirar la mansión abarrotada que tenían delante.

—No puedo entrar ahí, Markos.

—¿Se trata acaso de un cliente insatisfecho? —bromeó él.

—No exactamente.

—Entonces ¿por qué no podemos entrar en la fiesta? —Markos ya había aparcado el coche. Se dio la vuelta para mirarla y frunció el ceño al darse cuenta de que estaba pálida.

La velada había ido bien hasta ese momento. Eva había llegado a su

apartamento a las ocho en punto y, al recordar lo escéptica que era a los cumplidos, Markos había reducido al mínimo sus comentarios sobre lo guapa que estaba. Aquel vestido negro y ceñido, el pelo suelto cayéndole en ondas sobre los hombros desnudos... En su lugar había decidido fingir interés en los diseños que ella había llevado consigo.

Nada más ver los diseños de Eva, ya no había tenido que fingir ese interés. Eran tan vibrantes en sus colores que no había dudado en darle rienda suelta con todas las estancias del apartamento.

Aquellos diseños iniciales demostraban que Eva sabía exactamente lo que necesitaba para sentirse cómodo

en su propio hogar. Tal vez, sin darse cuenta, estuviera llegando a conocerlo. Markos esperaba que fuera ese el caso. Y además esperaba poder conocerla a ella mejor a lo largo de la noche...

Por tanto ambos se habían mostrado relajados durante el trayecto, hasta que habían llegado a la casa.

–Eva, háblame –le dijo.

Ella parpadeó. Sus ojos dorados se habían oscurecido.

–No he dicho que tú no puedas entrar en la fiesta.

–No pienso ir a ninguna parte sin ti –le aseguró Markos con firmeza.

–No hay razón para que los dos nos perdamos la fiesta... –se detuvo cuando

la puerta de su lado se abrió súbitamente.

—¿Puede ayudarla, señora? —junto al coche se encontraba uno de los jóvenes aparcacoches, sin duda contratados para la ocasión.

Eva puso cara de pánico.

—¡Markos!

Él se inclinó hacia su lado y le dirigió una sonrisa al adolescente.

—Danos un minuto o dos, ¿quieres?

—Por supuesto, señor —contestó el joven, ligeramente desconcertado—. Pero tengo que mover su coche a la parte de atrás de la casa, porque los invitados siguen llegando...

Markos suspiró frustrado por la situación. Eva era su única

preocupación en ese momento.

—He dicho que esperes...

—Markos, no es culpa suya —dijo ella poniéndole una mano en el brazo—. No pasa nada —le aseguró—. Ya estoy bien.

Lo cual no era precisamente cierto. Pero su sensación de pánico inicial había disminuido considerablemente y además sabía que su angustia se debía al hecho de llegar a casa de su exsuegro con el poderoso y atractivo Markos Lyonedes.

Había visto a su exsuegro en varios eventos sociales a lo largo de los tres últimos años; era imposible no hacerlo cuando ambos formaban parte de la sociedad neoyorquina. La diferencia

aquella noche era que la fiesta se celebraba en casa de Jonathan, donde ella antiguamente era recibida como la nuera, y además, en las ocasiones en que se habían encontrado, nunca había ido acompañada de otro hombre.

No era que pensara que Jonathan fuese a comportarse de manera desagradable; era demasiado encantador para eso y, además, Markos era su invitado. Era ella la que se sentía incómoda por tener que asistir a la fiesta de su exsuegro en compañía de un hombre tan poderoso y carismático como Markos. En compañía de cualquier hombre que no fuera el hijo de Jonathan.

—¿Eva?

Se giró y le dirigió a Markos una sonrisa tranquilizadora.

—Ya estoy bien, Markos. De verdad — dijo antes de agarrar su bolso y darse la vuelta para salir del coche.

Eva parecía lejos de estar bien. Seguía pálida y con la mirada perdida. Pero, dado que no quería montar una escena, cosa que sabía que a ella no le gustaría, no le quedó más remedio que salir del coche y entregarle las llaves al joven que aguardaba para aparcarlo.

Markos agarró a Eva del codo mientras caminaban hacia la mansión iluminada; las habitaciones que podían ver estaban ya llenas de gente.

—¿Hay algo que quieras decirme antes

de entrar? –le preguntó.

–¿Como por ejemplo? –preguntó ella.

Markos no tenía ni idea.

Su anfitrión esa noche era un viudo de más de sesenta años; no creía que Eva hubiera tenido algo con él.

–No te dejes llevar por tu imaginación, Markos –añadió ella con una mirada burlona.

–Oh, Markos, me alegra que hayas podido venir.

Fueron interrumpidos por la voz encantadora de su anfitrión.

Markos sintió al instante la tensión de Eva, y la mantuvo agarrada del codo mientras se daba la vuelta para mirar al otro hombre.

–Jonathan –dijo educadamente–. Te

presento a...

–¡Evangeline! –su anfitrión pareció desconcertarse por un momento al reconocer a Eva, pero enseguida disimuló esa sorpresa y sonrió amablemente—. Cuánto me alegro de volver a verte, querida.

–Jonathan –respondió ella mientras se daban un beso en la mejilla—. Veo que te mantienes bien.

–Muy bien, gracias –dijo Jonathan, y entornó los ojos mientras asimilaba el hecho de que Eva estaba allí con Markos Lyonedes—. Evangeline, siento que debería advertirte de que la fiesta de esta noche es... Hablaremos en un rato, si te parece bien –añadió

distraídamente al ver que llegaban más invitados—. Por favor, entrad a la sala de recepciones a por champán y canapés.

Eva se volvió hacia la sala de recepciones, una sala que ella misma había diseñado para Jonathan cuatro años atrás, siento consciente de la inquietud de Markos mientras caminaba a su lado sin soltarle el codo.

Era lógico que estuviera inquieto. A pesar de lo que le había dicho minutos antes, sabía que Markos estaría buscando todo tipo de razones en su cabeza que explicaran el hecho de que conociese a un hombre como Jonathan Cabot Grey.

Jonathan Cabot Grey padre.

Porque Jack, su exmarido, era

Jonathan Cabot Grey hijo.

—¿Vas a decirme qué sucede? —le preguntó cuando estuvieron los dos junto a la chimenea, con copas de champán que les había ofrecido uno de los atentos camareros que circulaban por la sala—. ¿Por qué no querías entrar? ¿Y de qué conoces exactamente a Jonathan Cabot Grey?

—Jonathan Cabot Grey era mi suegro —Eva seguía distraída por la advertencia inacabada de Jonathan, preguntándose qué era lo que su exsuegro había querido advertirle. No había sonado amenazador, así que obviamente no tenía nada que ver con el hecho de que estuviera allí con Markos.

–¿Tu suegro? –repitió Markos con incredulidad, totalmente asombrado por esa revelación tan inesperada.

Ella asintió.

–Cabot Grey era mi apellido de casada.

–Claro. Evangeline Grey. Jonathan Cabot Grey –supuso Markos, y se reprendió por no haberse dado cuenta antes.

–El nombre de mi negocio era Interiores Cabot Grey, pero prescindí del Cabot tras el divorcio.

–¿Así que estuviste casada con el hijo de Grey?

–Su único hijo, sí –confirmó Eva, consciente de que varios de los

invitados la habían reconocido también. La miraban con curiosidad al haber reconocido también al hombre atractivo que iba con ella. Incluso en una sala llena de hombres vestidos con traje, Markos destacaba por encima de ellos.

Eva se dio cuenta de que agradecía su presencia; si iba a tener que volver a enfrentarse a los amigos de Jonathan y de Jack, se alegraba de ir en compañía de un hombre tan guapo y poderoso como Markos Lyonedes.

—Siento mucho todo esto, Markos —le dijo con una sonrisa mientras le ponía la mano en el brazo—. Nunca te habría puesto en esta situación tan embarazosa si hubiera sabido que era la fiesta de Jonathan a la que me estabas invitando.

Markos aún estaba asimilando el hecho de que Eva hubiera estado casada. No era que tuviera algo en contra del divorcio; era de la opinión de que resultaba mejor ponerle fin a algo que pasarse la vida siendo infeliz con la persona equivocada. Lo que le inquietaba era imaginarse a Eva casada. Y le generaba muchas preguntas.

¿Cuándo y durante cuánto tiempo había estado casada? ¿Por qué había acabado el matrimonio? ¿Quién le había puesto fin? ¿Eva o el hijo de Jonathan? Y, si había sido él, ¿seguiría ella enamorada del hombre que había sido su marido?

—Tomó aliento antes de hablar.

–Eva, ¿qué...?

–Hola, ángel.

A Markos le molestó tanto que alguien llamase a Eva «ángel» como le había molestado que Glen Asher le llamase «cariño». Pero, sin necesidad de que Eva le apretase el brazo con fuerza al oír la voz de ese hombre, solo mirarlo habría bastado para identificar de inmediato al hijo de Jonathan Cabot Grey.

Tenía el pelo rubio, mientras que el de Jonathan padre era gris, pero, aparte de eso, el parecido familiar era inconfundible: ojos azules, delgado y elegante con un traje negro hecho a medida.

Markos tenía claro que aquel era el exmarido de Eva.

Eva se dio cuenta de que aquella era la advertencia que Jonathan iba a hacerle minutos antes.

Jack no debería estar allí. No debería estar en Estados Unidos. Se había mudado a Francia hacía más de un año, al hacerse cargo de las oficinas que Empresas Cabot Grey tenía en París.

Pero sin duda era él. Aunque no hubiera reconocido su voz, no había nadie más en el planeta que le llamase «ángel».

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Cuál era el protocolo para presentar a un exmarido al hombre con el que...?,

¿qué? No podía decir que estaba saliendo con Markos porque era la primera vez que salían juntos, pero sabía que no eran simples conocidos. ¿Qué eran entonces?

Sería mejor que se decidiera pronto, porque no podían quedarse mirando mucho más tiempo sin decir nada.

—¿Ángel? —dijo Jack, que obviamente había llegado a la misma conclusión.

Eva tomó aliento y miró a Markos, que a su vez estaba mirando a Jack fijamente.

Sus rasgos tensos se relajaron ligeramente cuando finalmente la miró a ella.

—Preséntanos, ¿quieres? —dijo mientras le pasaba un brazo por la

cintura.

—Markos, este es Jonathan Cabot Grey hijo —respondió ella con rigidez—. Jack, Markos Lyonedes.

Eva sabía que en su voz hubo cierto tono de satisfacción al pronunciar el nombre de Markos. Se dijo que era comprensible, teniendo en cuenta que la última vez que Jack y ella habían hablado, su exmarido había disfrutado enumerando todos sus defectos.

Jack abrió los ojos con evidente sorpresa al darse cuenta de la identidad de Markos.

—Señor Lyonedes —dijo educadamente mientras ambos se estrechaban la mano.

—Cabot Grey —respondió Markos con

frialdad.

–Por favor, llámeme Jack –agregó Jack, y su sonrisa desapareció cuando se volvió para mirar de forma crítica a Eva–. Tienes buen aspecto, ángel.

–Eva está preciosa –le corrigió Markos.

Al notar la presión de la mano de Eva en su brazo, Markos supo que aquel era el hombre que había logrado convencerla de que no era guapa ni sexy.

–Eso es lo que quería decir, por supuesto –convino Jack.

–Creo que Jack y yo hemos superado la fase de ser educados aunque falsos el uno con el otro, Markos –dijo Eva con desdén–. Y hablando de eso... ¿no deberías estar haciéndoles la pelota a

los invitados de tu padre en vez de malgastar tu encanto con quien no puedes encantar? –le preguntó a su exmarido con actitud desafiante.

–Según creo, el señor Lyonedes es uno de los invitados de mi padre –contestó Jack.

Pero Markos tenía las mismas pocas ganas de Eva de dejarse encantar por aquel hombre. Básicamente porque nunca le habían gustado los hombres que actuaban con el encanto ensayado de un político, pero principalmente porque no soportaba la idea de que Eva hubiera estado casada con él.

La tensión entre Eva y su exmarido explicaba el cinismo de esta hacia los

hombres y hacia las relaciones. Sobre todo si el matrimonio había acabado tan mal como parecía, a juzgar por la actitud de ambos.

—Es cuestión de cortesía, nada más — aclaró Markos—. Por razones evidentes, Eva y yo no nos quedaremos mucho.

—Jack, cariño...

Jonathan Cabot Grey hijo ignoró el tono desafiante de Markos y se dio la vuelta con una sonrisa para recibir a una mujer de pelo rubio que le pasó la mano por el brazo.

—Ven a saludar a Markos Lyonedes y a Eva, Yvette. Markos, Eva... esta es mi esposa, Yvette.

Los ojos azules de Jack brillaron con malicia al mirar deliberadamente a Eva

mientras hacía las presentaciones.

Si a Markos antes le había parecido que Eva estaba pálida, ahora parecía gris, obviamente asombrada al conocer a la segunda esposa de Jack. Yvette medía algo más de metro cincuenta y cinco, con unos rasgos agradables y el pelo a la altura de los hombros. La hinchazón evidente de su vientre indicaba que además estaba embarazada.

Capítulo 7

–Si me disculpáis... –Eva se dio la vuelta y salió corriendo de la sala mientras sentía las náuseas en la garganta. Consiguió llegar al cuarto de baño y meterse en uno de los cubículos justo a tiempo para vomitar.

¡Aquello no podía estar sucediendo!

Sumada a las demás humillaciones que Eva había sufrido a manos de Jack, su segunda esposa estaba embarazada de al menos seis meses, con un bebé que sabía que no podía ser de él.

A no ser...

No, no era posible que fuese de Jack. Jack era incapaz de engendrar un hijo. Y sin embargo era innegable que Yvette Cabot Grey estaba embarazada.

¿Cómo? ¿De otro hombre? O quizá mediante la fecundación in vitro que Eva estaba considerando para ella misma. Si era ese el caso, el bebé de Yvette tampoco podía ser de Jack.

Quizá fuese eso lo que más daño le hacía. Después de que las pruebas demostraran que Jack nunca podría tener un hijo, Eva le había rogado para que adoptaran, o para que le permitiera a ella la posibilidad de quedarse embarazada mediante un donante

anónimo. Ruegos que Jack siempre había ignorado, diciendo que nunca podría querer a un hijo que no fuera realmente suyo.

—¿Eva?

—Markos... —Eva se incorporó abruptamente al reconocer su voz al otro lado de la puerta, dentro del lavabo de señoras.

—¿Estás bien?

¿Estaba bien? ¡Claro que no estaba bien! Su exmarido no solo había vuelto a casarse, sino que además su segunda esposa estaba embarazada del bebé que ella tanto había deseado para sí misma.

No, desde luego no podía decir que estuviese bien. Pero lo que le parecía más apremiante en ese momento era que

Markos no debía estar en el lavabo de señoras en casa de Jonathan Cabot Grey.

Markos miró a Eva fijamente cuando esta abrió la puerta y salió a la zona enmoquetada donde las mujeres normalmente se retocaban. En ese momento estaban ellos dos solos. No por casualidad, pues Markos había ahuyentado a las mujeres antes de entrar en la sala y había cerrado el pestillo tras él para evitar que entrase más gente.

—No deberías estar aquí —le dijo Eva negando con la cabeza mientras se acercaba a uno de los lavabos de porcelana para lavarse la cara y las manos antes de llenar un vaso con agua. Seguía teniendo la cara gris.

–Obviamente no estás bien –le respondió él.

–Esa no es razón para...

–La puerta está cerrada y yo iré a donde quiera y cuando lo estime necesario –declaró Markos.

Eva frunció el ceño. En aquel momento estaba ante el poderoso y arrogante Markos Lyonedes, copropietario de Empresas Lyonedes.

–¿Y estimas necesario esta noche encerrarnos en el lavabo de señoras de casa de mi exsuegro?

–Sí –contestó él con la mandíbula apretada.

Eso era lo que Eva pensaba que diría. Y tenía razón, claro; no podía

imaginarse nada peor que el hecho de que alguien más hubiera presenciado su reacción al conocer a la segunda esposa de Jack. Ya era suficiente que Markos estuviese sin duda preguntándose a qué había venido esa reacción.

Dio un sorbo al vaso de agua y evitó mirar a Markos a los ojos a través del espejo situado sobre el lavabo.

—Lo siento mucho. De pronto me he sentido mareada. Debo de haber comido algo que no me ha sentado muy bien.

—¿O haberte encontrado con alguien, quizá? —sugirió él.

Eva sonrió con tristeza.

—O haberme encontrado con alguien —admitió.

Incluso angustiada como estaba, Eva

no pudo evitar advertir lo fuera de lugar que parecía Markos en aquella habitación tan femenina, con su papel pintado con motivos florales rosas y verdes. Hasta los jabones de los lavabos eran del mismo color rosado, y sobre la repisa de mármol había toallitas rosas y botellitas de perfume carísimo. También había dos cómodas sillas tapizadas con terciopelo rosado.

—¿Crees que podríamos marcharnos ya?

Él asintió.

—Ya he pedido que me traigan el coche.

—¿Te he dicho ya lo maravilloso que eres? —preguntó ella, sintiendo como la

tensión de sus hombros se aliviaba.

—Me parece que no —respondió Markos—. Pero estaré encantado de que me lo digas cuando nos vayamos de aquí.

Eva no podía ni imaginar lo incómoda que era aquella situación para él. Lo horrible que era haberla llevado allí con la idea de pasar una velada agradable en casa de un compañero de profesión, solo para descubrir que ese compañero de profesión era su exsuegro; y, peor aún, que su exmarido también estaba allí, con su segunda y embarazada esposa...

—Markos, lo siento mucho.

—Ya te he dicho que hablaremos de ello cuando nos vayamos de aquí —siguió mirándola con el ceño fruncido

mientras la agarraba del codo para sacarla del cuarto de baño—. Ahora nos iremos.

Ella parpadeó confusa.

—¿Sin despedirnos?

—Sin hablar con nadie.

Eva sintió la rabia bajo la fachada aparentemente calmada de Markos mientras salían al pasillo, pero aún no lo conocía lo suficientemente bien para saber hacia quién iba dirigida esa rabia: hacia la situación o hacia ella.

—Markos...

—Oh, aquí estás, ángel. ¿Te encuentras mejor?

Eva sintió un vuelco en el corazón al oír la voz de Jack. Markos le apretó con

fuerza el codo antes de que ambos se dieran la vuelta para mirar a su exmarido en el vestíbulo de la entrada. Eva suspiró aliviada al ver que Jack iba solo; no estaba segura de poder soportar ver a Yvette embarazada otra vez.

—Markos y yo ya nos vamos —lo informó con frialdad.

Jack arqueó las cejas.

—Si acabáis de llegar.

—Y ahora nos vamos —insistió Markos—. Por favor, dile a tu padre que lo llamaré la semana que viene para hablar.

Jack se sonrojó ligeramente. Obviamente no le gustaba el tono autoritario de Markos.

—Sería más cortés si se lo dijeras en

persona.

—Como estoy seguro que ya sabes, la situación actual está lejos de toda cortesía —le dijo Markos con odio en la mirada.

—Markos...

—¡Tú no te metas, ángel!

Markos soltó a Eva y atravesó rápidamente el vestíbulo hasta quedarse a escasos centímetros de Jack. Era ligeramente más alto que él. No lo había tocado, pero resultaba intimidatorio de igual modo.

—Se llama Eva. Y no quiero que le hables en ese tono. ¡Jamás! ¿Me he expresado con claridad?

Jack apretó la mandíbula.

–No puedes entrar en casa de mi padre y amenazarme...

–Creo que acabo de hacerlo –murmuró Markos.

–Le llamo ángel porque su nombre es *Ev-angel-ine* –Jack Cabot Grey le mantuvo la mirada con actitud desafiante durante varios segundos antes de deslizar esa mirada hacia Eva—. Parece que nuestro matrimonio hizo que desarrollaras el gusto por los hombres poderosos, ángel –comentó con un tono ofensivo.

Markos tomó aliento.

–Maldito...

–Solo veo aquí un hombre que encaje con esa descripción, Jack –intervino

Eva—. ¡Y no eres tú!

—Serás hija de... —Jack Cabot Grey se interrumpió cuando Markos le puso una mano en el pecho.

—Creo que acabo de advertirte que nunca insultes a Eva en mi presencia —le recordó con voz de hielo.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

Eva se dio la vuelta y vio que su exsuegro había entrado en el vestíbulo.

Jonathan se quedó mirando la actitud desafiante de su hijo y de Markos Lyonedes.

—¿Hay algún problema?

Markos le dirigió a Jack una última mirada de desprecio antes de apartarse de él y regresar junto a Eva y mirar a su anfitrión.

–Eva y yo ya nos íbamos.

–¿Tan pronto?

–En mi opinión, habría sido mejor que nos hubiéramos ido antes –le dijo a Jonathan con una mirada de desaprobación mientras agarraba del brazo a Eva, que estaba temblando.

¿Qué podía haber ocurrido entre Eva y Jack en el pasado para provocarle una reacción tan exagerada? Para hacerla vomitar solo por volver a verlo.

Sin embargo...

Por inesperado que hubiera resultado, lo que le había provocado náuseas a Eva no había sido ver a Jack. Eso había sucedido con la aparición de su segunda esposa.

¿Sería porque Eva aún sentía algo por él y la existencia de esa segunda esposa hacía que la reconciliación resultase imposible?

Su actitud despreciativa cada vez que se dirigía a él parecía indicar lo contrario. Y aun así... No podía negarse que algo había alterado a Eva hacía unos minutos. Algo que aún seguía provocándole temblores.

Markos ya no sabía qué era lo que le pasaba, y eso le molestaba tanto como el resto de cosas de la velada; antes pensaba que estaban empezando a conocerse mutuamente, a gustarse...

—Hablaremos durante la semana, Jonathan —le aseguró a su anfitrión antes

de darse la vuelta para marcharse.

—Estaremos en contacto, ángel.

Eva se tensó cuando Jack se dirigió a ella. No se dejó engañar por su tono amable; estaba muy segura de conocer la razón por la que su exmarido quería ponerse en contacto con ella de nuevo.

Nada más casarse y mudarse a Nueva York, Jonathan había empezado a hablar de la posible llegada de un nieto. Jonathan Cabot Grey tercero. Eva y Jack se habían dado cuenta al final de que eso nunca sucedería, pero Jack nunca se lo había confesado a su padre, que ella supiera. El hecho de que Yvette Cabot Grey estuviese embarazada, supuestamente de Jack, era un milagro médico o algo que Jack no quería que

Eva comentase con su padre.

Eva no sabía si sentirse insultada porque Jack pensara que fuese a decirle a su padre que el bebé de Yvette no podía ser suyo, o si sentirse furiosa porque Jack pensara que su sed de venganza hacia él podría llevarla a hacerle daño a su exsuegro.

Al final ganó la segunda opción cuando se dio la vuelta para mirar a Jack con frialdad.

—No tenemos nada de que hablar —le aseguró con desprecio.

—¿No? —preguntó Jack con las cejas arqueadas.

—Desde luego que no —respondió ella antes de volverse hacia su exsuegro—.

Adiós, Jonathan. Ha sido un placer volver a verte –le dijo con cariño al hombre que, en realidad, siempre le había caído bien.

Jonathan debía de haberse quedado muy sorprendido cuando, después de trabajar en Londres durante dos años, Jack había regresado con ella como esposa; una joven inglesa sin la riqueza ni el estatus social de los Cabot Grey. Sin embargo, Jonathan siempre le había mostrado respeto y cariño, siendo la esposa de su hijo. La futura madre de sus nietos...

–Cuídate –añadió con voz rasgada, y no le dirigió a Jack una sola mirada mientras Markos y ella abandonaban la casa.

–No es el momento ni el lugar –le dijo Markos cuando Eva intentó hablar una vez que estuvieron fuera.

–Solo iba a darte las gracias –respondió ella.

Markos se relajó ligeramente. Los últimos minutos no habían sido agradables para ninguno de los dos.

–Si insistes, podrás darme las gracias de manera apropiada cuando estemos solos en mi apartamento –le aseguró.

Ella pareció confusa.

–¿Tu apartamento?

Markos se encogió de hombros.

–Tenemos que regresar al edificio Lyonedes para que recojas tu coche. Una vez allí, podríamos subir a mi

apartamento y hablar cómodamente.

Un argumento para el que Eva no tenía respuesta. En efecto su coche estaba en el edificio Lyonedes, y sí que le debía a Markos un agradecimiento apropiado, aunque tenía la impresión de que su idea de «apropiado» difería de la de Markos. Él se había mostrado muy comprensivo durante toda la velada y le debía una explicación a su comportamiento.

—¿Café, vino o brandy? —preguntó Markos cuando estuvieron de nuevo en la sala de estar del apartamento del ático.

—Creo que en esta situación es

preferible un brandy, ¿no te parece? – respondió ella mientras se sentaba en uno de los sillones color crema.

–Sigo sin estar seguro de cuál es la situación en la que nos encontramos –se quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla antes de acercarse a la barra situada en el otro extremo de la sala y servir brandy en dos copas.

Eva frunció el ceño al aceptar la copa que Markos le ofreció antes de apartarse de ella.

–¡No todos los días se encuentra una con su exmarido por accidente! – exclamó antes de dar un trago al brandy y sentir de inmediato los efectos del alcohol mientras se deslizaba por su garganta—. Lo último que supe de Jack

fue que estaba viviendo y trabajando en Francia.

—Que es donde, evidentemente, conoció y se casó con Yvette.

—Evidentemente —repitió ella mirando a la moqueta beige.

—¿Sigues enamorada de él?

Le dirigió a Markos una mirada de sorpresa y la copa le tembló en la mano.

—¿Qué?

—Dadas las circunstancias, es una pregunta relevante, me parece a mí.

Eva se terminó el brandy antes de responder, con la esperanza de que el calor del licor derritiese el hielo que parecía haberse formado en su pecho.

—¿Qué circunstancias?

—No parecías sentirte mal hasta la aparición de la segunda mujer de Grey. No llores, Eva —sus intentos por mantener la distancia fueron inútiles cuando vio el brillo de las lágrimas en sus enormes ojos dorados. Dejó su brandy sobre la mesa del café y se acuclilló junto a ella para estrecharle la mano—. Háblame, Eva. Dime por qué estás llorando.

—No estoy llorando —le aseguró ella, incluso mientras esas lágrimas comenzaban a resbalar por la palidez de sus mejillas—. Es que... tienes razón. Ver a Yvette ha sido una sorpresa... —se detuvo y comenzó a llorar abiertamente.

Fue como si una presa se hubiese roto

en su interior; la presa que había contenido todo el dolor y toda la pena que ella había enterrado cuando sus sueños de tener una familia se habían venido abajo cinco años atrás, cuando el especialista les había dicho que Jack nunca podría tener un hijo.

Un hijo que, al parecer, iba a tener con su segunda esposa.

No importaban los medios por los que Yvette se hubiera quedado embarazada, el hecho era que estaba embarazada. De un bebé que Jack le había negado a ella cinco años antes.

Markos no tenía ni idea de qué hacer o qué decir cuando Eva se llevó las manos a la cara y sollozó como si estuviera rompiéndosele el corazón. Y

tal vez fuera así.

¿Sería por Jack Cabot Grey?

Sin tener experiencia a la que recurrir, Markos no iba a criticar a quienes otras personas decidieran o no amar. Salvo que Jack Cabot Grey era todo lo que él despreciaba en un hombre: vacío, egoísta y, en lo referente a Eva, cruel y vengativo. Nada de eso cambiaba el hecho de que Eva parecía incapaz de dejar de llorar.

La estrechó entre sus brazos, la puso en pie y la acurrucó contra su pecho antes de sentarse en el sofá. Sus lágrimas pronto humedecieron la pechera de su camisa. Markos deslizó los dedos por su sien, pensando en lo

irónico que resultaba tener entre sus brazos a la mujer que deseaba mientras ella lloraba por otro hombre.

Si su primo Drakon hubiera podido verlo en ese instante...

—Ha sido por el bebé —murmuró Eva finalmente—. Nosotros intentamos durante mucho tiempo tener un bebé y... al final nos hicimos pruebas. El especialista nos dijo que era imposible.

¡Dios santo! Y el muy bastardo de Cabot Grey había tenido el descaro de presentarle a su segunda esposa embarazada, sabiendo que Eva nunca podría tener un bebé. ¡El muy bastardo!

¿Sería esa la razón por la que Eva tenía tan poca confianza en sí misma bajo su aparente capa de sarcasmo? ¿La

razón por la que seguramente estaba decidida a no tener nada con ningún hombre? ¿Quizá la razón por la que Jack y ella se habían divorciado?

Markos podía creerse la última teoría. Aun sin apenas conocerlo, sabía que Jack Cabot Grey era el tipo de canalla vengativo que nunca le permitiría olvidar a Eva que era incapaz de darle un heredero.

—No pasa nada, Eva —le aseguró—. Todo saldrá bien.

Ella emitió una risa ahogada.

—Claro que no.

—Eres una mujer hermosa con toda la vida por delante. No todos los hombres son como Jack Cabot Grey.

–¡Gracias a Dios! –se estremeció con asco.

–¿De verdad que ya no lo quieres?

Eva se enderezó antes de intentar levantarse, pero Markos se lo impidió al rodearla con los brazos y sentarla en sus rodillas.

Lo cual era bastante vergonzoso, pensándolo bien. De hecho toda la velada había sido vergonzosa, pensó después de haber superado la sorpresa inicial.

Primero se había quedado de piedra al llegar a casa de Jonathan. Después había estado a punto de desmayarse al descubrir que Jack estaba también en la fiesta. Pero, peor aún, había tenido que

salir corriendo a vomitar en el baño al ver que la segunda esposa de Jack estaba embarazada. Una vergüenza que Markos había presenciado al seguirla. Y ahora acababa de llorar sobre su camisa blanca y, sin duda, le habría dado una impresión equivocada sobre el motivo de su tristeza.

No era la mejor primera cita que había tenido en su vida.

Y dudaba que Markos hubiera tenido una parecida tampoco.

Negó con la cabeza.

—Creo que nunca quise realmente a Jack —murmuró con sinceridad.

—¿Y aun así te casaste con él?

Eva asintió.

—Yo estudiaba cuando nos conocimos

en una fiesta que daba uno de los amigos de mi padre. Jack era seis años mayor que yo y parecía tan maduro y seguro de sí mismo en comparación con mis otros amigos... Me llevaba al teatro y a cenar a restaurantes caros –frunció el ceño al ver las cejas levantadas de Markos—. He tenido mucho tiempo para pensar en esto, y ahora sé que me dejé deslumbrar por el encanto y la seguridad de Jack. Confundí estar deslumbrada con estar enamorada.

–Fue una decisión importante mudarte con él a Nueva York, lejos de tu familia y amigos, después de casarte.

–Creo que eso fue en un intento por alejarme de mi familia. Mis padres no

son la pareja casada más feliz del mundo –le explicó a Markos al ver su expresión confusa–. Probablemente nunca deberían haberse casado, y desde luego no deberían haber tenido una hija. Mi infancia fue un campo de batalla.

Markos frunció el ceño con tristeza, pues aquello explicaba más aún el cinismo que Eva sentía hacia el amor y las relaciones. Su propia infancia tampoco había estado libre de traumas, pues sus padres habían muerto cuando él tenía ocho años, pero, al irse a vivir con sus tíos, había tenido la suerte de encontrar otros padres que lo querían como si fuera suyo. Mientras que Eva no parecía haber tenido unos padres que se preocuparan por ella.

—No lo has tenido fácil, ¿verdad? —
observó él.

Eva sonrió con valentía.

—No lo he tenido peor que mucha otra
gente —contestó—. Markos, parece que no
hago más que hacer esto contigo, pero
de verdad que siento haberme puesto
así.

—No es necesario que te disculpes.

—¿Y si te ofrezco una disculpa
«apropiada»? —arqueó las cejas
mientras le desataba la pajarita, antes de
empezar a desabrocharle los botones de
la camisa.

Markos se quedó mirándola con
recelo.

—No sé si esto es buena idea...

Eva no le permitió terminar, se apoyó en su torso desnudo y lo besó en los labios.

Markos se quedó muy quieto, con los brazos alrededor de su cintura mientras aquellos deliciosos labios se movían sobre los suyos, tan ligeros como alas de mariposa. La suavidad de su perfume estaba invadiendo sus sentidos, y sentía la presión de sus pechos contra su torso firme.

Eva se echó ligeramente hacia atrás, con las palmas de las manos ardientes sobre su pecho y el aliento cálido contra sus labios mientras lo miraba a los ojos.

–Hazme el amor, Markos.

Su cuerpo reaccionó al instante a

aquella invitación. Se le aceleraron el pulso y el corazón, y su miembro se puso rígido en cuestión de segundos. Le resultaba imposible negar lo mucho que deseaba aceptar aquella invitación.

Pero no iba a hacerlo.

Tal vez Eva hubiese dejado de llorar, pero él no podía olvidar lo triste que había estado antes. Y la razón de esa tristeza no iba a desaparecer en breve, lo que significaba que probablemente no fuese del todo responsable de sus acciones en ese momento. Si Markos le hacía el amor en esas circunstancias, sería tan bastardo como su exmarido. Aunque no deseara otra cosa que tomarla en brazos y llevarla a su cama.

Capítulo 8

–¿Adónde me llevas? –preguntó Eva rodeándole el cuello con los brazos mientras él se levantaba con ella encima.

–¿Adónde querrías que te llevara?

–Creo que en realidad no me importa –respondió Eva, y se sorprendió con su sinceridad al darse cuenta de que en realidad no le importaba adónde fuera, siempre y cuando Markos estuviera allí también.

Algo le había ocurrido cuando la

presa de sus emociones se había roto dentro de ella y había estado llorando en brazos de Markos. De alguna manera se había liberado del dolor y de las decepciones pasadas, y sus emociones ahora eran tan ligeras como cuando estudiaba en la universidad. Tenía la misma sensación de anticipación que entonces. ¿Qué ocurriría después en su vida?

«¿Qué ocurriría?». En vez de «qué había planeado ella que ocurriese». Porque ya no sentía esa determinación por decidir su vida. Había dejado atrás el pasado. Por completo.

La esposa de Jack iba a tener un bebé. ¿Y qué? Probablemente Jack no se lo creyese si se lo dijera, pero ya no le

entristecía que Yvette estuviera embarazada. Simplemente deseaba que fueran felices con su hijo o hija, y no le cabía duda de que Jonathan estaría encantado cuando naciera su nieto.

Tal vez algún día ella también tuviera un hombre y una familia a la que amar, pero hasta que llegara ese día estaría tranquila y satisfecha, esperando a ver qué ocurría después.

Y esperaba que Markos formase parte de ese «después» inmediato. Antes ya sabía que era tan encantador y seguro de sí mismo como Jack, y además mucho más poderoso y carismático. Pero, después de aquella velada, también sabía que era amable y considerado, con

una fuerza controlada, preocupándose por ella como no lo había hecho nunca su exmarido. Por un momento aquella noche había pensado que Markos iba a agarrar a Jack de la pechera de la camisa y a zarandearlo como si fuese un muñeco de trapo.

Pero la fortaleza de carácter de Markos era innata, no algo que hubiese adquirido, y Eva jamás había deseado físicamente a un hombre tanto como lo deseaba en ese momento a él.

—Realmente eres maravilloso, ¿lo sabías? —le dijo mirándolo con admiración.

Él le dirigió una media sonrisa.

—¿Porque soy capaz de transportar hasta mi dormitorio todos los kilos extra

que crees que tienes?

—¡Todo está muy proporcionado! — exclamó ella dándole un puñetazo cariñoso en el brazo, y se dio cuenta entonces de que aún llevaba en la mano su bolso.

—Creo haberte dicho que soy muy consciente de ello —contestó él con una sonrisa.

Sí, lo había dicho, y esa era otra cosa a su favor. Markos parecía ir acumulando cosas a su favor a pesar de los prejuicios iniciales de Eva hacia él. Si acumulaba muchos más, corría el peligro de enamorarse.

¡Vaya!

Una cosa era desear hacer el amor

con él; de hecho era una cosa muy importante, teniendo en cuenta que era el primer hombre con el que Eva deseaba acostarse desde el colapso de su matrimonio. Pero otra cosa muy distinta era permitir que sus emociones se vieran implicadas.

Markos era un Lyonedes. Perteneciente a una familia más rica y poderosa de lo que ella pudiera imaginar. Pero sobre todo era un hombre conocido por mantener relaciones cortas y poco significativas, no un hombre en el que una mujer pudiera proyectar sus sueños de futuro. Una lección que su prima Donna había aprendido demasiado bien...

¡Donna!

Con todo lo que había sucedido esa noche Eva se había olvidado por completo de la desagradable experiencia que su prima había tenido con Markos.

¿Se había olvidado realmente? ¿O quizá era que ya no aceptaba la versión que su prima le había dado de lo ocurrido entre ellos?

Donna le había dicho que era maravilloso cuando salían, pero que después se había convertido en un desconocido frío y despiadado al decidir que ya no quería continuar con la relación. Oh, Eva sabía que Markos era capaz de ser frío y despiadado, pues lo había sido esa misma noche con Jack,

pero ya no podía imaginárselo comportándose de ese modo con una mujer. Seguramente esa era otra de las cosas que le había inculcado su tía Karelia.

Además, el Markos cruel que su prima le había descrito no habría tenido paciencia para aguantar sus lágrimas esa noche. Habría salido corriendo en dirección contraria.

Y eso ¿dónde la dejaba a ella?

¿Debía confiar en su intuición?

Había hecho eso una vez en su vida, con resultados catastróficos.

No, eso no era del todo cierto con respecto a lo sucedido siete años atrás. A los veintidós años, su matrimonio con Jack le había parecido la manera

perfecta de escapar del círculo vicioso de la relación de sus padres. Pero ahora tenía veintinueve años, un trabajo de éxito y una vida propia. La atracción que sentía por Markos se basaba en esa madurez y ese éxito, no en un ideal de juventud.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Markos, que había estado observando el sinfín de emociones de su rostro durante los últimos minutos, después de encender la luz del dormitorio. Se había dado cuenta de que estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera había advertido que estaban en el dormitorio y que él seguía con ella en brazos, junto a la cama.

Eva le dirigió una mirada sobresaltada al darse cuenta de dónde estaban, pero enseguida esa sorpresa fue reemplazada por una sonrisa cálida y tentadora.

–En nada importante –respondió.

–¿Estás segura?

–Muy segura –confirmó ella con determinación.

A Markos le parecía que se había decidido a hacer algo y no quería permitir que nada la hiciera cambiar de opinión.

Lo cual le confirmó que su decisión de hacía unos minutos con respecto a hacer el amor con Eva esa noche era la correcta.

–¿Quieres apartar las sábanas? –la bajó ligeramente para que pudiera retirar la colcha y la sábana antes de dejarla suavemente sobre la cama. Le soltó el cuello cuando él se incorporó para mirarla.

–Date la vuelta –le dijo mientras le quitaba el bolso de la mano y lo colocaba en el mueble junto a la cama.

–¿Darme la vuelta?

Markos se rio al ver su expresión confusa.

–No me mires así, Eva. Mi intención es desabrocharte el vestido, no obligarte a realizar ninguna práctica sexual extraña.

Ella se sonrojó al mirarlo por encima

del hombro después de darse la vuelta ligeramente.

—Quizá obligarme no sería necesario.

Markos tomó aliento mientras se inclinaba para bajarle la cremallera del vestido. Y aguantó la respiración mientras se deleitaba con la perfección de su espalda desnuda y las bragas de seda negras que asomaban por debajo del vestido.

Apretó los puños en un esfuerzo por no tocar su piel cremosa, y tuvo que esforzarse más aún cuando ella volvió a darse la vuelta hacia él y le permitió bajarle el vestido para quitárselo por las piernas.

Se quedó solo con las bragas negras; el envoltorio perfecto para aquellos

pechos desnudos. Pechos respingones coronados por unos pezones rosados y erectos bajo la intensidad de su mirada.

Eva era hermosa por todas partes, y Markos sentía dolor solo con mirarla, solo con respirar el sensual perfume de su piel.

—¿Markos? —dijo ella mirándolo con incertidumbre.

Markos respiró profundamente antes de agacharse ligeramente para poder tirar de las sábanas y taparla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eva. Markos se sentó en el borde de la cama y le apartó el pelo de las sienes.

—Me gustaría mucho darte un beso de buenas noches, si te parece bien.

–¿De buenas noches?

–Creo que ya has tenido bastante excitación por una noche, ¿no te parece?

–le dijo él con una sonrisa amable.

Eva no habría llamado «excitante» al rato que había pasado en casa de Jonathan aquella noche, ni a la explosión de emociones que se había producido después. Tampoco compararía esas cosas con la emoción de imaginarse haciendo el amor con Markos.

–No lo comprendo.

–Esta velada no ha sido agradable para ti, y creo que estaría mal por mi parte aprovecharme de ti. Por tanto...

–Pero ahora estoy bien –protestó ella.

–No estás bien, Eva –insistió él

mientras le acariciaba la frente.

Pero sí que estaba bien, más que bien. Tanto que no podía describir la euforia que sentía por haberse liberado del pasado.

—Tal vez seas tú el que ha cambiado de opinión sobre acostarte conmigo después de haberme visto hacer el ridículo esta noche.

—No he cambiado de opinión sobre desear hacer el amor contigo, Eva —le aseguró—. Pero, como ya te he dicho, preferiría no aprovecharme del hecho de que no te encuentras del todo bien.

Eva lo miró inquisitivamente. La sinceridad de su expresión era inconfundible.

—Esa caballerosidad no ayuda a tu

reputación de mujeriego, lo sabes, ¿verdad? –bromeó.

–Lo que hay que recordar de las reputaciones es que las crean otras personas que no son la persona cuya reputación queda en entredicho.

Sí, era cierto. Y el hombre que Donna le había descrito no habría dudado en aprovecharse de ella.

Lo cual la dejó más confusa que nunca con respecto al enigma que suponía para ella Markos Lyonedes.

–Si no tienes intención de hacer el amor conmigo, entonces ¿por qué me has desnudado y me has metido en la cama?

–Porque estás emocionalmente exhausta y necesitas dormir.

–Podría haberme ido a casa a dormir.

–Y mañana será otro día –continuó Markos como si ella no hubiese hablado.

Eva se rio suavemente.

–¡Se supone que eres Rhet Butler, no Escarlata O’Hara!

Él se encogió de hombros.

–Lo que importa es el sentimiento, no quien lo diga.

Sí, era cierto, y la consideración de Markos al no hacerle el amor esa noche había logrado poner sus emociones del revés.

–¿Dónde vas a dormir tú?

–Hay otros tres dormitorios que puedo utilizar.

–¿Y si yo prefiriera que te quedaras conmigo?

Markos tomó aliento.

–¡Yo preguntaría qué he hecho para merecer esta tortura!

–Has sido todo un caballero –le aseguró Eva con firmeza–. Y, si alguna vez me encuentro con tu tía Karelia, le diré que ha hecho un gran trabajo contigo.

–Me alegra oír eso –respondió él–. Y ahora creo que es hora de que me des un beso de buenas noches y duermas un poco –añadió.

Eva estaba deseando darle un beso de buenas noches, pero, al mismo tiempo, no sabía si podría dormir después de

haberlo hecho.

—Y yo voy a regresar a la sala de estar para terminarme la copa de brandy antes de darme una ducha muy larga y muy fría.

La tensión de su sonrisa indicaba el esfuerzo que estaba realizando para no hacer el amor con ella cuando agachó la cabeza para besarla.

Eva le rodeó el cuello con los brazos cuando sus bocas se encontraron. Puso todas sus emociones en aquel largo beso. El cariño que sentía por Markos. El deseo. El anhelo. Pero sobre todo la alegría por haberse liberado al fin del pasado y ser capaz de sentir todas esas cosas...

Por Markos.

Markos se apartó de los labios tentadores de Eva, respirando entrecortadamente, y le desenredó los brazos del cuello.

—Ya basta —susurró al ver que ella dejaba las manos sobre su torso desnudo—. Por favor, Eva, sinceramente espero ser un caballero, pero sé que no soy un santo.

Ella lo miró con los labios hinchados y los ojos oscurecidos por el deseo.

—Buenas noches, Markos —le dijo con voz seductora.

Markos se puso en pie muy rápido para no rendirse a la tentación de destaparla y saborear sus deliciosos pechos desnudos.

–¡Creo que voy a necesitar más de una copa de brandy para poder dormir!
–exclamó mientras se apartaba de la cama... y de Eva.

–Ya sabes dónde estoy si no lo consigues –le dijo ella con una sonrisa enigmática.

Markos se pasó una mano por el pelo.

–No me ayudas, Eva.

–Creo que no intentaba ayudarte –contestó ella riéndose. Se adivinaron sus pechos bajo la sábana cuando se estiró hacia delante antes de volver a recostarse en la cama, sin dejar de mirar con ojos traviosos la erección bajo los pantalones de Markos.

–¡Malvada! –murmuró él.

–¡Aguafiestas! –respondió ella.

–Estaré encantado de recordarte ese comentario por la mañana.

–¿Lo prometes?

Markos respiró profundamente y se quedó mirándola durante varios segundos antes de darse la vuelta para dirigirse hacia la puerta del dormitorio. Se detuvo en el umbral para mirarla una última vez.

–¡Tal vez sea buena idea que bloques la puerta con todos los muebles que seas capaz de mover!

–No soy yo quien huye...

No, era él. Y se arrepintió enormemente al regresar a la sala de estar. Ni siquiera dos copas de brandy

fueron suficientes para hacerle olvidar que una Eva desnuda y receptiva se encontraba al final del pasillo.

–Estás...

–Horrible –concluyó Markos secamente al levantar la cabeza desde el otro lado de la cocina y mirar a Eva, que estaba de pie en la puerta–. Mientras que tú estás... –«increíblemente sexy», pensó al verla con su bata de seda negra, que le llegaba casi hasta los tobillos, y con el pelo revuelto sobre los hombros–descansada –dijo en su lugar.

–¿Has dormido con esa ropa? –preguntó Eva mirando la camisa blanca arrugada y los pantalones negros que

había llevado puestos la noche anterior.

—¡No he dormido en absoluto! —
contestó Markos.

Tras ducharse la noche anterior y darse cuenta de que toda su ropa estaba en el dormitorio donde Eva dormía, había tenido que volver a ponerse la ropa que había llevado esa noche. Después había regresado y se había sentado en uno de los sillones para contemplar el cielo nocturno mientras iba cambiando lentamente de negro a gris, y finalmente a naranja cuando había empezado el nuevo día.

—Tal vez debas irte ahora a la cama...
—sugirió Eva.

—¿Un café? —se levantó del taburete en el que estaba sentado junto a la barra del

desayuno y atravesó la estancia en dirección a la cafetera que había preparado minutos antes—. ¿Leche?

Eva se detuvo un instante a contemplar la espalda de Markos, antes de cruzar la cocina con los pies descalzos, sabiendo por su actitud y su expresión taciturna antes de darse la vuelta que cualquier insinuación íntima iba a tener que salir de ella.

Deslizó los brazos por su cintura por detrás y apoyó la cabeza en su espalda.

—Era una invitación para que vinieras a la cama conmigo, Markos.

Él respiró profundamente, pero no se dio la vuelta.

—¿Estás segura?

–Muy segura...

–Si me voy a la cama contigo ahora, debería advertirte que no será con la intención de dormir.

–Sinceramente espero que no.

Markos dejó caer sobre la encimera la cuchara que iba a usar para remover la leche, se dio la vuelta y la tomó entre sus brazos antes de devorar sus labios.

Era imposible describir la ferocidad de la pasión que estalló entre ellos cuando Markos enredó las manos en su pelo mientras se besaban; era una batalla de lenguas, con la respiración entrecortada en el silencio del apartamento.

Eva dejó de respirar al sentir la mano

de Markos en el pecho, y su pulgar acariciándole el pezón. Sintió un placer inmediato que recorrió todo su cuerpo y arqueó la espalda para aumentar la presión de sus caricias.

Markos abandonó sus labios y deslizó la boca por su mejilla hacia el cuello. Ella gimió cuando él le abrió la bata de seda y se metió el pezón en la boca.

Eva se aferró a sus hombros y caminó hacia atrás hasta apoyarse contra la barra de la cocina. Sintió que iban a fallarle las piernas cuando Markos le agarró el otro pecho con la mano. Miró hacia abajo y contempló el contraste de su piel clara contra la piel bronceada de él mientras le succionaba el pezón con la boca. Ver como Markos les rendía

homenaje a sus pechos era la cosa más erótica que había hecho jamás.

Le quitó la camisa desabrochada por encima de los hombros y dejó que la prenda cayese al suelo. Tenía unos hombros tan anchos...; mucho más anchos de lo que parecía bajo la camisa, y más musculosos. Prueba de que Markos no pasaba todo su tiempo tras un escritorio. Los músculos de su espalda se flexionaron con placer cuando Eva deslizó los dedos por su columna.

—Eres precioso, Markos... —susurró.

Él se rio con suavidad, y las reverberaciones de esa risa recorrieron el cuerpo de Eva desde el pezón hasta su lugar más húmedo entre los muslos antes

de que la soltara con reticencia. El calor de su aliento parecía frío sobre la piel humedecida de su pecho cuando habló.

—Ellas sí que son preciosas —murmuró antes de empezar a besarle los pezones—. Y tú eres preciosa, Eva. Toda tú.

—Aún no me has visto entera...

—Pero voy a hacerlo.

—¿Aquí? —preguntó ella mirando a su alrededor.

Markos le dirigió una sonrisa traviesa al ser consciente también de dónde estaban.

—Es tentadora la idea de tumbarte encima de la barra del desayuno y hacer de ti el festín, pero no, creo que prefiero que estemos cómodos en la cama la

primera vez que hagamos juntos el amor.

–¿La primera vez? –repitió Eva con voz rasgada.

–No tienes ni idea de la cantidad de lugares y la cantidad de formas en las que me he imaginado haciendo el amor contigo durante mis largas noches en vela.

Ella se sonrojó.

–Demuéstramelo –le dijo.

–¡Eso pienso hacer! –le aseguró Markos con decisión. Deslizó un brazo por debajo de sus rodillas y el otro por sus hombros antes de levantarla y salir de la habitación.

Eva le rodeó el cuello con los brazos. No se sentía cohibida en absoluto, a

pesar de que la bata de seda estuviese abierta y sus pechos y sus muslos hubieran quedado al descubierto, pues sabía que llevaba deseando que Markos le hiciera el amor desde la noche anterior.

Tal vez desde que mirase a su alrededor en aquel hotel y lo viese observándola abiertamente...

Capítulo 9

Markos dejó a Eva lentamente sobre la moqueta antes de desatarle el cinturón, quitarle la bata y dejarla caer al suelo. Contuvo la respiración al contemplar su delicioso cuerpo desnudo: hombros delicados, pechos voluptuosos, cintura estrecha, caderas curvilíneas cubiertas por unas bragas de encaje y seda, y unas piernas largas y firmes...

Volvió a mirarla a la cara y vio que la expresión de incertidumbre había vuelto.

Había tensado los hombros, como si estuviera esperando un golpe.

—Eres preciosa, Eva —le aseguró Markos—. ¡Y cualquiera que te dijera lo contrario es un idiota! —añadió. No tenía intención de pronunciar el nombre de Jack Cabot Grey, aunque sabía que él era la razón por la que Eva se sentía insegura con su cuerpo—. Un idiota y un imbécil. ¡Y yo pienso adorar cada centímetro de tu cuerpo!

Eva resplandecía, se sentía hermosa bajo la mirada de Markos.

—¿Puedo terminar de desnudarte?

Markos pareció dejar de respirar durante varios segundos antes de asentir abruptamente.

—Por favor... —respondió dando un

paso atrás.

Eva nunca se había considerado una *femme fatale*. ¿Cómo iba a hacerlo si solo había hecho el amor con un hombre en su vida, y eso se había convertido más en una tarea que en algo divertido? Pero había algo deliciosamente perverso en desabrocharle el cinturón a Markos. Su erección presionaba contra la cremallera mientras se la bajaba y dejaba al descubierto unos boxers negros. Eva se arrodilló mientras él terminaba de quitarse los pantalones.

—¡Eva! —exclamó Markos agarrándola de los hombros—. No estoy seguro de que...

—¡Oh, Dios! —Eva le había quitado ya

los boxers negros y había dejado libre su miembro erecto. Se humedeció los labios con la punta de la lengua antes de agachar lentamente la cabeza.

Markos aguantó la respiración y estuvieron a punto de fallarle las piernas al sentir la humedad de su lengua deslizándose por su erección antes de meterse su miembro por completo en la boca.

Era una tortura. Una agonía. ¡De lo más excitante!

Un éxtasis delicioso que disfrutó mientras pudo sin alcanzar el clímax.

—¡La próxima vez, Eva! —murmuró con los dientes apretados mientras se apartaba de ella—. Ahora necesito estar dentro de ti, antes de volverme loco del

todo.

Estiró los brazos para levantarla del suelo antes de tumbarla sobre las sábanas y acomodarse junto a ella, con los muslos entrelazados mientras se besaban.

Markos devoró sus labios una y otra vez mientras acariciaba sus pechos. La pasión aumentó hasta el extremo antes de que él abandonara su boca para reclamar de nuevo sus pezones, besándolos y mordisqueándolos mientras Eva gemía de placer.

Sentía como si su piel fuese de terciopelo mientras Markos acariciaba sus caderas y deslizaba la mano bajo sus bragas. Encontró con los dedos su punto

más sensible y la respuesta de Eva fue instantánea mientras le acariciaba el clítoris, antes de introducir un dedo entre sus pliegues húmedos.

Él gimió cuando Eva empezó a levantar las caderas para adaptarse al ritmo de sus dedos; su respiración se iba volviendo entrecortada mientras su placer aumentaba.

Eva no creía haber experimentado nunca un placer tan ardiente y desenfrenado. Se sentía realmente hermosa en brazos de Markos mientras él adoraba cada centímetro de su cuerpo, y su placer había escapado ya de todo control cuando sintió su lengua en ella.

—¡Oh, Dios, Markos! —exclamó al

notar sus manos en sus pechos, pellizcándole los pezones con la cantidad justa de presión entre placer y dolor. Aquel calor volcánico se acercaba rápidamente al clímax y recorría su cuerpo como si fuera lava ardiente.

—Quiero saborearte cuando llegues al orgasmo —le dijo él, y se deslizó sobre su cuerpo hasta quedar tumbado entre sus muslos, devorándola con los labios.

—¡Markos! —exclamó Eva cuando su placer se intensificó hasta un grado insoportable. Sintió las sacudidas de placer recorriendo su cuerpo y cerró los ojos mientras hundía los dedos en la sábana. Markos se negó a soltarla hasta

haber extraído todo su placer—. ¡Dios mío! —y se dejó caer sobre las almohadas con una sonrisa somnolienta mientras estiraba los brazos hacia él—. Ven aquí.

Markos fue cubriéndole de besos el cuerpo.

—Ahora puedo decir con total seguridad que eres preciosa por todas partes —le aseguró.

—Quiero sentirte dentro de mí, Markos. Te necesito dentro de mí —le susurró Eva—. Por favor.

Markos se carcajeó satisfecho mientras se colocaba encima, pero su sonrisa se esfumó cuando Eva deslizó la mano entre ellos y agarró su miembro para guiarlo. Gimió al penetrarla

lentamente, centímetro a centímetro, hasta estar por completo dentro de ella.

Y ese fue el momento en el que Markos perdió el control. Capturó su boca con la suya y comenzó a embestirla con fuerza, una y otra vez, sintiendo la rigidez de sus músculos en torno a su miembro.

Apartó la boca y gimió al notar sus manos acariciándole la espalda. De pronto le clavó los dedos en la piel y los temblores de su cuerpo le indicaron que estaba a punto de alcanzar el clímax por segunda vez.

Y en esa ocasión Markos pensaba dejarse llevar con ella.

La embistió con más fuerza, se dejó

llevar por completo y alcanzó un orgasmo largo y satisfactorio que le llegó hasta el alma; además su placer fue mayor al saber que había llevado a Eva consigo entre gemidos de placer.

—Vaya.

Markos apoyó la cabeza entre sus pechos y ambos se quedaron allí tumbados, respirando entrecortadamente tras aquella pasión tan asombrosa.

Para Eva sin duda había sido asombrosa y, a juzgar por la exclamación de Markos, él sentía lo mismo.

—¿Ha merecido la pena pasar una noche en vela por esto? —le preguntó ella.

—Desde luego —le aseguró Markos,

sabiendo que no había habido fantasmas del pasado entre ellos aquella mañana; solo ellos dos haciendo el amor. Había sido un sexo tan tierno, con un placer intenso que Markos jamás había experimentado.

Eva se tensó entre sus brazos.

—Markos...

—Creo que, si quiero que pasemos el día entero en la cama, es hora de darte algo de comer —dijo él, se incorporó y se levantó de la cama.

—¿El resto del día? —repitió ella.

Markos se rio ante la mezcla de sorpresa y anticipación que pudo ver en sus ojos dorados.

—No pensarías que iba a dejarte

marchar después de hacer el amor contigo solo una vez, ¿verdad? – preguntó mientras se agachaba para recoger su bata negra del suelo.

–Hace tiempo que no puedo pensar en nada... –respondió ella.

–Bien –él asintió satisfecho al darse la vuelta y mirarla con los ojos cargados de deseo–. Primero la comida –insistió con firmeza antes de dejar la bata sobre la cama y salir desnudo del dormitorio.

Eva se quedó allí tumbada durante varios minutos, disfrutando de la sensación de plenitud física mientras se estiraba y notaba sus músculos doloridos.

Hacer el amor con Markos no se parecía a nada de lo que hubiera sentido

antes. Era lo más erótico y placentero que había experimentado con un hombre.

No tenía sentido no ser sincera consigo misma llegados a ese punto de su vida. El único hombre con el que se había acostado aparte de Markos era Jack. Y el sexo con él había estado más centrado en su placer que en el de ella. Mientras que con Markos...

No debía permitirse magnificar lo que estaba teniendo con él.

A no ser que deseara acabar tan destrozada como su prima Donna cuando terminara aquello, fuera lo que fuera lo que tenían.

Ella era una mujer independiente y sofisticada de veintinueve años. Eso era

lo que había llamado la atención de Markos. No importaba lo maravilloso que hubiera sido el sexo entre ellos, pues sin duda él no querría que esa mujer sofisticada e independiente acabara dependiendo de él.

«Acéptalo como lo que es», se dijo con firmeza mientras se levantaba de la cama para ir al cuarto de baño. Era un sexo maravilloso y un buen rato para los dos. Esperar cualquier cosa más de él sería completamente inaceptable.

Tener sentimientos por Markos no era una opción...

—¿Así que de pequeño pasabas casi todos los veranos en la isla familiar en

el mar Egeo?

Markos asintió. Eva y él estaban totalmente relajados, sentados a la barra del desayuno comiendo croissants calientes con miel y bebiendo café.

—Drakon y Gemini están allí ahora de luna de miel.

Eva suspiró con melancolía.

—Suenan tan idílico...

Markos arqueó una ceja.

—Mencionaste que tu infancia no fue tan idílica, ¿verdad?

Eva se encogió de hombros, y el movimiento hizo que Markos se fijara en sus pechos, que podían adivinarse bajo la bata de seda.

—Mis padres no deberían haberse casado nunca, y probablemente no lo

habrían hecho si mi madre no hubiera estado ya embarazada. Sobra decir que no volvieron a cometer ese mismo error, y por eso soy hija única.

Markos frunció el ceño.

–Pero ¿tienes más familia?

–Una tía y un tío... –Eva bajó la mirada y empezó a desmigajar un croissant– un par de primos. Y no solemos reunirnos mucho. No he vuelto a Inglaterra ni una sola vez en los últimos siete años.

Al contrario que la familia Lyonedes. Había habido más de trescientos invitados en la boda de Drakon y Gemini el mes anterior, y casi todos habían ido por parte del novio.

—No puedo imaginarme lo que debe de ser no tener una gran familia —dijo él.

—No está tan mal —contestó Eva—. Para empezar, no somos suficientes para tener una gran crisis familiar.

—La familia Lyonedes también es inestable —le aseguró Markos.

—Debe de ser por vuestra herencia mediterránea ardiente —bromeó ella, aunque se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho—. Quería decir que...

—Sé lo que querías decir, Eva —contestó Markos riéndose al ver su rubor. Era una cualidad entrañable en una mujer de casi treinta años que había estado casada, que había vivido en nueva York durante siete años y que

llevaba su propio negocio de diseño de interiores—. Y creo recordar que dijiste que Drakon te pareció frío cuando lo conociste.

Eva empezaba a desear no haber mencionado esa conversación en particular.

—Después de lo de anoche, te habrás dado cuenta de que se me da muy mal juzgar a los hombres... ¡Oh, Dios mío! —exclamó al ver que Markos arqueaba una ceja—. No me refería a ti al decir eso. Lo que intentaba decir es que... —se interrumpió y frunció el ceño cuando Markos empezó a reírse—. ¡No es divertido!

—No podría estar más de acuerdo —seguía sonriendo cuando se puso en pie

y rodeó la barra de la cocina hasta quedarse junto a ella—. Obviamente tengo que llevarte de vuelta a la cama y refrescarte la memoria sobre lo poco fría que es mi personalidad.

Le ofreció la mano. Estaba increíblemente guapo con el pelo revuelto, sin afeitarse y con aquella camiseta negra ajustada que realzaba los músculos de su torso y de su abdomen.

—¿Tan pronto? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Markos la miró inquisitivamente.

—¿Preferirías no hacerlo?

—¡Yo no he dicho eso! —protestó Eva. Se le habían endurecido los pezones bajo la bata y de nuevo volvía a sentir la

humedad entre los muslos—. Simplemente me sorprende que tú... bueno, que...

—¿Qué pueda desearte de nuevo tan pronto? —sugirió Markos—. Vuelve a la cama, Eva, y deja que te muestre lo mucho que te deseo.

Eva se sintió algo cohibida al darle la mano y levantarse para acompañarlo de nuevo al dormitorio. Era un sentimiento ridículo, teniendo en cuenta la intimidad que habían compartido antes.

La intimidad que estaban a punto de volver a compartir...

—¡Puede que consigas matarme de placer, Eva! —exclamó Markos cuando

ella se dejó caer encima de él largo rato después.

—No es mi intención, te lo aseguro — contestó carcajeándose contra su torso sudoroso. Había perdido la cuenta de las veces que Markos le había provocado un orgasmo; antes de que ella lo aprisionara contra la almohada y le hiciera el amor, primero besándole el torso y el abdomen, después bajando lentamente para meterse su miembro en la boca. Lo había acariciado y lamido hasta que Markos le había rogado que parase. Entonces se había sentado a horcajadas encima de él y había dejado que la penetrara centímetro a centímetro para conducirlos a ambos a una explosión de placer.

Markos la rodeó con los brazos y se giró hacia un lado para llevarla consigo.

–¿Cuáles son tus intenciones hacia mí? –preguntó con voz rasgada.

Eva sintió un vuelco en el corazón al abrir un párpado para mirarlo.

–Totalmente deshonrosas, te lo aseguro –le dijo.

Markos se sintió algo decepcionado por su respuesta, incluso aun teniéndola entre sus brazos y con la intención de que fuera así el resto del día. ¿Y al día siguiente? Sería otro día, como él mismo había asegurado.

–¿Markos?

–Vamos a dormir y ya hablaremos más tarde –le dijo él con una sonrisa

relajada, y le apoyó la cabeza sobre su hombro antes de recostarse sobre las almohadas.

—¿Hablar de qué? —preguntó ella.

—De lo que haga falta hablar —contestó él antes de cerrar los ojos con ella entre sus brazos.

Eva se quedó despierta durante un rato después de que él se quedara profundamente dormido; no era sorprendentemente, teniendo en cuenta que había confesado no haber dormido nada la noche anterior y después habían estado haciendo el amor salvajemente.

Y durante aquellos encuentros sexuales y maravillosos, Eva había perdido todas sus inhibiciones mientras Markos la tocaba y la besaba donde

nadie antes la había tocado ni besado.

Se sentía... extasiada. Saciada. Venerada. Y por una vez Eva pensaba no preocuparse por el día después.

Cuando se despertó no sabía si era de día o de noche, aunque el brillo del sol que entraba por la ventana del dormitorio parecía indicar que probablemente fuese domingo por la tarde.

Asombroso.

Nunca se había pasado un día entero en la cama con un hombre. Y no se trataba de cualquier hombre, sino de Markos Lyonedes.

Giró la cabeza sobre la almohada

para mirarlo, y sonrió al ver que Markos estaba haciendo justo lo mismo. Aquellos ojos verdes brillaban con admiración, su barba incipiente se había oscurecido y tenía el pelo revuelto sobre la frente.

–Buenas tardes –le dijo.

–¿Sabías que ronroneas mientras duermes? –preguntó él devolviéndole la sonrisa.

–¡Te lo estás inventando! –exclamó Eva con indignación y rubor en las mejillas.

–No me lo invento –le aseguró él mientras estiraba el brazo para acariciarle el pelo—. Parecías una gatita satisfecha.

Probablemente porque se sentía como

una gatita satisfecha. Satisfecha y a salvo.

¿A salvo?

¿Cómo podía sentirse a salvo cuando sabía que Markos era capaz de derribar cualquier barrera que ella hubiera levantado para proteger sus emociones?

Y sin embargo era así como se sentía; a salvo, protegida, incluso mimada. Algo poco sensato cuando se trataba de aquel hombre en particular. Eva mejor que nadie sabía lo efímeras que siempre habían sido las relaciones de Markos, y no tenía intención de encapricharse de un hombre que llenaba la vida de una mujer para después dejarla completamente vacía cuando se

marchaba. Ella ya había salido escaldada una vez en su vida. No necesitaba volver a...

—Estás pensando otra vez —le dijo Markos mientras le acariciaba el ceño fruncido—. Tal vez sea hora de comer un poco más...

—Buena idea —contestó ella con una sonrisa, aunque fue una sonrisa que no iluminó sus ojos—. Si no te importa, creo que iré a darme una ducha mientras tú buscas algo de comer.

Recogió la bata negra y se la puso de tal manera que Markos no pudo ver su desnudez antes de que se pusiera en pie para atarse el cinturón.

—No me apasiona la idea de irme a casa con una bata de seda negra en mitad

de la tarde –añadió arrugando la nariz.

Markos se quedó relajado y recostado sobre las almohadas, contemplándola con una rodilla doblada y levantada para disimular su erección. Nada más mirarla al despertarse y esa parte de su anatomía había cobrado vida.

–¿Quién ha dicho nada de irte a casa en mitad de la tarde? –le preguntó.

Eva lo miró y frunció el ceño con incertidumbre.

–Creo que ya he estado aquí suficiente tiempo, ¿no te parece?

Markos se encogió de hombros.

–No tengo planes para el resto del día. ¿Y tú?

–Bueno... no, no exactamente. Pero sí

que tengo cosas que hacer antes de trabajar mañana.

—¿Como por ejemplo?

—¿Y si me ducho y lo hablamos después? —preguntó ella—. De verdad, me gustaría refrescarme.

Dado que habían pasado casi veinticuatro horas desde que Markos se había duchado por última vez, podía entender perfectamente la necesidad de Eva.

—Encontrarás un cepillo de dientes extra en el mueble del cuarto de baño.

Eva arqueó las cejas con actitud burlona.

—¿De verdad?

Markos pudo ver enseguida lo que estaba pensando.

—También hay una cuchilla de afeitar extra, pero no debes sacar conclusiones precipitadas.

—¡Muy gracioso! —contestó ella con las mejillas sonrojadas.

Markos volvió a encogerse de hombros.

—Por si acaso te lo estabas preguntando.

—¡No me lo preguntaba!

Markos sabía que sí lo hacía.

—Desde que nos conocemos, ¿qué he hecho para darte la impresión de que suelo traer a mujeres a pasar el fin de semana en mi apartamento? —le preguntó, y se apoyó sobre un codo para mirarla con los párpados entornados.

Nada desde que se conocían, admitió Eva. Durante aquella última semana había ido exclusivamente detrás de ella. Pero no podía olvidar su reputación con las mujeres cuando decidía que ya no quería tenerlas en su vida. Como con su prima Donna.

—Nada en absoluto —respondió—. ¿El baño está por aquí? —señaló la puerta cerrada a la derecha del dormitorio.

Markos negó con la cabeza.

—Es el vestidor. Donde encontrarás varias de mis camisas si no quieres volver a ponerte el vestido.

Eva se tensó al pensar en lo íntimo que resultaría vestirse con una de las camisas de Markos.

–Eh... no. Estoy bien con el vestido, gracias.

Markos siguió mirándola durante varios segundos antes de asentir con la cabeza.

–En ese caso, el cuarto de baño está allí –dijo señalando la puerta cerrada de la izquierda.

Eva evitó su mirada penetrante mientras recogía el vestido del suelo, donde había caído la noche anterior; sin duda iba a volver a casa con un vestido de seda muy arrugado.

–Gracias –dijo con la barbilla levantada mientras abandonaba el dormitorio.

Markos se quedó tumbado en la cama

durante varios minutos más, escuchando el sonido de la ducha. Una parte de él, la parte más dura, deseaba salir de la cama y reunirse con ella bajo la ducha para volver a hacer el amor, pero su parte más cautelosa le advirtió de que Eva necesitaba unos minutos de soledad, de que aquella actitud cohibida que había mostrado dos veces a lo largo del día indicaba que no era propio de ella pasar el día entero en la cama con alguien.

Leyendo entre líneas en lo que Eva no le había contado la noche anterior, Markos podía imaginar que su matrimonio con Jack Cabot Grey no había sido un camino de rosas. Hasta el punto de que a Eva le había costado un gran esfuerzo compartir intimidad con

alguien desde su divorcio.

Markos frunció el ceño cuando la música de Mozart interrumpió sus pensamientos. El sonido procedía del interior del bolso de Eva, que estaba tirado sobre el mueble situado junto a la cama, y obviamente se trataba de su teléfono móvil.

Miró hacia la puerta del cuarto de baño y se preguntó brevemente si debería ir a decirle a Eva que estaba sonando su teléfono. Pero desechó la idea al recordar que Eva prácticamente había salido huyendo del dormitorio... de él. El ruido del agua indicaba que ella seguía bajo la ducha. Si la llamada era importante, la persona dejaría un

mensaje o volvería a llamar.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la música cesó. Como había imaginado, fuera quien fuera volvería a llamar.

Y Mozart comenzó a sonar una segunda vez.

O la persona era muy insistente o se trataba de una emergencia. Tras el comentario de despedida de Jack la noche anterior, Markos podía imaginarse quién era la persona que llamaba y, si Eva hablaba con su exmarido en aquel momento, sin duda eso haría que se fuese antes. Pero, si se trataba de una emergencia...

Decidió que contestaría a la llamada y ya soportaría más tarde las críticas de

Eva por haberlo hecho.

El nombre de la persona que aparecía en la pantalla del móvil de Eva hizo que se le desencajaran los ojos por la sorpresa.

Capítulo 10

Eva se sentía algo extraña al entrar en la cocina media hora más tarde. Tenía el pelo todavía húmedo de la ducha y no llevaba maquillaje, aunque había aceptado la invitación de Markos y se había puesto una de sus camisas. Se sentía menos expuesta llevando la camisa encima del vestido a modo de chaqueta, remangada hasta los codos.

Obviamente Markos había estado ocupado en su ausencia. Sobre la barra del desayuno había una ensalada y una

selección de quesos, y a juzgar por su pelo húmedo y su barbilla afeitada, también se había dado una ducha en alguno de los cuartos de baño del apartamento. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta blanca ajustada que enfatizaba su torso musculoso y el bronceado natural de su piel. Parecía más succulento que la comida.

No era eso lo que Eva deseaba sentir tras decidir aquel día que iba a ser sofisticada e independiente con todo aquello, en vez de intentar convertirlo en algo que no era. Al menos en lo referente a Markos. Ya tendría tiempo de decidir cómo se sentía cuando estuviese a salvo en su propio apartamento.

La mirada cautelosa de Markos cuando puso una cesta con pan recién hecho en la barra antes de sentarse confirmó que Eva tenía que comportarse con sofisticación y tranquilidad.

—¡Tiene todo una pinta deliciosa! — exclamó ella al sentarse enfrente—. Comeré un poco y después me iré.

—Creía que primero íbamos a hablar — contestó él, aún con expresión cautelosa.

Eva evitó su mirada penetrante mientras partía un pedazo de pan.

—No soy de las que les gusta analizarlo todo después, ¿y tú? —le dijo—. Nos lo hemos pasado bien juntos. Dejémoslo ahí.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó él.

—¿Perdón?

Markos apoyó los codos en la barra y se quedó mirándola fijamente.

—Mientras estabas en la ducha te han llamado por teléfono.

—¿Y tú has respondido? —si Jack había cumplido su amenaza de mantenerse en contacto...

—No —contestó él con los párpados entornados—. He decidido no hacerlo tras ver quién te llamaba.

Eva se humedeció los labios, que de pronto se le habían quedado secos.

—¿Y...?

—Y parece que se te ha olvidado mencionar que tenemos a alguien en común.

–¿Ah, sí?

–Sí.

Ella negó con la cabeza.

–Me temo que vas a tener que ser un poco más explícito si quieres que sepa de lo que estás hablando.

Markos se puso en pie de golpe, demasiado inquieto para seguir allí sentado por más tiempo.

–Siento curiosidad por saber por qué no has mencionado que conoces a Donna Cresswell; la mujer que, sin duda, sabrás que era mi ayudante personal en Londres hasta hace unas semanas.

–Ah.

–Sí... ah –repitió Markos.

Decir que a Markos le había

sorprendido reconocer el nombre de la mujer que llamaba a Eva era quedarse corto. Esa mujer había sido su ayudante personal; ayudante personal que se había visto obligado a despedir en condiciones poco agradables.

La evidente angustia de Eva pareció confirmar su sospecha de que era esa la razón por la que había cancelado dos citas con él previamente, y también la razón por la que se había dirigido a él con tanto desprecio la noche que se habían conocido en la fiesta del senador Ashcroft. También sospechaba que existía la posibilidad de que Donna Cresswell le hubiese contado a su amiga Eva una versión diferente de los hechos acaecidos seis semanas atrás.

–¿Sois amigas? –le preguntó.

Ella tragó saliva antes de contestar.

–Primas.

¿Primas? ¿Eva y la maquiavélica Donna Cresswell eran primas?

–Creía que habías dicho que tu familia no estaba unida.

–Y no lo está –respondió ella.

–A excepción de tu prima Donna y tú, ¿no?

–No estamos lo que se dice unidas. Nos veíamos mucho de niñas, pero ya no tanto.

–Aun así estáis lo suficientemente unidas para llamaros regularmente por teléfono.

–Ocasionalmente –le corrigió ella

distraídamente.

—¿Y tu prima no te mencionó el nombre de su jefe durante alguna de esas llamadas ocasionales?

—¡Claro que te mencionó! —exclamó Eva.

—¿Y qué dijo de mí, exactamente? A juzgar por tu actitud inicial hacia mí, nada bueno, supongo.

—Teniendo en cuenta que las cosas acabaron tan mal entre vosotros...

—¿Mal? —repitió él—. Tuve que despedir a tu prima por comportarse de manera poco profesional y poco aceptable conmigo.

Eva frunció el ceño.

—Cierto que Donna debería haber tenido más sentido común para no

enamorarse de ti, pero yo no llamaría a eso...

—Eva, no tengo ni idea de lo que te ha contado tu prima, pero, a juzgar por tu comentario, supongo que no te ha mencionado que no me hizo mucha gracia encontrarla desnuda en mi cama cuando regresé una noche a mi hotel.

—Si eso ocurrió realmente...

—¡Oh, te aseguro que ocurrió!

—Entonces estoy de acuerdo. No fue lo más sensato por parte de Donna.

Eva frunció el ceño, pues hasta ese instante no había sabido los extremos a los que había llegado su prima para revivir su relación con Markos. Aunque sí que le parecía el tipo de cosa que

haría Donna...

—Pero eso no es motivo para despedirla, cuando su comportamiento se debía a que estaba triste porque hubieras puesto fin a vuestra relación.

Él arqueó las cejas con incredulidad.

—No teníamos ninguna relación.

—¿Perdón?

—Tu prima y yo no tuvimos ninguna relación más allá de la profesional —le explicó Markos.

Eva lo miró inquisitivamente. El brillo de rabia de sus ojos y la tensión de su mandíbula fueron suficientes para asegurarle que Markos estaba diciendo la verdad. Al menos la verdad como él la veía...

—Markos, no eres el primer hombre

que comete el error de tener una aventura con una empleada que después acaba volviéndose incómoda cuando...

—Eva, ¿qué parte no has entendido de lo que acabo de decirte? —la interrumpió él—. Nunca he tenido ni tendré una relación personal con Donna Cresswell.

Eva parpadeó.

—Pero Donna dijo que...

—Después de las cosas que me gritó la noche que la despedí, puedo imaginarme bien lo que te dijo de mí, Eva —Markos comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la cocina—. Solo puedo decir, una vez más, que mis sentimientos hacia tu prima eran los de respeto y educación hacia una empleada. ¡Pero eso se acabó en

cuanto decidió meterse desnuda en mi cama!

Eva tragó saliva. Empezaba sentir náuseas.

—Pero...

—¿Sí?

¿Sería posible que Donna le hubiese mentido?

Las probabilidades eran tan altas que Eva sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Había visto a Markos siendo arrogante e incluso altivo, pero nunca lo había visto enfadado, como lo estaba en ese momento.

Tanto que apenas se parecía al hombre que tan bien la había tratado la noche anterior, ni al que había hecho el amor con ella aquel mismo día.

Pero ¿por qué razón se iba a inventar Donna que había tenido una relación con Markos Lyonedes?

Eva pensó en su infancia, en las ocasiones en las que Donna y ella habían estado juntas; esos fines de semana que ambas habían pasado con sus abuelos. Eva no había pensado en eso durante años, pero ahora recordaba que Donna siempre tenía que tener un juguete más grande o mejor que ella, o que siempre había asistido a una fiesta de cumpleaños más divertida o glamurosa.

Mejor. Más grande. Más glamurosa.

Y una relación con el carismático Markos Lyonedes siempre sería mejor

que el matrimonio de Eva con Jonathan Cabot Grey hijo.

–Donna me ha mentido –declaró.

–Oh, sí, desde luego que te ha mentido si te ha dicho que estuvimos juntos –confirmó Markos–. Lo que me gustaría saber es por qué esas mentiras han afectado a tu comportamiento hacia mí.

Eva lo miró sobresaltada.

–No lo comprendo...

–Claro que sí lo comprendes, Eva. Creo que tu relación con Donna Cresswell explica el pequeño juego al que jugaste conmigo al principio.

Ella se humedeció los labios con la punta de la lengua.

–Estaba predispuesta a que me

cayeras mal y a no confiar en ti, sí...

—¡Algo que dejaste más que claro! — exclamó Markos con el ceño fruncido al recordar que Eva, como la diseñadora Evangeline Grey, había cancelado dos citas con él en una semana. Se había mostrado desagradable con él la noche en que se habían conocido y había hecho un comentario críptico sobre su reputación. Haberse creído las mentiras de su prima sin duda explicaría ese comentario—. La pregunta, Eva, es qué sientes por mí ahora que nos hemos conocido mejor.

—¿Qué siento por ti?

—¡Sí! Ahora que hemos pasado tiempo juntos, que hemos hablado y hecho el

amor, ¿cuáles son tus sentimientos hacia mí?

Eva frunció el ceño, sabiendo que no podía negar que al principio se había comportado de manera mezquina, como Markos sospechaba. No tenía ni idea de en qué momento había dejado de despreciarlo y había empezado a gustarle, pero la noche anterior se había dado cuenta no solo de que le gustaba, sino de que además lo deseaba. Era un deseo al que ambos habían dado rienda suelta aquel día... varias veces.

Pero las probabilidades de que Markos se lo creyese, ahora que conocía su parentesco con Donna, eran prácticamente inexistentes.

Al menos lo eran si Eva no deseaba

humillarse por completo y decirle a Markos lo mucho que le gustaba; tal vez más que eso. Y esa era una de las cosas que tenía que pensar cuando estuviese sola en la privacidad de su apartamento.

Así que se obligó a sonreír y dijo:

—Creo que ya te he dicho que mis intenciones eran completamente deshonorosas.

—¿Igual que pensabas que eran las mías con respecto a las mujeres que han compartido mi cama en el pasado? Mujeres que, si les preguntaras, confirmarían que nunca les he hecho daño de manera deliberada. Da igual que los periódicos sensacionalistas han querido tergiversar la realidad. Desde

luego nunca me he comportado con ninguna de esas mujeres de la manera cruel que tu prima parece asegurar.

—Yo te creo...

—¿Me crees? —preguntó él con escepticismo—. ¿Realmente me crees, Eva? ¿O sigues creyendo que tus sospechas sobre mí estaban justificadas? ¿Lo suficiente, quizá, para decidir darme una dosis de mi propia medicina?

—¿Estás insinuando que me he ido a la cama contigo con la intención de... de...?

—No entiendo nada de lo que ha pasado hoy. ¿Por qué te has ido a la cama conmigo, Eva?

—No... —ella negó con la cabeza—. Anoche fuiste muy amable conmigo...

—¿Y siempre pasas el día en la cama con los hombres que son amables contigo?

Eva estaba pálida cuando respondió.

—Tampoco ha habido tantos.

—¿Hombres en tu cama? ¿U hombres que hayan sido amables contigo?

Ninguna de las dos cosas, pensó Eva, y se dio cuenta de que la conversación se había deteriorado hasta tal punto que ya no existían esperanzas de poder tener una relación juntos.

—¡Eva, hágame, maldita sea! — exclamó Markos con los puños apretados—. Ayúdame a entender qué ha ocurrido entre nosotros hoy.

Eva suspiró.

—¿No podemos aceptar que hemos cometido un error?

—¿Es eso lo que crees? —se quedó tan quieto como una estatua y la miró con los párpados entornados.

Ella asintió abruptamente mientras se ponía en pie, se quitaba la camisa y la dejaba caer al suelo.

—Es hora de irme.

—¿No tienes nada más que decir? —preguntó Markos mientras la miraba con rabia y frustración.

—Me he comportado mal, de manera poco profesional —respondió—. Aparte de eso, no sé qué más quieres que diga.

Markos quería que dijera que no se creía las mentiras que Donna Cresswell

le había contado sobre él, que le asegurase que había llegado a conocerlo por sí misma durante la última semana y que le había gustado lo que había descubierto sobre él. Que habían pasado el día en la cama porque le había gustado.

Pero la expresión cautelosa de Eva lo informó de que aquello nunca iba a suceder.

—Nada —dijo él—. Obviamente no hay nada más que puedas o quieras decirme.

Ella volvió a asentir.

—Por eso voy a recoger el bolso del dormitorio y a marcharme.

Hacía solo una hora, Markos había experimentado una sensación de bienestar que nunca había tenido con una

mujer. Pero esa sensación había quedado hecha pedazos con una simple llamada telefónica.

–Te acompañaré –le dijo.

–Puedo salir sola, Markos –le aseguró ella.

Markos apretó la mandíbula.

–El ascensor no funciona sin el código de seguridad, y lo mismo pasa con la puerta de fuera.

–Iré a por mi bolso –repitió ella con las mejillas sonrojadas por la respuesta.

Markos vio arrepentido como Eva salía de la cocina, pero sabía que estaba aún demasiado furioso para intentar arreglar las cosas entre ellos.

Si tal cosa fuese posible...

Eva aguantó las lágrimas hasta llegar al dormitorio de Markos. Una vez allí, no pudo contener sus emociones por más tiempo y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

¿Cómo podía acabar aquello tan mal?

¿Cómo podían separarse Markos y ella como si fueran desconocidos después de haber pasado horas haciendo el amor?

La respuesta era fácil. Porque ella había interpretado las llamadas telefónicas de Donna como una manera de mantener el escaso contacto familiar, en vez de recordar cómo era su prima realmente: una arribista que siempre había querido ser mejor que ella en

todo.

Había sido una tonta y una estúpida. Su comportamiento inicial con Markos no tenía excusa. Y tampoco fundamento.

Tampoco servía de nada decirse que debería haber desconfiado de Donna, que debería haber visto a Markos como el hombre que realmente era.

Pero ya era demasiado tarde.

Sí, Markos era un hombre extremadamente atractivo para las mujeres, y era una atracción de la que sin duda se había aprovechado durante los años. Pero también era un hombre de principios. Un hombre que se había mostrado protector y cariñoso con ella al venirse abajo en casa de Jonathan la noche anterior tras ver a Yvette

embarazada. El mismo hombre que le había permitido llorar sobre su hombro a pesar de creer que esas lágrimas se debían a que aún sentía algo por su exmarido. El mismo hombre que la había llevado a su apartamento, la había metido en su cama y la había arropado bajo la sábana.

El Markos mujeriego que Donna describía jamás se habría molestado en hacer ninguna de esas cosas, y mucho menos dejarla dormir sola en su cama porque no tenía intención de aprovecharse de ella en su estado emocional.

Eva no solo había sido tonta, sino además ciega y estúpida con respecto a

él.

Pero darse cuenta de aquello no cambiaba el hecho de que estaba a punto de abandonar su apartamento y que, con toda probabilidad, no volvería a verlo nunca.

Aun así, había algo que debía decirle antes de marcharse...

—Lo siento.

Markos estaba de pie frente a uno de los enormes ventanales de la sala de estar, contemplando el paisaje neoyorquino, pero se dio la vuelta para mirar a Eva y se dio cuenta de que seguía muy pálida.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó con

impaciencia.

Eva se encogió de hombros al entrar en la habitación y, en vez de mirarlo a los ojos, se quedó mirándole el pecho.

—No es excusa, pero obviamente estaba engañada con respecto a tu aventura con Donna... o más bien tu no aventura.

—¿Sí?

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

Él arqueó las cejas.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que debería?

—No —admitió ella antes de levantar la barbilla y mirarlo a los ojos—. Mis más sinceras disculpas por mi comportamiento hacia ti. Por mi falta de profesionalidad. No debería haberme

creído las mentiras de Donna. O al menos debería haberte dado el beneficio de la duda... como me pediste en varias ocasiones.

—Sí, deberías —respondió Markos.

—Y gracias por ser tan comprensivo ayer por la noche. Realmente fuiste muy amable.

—Quizá pienses que tenía motivos ocultos para ser tan amable y comprensivo —le dijo él con actitud desafiante—. Al fin y al cabo, finalmente he logrado llevarte a la cama. Lo cual encajaría a la perfección con lo que te han dicho de mí tu prima y los rumores.

Eva sabía que se merecía todo aquel desprecio, que no podría arreglar

aquella situación sin revelar cómo habían cambiado sus sentimientos hacia él. Tal vez ya supiera que Markos no era el bastardo frío y cruel con las mujeres que Donna le había dicho que era, pero tampoco era un hombre interesado en tener una relación emocional.

Así que asintió abruptamente.

—Me voy para que disfrutes del resto de tu día. Si quieres, puedes quedarte con los diseños y con las muestras de tela. Aunque otro diseñador probablemente preferiría hacer...

—No va a haber otro diseñador, Eva — le dijo él con firmeza.

—¿Has decidido no molestarte en cambiar nada?

—Al contrario. He decidido mantener

a la diseñadora de interiores que ya tengo.

Ella parpadeó confusa.

—Creo que no lo comprendo.

—Es bastante simple, Eva —Markos caminó hasta el centro de la habitación—. Ya he gastado bastante tiempo en conseguir los servicios de la esquiwa y célebre Evangeline Grey. Y no tengo intención de empezar de nuevo con todo el proceso.

Eva lo miró con recelo mientras se mordía distraídamente el labio inferior.

—¿Sigues queriendo que me encargue de rediseñar tu apartamento?

—No solo quiero que lo hagas, Eva. ¡Insisto en que lo hagas!

Y, a juzgar por el brillo intenso de sus ojos verdes, Eva sabía que pensaba hacerle la vida difícil durante todo el proceso.

—Markos, no creo que desees tenerme por aquí durante las próximas semanas, o meses, después de haber... Bueno, no creo que quieras —protestó ella.

—Al contrario. Creo que disfrutaría de la experiencia.

—¿La experiencia de verme abochornada cada vez que tenga que venir aquí?

Markos se encogió de hombros.

—Si ha de ser así, que así sea.

Aquella era una parte de su carácter que Eva no había visto antes. Su parte

arrogante y poderosa. La parte acostumbrada a dar órdenes y esperar que se cumplieran.

Hasta el momento de anunciar aquello, Markos no tenía ni idea de que había decidido seguir esa línea de acción. Pero tenía mucho sentido; Eva ya había hecho los primeros bocetos para el diseño de aquella habitación, y no le cabía duda de que diseñaría el resto del apartamento con el mismo éxito.

Además, no había decidido aún qué iba a hacer con Evangeline Grey exactamente.

Una parte de él deseaba estrangularla por haberse creído las mentiras de Donna Cresswell, pero otra parte de él

deseaba hacer el amor con ella. Y no tenía ni idea de cuál de esas emociones ganaría cuando se hubiera recuperado de la decepción que sentía en ese momento.

Hasta entonces, mientras esperaba a que esos sentimientos se asentaran, le parecía buena idea mantener a Eva donde pudiera verla.

A pesar de que su cuerpo ya hubiese tomado una decisión y deseara llevársela a la cama para hacerle el amor hasta dejarla sin fuerzas para poder marcharse...

—Quiero que comiences a trabajar en esta habitación de inmediato —le dijo—. Y me gustaría que me presentaras los diseños para el resto de habitaciones lo

antes posible.

–¿Para todas? –preguntó ella.

–Para todas.

Eva se sentía profundamente avergonzada por su comportamiento. Algo que no cambiaría después de llamar a la mentirosa de su prima cuando llegase a su apartamento.

Por el momento debía concentrarse en abandonar el apartamento de Markos con al menos parte de su orgullo intacto.

–Si estás seguro de que eso es lo que deseas...

–Así es.

–Bien –Eva asintió con firmeza mientras se daba la vuelta para irse.

–Ah, Eva...

–¿Sí?

—Después de tu falta de profesionalidad conmigo, espero disfrutar de tus servicios exclusivos durante las próximas semanas...

—Eso es impos...

—Y que me informes de inmediato si tuvieras más problemas con Cabot Grey —continuó él.

—¡No creo que eso sea asunto tuyo!

Markos atravesó la estancia hasta quedarse a pocos centímetros de ella.

—Después de lo de hoy, sí que es asunto mío —le dijo—. ¿Lo comprendes, Eva?

Oh, sí que lo comprendía... demasiado bien. Y le molestaba que Markos diera por hecho que, por haber

hecho el amor con ella, tenía derecho a saber algo sobre su vida privada.

Aunque en realidad no era una cuestión de haber hecho el amor o no. Eva no tenía ni idea de lo que habría ocurrido si Markos no hubiera estado con ella la noche anterior al darse cuenta de que la segunda esposa de Jack estaba embarazada; si no la hubiese apoyado delante de Jack y después en su apartamento.

—Si tengo algún problema con Jack, te lo contaré —respondió—. Ahora, ¿puedo marcharme?

—Por supuesto —contestó Markos con una sonrisa de satisfacción.

—Qué amable por tu parte.

—En el futuro, «amabilidad» será mi

segundo nombre –agregó él con tono burlón.

–Y yo que pensé que era arrogancia.

Markos se carcajeó.

–Estoy deseando volver a verte aquí mañana a las nueve en punto de la mañana.

Eva lo miró entonces con incertidumbre.

–Markos...

–A las nueve en punto de la mañana, Eva –repitió él con firmeza.

No importaba lo mucho que Eva deseara lo contrario, pues Markos sabía que las cosas entre ellos no habían terminado...

Capítulo 11

—¿Qué te parece? —Eva miró con incertidumbre a Markos, que estaba de pie en el umbral de la puerta de su sala de estar redecorada.

Markos creía que, durante las últimas tres semanas, había experimentado lo que era el infierno.

El infierno llevaba vaqueros y camisetas blancas, tenía el pelo largo, los ojos dorados y los labios carnosos, y olía a flores y a sensualidad.

Porque en eso se había convertido

Eva durante esas semanas. Una mujer profesional y directa que no se parecía en nada a la mujer con la que Markos había hecho el amor aquel domingo tan memorable.

La primera semana no había sido tan insoportable. Eva solo había aparecido por allí el lunes y el martes para tomar medidas.

La segunda semana había estado más presente y se había pasado todos los días por el apartamento para supervisar a su equipo de decoradores y para presentarle a Markos los diseños que había hecho para el resto de habitaciones.

Y cada vez que llegaba era Markos el que la recibía en el ascensor principal

antes de llevarla al apartamento.

Para cuando llegaron los muebles la tercera semana, Markos se había puesto en contacto con los de seguridad para que dejaran entrar a Eva en el edificio a cualquier hora, así como para que le dieran el código del ascensor privado que llegaba hasta su apartamento.

Todo para no tener que ver a la desconocida fría y distante en que se había convertido.

Aun así, cada vez que Eva estaba en el edificio, Markos sabía instintivamente que estaba allí; en su apartamento, justo encima de su despacho.

Se había sentido furioso y herido el día que había insistido en que

rediseñase el apartamento, y ahora había descubierto que era él quien estaba siendo castigado, pues cada día se veía obligado a sufrir su actitud fría y profesional.

Y no ayudaba el hecho de que, cada vez que entraba en su apartamento, sus sentidos se veían abrumados por la presencia de esa nueva Eva.

Podía ver su influencia en la sala de estar redecorada: las paredes color terracota decoradas con cuadros de las islas griegas, la moqueta del color del mar Egeo en verano, el tono óxido de los sofás y de los sillones adornados con cojines azules, verdes y amarillos...

Tanto colorido debería haber sido demasiado, pero en cambio servía para

llenar un hueco en su interior; un pequeño oasis de necesidad que era su amor por Grecia, un deseo que no sabía que existía hasta ver los colores de su país reflejados en esa estancia.

–Es... asombroso –le dijo.

–¿En el buen sentido o en el malo? –preguntó ella.

–En el bueno, por supuesto –entró en la habitación y permitió que los colores del Egeo lo invadieran y lo llenaran de la misma paz y tranquilidad que sentía cuando regresaba a Grecia. Que no era con la frecuencia que le hubiera gustado.

Eva suspiró aliviada al quitarse de los hombros el peso de aquella responsabilidad.

Seguía sin poder creerse que hubiera sido tan estúpida como para creer las mentiras de Donna. Aunque, en su defensa, sí que había empezado a dudar de la versión de su prima poco después de conocer a Markos en persona.

Pero lo cierto era que solo había dudado de la versión de Donna; nunca se le había ocurrido pensar que todo pudiera haber sido una invención de principio a fin. Cosa que, después de haber hablado con Donna por teléfono, ya sabía sin asomo de duda.

Aunque su prima no se había disculpado por sus mentiras; de hecho Donna parecía estar más enfadada con ella por lo que consideraba una

deslealtad a la familia al hacerse amiga de Markos.

¿Hacerse amiga?

Le costaba trabajo considerar como amistad los apasionados encuentros sexuales que había compartido con Markos.

–Me alegra que te guste –le dijo.

–Eso es quedarse corto –respondió Markos–. Hay que decir las cosas buenas cuando se merecen, Eva. Has hecho un trabajo fantástico con esta habitación.

–Esperemos que quedes igual de satisfecho con el resto del apartamento cuando esté terminado –murmuró ella evitando mirarlo a los ojos mientras buscaba su bolso.

—Tal vez podamos tomar una copa de champán para celebrarlo. Oh, vamos, Eva —agregó Markos cuando ella se volvió para mirarlo con sorpresa—. No puedo ser el primer cliente satisfecho que quiere brindar por un trabajo bien hecho.

Era el primer cliente satisfecho con el que Eva se había acostado.

El único hombre, aparte de Jack, con el que se había acostado en su vida...

Y Eva ya sabía con total seguridad que no había comparación entre ambos hombres. Jack había sido un amante egoísta, mientras que Markos era generoso.

Y esos recuerdos no ayudaban a

mantener una relación estrictamente profesional con él.

–De verdad que tengo que irme...

–¿Tienes una cita esta noche?

–No, claro que no –respondió ella molesta.

–¿Has sabido algo de Cabot Grey?

–He vuelto a hablar con Jack, sí – confirmó ella.

–Creía haberte dicho que me dijeras si...

–Si tenía algún problema con Jack. Y no lo tengo. Hemos hablado, nada más.

–¿De qué?

–Como ya te dije, no creo que sea asunto tuyo.

–Eso son tonterías. Soy quien te ayudó a recuperarte después de la última

conversación con tu exmarido, así que creo que sí es asunto mío.

—Creo que ya te he agradecido lo suficiente la ayuda que me prestaste ese fin de semana —contestó ella con las mejillas sonrojadas.

—Espero sinceramente que esa no fuera una referencia al sexo, Eva.

—¡Claro que no!

—¿No?

—Markos, ya te he dado las gracias varias veces por tu amabilidad la noche que volví a encontrarme con Jack en casa de su padre. Y por esa amabilidad me niego a discutir contigo ahora.

—Entonces ¿qué vas a hacer conmigo?

—¿Perdón?

—Te he preguntado qué vas a hacer conmigo, Eva.

—Lo siento, pero sigo sin entender qué quieres decir.

Markos se daba cuenta por su expresión de que realmente no lo comprendía; que, para ella, la suya era una relación estrictamente profesional.

—¿Es a eso a lo que te dedicas, Eva? ¿En esto te ha convertido tu matrimonio con Cabot Grey? ¿Tuviste también un par de citas con Glen, pasasteis la noche juntos y después te olvidaste de él por completo?

—Por supuesto que no —respondió ella—. Eso no es justo, Markos. Tú no solo flirteaste conmigo descaradamente

la noche que nos conocimos, sino que, al darte cuenta de quién era, te aseguraste de que no tuviera más remedio que ir a la cita contigo el lunes por la noche. Si alguien se olvidó de Glen fuiste tú.

—¿Acaso has vuelto a verlo desde esa noche?

—No —respondió ella.

—¿Por qué no?

Eva se estremeció al oír su tono frío.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

Markos arqueó las cejas. Su frustración interna durante las últimas tres semanas lo hacía estar decidido a obtener respuestas. Aunque fueran negativas.

—Porque, si no has estado quedando con él, ni has estado quedando conmigo,

me interesa saber a quién vas a ver esta noche, que tienes tanta prisa. ¿A tu exmarido, quizá?

—¡No seas ridículo! —Eva se había quedado blanca como la porcelana.

—¿Estoy siendo ridículo? —preguntó él.

—¡En lo referente a Jack, sí! Markos, tú estabas allí... presenciaste mi reacción al volver a ver a Jack.

—Presencié tu reacción al ver a su esposa embarazada. No es lo mismo.

No, no lo era, admitió Eva. No era lo mismo en absoluto.

Jack la había llamado por teléfono y habían acordado encontrarse en una cafetería. La conversación había sido

tensa e incómoda, pero, tras convencer a Jack de que no tenía interés en contarle a nadie que el bebé de Yvette no podía ser suyo, ambos habían llegado a una tregua. No habría contacto entre ellos y, si se encontraban en algún evento social, al menos se comportarían con educación. Nada más, y tampoco nada menos.

No era perfecto, pero era mejor que la rabia que había existido entre ellos antes de darse cuenta de que estaba arruinando su vida por culpa de un matrimonio fallido.

Aquella certeza le había hecho querer dejar atrás esa parte de su vida y enfrentarse a su futuro, fuera el que fuera.

En un mundo perfecto, sabía que ese

futuro habría incluido a Markos, el hombre del que estaba profundamente enamorada, como había comprobado durante esas últimas tres semanas.

Eva no sabía cómo ni cuándo había sucedido. Tal vez cuando Markos la había defendido de Jack. O quizá su gentileza al rescatarla del cuarto de baño y llevarla a su apartamento, antes de desnudarla y meterla en su cama. O durante el sexo maravilloso que habían compartido al día siguiente.

No importaba cuándo ni cómo había ocurrido, solo importaba que había ocurrido. Estaba enamorada de Markos Lyonedes. Por completo. Y era evidente que él seguía tan enfadado como tres

semanas atrás.

Suspiró al darse cuenta de que tal vez sí que le debía a Markos algunas respuestas.

—Vi a Jack después de la fiesta de su padre —dijo.

—¿Lo viste? Es un hombre casado, a punto de ser padre, y aun así os escabullisteis para encontraros a espaldas de su esposa...

—¡No fue así en absoluto! —protestó Eva.

—¿No? Entonces dime cómo fue, Eva.

Eva sabía que aquellas tres últimas semanas los habían conducido hasta aquella confrontación. Una confrontación para la que no sabía si estaba preparada o no, pero la aceptaba

de todos modos.

—¿Le contó Jack a Yvette que os habíais visto? —preguntó Markos.

—No tengo ni idea —le aseguró ella con toda sinceridad—. Puede que sí. No hay razón para no haberlo hecho.

—Se me ocurren muchas razones por las que un hombre no quiera decirle a su segunda esposa embarazada que ha quedado para verse con su primera esposa.

—¡He dicho que no fue así! —exclamó ella—. Jack y yo teníamos... asuntos sin resolver de los que teníamos que hablar... ¡No! ¡No eran ese tipo de asuntos! —agregó indignada al ver la mirada de censura de Markos—. Todavía

había mucha rabia entre nosotros cuando nos separamos. Yo quería tener un bebé y Jack... Él no quería ni pensar en la adopción. Además no apoyaba la idea de la fecundación in vitro con el esperma de otro hombre. Eso nos causó muchos problemas y nos separó. Empezó a tener aventuras...

—Un momento —dijo Markos—. Creía que me habías dicho que eras tú la que no podía tener hijos.

—No pude decir eso porque no es cierto.

Markos se dio cuenta de que no había dicho exactamente eso.

Lo que había dicho era que Jack y ella se habían hecho pruebas y que no era posible que tuvieran hijos juntos. Y él

había dado por hecho esa noche que era Eva la que no podía tener hijos.

—Pero, si Cabot Grey es estéril, ¿por qué Yvette está...?

—No preguntes —dijo ella negando con la cabeza—. A ojos del mundo, y sobre todo de Jonathan Cabot Grey padre, el bebé que Yvette espera es de Jack. Y creo que es mejor que siga siendo así.

Markos se quedó sin respiración durante unos segundos, como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el pecho. No había usado protección cuando había hecho el amor con ella porque pensaba que no podía quedarse embarazada.

—Entonces ¿sí que puedes tener hijos?

—Sí —confirmó ella—. De hecho, yo...

Mira, teniendo en cuenta cómo va la conversación, creo que lo mejor es que sea del todo sincera contigo.

—¡Eso sería una novedad! —respondió él con frialdad.

—¡Nunca te he mentado! —exclamó ella.

—Salvo por omisión.

—Puede ser —admitió Eva—. La verdad es que hace unos meses decidí tener un hijo por fecundación in vitro.

—¿Y es posible que estuvieras pensando en Glen Asher como posible donante?

—Lo pensé, sí —dijo ella con rubor en las mejillas.

—¿Y él aceptó? —preguntó Markos. Empezaba a sentir una furia en su interior que no se parecía a nada de lo

que había experimentado antes.

—No llegamos a ser tan amigos como para sacar un tema tan delicado como la fecundación in vitro.

—¿Por qué no te olvidaste por completo de esa idea y te fuiste a la cama con él para ver si obtenías el resultado deseado? —preguntó él con desprecio—. ¡Sin duda él habría estado dispuesto!

—Después de mi matrimonio con Jack, no quería pasar por el trauma de volver a tener una relación. Tampoco quería que mi hijo tuviera padres separados. Así que pensé... pensé en un contrato legal con un donante y después la fecundación...

–Me parece que con tanto «no quería» y «tampoco quería», solo pensabas en ti, Eva –le dijo Markos.

No era cierto. La mujer que era antes, fría y profesional, había tomado la decisión de tener un bebé sin preocuparse de las consecuencias emocionales de sus actos.

La mujer que era antes...

Pero sabía que ya no era esa mujer herida y desilusionada. Había dejado de ser esa mujer incluso antes de hacer el amor con Markos. Se había convertido en otra mujer completamente distinta al enamorarse de él...

–¿Realmente pensabas que Glen Asher, o cualquier otro hombre, habría

aceptado sin más a donarte su esperma para que te quedaras embarazada? – preguntó él con desprecio.

–Como bien dijiste una vez, creo que llevo un tiempo sin pensar con claridad.

A Eva no le importaba que Markos estuviese mirándola como si fuese un espécimen bajo el microscopio; un espécimen que, hasta el momento, no había logrado comprender. Y lo poco que comprendía no le gustaba mucho.

–Ahora mismo podrías estar embarazada, Eva.

–¿Qué...?

–Hace tres semanas di por hecho, debido a nuestra conversación, que no podías quedarte embarazada, por tanto no tomé las precauciones necesarias

cuando hicimos el amor. ¿Tú hiciste algo para prevenir el embarazo?

Eva se quedó mirándolo con la boca abierta. No, claro que no había hecho nada. Nunca había habido razón para hacerlo. Durante su matrimonio había sabido que no podía quedarse embarazada, y no había habido ningún otro hombre en su vida desde el divorcio, de modo que no existía necesidad de usar anticonceptivos.

Sin embargo Markos había compartido intimidad con ella... en varias ocasiones.

—¿Estás embarazada, Eva? —insistió él.

¿Lo estaba? Eva intentó recordar la

última vez que le había bajado la regla, pero era incapaz de hacerlo, se le había quedado la mente en blanco.

¡Claro que no estaba embarazada!

¿O sí lo estaba?

A Markos no le tranquilizó ver la cara pálida de Eva. Como si estuviera intentando contener las náuseas.

Náuseas posiblemente debidas al embarazo...

La ironía de la situación no pasaba desapercibida. La prima de Eva, y cualquier otra mujer ambiciosa como ella, estaría encantada de quedarse embarazada de él para lograr casarse con un hombre rico. Y sin embargo Eva

había decidido quedarse embarazada eliminando toda intimidad física o personal con el hombre responsable.

Por desgracia para ella, eso nunca ocurriría si resultaba estar embarazada de él.

—¿Y bien? —preguntó.

Eva intentó recomponer sus pensamientos, sabiendo que no era el momento ni el lugar para dejarse llevar por el caos de su cabeza.

—No puedo creer que seas tan engreído, Markos. Que realmente te creas tan viril como para que una mujer pueda quedarse embarazada solo por un día de sexo sin protección.

—Un día a lo largo del cual tuvimos sexo sin protección en varias ocasiones

—le corrigió él.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, siento decepcionarte, Markos, pero creo que no eres tan potente como pensabas.

¿Era decepción lo que sentía? ¿O se sentía decepcionado al ver que su relación con Eva, fuese cual fuese, había terminado?

Se habían dicho demasiadas cosas como para continuar hasta con su relación laboral como si nada hubiese ocurrido.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Por qué tienes que ser tan complicada?

—Mala suerte la tuya —contestó ella—. ¿Puedo marcharme ya?

Markos levantó la mirada y vio que sus hermosos ojos dorados brillaban con ironía.

—Me alegro de que al menos a uno de nosotros la situación le parezca divertida.

A Eva no le divertía en absoluto la idea de no volver a verlo nunca, pero era mejor que llorar. Ya se había derrumbado emocionalmente demasiadas veces en su presencia. No pensaba permitir que volviese a suceder porque sabía que, a pesar de todo, estaba enamorada de él. Habría sido demasiado humillante.

—¿Deduzco que a partir de ahora prefieres que se encargue de la

reddecoración otra persona?

–Deduces bien –respondió él.

–Eso me parecía –Eva asintió abruptamente–. Bueno, ha sido... interesante conocerte, Markos –se colgó el bolso del hombro para marcharse.

–No te olvides de enviarme la factura del trabajo que has realizado ya –le recordó él.

–Y tú no te olvides de cambiar el código de seguridad del ascensor privado.

–¿Corro el peligro de que quieras volver aquí? –preguntó él con una ceja levantada.

–Probablemente no –respondió Eva con una sonrisa tensa.

–Entonces ¿por qué iba a molestarme

en cambiar el código?

Eva vaciló un instante.

—Seguramente no te interese saberlo, pero... he decidido que no voy a seguir hacia delante con la fecundación in vitro.

—¿Por qué no?

Ella sonrió con melancolía, sabiendo que no podía contarle la verdadera razón; que, habiéndose enamorado de él, sería imposible desear tener el bebé de otro hombre que no fuera él.

—Quizá ya no sea tan egoísta.

—Me equivoqué al decir eso —contestó Markos—. Después de lo que pasaste en tu matrimonio con Cabot Grey, no es egoísta que quieras tener un hijo, Eva.

–¿Quizás poco aconsejable?

–Tampoco.

–¿Entonces qué?

–No tengo ni idea –admitió Markos.

Ella asintió abruptamente.

–Adiós, Markos.

–Eva.

No lloraría, se dijo mientras entraba en el ascensor antes de darse la vuelta para mirarlo.

No lloraría.

Había amado y perdido, sí, pero la única culpable era ella.

Era una pérdida con la que tendría que vivir el resto de su vida...

Capítulo 12

Eva daba vueltas de un lado a otro de su apartamento a la mañana siguiente, mirando el reloj constantemente mientras esperaba a que fuera una hora razonable para llamar por teléfono a alguien un sábado por la mañana; para llamar a Markos.

Las siete de la mañana.

Las siete y cuarto.

Las siete y media.

Ocho menos cuarto.

Y cada uno de esos minutos le parecía

una hora mientras la manecilla del reloj avanzaba muy lentamente, aumentando su tensión. Minutos que la noche anterior habían pasado igual de despacio, pues estaba tan inquieta que ni siquiera se había molestado en acostarse.

Las ocho.

Las ocho y cuarto.

Las ocho y media.

¿Las ocho y media era demasiado temprano para llamar a Markos? ¿Seguiría en la...?

Estaba tan nerviosa que dio un respingo cuando comenzó a sonar su teléfono móvil. Esperó unos segundos para calmarse antes de agarrar el teléfono. En la pantalla aparecía *Número desconocido*, así que rezó para

que fuera quien fuera dejase libre la línea cuanto antes, para poder así llamar a Markos antes de perder los nervios del todo.

–Evangeline Grey –dijo al responder.

–Eva.

Solo su nombre. Solo una palabra. Y aun así Eva supo sin lugar a dudas que la persona al otro lado de la línea era Markos.

–Qué raro, Markos. Estaba a punto de llamarte yo... –le dijo.

–¿De verdad?

–Tengo que hablar contigo.

–¿Sí?

–Sí, de verdad. ¿Puedo ir ahora?

–No es necesario. Ya voy en el coche

camino de tu casa.

—¿De verdad? —preguntó Eva sorprendida.

—Así es —le aseguró él—. Llegaré a tu apartamento en unos quince minutos, si el tráfico lo permite.

Eva suspiró aliviada. Deseaba volver a verlo, hablar con él.

—Markos...

—Preferiría que hablásemos cara a cara, Eva.

—De acuerdo —también ella lo prefería—. Le diré al de seguridad que vas a venir —se humedeció los labios, que se le habían quedado secos de pronto—. Conduce con cuidado —añadió.

—De eso dependo —contestó Markos antes de colgar el teléfono.

Eva apagó el teléfono antes de dejarlo sobre la mesa, incapaz de creer que Markos quisiera hablar con ella, que fuera de camino a su apartamento en ese instante.

Había pasado horas la noche anterior dando vueltas de habitación en habitación, intentando decidir qué era lo mejor. Hablar con Markos. No hablar con él. Y al final se había dado cuenta de que tenía que hacerlo.

¿El hecho de que Markos hubiera decidido lo mismo hacía que para ella fuese más fácil o más difícil decirle lo que tenía que decirle?

Sin duda en unos quince minutos tendría la respuesta a esa pregunta. Y a

muchas más.

—He traído café... —Markos llevaba una bandeja de cartón con dos cafés para llevar cuando Eva abrió la puerta de su apartamento quince minutos más tarde—. El chico guapo que trabaja en la cafetería de enfrente los fines de semana me ha asegurado que es así como te gusta el café.

Eva se sonrojó al recordar aquella conversación deliberadamente provocativa. Al menos por su parte.

—¿Le has dicho que era para mí?

—No me ha hecho falta más que mencionar que vivías en este edificio y ha sabido exactamente quién eras y

cómo tomas el café. Bastante bien, para ser alguien que no se fija en ti, ¿no? —añadió en tono de broma mientras Eva lo invitaba a entrar en el apartamento—. Esto es precioso —dijo al dejar la bandeja de cartón sobre la mesa del café de la sala de estar. Estaba decorada en tonos otoñales; rojos, dorados, naranjas...—. Te pega.

Eva estaba un poco pálida aquella mañana, pero, por lo demás, igual de guapa que de costumbre, con unos vaqueros negros ajustados y una camiseta color amarillo limón.

—Toma —Markos levantó el vaso de café que le había llevado y se lo ofreció—. Me parece que lo necesitas.

—¿Y después hablaremos? —preguntó

ella mientras aceptaba el vaso.

—Y después hablaremos —confirmó Markos, y frunció el ceño al volver a advertir la fragilidad de su apariencia.

Él había pasado la noche sin dormir después de que Eva abandonase su apartamento la tarde antes, mientras intentaba aceptar que no volverían a verse. Había pasado horas repasando en su cabeza todo lo que se habían dicho durante su última conversación, y había llegado a la conclusión de que nada de eso importaba cuando lo que deseaba era volver a verla. Estar con ella. Tras aceptar esa verdad, todo lo demás había perdido importancia.

Convencer a Eva para que sintiera lo

mismo por él podría llevarle un poco más de tiempo.

–¿Markos...? –Eva no sabía en qué estaría pensando, pero, fuese lo que fuese, eso le hacía fruncir el ceño.

–Antes has dicho que deseabas hablar conmigo –dijo él.

Ella se humedeció los labios antes de hablar.

–Creo que ambos hemos admitido que queríamos hablar el uno con el otro.

–Hoy no estoy de humor para juegos, Eva.

–Yo tampoco –le aseguró ella.

Aquella situación, la conversación que necesitaban tener, era demasiado importante para eso.

–¿Quién empieza?

Markos estaba cansado; no solo por la falta de sueño, sino por la manera en que ambos parecían estar dando rodeos aquella mañana.

—¿Quieres casarte conmigo, Eva?

—¿Qué? —dijo ella con los ojos desencajados, y palideció más aún antes de sonrojarse profundamente.

No era la reacción más alentadora del mundo para su primera proposición matrimonial; la única que pensaba hacer en su vida. Si Eva no aceptaba, no se veía deseando estar con otra mujer.

—Te he pedido que seas mi esposa —respondió él—. No me rechaces sin pensarlo.

—¿Hablas en serio?

Él asintió.

–Piénsalo, Eva. Tengo dinero. Soy aceptado socialmente...

–Ya he estado casada con alguien así –le recordó ella–. ¡Fue un desastre!

–Yo no tengo razones para pensar que soy estéril –continuó Markos con firmeza–. Aunque estoy dispuesto a hacerme las pruebas necesarias para demostrarlo, si eso es lo que hace falta para que te cases conmigo. Cuando nos hayamos casado, podrás tener todos los bebés que quieras. Uno al año, si lo deseas... ¿Eva? –dijo su nombre al ver que se dejaba caer en uno de los sillones y se llevaba las manos a la cara–. ¡Eva! –se acuclilló junto a ella–. No llores, mi

Eva. No soporto cuando lloras.

Eva no lo dudó ni por un momento. Podía oír la angustia en su voz, y el modo en que su acento se volvía más pronunciado cuando se preocupaba.

Pero lo que acababa de decir era tan inesperado que no podía asimilarlo.

—No estoy llorando, Markos —le dijo negando con la cabeza, y se apartó las manos de la cara para mirarlo—. Estaba riéndome.

—¿Riéndote? —repitió él con incredulidad mientras se ponía en pie—. ¡Te propongo matrimonio y tú te ríes! ¿La idea de casarte conmigo te parece divertida?

Eva se puso seria al ver el dolor reflejado en aquellos ojos verdes.

—No, claro que no. Es solo que... no esperaba que...

—¿Qué me declarase? Si te sirve de consuelo, era lo último que yo esperaba cuando me mudé a Nueva York hace cuestión de semanas.

Sí, Eva podía imaginárselo. Dudaba que Markos se hubiera visto casado en un futuro próximo.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué me sorprende? ¿O por qué me he declarado?

—Lo segundo —respondió Eva.

Markos se encogió de hombros.

—¿Por qué le propone matrimonio un hombre a una mujer? —preguntó con tono defensivo.

Era una actitud defensiva justificada, teniendo en cuenta que pensaba que se había reído de su proposición.

—Markos, no me estaba riendo de ti, sino de la ironía de la situación. ¿Hablabas en serio al decir lo que has dicho?

—¿Al declararme?

—No. Con lo otro.

—¿Que, si te casas conmigo, podremos tener una docena de hijos si tú quieres? ¡Ahora sí que vas a llorar, Eva! —exclamó al ver las lágrimas en sus ojos—. Prometo no volver a mencionar la idea del matrimonio si tanto te afecta.

—Markos... —Eva se puso en pie con determinación y brillo en la mirada—. No

podría casarme con alguien que no me quisiera como yo lo quiero a él.

Él se quedó sin respiración.

—Tú...

—Como yo te quiero a ti.

Markos se quedó muy quieto, mirándola con incredulidad.

—¿Me quieres?

—Muchísimo.

—Y después de que te marcharas ayer, al pensar en la idea de no volver a verte, me di cuenta de lo mucho que yo te quiero a ti. Y por eso...

—¿Quieres casarte conmigo?

Él negó con la cabeza.

—No lo comprendo. Hace unos segundos parecías asombrada por mi proposición, y ahora tú me pides...

—¿Quieres esperar aquí un momento?
—preguntó ella con excitación antes de darse la vuelta para marcharse.

—¿Adónde vas? —preguntó él—. Eva, no puedes decirme que me quieres, pedirme que me case contigo y después marcharte...

Ella se dio la vuelta.

—Tengo algo que quiero enseñarte.

—Eva, ahora no es el momento de ver algunos de tus diseños para mi apartamento —le dijo él, atravesó la habitación con zancadas largas y la agarró por los brazos para mirarla fijamente—. Te quiero, Eva. Estoy locamente enamorado de ti. No puedo pensar en nada que no seas tú.

—Yo te quiero de la misma manera, Markos —le aseguró ella, y levantó la mano para acariciarle la mejilla mientras lo miraba con amor en los ojos—. Hace algunas semanas que me siento así.

—¿Cuántas semanas?

—Casi desde el principio, creo...

—¿Desde el principio? ¿La noche que nos conocimos en la fiesta del senador Ashcroft?

—Bueno, tal vez no desde entonces. Cierto que las mentiras de Donna no ayudaron, pero aún me sentía algo reacia a la idea del amor y del matrimonio. Así que resultó una sorpresa para mí sentirme atraída por ti. Y fui

enamorándome poco a poco de ti cada vez que nos veíamos. Creo que terminé de enamorarme de ti después de la fiesta en casa de Jonathan, cuando te mostraste tan protector y cariñoso conmigo.

—¿Antes o después de hacer el amor?
—preguntó él en tono de broma.

—Oh, sin duda antes —respondió Eva sin dudar—. Markos, nunca ha habido nadie más para mí. Ni antes de casarme ni después de divorciarme. Y no creo que hubiera hecho el amor contigo aquel día si no hubiera estado ya enamorada de ti.

—¿Y ahora?

—Ahora te quiero tanto que solo deseo estar contigo todo el tiempo —admitió suavemente—. Con o sin matrimonio.

–Y yo no me conformaré con menos que estar casado contigo durante el resto de mi vida –le dijo Markos con firmeza.

–¿Significa eso que aceptas mi proposición de matrimonio?

–Siempre y cuando sepas que, si acepto, me pasaré los próximos cincuenta años metiéndome contigo por haber sido la primera en declararse –le dijo él.

–No esperaré menos –le aseguró ella.

Markos soltó una carcajada triunfal y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

–Te quiero mucho, Evangeline Grey, futura señora de Lyonedes –murmuró antes de besarla en los labios.

Bastante tiempo después, Eva recordó que había algo que quería mostrarle a Markos. La intensidad del sexo que habían tenido le había hecho olvidarse de todo salvo él.

Estaba tumbada entre sus brazos después de hacer el amor, y levantó la cabeza para mirarlo.

—Markos, hay un regalo de boda anticipado que querría darte.

Él la miró con indulgencia.

—No necesito nada más que el amor que sientes por mí, querida Eva, y el amor que siento yo por ti. Y la vida larga y feliz que tendremos juntos —le aseguró.

Eva se incorporó junto a él para darle un beso en los labios antes de enderezarse.

—Espero que también te guste el regalo que estoy a punto de hacerte.

Markos estiró el brazo para agarrarle la mano cuando intentó levantarse de la cama.

—Créeme cuando te digo que nunca podría gustarme nada ni nadie más que tú, Eva.

—Espera y verás...

Markos se quedó recostado sobre las almohadas y experimentó el deseo de nuevo al verla levantarse y abandonar la habitación. Sabía que siempre sentiría eso por ella.

Había pasado una larga noche sin dormir después de que Eva se fuera el día anterior. Una noche larga durante la cual se había dado cuenta de que, en pocas semanas, Eva no solo se había apoderado de su corazón, sino que además se había convertido en el centro de su mundo. Se había dado cuenta de que la amaba y siempre la amaría.

Estar allí con ella y saber que también lo amaba lo hacía sentirse más feliz de lo que hubiera podido imaginar.

—Aquí está.

Markos levantó la mirada cuando Eva se sentó de nuevo junto a él en la cama. Llevaba algo que parecía un termómetro.

—No lo entiendo...

–¡Es azul, Markos!

–¿Qué?

–¡Estamos embarazados, Markos! Ni siquiera había pensado en la posibilidad hasta que lo mencionaste anoche. Así que pasé por la farmacia de camino a casa y compré una de estas pruebas de embarazo. Es positivo, Markos. ¡Estamos embarazados! –repitió–. Creo que anoche estaba en shock, cuando me enteré, y cuando me recuperé pensé que era demasiado tarde para llamarte. Y las horas se me han hecho eternas hasta que he pensado que podía llamarte esta mañana. Pero me has llamado tú primero y... ¿Markos? –dejó de hablar al darse cuenta de que Markos no había dicho ni

una palabra en respuesta a su confesión.

Markos estaba en shock. Sentía como si su corazón hubiera dejado de latir y no tuviese aire en los pulmones. No solo tenía el amor de Eva, sino que además iban a tener un bebé juntos.

—Vas a ser padre, Markos —le dijo Eva, incapaz de creérselo aún.

Todos esos años intentando tener un bebé, anhelándolo y, cuando finalmente había ocurrido, no se le había ocurrido hasta que Markos le había comentado la posibilidad.

Su sorpresa inicial la noche anterior pronto había sido sustituida por una gran alegría. Por fin estaba embarazada. En su interior llevaba el bebé del hombre al que tanto amaba.

—Por eso iba a llamarte esta mañana. Estaba deseando compartir la noticia contigo —su entusiasmo disminuyó un poco al mirarlo—. Markos, por favor, di algo, cariño...

Él se incorporó y la estrechó entre sus brazos.

—Gracias, Eva —murmuró contra su pelo.

—¿Te hace ilusión lo del bebé?

—Me hace inmensamente feliz la idea del bebé —le aseguró. El hecho de que Eva le hubiese dicho «estamos embarazados» y no «estoy embarazada» indicaba que se había olvidado por completo de sus planes anteriores, de tener un hijo ella sola sin la

complicación de un hombre en su cama ni en su vida. Eva había querido compartir ese bebé con él desde el momento en que se había enterado de su existencia—. Te quiero, Eva. ¡Siempre te querré!

La apretó con fuerza entre sus brazos, con un sentimiento de posesión que jamás había imaginado que podría tener.

Eva era suya.

Markos era suyo.

Y el bebé que ella llevaba dentro siempre sería de los dos, para poder quererlo y cuidarlo...

Juntos.

Si te ha gustado este libro, también te
gustará esta apasionante historia que te
atrapará desde la primera hasta la última
página.

HQN™



DELILAH
MARVELLE

*Érase una vez
un
Escándalo*

www.harlequinibericaebooks.com